

# ALMANAQUE



PARA EL AÑO

# 1889

REDACTADO POR

Casimiro Prieto y Valdés

EN COLABORACIÓN DE LAS SEÑORAS

Castell, Castell de Orozco, Freyre de James, Gorriti y Mato de Turner

Y DE LOS SEÑORES

Alencar (Baron de), Amézaga, Argerich, Arona, Arreguine,  
Bares, Barra, Barros Grez, Calzada, Campoamor, Cané, Caro, Castellanos,  
Coronado, Darío, Diaz, Egozcue, Espronceda, Feliu y Codina, Fernández Bremon, García Velloso,  
Guido Spano, Gomez Sigura, González Prada, Gras y Elías, Jordán, Kasabal, Lopez Benedito, Llona, Mármol,  
Martínez, Martínez Villergas, Martinto, Matta, Menchaca, Mendes (Gátulo), Mestres (Apeles),  
Obligado, Palacio (M. del), Palma, Payró, Pérez Nieva, Peza, Puerma, Rueda, Sánchez,  
Sañudo Autrán, Soto y Calvo, Vedia, Villafañe, etc., etc.

ILUSTRADO POR LOS SEÑORES

Labarta, Mestres, Pascó, Pellicer, Planas y Ross

BUENOS AIRES

LIBRERÍA DE «EL SIGLO ILUSTRADO»

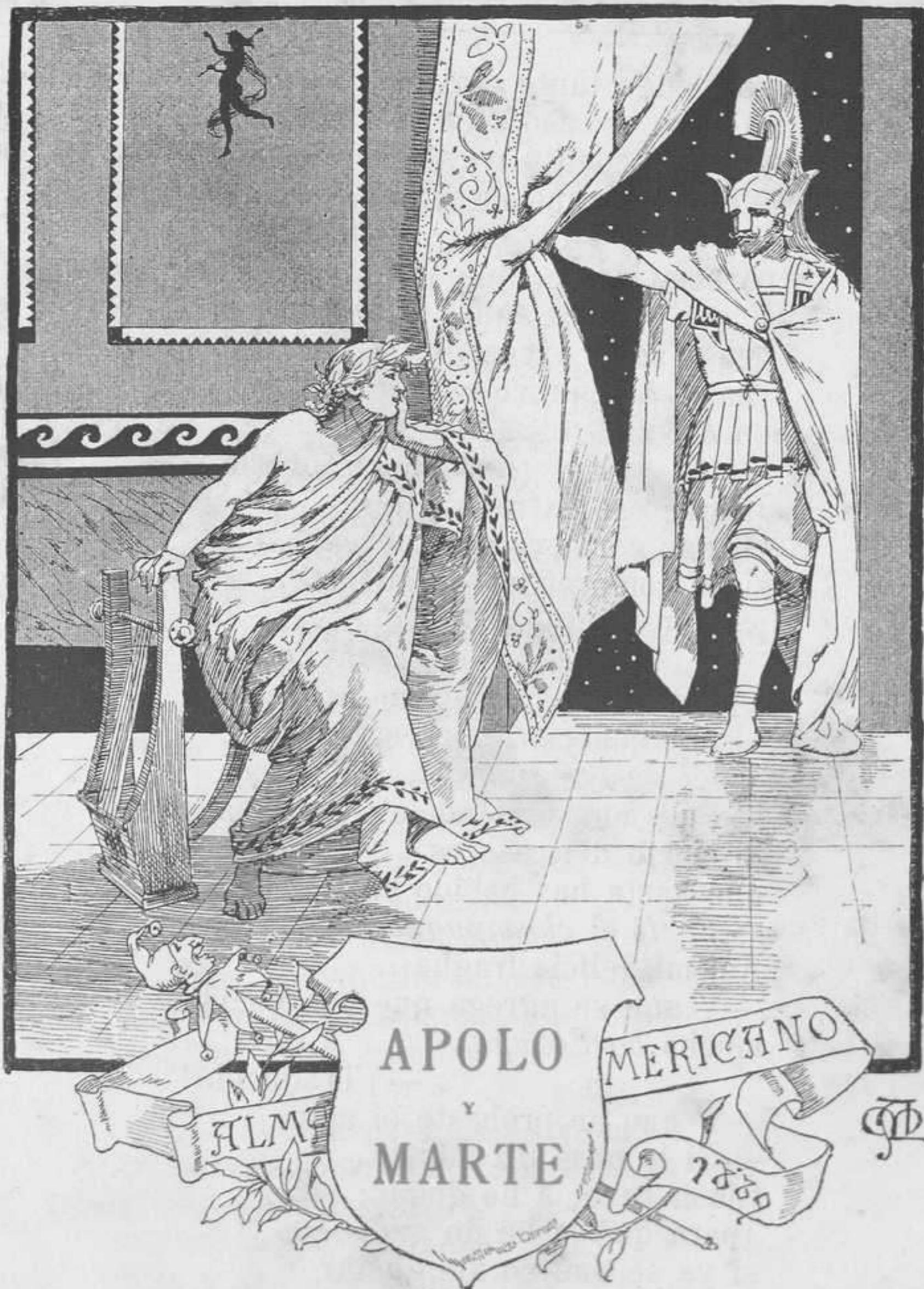
CERRITO, 170 Y 174, N/N



---

Es propiedad de EL SIGLO ILUSTRADO

---



—¡Por fin llegaste!

—Llegué,

ví... y comí.

—Ya lo sabía.

—¿*Ya?* pues me extraña, á fe mía,  
y ¡por Jove! que no sé  
quién pudo, Apolo, enterarte...

—¿Te parece extraordinario?

existiendo tanto diario  
no debe el caso asombrarte.

—¿Y si comí ó no comí,  
puede á alguno interesar?

—Cuando se es tan... popular,  
parece, Marte, que sí.

Y que lo eres aquí tú  
negar sería excusado...

¡hasta al público se ha dado,  
en *boletín*, el *menu*!

—¿El *menu*? ¡no es mala broma!

¿á qué ese extraño interés  
en que coma yo en francés,  
si no comprendo ese idioma?

¡Si fuese inglés!

—¿Estás loco?

—A mí el inglés no me apura.

—¿Le conoces, por ventura?

—*El de las cuentas*... un poco.

—Pues aun teniéndolo á mengua,  
lo cierto del caso es

que hasta has bebido en francés.

—*Vertí el champagne á mi lengua.*

Así mi delicia fragua...

—Y aun se agrega que has bebido  
mucho *bordeaux*...

—¡Traducido!

—Y que no probaste el agua.

—Si le puse faz adusta,  
razón tuve, á no dudar:

¿para qué la he de *probar*  
si ya sé que no me gusta?

—Y que pediste al *garçon*,  
sin pueriles timideces,

*¡filets de bœuf*, cuatro veces,  
y seis, *darmés de saumon*!

—Es cierto, por vida mía;

mas repetir procuraba

por ver si al cabo lograba  
entender lo que comía.

—Pues siendo tan *aplicado*...

—Ni aun siéndolo conseguí

mi objeto... sólo entendí  
alguno que otro bocado.

Mas, puesto que es de rigor,  
y transijo, como ves,  
desde hoy comeré en francés  
con *cuchillo y traductor*.

—¿Por qué de quicio te saca  
la hermosa lengua francesa?

—No es verdad; pero en la mesa  
me gusta más la de vaca.

Dime, ¿á quién no causa fiebre  
ver en la lista *gateaux*,  
que es, según entiendo yo,  
querer dar *gato* por liebre?

¿Ni qué dios abre las fauces,  
aunque sienta hambre importuna,  
é incauto se desayuna

nada menos que con *sauces*?

¡Si hasta he temblado yo mismo,  
que en valor eclipsé á Jerjes,  
al ver en la lista *asperges*!

¡me temía un exorcismo!

¿Conque esto dicen de mí?

—Y no es ¡oh Marte! esto sólo.

—¿Aun hay más? prosigue, Apolo.

—¡Que traes la guerra!

—¿Sí?

—Que toda esperanza es vana,  
pues nada á tu afán resiste,  
y que por eso viniste  
anticipándote á Diana.

Tus miras son ya notorias.

—¿Que vine antes? no es extraño;  
¡como fué bisiesto el año!...

—Creen que eso... son historias.

Y aun lo afirma con fe ciega

un *reporter*, á quien tú  
concediste una *interview*.

—Una inter... ¿qué?

—Y hasta agrega

que, dispuesto á poner fin  
á una paz que no te agrada,

rencorosa tu mirada  
 vaga desde el *Sena* al *Rhin*.  
 — Ni la paz que á otros apenas  
 me causa el menor enfado,  
 ni mis ojos he fijado  
 más que en el *rhin* de la *cena*.  
 — Pues me extraña.

— No te asombre;

ya no lidio, así me emplumen.  
 — ¿De la guerra en vano el numen  
 dejarás que invoque el hombre?  
 ¿No eres de la guerra el dios?  
 — Sí, pero dios retirado;  
 de tanto guerrear cansado,  
 voy de grata calma en pos.  
 A hacer nuevos sacrificios  
 ni me allano ni acomodo;  
 ¡tú no sabes de qué modo  
 pagó el hombre mis servicios!  
 Ningún pueblo me respeta  
 y aun oí más de un denuesto...  
 ¡por Plutón! ¡si hasta me han puesto  
 en música de opereta!

— De verdes lauros y gloria  
 lanzarse anhelan en pos.

— Pues que busquen otro dios  
 que les guíe á la victoria.

— ¿Y á qué viniste á la tierra,  
 donde te invocan doquier,  
 si el bélico ardor de ayer  
 ya en tu pecho no se encierra?

— ¡Bah! depón necios cuidados.

— ¿De esquivar no buscas modo  
 tu cruel misión?

— No del todo;  
 ¡pues qué! ¿no existen casados?  
 Cuando en ellos la ira estalla,  
 ¿no se tiran con fiereza  
 los platos á la cabeza?  
 ¡si se da cada batalla!...  
 Hay quien, temiendo un chubasco,  
 y por si llega á arreciar,

jamás se sienta á almorzar  
sin coraza, escudo y casco.  
Cediendo en mi ansia febril,  
ya al manejo no me aplico  
de la espada, y me dedico  
ahora á *numen civil*.

—Mas... es preciso que des  
tu programa aquí en la tierra;  
¿cuál es, en suma?

—*¡La guerra!*

pero la guerra... ¡al *inglés!*  
Y al tonto finchado y hueco  
que viste á la última moda,  
y si el sastre le incomoda  
con la cuenta, se hace el *sueco*.

Y al esposo libertino  
que de su casa se olvida  
y deja á cualquier... perdida  
que le engañe como un *chino*.  
Y al que, pobre y sin empleo,  
brilla y habla de honradez,  
aunque alguien diga, á su vez:  
—“¡Eres *turco* y no te creo!”

Y al que asegura que es blanco  
lo que siempre negro fué  
y explota la buena fe  
haciendo alarde de *franco*.

Y al usurero *judío*...

—¡Y á todo el mundo!... ¡comprendo!  
pero...

—¿Qué?

—Me estoy temiendo  
un fracaso.

—¡Desvarío!

Con ellos seré implacable  
y en la lucha han de ceder...  
¡si les deajo, van á hacer  
este globo inhabitable!

—Tus intentos no son malos,  
mas temo, si los propalas...

—¿Qué?

—Que encuentres otra Palas...

—¿Otra Palas?

—¡Ú otros palos!

—Cuando á mi mente se aferra  
una idea, soy tenaz;

¿quieres que les deje en paz?

—¡No!... que les dejes en guerra.

Pero adiós; salí del paso

y yo aquí de más estoy.

—¿Me dejas ya?

—Sí, me voy

con la música al Parnaso.

¿Mis consejos no rehusas?

pues es inútil que insista;

*¡au revoir!*

—Hasta la vista;

ponme á los pies de las Musas.

CASIMIRO PRIETO.



## AÑO DE 1889.—Épocas memorables

De la creación del mundo. . . . . 7089 Del Diluvio Universal . . . . . 4846 El presente año es el de la Encarnación de Ntro. Sr. Jesucristo. . . . . 1889 Del descubrimiento del Río de la Plata, por Solís. . . . . 393 De la primera fundación de Buenos-Aires, por D. Pedro de Mendoza. . . . . 350 De la segunda, por D. Juan Garay . . . . . 309	De la Corrección Gregoriana. . . . . 307 De la erección de Nuestra Santa Iglesia Catedral. . . . . 264 De la toma de esta ciudad por los ingleses y su reconquista. . . . . 82 De su gloriosa defensa y restauración de Montevideo. . . . . 82 De nuestra regeneración política . . . . . 79 De nuestra independendencia. . . . . 74 Del Pontificado de Nuestro Santísimo Padre León XIII. . . . . 12
--	---

### Cómputos eclesiásticos

Aureo número. . . . . 9 Epacta. . . . . XVIII Indicción Romana. . . . . 2	Ciclo solar. . . . . 14 Letra Dominical. . . . . F Id. del Martirologio. . . . . M
---	--

### Témporas

Marzo. . . . . 13, 15 y 16 Junio. . . . . 12, 14 y 15	Setiembre. . . . . 18, 20 y 21 Diciembre. . . . . 18, 20 y 21
--	--

### Fiestas movibles

Septuagésima. . . . . 17 Febrero. Ceniza. . . . . 6 Marzo. Pascua. . . . . 21 Abril. Ascensión. . . . . 30 Mayo.	Pentecostés. . . . . 9 Junio. Corpus. . . . . 20 id. Adviento. . . . . 1 Diciembre.
---	---

### Santos Patronos de los pueblos del Plata

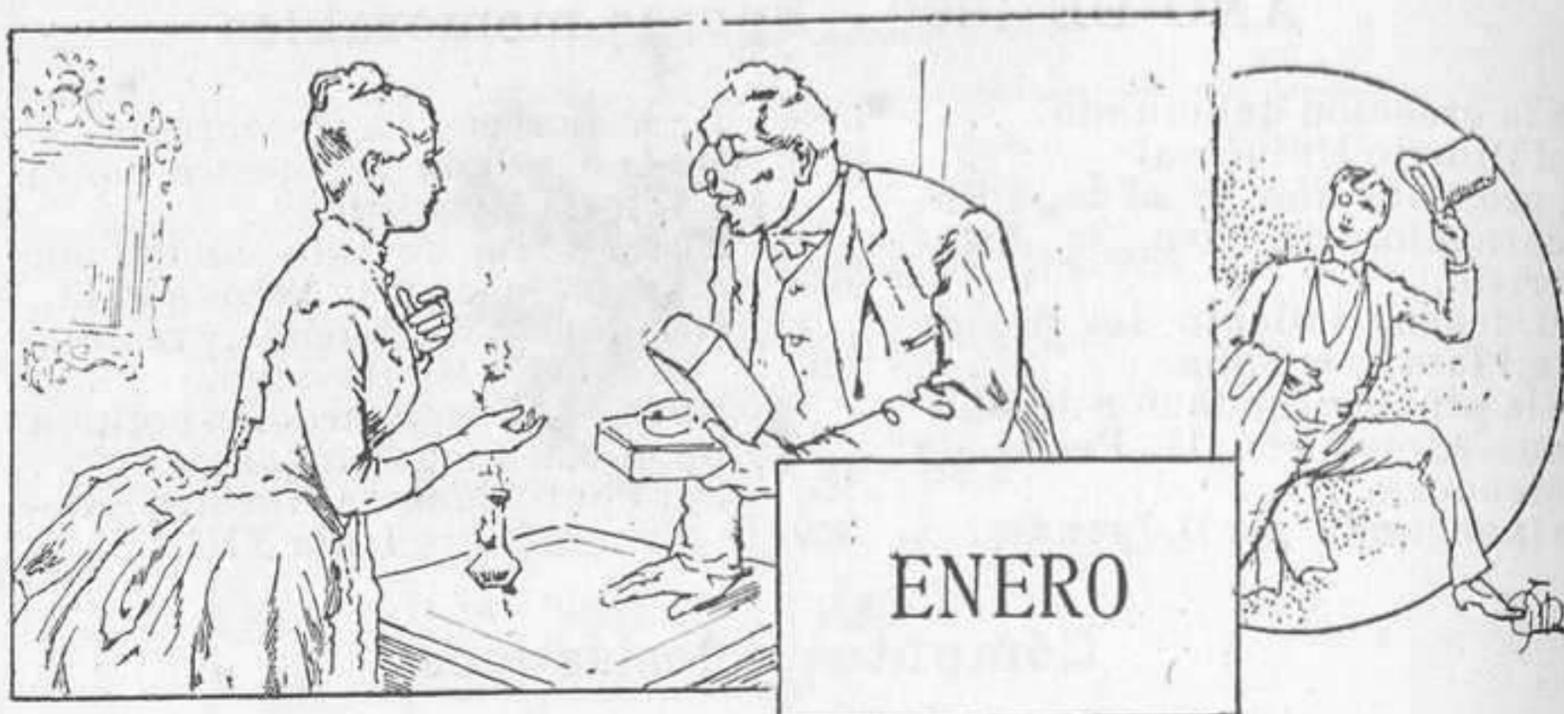
Buenos-Aires. . . . . Entre-Ríos. . . . . Santa-Fe. . . . . Jujuy. . . . . San Juan. . . . . Salta. . . . . Tucumán. . . . . Córdoba. . . . . Corrientes. . . . . Catamarca. . . . . Rioja. . . . . Santiago. . . . . Mendoza. . . . . San Luis. . . . .	San Martín. . . . . San Miguel Arcángel. . . . . San Jerónimo. . . . . N. S. J. C. en su Transfiguración. San Juan Bautista. . . . . San Felipe. . . . . San Miguel Arcángel. . . . . San Jerónimo. . . . . San Juan Bautista. . . . . Id. La fiesta de Todos los Santos. . . . . Santiago. . . . . Nuestra Señora de las Mercedes. San Luis. . . . .	11 de Noviembre. 29 de Setiembre. 30 de Setiembre. 6 de Agosto. 24 de Junio. 1.º de Mayo. 29 de Setiembre. 30 de Setiembre. 24 de Junio. Id. 1.º de Noviembre. 1.º de Mayo. 24 de Setiembre. 25 de Agosto.
---	--	---

### Advertencias á los fieles

El ayuno es obligatorio entre nosotros: en la Santa Cuaresma, vigiliias de la Natividad de Ntro. Sr. Jesucristo, la de Pentecostés ó Espíritu Santo, la de San Juan Bautista, la de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, la de la Asunción de María Santísima, la de Todos los Santos y las Cuatro Témporas del año: y también está determinada la obligación de ayunar en todos los Viernes y Sábados de las cuatro semanas de Adviento, para los que no observan el ayuno de las vigiliias reformadas.

La abstinencia de carnes sólo obliga: en los Miércoles de Ceniza, en los Viernes de Cuaresma, Miércoles, Jueves, Viernes, Sábado Santo, en la vigilia de Pentecostés, la de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, la del Tránsito de Nuestra Señora y la de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.

NOTAS.—Los días de Fiesta de ambos preceptos llevan este signo ☩.—El del Patriarca San José, único de oír misa y trabajar, este otro †.—El 25 de Mayo y 9 de Julio son fiestas cívicas.



## 31 días.—Sol en Acuario

—¿Qué me traes?... ¡de seguro mi aguinaldo! — ¡Justamente!

—¿A qué ofrecerme *un presente?* ¡lo que quiero es *un futuro!*

			SOL	
			sale.	pone.
1	Mar.	LA CIRCUNCISIÓN DE NTRO. SR. JESUCRISTO. ☉ <i>luna nueva á las 5 y 53 m. de la tarde.</i>	4 52	7 8
2	Miér.	S. Isidoro, obispo y mártir.	4 52	7 8
3	Juev.	S. Florencio y sta. Genoveva, virgen.	4 52	7 8
4	Vier.	Stos. Gregorio y Tito, obispos.	4 53	7 7
5	Sáb.	Stos. Telesforo, papa y mártir, y Eduardo, rey.	4 53	7 7
6	Dom.	LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES.	4 54	7 6
7	Lun.	S. Julián, mártir.—ABRENSE LAS VELACIONES.	4 54	7 6
8	Mar.	Stos. Luciano, Teófilo y Máximo, mártires. ☽ <i>cuarto creciente á las 8 y 46 m. de la noche.</i>	4 54	7 6
9	Miér.	S. Fortunato, mártir y sta. Basilisa, mártir.	4 55	7 5
10	Juev.	Stos. Nicanor, mártir y Guillermo, arzobispo.	4 55	7 5
11	Vier.	Stos. Higinio, papa y Salvio, mártires.	4 56	7 4
12	Sáb.	S. Benedicto, obispo.	4 56	7 4
13	Dom.	EL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS.— Stos. Gumersindo, presbítero y Leoncio, obispo.	4 57	7 3
14	Lun.	S. Hilario, obispo.	4 58	7 2
15	Mar.	Stos. Pablo, primer ermitaño y Mauro.	4 58	7 2
16	Miér.	Stos. Marcelo, papa y mártir, y Fulgencio, obispo.	4 59	7 1
17	Juev.	Stos. Antonio Abad y Sulpicio. ☽ <i>luna llena á la 1 y 41 m. de la mañana.</i>	5 00	7 00
18	Vier.	La Cátedra de san Pedro en Roma y sta. Liberata, virgen.	5 00	7 00
19	Sáb.	S. Canuto y sta. Marta, mrs.	5 1	6 59
20	Dom.	Ntra. Sra. de Betlehém.— Stos. Sebastián y Fabián, márs.	5 2	6 58
21	Lun.	Stos. Fructuoso y Eulogio, mártires.	5 2	6 58
22	Mar.	Stos. Vicente y Anastasio, mrs.	5 3	6 57
23	Miér.	Stos. Ildefonso, arzobispo y Raimundo de Peñafort.	5 4	6 56
24	Juev.	Nuestra Señora de la Paz y s. Timoteo, obispo. ☾ <i>cuarto menguante á las 12 y 29 m. del día.</i>	5 5	6 55
25	Vier.	La Conversión de san Pablo apóstol y s. Máximo	5 5	6 55
26	Sáb.	S. Policarpo, obispo y mártir y sta. Paula, virgen.	5 6	6 54
27	Dom.	S. Juan Crisóstomo, obispo y doctor.	5 7	6 53
28	Lun.	S. Julián, obispo y confesor.	5 8	6 52
29	Mar.	Dedicación de esta Santa Catedral.— Stos Valerio y Francisco de Sales.	5 9	6 51
30	Miér.	S. Hipólito, mr. y sta. Martina, virgen.	5 10	6 50
31	Juev.	S. Pedro Nolasco. ☽ <i>luna nueva á las 5 y 33 m. de la mañana.</i>	5 10	6 50



## 28 días.—Sol en Piscis

—¡Qué calor! Yo sudo el quilo  
y de emigrar tengo ganas...

¡si en vez de *perro de lanas*  
fuese, al menos, *perro de hilo!*

		SOL	
		sale.	pone.
1	Vier. Stos. Cecilio é Ignacio, ob. mr.	5 11	6 49
2	Sáb. ✠ LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA.—Santos Firmo y Cándido.	5 12	6 48
3	Dom. Stos. Blas, obispo y Laurentino, mártires.	5 13	6 47
4	Lun. Stos. Andrés Corsino, ob. y Donato, mr.	5 14	6 46
5	Mar. S. Albino, obispo y sta. Agueda, virgen.	5 15	6 45
6	Miér. Stos. Teófilo y Saturnino, mártires y santa Dorotea, virgen y martir.	5 16	6 44
7	Juev. Stos. Romualdo, abad y Ricardo, rey.	5 17	6 43
☾ cuarto creciente á las 4 y 57 m. de la tarde.			
8	Vier. Stos. Juan de Mata, confesor, Lucio y Ciriaco, mártires.	5 18	6 42
9	Sáb. S. Alejandro, mr. y sta. Polonia.	5 19	6 41
10	Dom. Stos. Ireneo y Amancio, y sta. Escolástica.	5 20	6 40
11	Lun. Stos. Félix, mr. y Saturnino, papa.	5 21	6 39
12	Mar. Stos. Damián y Modesto, y sta. Eulalia.	5 22	6 38
13	Miér. S. Benigno, mr. y sta. Catalina, virgen.	5 23	6 37
14	Juev. Stos. Valentín, pb. y Zenón, mrs.	5 24	6 36
15	Vier. S. Faustino y sta. Jovita, mártires.	5 25	6 35
☽ luna llena á las 6 y 25 m. de la tarde.			
16	Sáb. Stos. Gregorio, papa y Elías, profeta.	5 26	6 34
17	Dom. De Septuagésima. — Stos. Rómulo, mártir y Julián.	5 27	6 33
18	Lun. Stos. Simeón, obispo y Claudio, mártires.	5 28	6 32
19	Mar. La Oración de N. S. J. C. en el Monte Olivete.— Stos. Gavino y Marcelo, mártires.	5 29	6 31
20	Miér. Stos. Eleuterio, obispo y Nemesio, mrs.	5 30	6 30
21	Juev. Stos. Félix, obispo y Fortunato, mártir.	5 31	6 29
22	Vier. La cátedra de san Pedro en Antioquía y santa Margarita.	5 32	6 28
☾ cuarto menguante á las 9 y 2 m. de la noche.			
23	Sáb. Stos. Pedro Damián, obispo y Policarpo, mártir.	5 33	6 27
24	Dom. De Sexagésima.—Stos. Matías, apóstol, y Modesto.	5 34	6 26
25	Lun. S. Sebastián.	5 35	6 25
26	Mar. La Conmemoración de la Pasión de N. S. J. C. — Ntra. Sra. de Guadalupe.—S. Alejandro.	5 36	6 24
27	Miér. S. Baldomero, confesor.	5 37	6 23
28	Juev. Stos. Justo y Rufino mártires.	5 38	6 22



## 31 días.—Sol en Aries

— ¡Suéltame, por Dios, Fructuoso!  
— ¿No eres tú mi dulce bien?

¡quiero un beso! — ¡Si nos ven  
creerán... que no eres mi esposo!

		SOL	
		sale.	pone.
1	Vier. S. Rudesindo, obispo. ● luna nueva á las 6 y 11 m. del tarde.	5 39	6 21
2	Sáb. Stos. Heraclio, mr. y Florencio.	5 41	6 19
3	Dom. De Quincuagésima. — Indulg. de 40 h. en las Catalinas. — CARNAVAL. Stos. Hemeterio y Celedonio, mártires.	5 42	6 18
4	Lun. S. Casimiro, confesor.	5 43	6 17
5	Mar. Stos. Adrián y Eusebio, mrs. — CIÉRRANSE LAS VELACIONES.	5 44	6 16
6	Miér. CENIZA. — Abstinencia y ayuno. — Stos. Olegario, obispo y Victoriano, mártir. — Principia el ayuno cuaresmal.	5 45	6 15
7	Juev. Sto. Tomás de Aquino.	5 46	6 14
8	Vier. Abstinencia. — S. Juan de Dios. — La fiesta de la Sagrada Corona de Espinas de N. S. J. C.	5 47	6 13
9	Sáb. Sta. Francisca Romana, viuda. ☽ cuarto creciente á las 2 y 2 m. de la tarde.	5 48	6 12
10	Dom. 1.º de cuaresma. — S. Melitón y los 40 mártires.	5 49	6 11
11	Lun. San Zacarías, padre de san Juan Bautista.	5 50	6 10
12	Mar. S. Gregorio.	5 51	6 9
13	Miér. Témporas. — Stos. Leandro, obispo y Macedonio.	5 52	6 8
14	Juev. Stas. Florentina, virgen y Matilde, reina.	5 53	6 7
15	Vier. Témporas. — Abstinencia. — S. Raimundo, abad. — La fiesta de la Lanza y Clavos de N. S. J. C.	5 54	6 6
16	Sáb. Témporas. — Sta. Isabel, madre de san Juan Bautista.	5 56	6 4
17	Dom. 2.º de cuaresma. — S. Patricio y sta. Gertrudis. ☾ luna llena á las 8 y 17 m. de la mañana.	5 57	6 3
18	Lun. Stos. Gabriel arcángel y Alejandro, ob.	5 58	6 2
19	Mar. † El Patriarca S. José.	5 59	6 1
20	Miér. S. Braulio y sta. Eugenia, virgen.	6 00	6 00
21	Juev. S. Benito abad.	6 1	5 59
22	Vier. Abstinencia. — La fiesta de la santa Sábana de N. S. J. C. — Stos. Deogracias, obispo y Octaviano.	6 2	5 58
23	Sáb. S. Victoriano y sta. Teodosia, mártir.	6 3	5 57
24	Dom. 3.º de cuaresma. — Stos. Agapito, obispo y Dionisio. ☽ cuarto menguante á la 4 y 20 m. de la mañana.	6 4	5 56
25	Lun. LA ENCARNACION DE N. S. J. C. — S. Ireneo.	6 5	5 55
26	Mar. Stos. Manuel y Braulio, obispo.	6 6	5 54
27	Miér. S. Ruperto, obispo y confesor.	6 7	5 53
28	Juev. Stos. Sixto, papa y Doroteo, mártir.	6 8	5 52
29	Vier. Abstinencia. — La fiesta de las Cinco Llagas de N. S. J. C. — Stos. Cirilo y Pastor.	6 9	5 51
30	Sáb. S. Juan Climaco.	6 10	5 50
31	Dom. 4.º de cuaresma. — S. Benjamín y santa Balbina. ● luna nueva á las 7 y 57 m. de la mañana.	6 12	5 48

OTOÑO.



## 31 días.—Sol en Virgo

—¡Infiel! ¿por otro me olvidas?  
—¡Me ofreció el paraguas!... —¿Sí?

¡lo que te hace falta á ti  
es más bien para-caídas!

		SOL	
		sale.	pone.
1	Juev.	Stos. Pedro Advincula, Domiciano y Rufo, mártires.	
2	Vier.	6 52	5 8
		Ntra. Sra. de los Angeles, stos. Esteban, Pedro de O. y Alfonso María de Ligorio.— <i>Jubileo de Porciúncula.</i>	
3	Sáb.	6 51	5 9
4	Dom.	6 50	5 10
		6 49	5 11
		☾ cuarto creciente á las 10 y 26 m. de la mañana.	
5	Lun.	6 48	5 12
6	Mar.	6 47	5 13
7	Miér.	6 46	5 14
8	Juev.	6 45	5 15
9	Vier.	6 44	5 16
10	Sáb.	6 44	5 16
11	Dom.	6 43	5 17
		☽ luna llena á la 1 y 33 m. de la mañana.	
12	Lun.	6 42	5 18
		Sta. Clara, virgen y fundadora.— <i>Patrona menor de esta ciudad en acción de gracias por su reconquista. Ind. de 40 h. en S. Juan.</i>	
13	Mar.	6 41	5 19
14	Miér.	6 40	5 20
15	Juev.	6 40	5 20
16	Vier.	6 39	5 21
17	Sáb.	6 38	5 22
18	Dom.	6 37	5 23
		☾ cuarto menguante á las 7 y 15 m. de la mañana.	
19	Lun.	6 36	5 25
		S. Joaquín, padre de Ntra. Sra., stos. Luis, obispo, Julio y Andrés, mártires.	
20	Mar.	6 35	5 25
21	Miér.	6 34	5 26
22	Juev.	6 33	5 27
23	Vier.	6 32	5 28
24	Sáb.	6 31	5 29
25	Dom.	6 30	5 30
26	Lun.	6 29	5 31
		● luna nueva á las 10 y 19 m. de la mañana.	
27	Mar.	6 28	5 32
28	Miér.	6 27	5 33
29	Juev.	6 26	5 34
30	Vier.	6 25	5 35
31	Sáb.	6 24	5 36
		☾ SANTA ROSA DE LIMA, virgen, patrona principal de esta América Meridional.— <i>Indulg. de 40 h. en Sto. Domingo.</i>	
		S. Ramón Nonato.— <i>Indulgencia de 40 h. en la iglesia de la Merced, y s. Robustiano, mr.</i>	



## 30 días.—Sol en Libra

—¡Prima, estoy hecho una brasa! | —¡Qué calor! —¿En primavera?  
—¡Déjame en paz, calavera! | —¡Es que el Almanaque... *atrassa!*

		SOL	
		sale.	pone.
1	Dom. Stos. Sixto, obispo y Gil, abad.	6 23	5 37
2	Lun. Stos. Antonino, mártir, Esteban, rey y sta. Máxima, mr. <i>☾</i> cuarto creciente á las 4 y 50 m. de la tarde.	6 22	5 38
3	Mar. S. Sandalio, stas. Serapia y Eufemia, mártires.	6 21	5 39
4	Miér. Stas. Rosa de Viterbo y Rosalia, virgen y s. Silvano, mr.	6 20	5 40
5	Juev. Stos. Lorenzo, Justiniano y Victoriano, obispos.	6 19	5 41
6	Vier. Stos. Fausto y Eugenio, mártir.	6 17	5 43
7	Sáb. S. Juan, mártir y sta. Regina, virgen y mártir.	6 16	5 44
8	Dom. ✠ LA NATIVIDAD DE MARIA SANTISIMA.— <i>Indulgencia de 40 h. en S. Juan, S. Francisco y en Montserrat por la fiesta de su titular.</i>	6 15	5 45
9	Lun. S. Jerónimo, mártir y santa María de la Cabeza. <i>☾</i> luna llena á la 10 y 37 m. de la mañana.	6 14	5 46
10	Mar. Stos. Nicolás de Tolentino, Félix y Lucio, obispo.	6 13	5 47
11	Miér. S. Emiliano, obispo y mártir.	6 12	5 48
12	Juev. Stos. Serapio y Leoncio, mrs.	6 11	5 49
13	Vier. Stos. Eulogio, ob. y Amaro, abad.	6 10	5 50
14	Sáb. La Exaltación de la Santísima Cruz.— <i>Ind. de 40 h. en el Socorro.</i>	6 9	5 51
15	Dom. EL DULCE NOMBRE DE MARIA.—La Conmemoración de los Dolores de María Santísima.—La Aparición de sto. Domingo de Guzmán en Soria.—Santa Melitona.	6 8	5 52
16	Lun. Stos. Cornelio y Cipriano, mártires.	6 7	5 53
17	Mar. S. Pedro de Arbués y la Impresión de las llagas de s. Francisco de Asis. <i>☾</i> cuarto menguante á las 12 y 55 m. de la noche.	6 6	5 54
18	Miér. <i>Tém. y ay.</i> —Sto. Tomás de Villanueva y sta. Sofia, mártir.	6 5	5 55
19	Juev. S. Genaro y compañeros mártires.	6 4	5 56
20	Vier. <i>Témporas y ayuno.</i> —S. Eustaquio.	6 3	5 57
21	Sáb. <i>Témporas y ayuno.</i> —S. Mateo, apóst. y evang. <b>PRIMAVERA.</b>	6 2	5 58
22	Dom. S. Mauricio y compañeros mártires.	6 1	5 59
23	Lun. Stos. Lino, papa y mr. y Constancio, ob.	6 00	6 00
24	Mar. Ntra. Sra. de las Mercedes.— <i>Indulg. de 40 h. en su iglesia.</i> —S. Gerardo, obispo y mártir. <i>☉</i> luna nueva á la 11 y 25 m. de la noche.	5 59	6 1
25	Miér. Sta. María de Cervellón (ó del Socorro).— <i>Indulgencia de 40 h. en la Merced cuando se celebra su fiesta.</i>	5 58	6 2
26	Juev. S. Cipriano y sta. Justina, mártires.	5 57	6 3
27	Vier. Stos. Cosme y Damián, hermanos mártires.	5 56	6 4
28	Sáb. S. Wenceslao, mártir y el beato Simón de Rojas.	5 54	6 6
29	Dom. Dedicación de s. Miguel Arcángel.— <i>Ind. de 40 h. en su iglesia.</i>	5 53	6 7
30	Lun. Stos. Jerónimo, doctor, Honorio y sta. Sofia, viuda.	5 52	6 8



## 31 días.—Sol en Escorpión

—¿Te dispones á partir?  
¿dónde vas? — ¡Dónde ha de ser!

¡al campo con mi mujer!...  
—¡Demonio! ¿os vais á batir?

		SOL	
		sale.	pono.
1	Mar. S. Remigio, obispo. <i>☾</i> cuarto creciente á las 10 y 58 m. de la noche.	5 51	6 9
2	Miér. Santos Angeles Custodio y s. Eleuterio, mártir.	5 50	6 10
3	Juev. Stos. Maximiano y Cándido, mártires.	5 49	6 11
4	Vier. S. Francisco de Asís, fundador.— <i>Indulg. 40 h. en su iglesia.</i> — S. Marciano.	5 48	6 12
5	Sáb. S. Froilán, obispo.	5 47	6 13
6	Dom. <i>Jubileo.</i> — <i>Ntra. Sra. del Rosario.</i> —S. Bruno, fundador.	5 45	6 15
7	Lun. S. Marcos, papa y sta. Justina, vr. y mr.	5 44	6 16
8	Mar. S. Demetrio, mártir y sta. Brigida, viuda. <i>☾</i> luna llena á las 10 y 10 m. de la noche.	5 43	6 17
9	Miér. S. Dionisio, obispo y mr. y el sto. Patriarca Abrahán.	5 42	6 18
10	Juev. Stos. Francisco de Borja, Luis Beltrán y Paulino.	5 41	6 19
11	Vier. Stos. Nicasio, obispo, y Fermín.— <i>Indulg. de 40 h. en Santo Domingo del Smo. Rosario.</i>	5 40	6 21
12	Sáb. <i>Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza, y s. Alfredo.</i> — <i>Indulg. de 40 h. en la Recoleta.</i>	5 39	6 22
13	Dom. <i>La Maternidad de María Santísima.</i> —S. Eduardo, rey.	5 38	6 22
14	Lun. Stos. Calixto, p. y mr., Evaristo, y sta. Fortunata, herms.	5 37	6 23
15	Mar. Sta. Teresa de Jesús, virgen y stos. Bruno y Fortunato, mrs.	5 36	6 24
16	Miér. Stos. Martiniano, Saturnino y Nereo, mártires. <i>☾</i> cuarto menguante á las 8 y 26 m. de la noche.	5 35	6 25
17	Juev. S. Florentino, obispo y mr. y sta. Eduvigis, viuda.	5 34	6 26
18	Vier. Stos. Lucas, evangelista y Justo, mártir.	5 33	6 27
19	Sáb. Stos. Pedro de Alcántara y Lucio, mártir.	5 32	6 28
20	Dom. <i>La Pureza de María Santísima.</i> —Stos. Feliciano, ob. y mr., Juan Cancio y stas. Irene y Saula.	5 31	6 29
21	Lun. S. Hilarión, ob., sta. Ursula y compañeras, vgs. y mrs.	5 30	6 30
22	Mar. Stos. Felipe, obispo, Severo y sta. María Salomé.	5 29	6 31
23	Miér. Stos. Pedro Pascual, obispo y mártir, y Donato, obispo.	5 28	6 32
24	Juev. S. Rafael Arcángel. <i>☉</i> luna nueva á las 11 y 35 m. de la mañana.	5 27	6 33
25	Vier. Stos. Gavino, Crisanto y sta. Daria, mártires.	5 26	6 34
26	Sáb. Stos. Evaristo, papa, Servando y Germán, hermanos mrs.	5 25	6 35
27	Dom. s. Fruto y sta. Sabina, mártir.	5 24	6 36
28	Lun. Stos. Simón y Judas Tadeo, apóstol y sta. Cirila, vgr. y mr.	5 23	6 37
29	Mar. Stos. Narciso, obispo, Cenobio y sta. Eusebia, mártires.	5 22	6 38
30	Miér. Stos. Marcelo y Claudio, mártires.	5 21	6 39
31	Juev. <i>Ayuno.</i> —S. Nemesio y su hija sta. Lucila, mártires. <i>☾</i> cuarto creciente á las 5 y 58 de la mañana.	5 20	6 40



## 30 días.—Sol en Sagitario

—¡Aquí reposa mi amante!  
—¿De qué murió el desdichado?

—¡De amor! —¿De amor? —Complicado  
con cólera fulminante.

		SOL	
		sale.	pone.
1	Vier. ✠ LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.—S. Cesáreo, mr.	5 19	6 41
2	Sáb. La Conmemoración de los fieles difuntos.—S. Ciriaco, mr.	5 18	6 42
3	Dom. Los innumerables Mártires de Zaragoza, sta. Eustoquia.	5 17	6 43
4	Lun. Stos. Carlos Borromeo, arzobispo y Nicandro, obispo y mr.	5 16	6 44
5	Mar. Stos. Félix y Eusebio, mrs., y el beato Martín de Porres.	5 15	6 45
6	Miér. Stos. Severo, obispo y mr., y Leonardo, confesor.	5 14	6 46
7	Juev. Stos. Florencio, obispo y Amaranto, mr.	5 13	6 47
☾ luna llena á las 12 y 41 m. del día.			
8	Vier. Stos. Severo y Victorino, mártires.	5 12	6 48
9	Sáb. Stos. Teodoro y Alejandro, mártires.	5 11	6 49
10	Dom. El Patrocinio de María Santísima.—Indulg. de 40 h. en Balva- nera.—Stos. Andrés Avelino, Trifón y sta. Ninfa, mrs.	5 10	6 50
11	Lun. S. MARTIN, obispo. Patrón principal de esta Diócesis.— Indulgencia de 40 h. en la Catedral.—Stos. Victoriano y Va- lentino.	5 9	6 51
12	Mar. Stos. Martín, papa y mr., Rufo, obispo y Diego de Alcalá.	5 8	6 52
13	Miér. Stos. Antonino, Germán, mártires y Estanislao de Koska.	5 7	6 53
14	Juev. Stos. Clementino y Serapio, mártires.	5 6	6 54
15	Vier. Stos. Eugenio, obispo y mr., Leopoldo y sta. Gertrudis, vrg.	5 6	6 54
☾ cuarto menguante á las 4 y 26 m. de la tarde.			
16	Sáb. Stos. Rufino, Marcos y Valerio, mártires.	5 5	6 55
17	Dom. Stos. Gregorio Taumaturgo y Víctor.	5 5	6 55
18	Lun. La Dedicación de la Basílica de los stos. Apóstoles s. Pedro y s. Pablo y s. Máximo, obispo.	5 4	6 56
19	Mar. S. Ponciano, papa y mártir y sta. Isabel, reina.	5 3	6 57
20	Miér. Stos. Félix de Valois y Octavio, mr.	5 2	6 58
21	Juev. La Presentación de Ntra. Sra.—Santos Alberto y Honorio, mártires.—Indulgencia de 40 h. en S. Miguel.	5 1	6 59
22	Vier. Sta. Cecilia, virgen y mártir.	5 1	6 59
● luna nueva á las 10 y 59 m. de la noche.			
23	Sáb. S. Clemente, papa y mr., y santa Lucrecia, virgen y mr.	5 00	7 00
24	Dom. Ntra. Sra. de la Piedad.—Indulgencia de 40 h. en su iglesia.— S. Juan de la Cruz y sta. Fermina, virgen.	5 00	7 00
25	Lun. Sta. Catalina, virgen y mr.	4 59	7 1
26	Mar. Los Desposorios de Ntra. Sra., y s. Fausto.	4 59	7 1
27	Miér. Stos. Facundo y Primitivo.	4 58	7 2
28	Juev. Stos. Gregorio III, papa y Mansueto. Stos. Saturnino y Filomeno.	4 57	7 3
☽ cuarto creciente á las 2 y 52 m. de la tarde.			
29	Vier. S. Andrés, apóst., y sta. Justina, virgen y mr.	4 56	7 4
30	Sáb. S. Andrés, apóst., y sta. Justina, virgen y mr.	4 56	7 4



## 31 días.—Sol en Capricornio

—¿Qué hace aquí en este aposento tu hija con su primo?— ¡Nada!

¡que la chica está empeñada en que ha de haber *Nacimiento!*

		SOL	
		sale.	pone.
1	Dom. <i>I de Adviento.</i> —S. Eloy, sta. Cándida, mártires y sta. Natalia. — CIÉRRANSE LAS VELACIONES.	4 56	7 4
2	Lun. S. Silvano, ob. y mr. y sta. Bibiana, vr. y mr.	4 55	7 5
3	Mar. Stos. Francisco Javier, Crispin y Claudio, mrs.	4 55	7 5
4	Miér. S. Pedro Crisólogo, ob., y sta. Bárbara, vr.	4 55	7 5
5	Juev. S. Sabas, abad y sta. Crispina, mr.	4 54	7 6
6	Vier. <i>Ayuno.</i> —S. Nicolás de Bari.— <i>En todos los Viernes y Sábados de Adviento, el ayuno es obligatorio para las personas que no guardan las vigili- as reformadas.</i>	4 54	7 6
7	Sáb. <i>Ayuno.</i> —Stos. Ambrosio y Policarpo, mr.  ☾ luna llena á las 6 y 7 m. de la mañana.	4 54	7 6
8	Dom. <i>II de Adviento.</i> — ✠ LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARIA SANTISIMA.— <i>Indulgen. de 40 h. en su iglesia y en S. Francisco.</i> —S. Sifronio.	4 53	7 7
9	Lun. Stas. Leocadia y Valeria, virgenes y mrs.	4 53	7 7
10	Mar. Ntra. Sra. de Loreto, stas. Gorgonia y Eulalia.	4 53	7 7
11	Miér. Stos. Dámaso, papa y Daniel Estilita.	4 52	7 8
12	Juev. S. Donato y sta. Emerenciana, virgen.	4 52	7 8
13	Vier. <i>Ayuno.</i> —Sta. Lucía, virgen y mr.	4 52	7 8
14	Sáb. <i>Ayuno.</i> —Stos. Nicasio, obispo y Arsenio, mártir.	4 52	7 8
15	Dom. <i>III de Adviento.</i> —Stos. Ireneo, Cándido y Fortunato, mrs.  ☾ cuarto menguante á las 10 y 55 m. de la mañana.	4 51	7 9
16	Lun. Stos. Eusebio, obispo y Valentín, mrs.	4 51	7 9
17	Mar. Stos. Lázaro, obispo y Floriano, mr.	4 51	7 9
18	Miér. <i>Témp. y ayuno.</i> —La Espectación de Ntra. Sra., y s. Teótimo.	4 51	7 9
19	Juev. Stos. Nemesio y Ciriaco, mártires.	4 50	7 10
20	Vier. <i>Témporas y ayuno.</i> —Sto. Domingo de Silos y sta. Liberata.	4 50	7 10
21	Sáb. <i>Témporas y ayuno.</i> —Sto. Tomás, apóstol. VERANO.	4 50	7 10
22	Dom. <i>IV de Adviento.</i> —Stos. Demetrio y Floro, mártires.  ☉ luna nueva á las 9 y 51 m. de la mañana.	4 50	7 10
23	Lun. El beato Nicolás Factor, sta. Victoria, vr. mr.	4 50	7 10
24	Mar. <i>Vigilia con ay. y abstinencia.</i> —Stos. Gregorio y Luciano, mrs.	4 51	7 9
25	Miér. ✠ LA NATIVIDAD DE N. S. J. C., y sta. Anastasia, vr. mr.	4 51	7 9
26	Juev. S. Esteban, proto-mártir.	4 51	7 9
27	Vier. S. Juan, apóstol y evangelista.	4 51	7 9
28	Sáb. Los Santos Inocentes, stos. Teodoro y Castor, mártires.	4 52	7 8
29	Dom. Stos. Tomás Cantuariense, ob. y mr. y el sto. rey prof. David.  ☾ cuarto creciente á las 2 y 28 m. de la mañana.	4 52	7 8
30	Lun. Stos. Severo, Honorio y Donato, mártires.	4 52	7 8
31	Mar. S. Silvestre, papa, sta. Paulina y sta. Hilaria, mártires.	4 52	7 8



ABOLICION DE  
LA ESCRAVITUD  
MAYO  
1823

S.A.L.  
ISABEL-CRISTINA-LEOPOLDINA  
\* REGENTE DEL BRASIL \*

P. Ross.

P. 65

## LA ÚLTIMA CADENA

Las naciones conservan y toleran á veces, por una larga serie de años, sistemas odiosos, condenados por la civilización y la justicia, y combatidos también por sus hombres más sanos é ilustrados. Hay un momento marcado para la extinción de esas instituciones abominables, en la evolución de las sociedades. Es aquel en que un acontecimiento extraordinario, como una revolución política, sirve de poderoso auxiliar á los reformadores, que logran fácilmente entonces inclinar en ese sentido la corriente de las ideas y de las aspiraciones públicas; ó aquel en que la conciencia nacional, suficientemente formada, se halla dispuesta para recibir, sin conmoción alguna, la nueva situación, celebrando ó acatando el hecho como el cumplimiento de una ley de la naturaleza y de la historia.

Cuando redactaba la famosa declaración de la independencia de las antiguas colonias inglesas, quiso Jefferson comprender entre sus motivos el de haber fomentado la corona el desarrollo de la esclavitud en su seno, contrariando las medidas que algunos quisieron adoptar para impedir el comercio de esclavos. La especificación de ese agravio fué suprimida, con menoscabo de la humanidad. Perdióse ese momento histórico, y la nación, emancipada, libre y fuerte, conservó todavía, por más de tres cuartos de siglo, aquella mancha que debía lavarse con torrentes de sangre. Sólo á ese precio, después de una guerra colosal, aseguraron los Estados Unidos la abolición de la esclavitud.

Las Repúblicas Sud-americanas le precedieron en ese camino, porque hicieron servir el espíritu revolucionario para el noble fin de extinguir la esclavitud.—Las leyes sobre abolición del comercio de esclavos y sobre la libertad de vientres, fueron las primeras fórmulas de una aspiración que no se detuvo ya sino ante el hecho de la absoluta y definitiva redención del esclavo.

El Brasil, que no tuvo que participar de nuestras agitaciones revolucionarias y que aseguró su emancipación sin

luchas sangrientas, viviendo siempre en paz, no contó á su favor ni aquel precioso y malogrado momento de la revolución norte-americana, ni los días heroicos de la emancipación sud-americana, que arrastraron en su impetuosa corriente las cadenas de la esclavitud.

Por eso el Brasil acaba de celebrar recientemente ese grande acto de civilización, de humanidad y de justicia, aboliendo la esclavitud. La institución inicua, adherida á su organismo con todo el poder de las costumbres, de los intereses y de las preocupaciones sociales, ha desaparecido de su seno, sin conmoción y sin estrépito. Se ha cumplido una gran ley de la naturaleza y de la historia. La razón pública, suficientemente formada, ha visto derrumbarse la vieja institución como se desprende del árbol una fruta madura. El momento había llegado. Ha caído la última cadena. ¡Honor al Brasil! ¡Honor á la humanidad!

AGUSTÍN DE VEDIA.

## ÇAKOUNTALA

(DRAMA INDIO DE KALIDASA)

Suave idilio de amor, ¡cuánta frescura hay en tu poesía! Las celestes flores de oculto valle, la ternura de los nidos agrestes en que el ave sus cánticos murmura; todo en tí habla de amor, idilio suave, árbol y nido, valle, flores, ave!

La nube del crepúsculo que dora con sus matices vívidos y gayos el esplendor naciente de la aurora; los tenues, blancos rayos, que son como las lágrimas que llora melancólica luna, Çakountala, nada á tu tierno amor, nada se iguala.

En tus amantes éxtasis suspira el alma de la India voluptuosa que perfumada atmósfera respira. Su imagen vaporosa, como en su propio espejo, en tí se mira; y ella, al sagrado loto se parece, frágil cuna de un Dios que el Ganges mece!

GUILLERMO MATTA.

## LA BIGAMIA



—¿Se ha visto mayor infamia  
ni más extraña porfía?  
¡pues no se empeña Mejía  
en defender la bigamia!  
¿Y usted también, don Clemente,  
la defiende?

—¿Yo? no tal;  
¡la condeno!

—Menos mal.  
—Pero... por insuficiente.

—

## EPIGRAMA

—Le digo á usted, señor cura,  
que no creo en el infierno.  
—Bien se conoce, hijo mío,  
que sigues aún soltero.

# HISTORIA ANTIGUA

Á MI QUERIDO Y BUEN AMIGO, DON RAMÓN ESPASA



I

DON GIL

Marido como don Gil,  
tan bueno, que raya en bobo,  
no se encuentra en este globo  
ni buscado con candil.

Dos años pasados van  
justamente, desde el día  
que dió su mano á Sofía  
¡y aún la quiere con afán!

Por eso sufre en un potro  
siempre que el temor le acosa  
de que le olvide su esposa  
por un motivo... *ó por otro.*

Para él, pues sabe querer,  
los Mandamientos son dos:  
el primero, amar á Dios,  
y el segundo, á su mujer.

Por ella arrostra abnegado  
la labor más fiera y ruda,  
y tanto trabaja *y suda...*  
que nunca está constipado.

Aun ve la niña agraciada  
en la que es su amada esposa,  
y eso que, ya más que airoso,  
se suele mostrar... airada.

Por su adorada Sofía  
perdió de tal modo el juicio,  
que iría hasta al sacrificio...  
como fué á la vicaría.

Sin dolor en su alma y sin hiel  
y presa de ansia amorosa,  
se desvive por su esposa...  
¡y su esposa le es infiel!



## II

## DON CLAUDIO

Es don Claudio de Quirós,  
si la fama no exagera,  
un hombre tan calavera  
como sin duda no hay dos.

Su hogar, que era un cielo ayer,  
ya no ofrece á su alma encanto,

y deja que en triste llanto  
se anegue en él su mujer.

Tras nuevas dichas soñadas,  
busca con mirada ansiosa  
frescos capullos de rosa,  
no rosas ya deshojadas.

Y de impuras ansias lleno,  
nacer siente en sí el traidor  
cada día un nuevo amor,  
cual flor que se abre en el cieno.

Aunque á sus pies, desolada  
é invocando un amor santo,  
se arroje su esposa, en llanto  
la blanca faz inundada,

En vano piedad implora  
la infeliz, con triste anhelo,  
¡que no siempre en este suelo  
vence la mujer que llora!

Olvidado de sí mismo  
y al torpe vicio entregado,  
¡que, del cielo despeñado,  
se rueda sólo al abismo!

Lánzase el infiel, sin calma,  
tras de engañoso placer;  
y su mujer... ¡su mujer  
le adora con toda el alma!

CASIMIRO PRIETO.

---

## LA NOCHE

---

### SONETO

Pálido y triste desfallece el día,  
muere el rey de la luz en occidente  
y dobla altivo la abrumada frente  
con pompa augusta y majestad sombría.

El crepúsculo sigue á su agonía...  
todo en la media luz gime doliente;  
la penumbra en el cielo y en la mente,  
y duda, vaguedad, melancolía..

Abren las flores al misterio el broche,  
gime y solloza el aura en el ramaje,  
alza un rumor la selva tembladora,

y avanza en carro de ébano la noche,  
abrillantando el fúnebre ropaje  
con lágrimas de luz que amante llora!

MOISÉS NUMA CASTELLANO.

Buenos Aires.



## EL PAÑUELO DE MANILA

La cuestión que está sobre el tapete es la del pañuelo de Manila, símbolo de las juergas, seguidillas, soleares y demás

repertorio clásico que caracteriza á nuestro pueblo, todo lo cual cae bajo la jurisdicción casi universal de la guitarra.

Sin meterme á decir quién deja la razón ni quién la lleva, pero inclinándome más del lado de Fernanflor, que hace una delicadísima defensa de la guitarra, que del autor del *Idilio*, señor Núñez de Arce, el cual casi pide se queme con ella todo lo que lleve deajo á bordones, voy á discurrir un poco sobre las flores del pañuelo de Manila, y á ondear en el aire sus flecos, como aquel que hace valer su opinión colocando en alto la bandera.

La sola aparición de ese trozo de jardín andaluz bordado en sedas de colores, es un triunfo completo para su defensa. Derramado sobre un cuerpo femenino, nos mostrará una mujer de flores; amarrado con nudos y lazos á una bailadora, nos deslumbrará con la combinación artística de sus pliegues.

Abrir un pañuelo de Manila delante de nosotros, es lo mismo que desdoblar de repente una primavera; la viva apoteosis de color seducirá nuestros ojos y nos hará temblar de placer.

Puede tener la toca de la monja todo el misterio y toda la poesía mística imaginables y simbolizar la callada vida del claustro con sus rezos como susurros de brisas, sus fiestas de coro y sus labores de paciencia; puede la blanca mariposa que lleva parada en la cabeza la hermana de la caridad, como águila en el casco guerrero, representar la piedad cristiana que vela á la cabecera del lecho de los enfermos, la fe que cae como rocío en los corazones, y la humildad, y la resignación, y el deber; puede la mantilla sevillana hacernos soñar con los limoneros llenos de flores, con los balcones como acuarelas, cubiertos por una cortina de claveles, con las calles torcidas y el hablar roto y pintoresco como desmenuzado salto de agua; puede el pañuelo que cobijaba la cabeza de la antigua raza española personificar la virtud y la hidalguía, la mujer dedicada al hogar y á la religión, y el pensamiento siempre velando por el honor; pueden en la sucesión de modas de los tiempos haber desfilado todos los adornos por la bella cabeza y el gracioso cuerpo de nuestras mujeres, pero ningún atavío es tan artístico y brillante como la cabeza cubierta de flores, prendidas al desgaire, los rizos cayendo en desorden sobre la frente, libres de todo cáliz de manga los brazos, y el pañuelo de Manila cayendo como aluvión de flores sobre los hombros y enseñando la larga

y complicada ola de flecos que se mecen y ondulan como el festón de espumas en las playas.

En la procesión *de los pañuelos de Manila*, el manto de la diosa callejera pasea el tránsito y se impone á todo cuerpo de mujer como el paño de mar á la roca. El barrio parece la abigarrada paleta de un artista. Mantones azules; blancos con ramos y puntos de oro; encendidos como flor de granado y fleco negro, que se arrastra en mil ondulaciones; verdes con relieves de rosa y pájaros de desplegado plumaje; de color de naranja manchado de blancas estrellas como encendido crepúsculo con luceros; blancos simplemente; negros con líneas de fuego, de todos los colores y de todos los matices, se ven desfilar en original sucesión ante las ventanas, las cuales sostienen por medio de cables flotantes lámparas de papeles de colores, que habrán de encenderse en el momento de pasar, entre vivas fervientes del pueblo, la procesión.

La carreta de la fiesta del rocío se cubre también con pañuelos de Manila como el gabinete de elegantes colgaduras. Los bueyes, cubierta la cabeza bajo un crespón de borlas y de sedas, tiran de las ruedas de plata, como los monstruos del carro fingido de los dioses. Las varas del tardo vehículo, son de metal precioso; el eje es un cilindro áureo; la portada es un arco de flores, bajo el cual se descubren mujeres ricamente vestidas con el adorno español de flores en el pelo. En el centro, la guitarra preludia al son de los crótalos y al rumor de las panderetas moriscas. Es la fiesta de la gracia, que pasa en originalísimo cuadro nunca imaginado.

En las *juergas* ardientes, la mujer canta con apasionados dejos moriscos su copla, y tercia al hombro la punta del pañuelo, como diestro manejador de capa, y deja á la vista la incitadora redondez del seno entre el marco de flores y bordados. La mesa que se eleva ante ella, enseña el cúmulo de cañas y botellas donde luce sus visos de oro pálido el rico *champagne* español, el vino del placer y la risa, la manzanilla.

Cuando mayor es el bullicio y el bailador va á subir á ejecutar su extraña danza sobre la mesa, ella arráncase el deslumbrante pañuelo de los hombros, lo tiende en el tablero lleno de cristales, y pasándolo á lo largo, arrolla y tira el opulento colmo cristalino y mancha la riqueza de sedas de colores.

Pero donde mejor ostenta su esplendor el mantón de Manila es en el cuerpo ondulante de la bailadora. Arrollado en artísticos pliegues sobre la nuca, que la deja á descubierto con los leves y sueltos rizos de pelo; cruzado sobre el busto oprimido y saliente, de donde arranca la garganta como columna de marfil; traídas atrás las puntas que se enlazan en la cintura y caen en manojos de hebras sobre la falda; ocultando las redondas caderas bajo dos soberanas bandas de flecos que oscilan y retiemblan á cada movimiento de la bailadora; manchado por todas partes de ramos vistosos, pájaros brillantes, adornos y bordados, enséñase de uno y otro lado, según que la mujer gira sobre sus pies al son de las guitarras ó se retira ó adelanta ondeando los brazos como banderas.

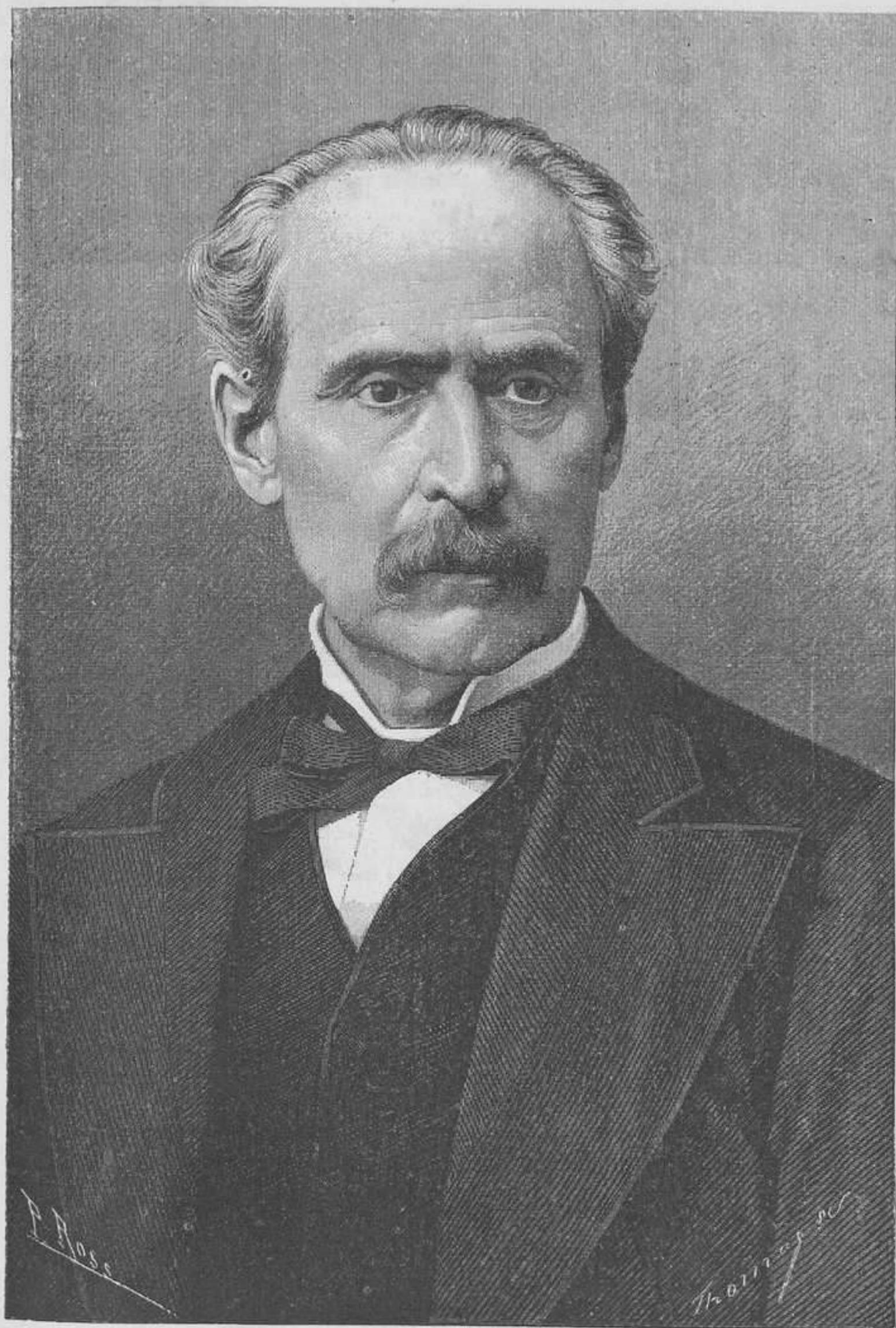
Con el aguacero de flecos cayendo por todos los lados de su cuerpo, corre, salta, puntea, se precipita de repente en medio de un menudo trezado de pies entre las demás figuras, que, también envueltas en mantones, como estatuas de piedra en el ropaje, la acompañan y hacen coro con tempestad de vivas y palmadas.

La bailadora, como si nada fuese con ella, yergue sobre el soberbio busto la cabeza á modo de quien siente bajo sí rodar las miserias humanas, y ora hace estremecer de una airosa cabezada los claveles hincados en su pelo, ora deja asomar los pies en dulce movimiento bajo la falda como dos mariposas que se persiguen, tan pronto cuelga la cabeza de un lado y mira al soslayo á medida que el cuerpo la va dejando atrás en su vuelta, y ya pára, ya corre, ya va en casi imperceptible rotación que hace estremecer todo el tren de flecos y bordados.

Cuando haya desaparecido de la garganta española la fórmula de la malagueña, y nuestros cantares háyanse extinguido del pueblo andaluz, y los romances en que se dió forma plástica á nuestras costumbres dejen de ser aprendidos de memoria por el pueblo que recita los versos de Zorrilla, entonces desaparecerá lo único característico y nacional que tenemos, la guitarra, las coplas llenas de sentimiento, y las *juergas* vistosas, tan llenas de vida y valientes de color como las orgías antiguas, y más apreciables en la bella figura de la bailadora, ante la cual no hay creación de artista posible, ni pincel que se atreva á vencerla en curvas gentiles, trazos arrogantes y aposturas de diosa.

Madrid.

S. RUEDA.



# Dr. D. Vicente Fidel López

REPUTADO HISTORIADOR ARGENTINO

# LAS CUATRO EDADES

AL POETA J. J. GARCÍA VELLOSO



## I

### EDAD DE PIEDRA

El hombre antiguo, rey de la espesura ;  
con las formas de un hércules salvaje  
sintió de las miserias el ultraje,  
del dolor y del hambre la tortura.

Vence al león en su caverna oscura,  
su piel le sirve de imponente traje,  
del mar escucha el férvido oleaje  
y á Dios presente en la infinita altura.

Forja el hacha de sílex brilladora,  
y del sol á los rayos centellea  
en su carcaj la flecha silbadora.

Cruza el torrente, el ámbito sondea,  
y en su espíritu audaz, dominadora  
la viva luz de la razón clarea.



## II

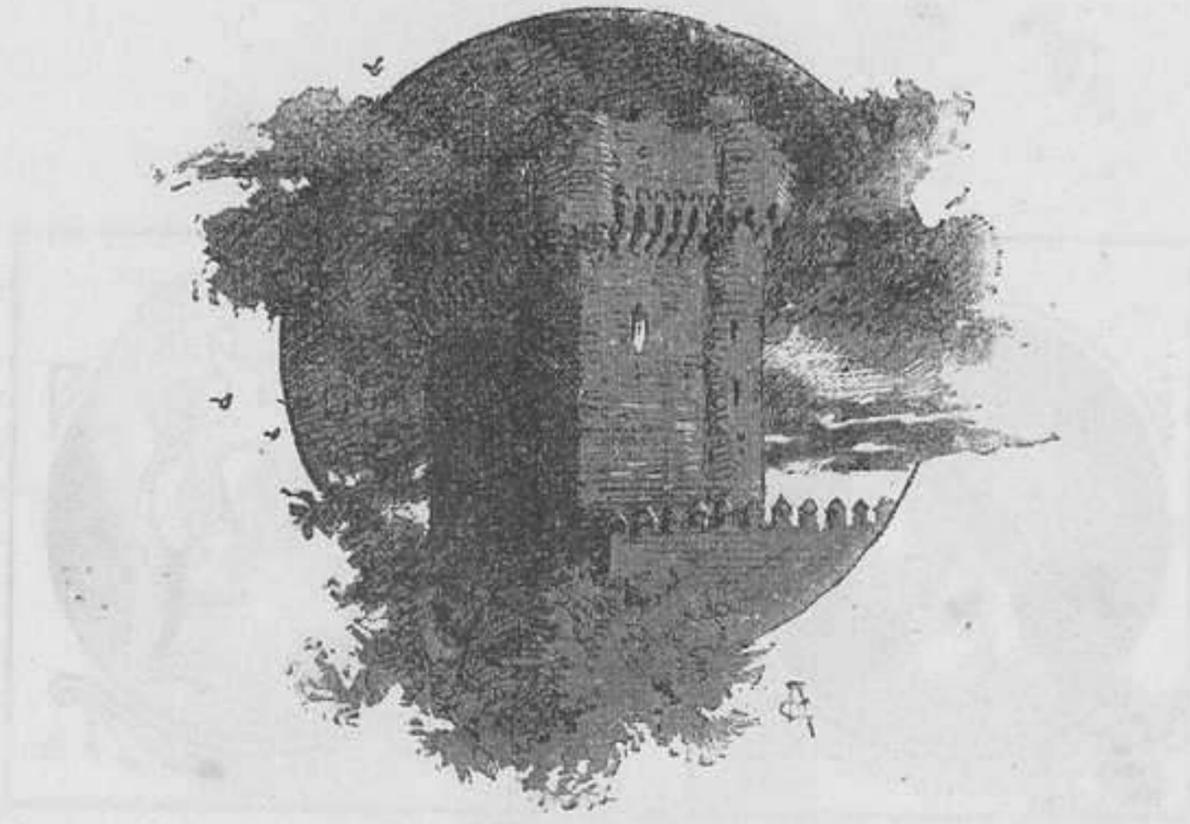
## EDAD DE BRONCE

Es la edad de la Iliada y la Odisea.  
 En su lira de bronce Homero canta,  
 Fídias el regio Partenón levanta,  
 y la estrofa de Esquilo centellea.

Brilla la inspiración; el Arte crea,  
 y Roma, que en el triunfo se agiganta,  
 el orbe antiguo encadenó á su planta  
 y se embriagó con sangre en la pelea.

Cruza los mares fúnebre alarido  
 que llenando de horror al navegante,  
 de ola en ola se aleja repetido.

Y del ocaso al resplandor incierto,  
 la voz del Paganismo agonizante,  
 dice al mundo que Júpiter ha muerto.



## III

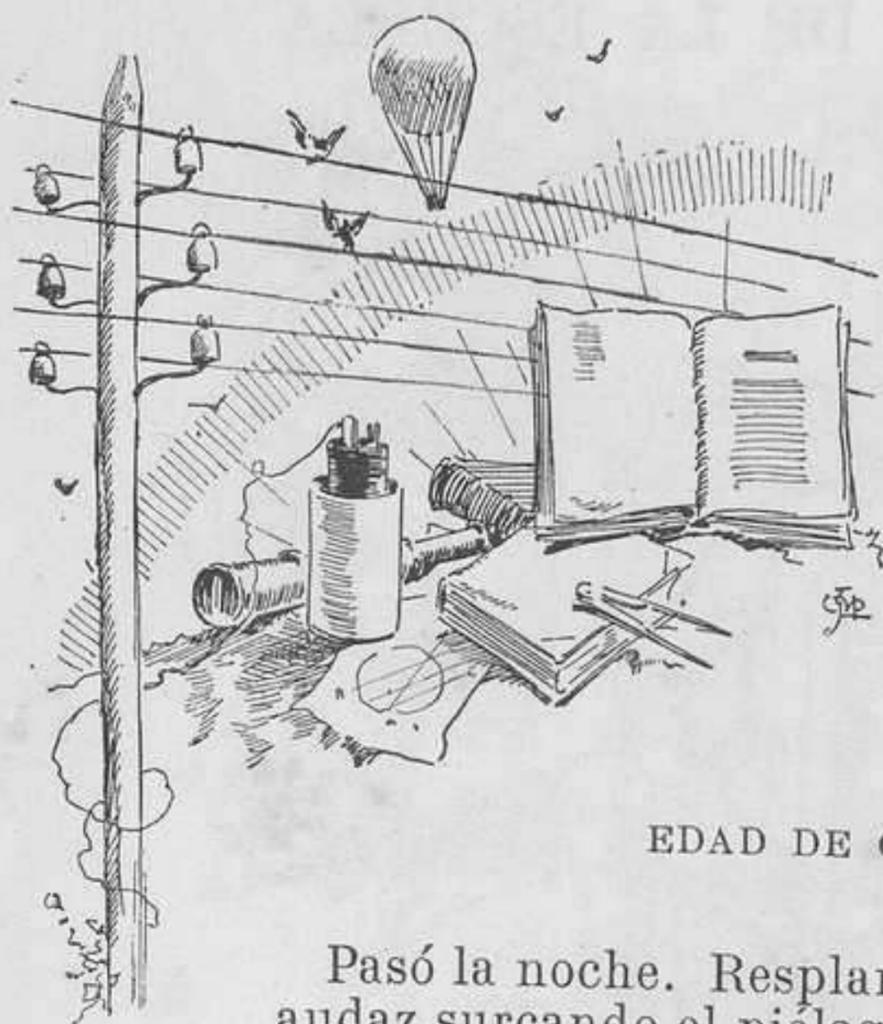
## EDAD DE HIERRO

La noche mediaval. Hondo lamento  
anuncia el fin del mundo esclavizado,  
y en el heroico pecho del cruzado  
vibra del fanatismo el rudo acento.

Enmudece el altivo pensamiento,  
y símbolo vetusto del pasado,  
de trepadoras hiedras coronado  
frente al muro feudal se alza el convento.

La negra sombra de la duda avanza,  
ruge la Libertad en lontananza  
y es la Ciencia crepúsculo indeciso.

Agonizan los dogmas seculares,  
y en el alma del hombre los pesares  
anublan la visión del Paraíso.



## EDAD DE ORO

Pasó la noche. Resplandece el día;  
audaz surcando el piélago profundo  
Colón sorprende el despertar de un mundo  
que en misteriosa oscuridad dormía.

Keplero indaga en la extensión vacía  
la ignota ley del astro vagabundo,  
y Guttenberg, innovador fecundo,  
abre á la Ciencia esplendorosa vía.

Brilla en la frente del linaje humano  
con resplandores de inmortal diadema  
la luz del pensamiento soberano.

Lutero agita la Razón por lema,  
y el fanatismo se retuerce en vano  
ante el fulgor de la verdad suprema.

Buenos Aires, 1888.

LEOPOLDO DÍAZ.



## DE VUELTA DE LA ESCUELA



—¿De dónde diablos sale tu hija Lola,  
que anda la desdichada  
medio desnuda, y rota, y enlodada?

—De la *escuela*...

—¿De cuál? ¿de la de Zola?

—

## CELOS

—

Si persigo tu paso  
desde que el sol colora el horizonte  
hasta que ya en su ocaso  
hace la sombra descender del monte  
y aun intranquilo estoy cuando la aurora  
despierta al día y la neblina dora;  
no me culpes, mi amor, que si enojarte  
puedo por la desgracia de mi suerte  
y en mi mal y por él enojos darte,  
perdóname y advierte  
que mi afán, mi temor y mis desvelos  
son hijos de mi amor; porque son celos.

MARIANO VALLEJO.



## LOS IMPORTUNOS

ENTRE las más terribles epidemias sociales que nos infestan, figura en primera línea el amigo importuno, ese hombre-morbo contra el cual nada puede el cordón sanitario del aislamiento, ni el lazareto de la antesala, aunque se le obligue á hacer cuarentena en ella tres ó cuatro horas, pues transcurrido el plazo nos ataca siempre con la virulencia que le caracteriza, inoculándonos el germen del fastidio.

Esos microbios adultos tienen el raro don de la inoportunidad: siempre llegan á tiempo para desbaratar nuestros proyectos, y muchos del género erótico se echan á perder á causa de los tales caballeros asiáticos, sobre todo cuando la falta de confianza, en complicidad con las conveniencias sociales, nos entrega inermes á su acción devastadora.

Hay importunos fulminantes: esos son los que atacan de súbito á su víctima en la calle, cuando vuela quizá en alas del deseo, tras de alguna casada que quiere guardar el incógnito, privando así á él y á ella de las dulcísimas expansiones de un amor de contrabando, con que se pretende defraudar al fisco conyugal, ó bien tras de alguna doncella no tan inexpugnable que no permita intentar, con grandes probabilidades de éxito, un asalto en toda regla.

—¡Alto ahí! dice el amigo calamidad pública, echando los brazos como un lazo, al cuello del otro; ¿tiene usted mucha prisa?

—Hombre, sí, contesta el interrogado, con expresión de vivísima contrariedad, al ver desvanecerse como un sueño, tras de una esquina, la graciosa silueta de su amada; tendrá usted que dispensarme; pero... me espera un asunto urgentísimo; conqu... ¡expresiones á la familia!

—Lo siento, caballero; pero no le suelto á usted. ¡Palabra de honor! estamos á dos pasos de mi casa y quiero que

me dé usted su autorizada opinión sobre una obra que he compuesto y que tendrá sin duda gran resonancia.

—¿De qué se trata? pregunta el amigo *caso*, sudando copiosamente.

—Pues nada, de la *Historia Universal* de Cantú, puesta en endecasílabos de varios metros...

—¿De longitud?



—¡Oh! es una traducción que me ha dado muchísimo trabajo.

—¡Ya lo creo! empezaría usted en el período de la lactancia, murmura la víctima, buscando con la vista algún polizonte.

—¡Pero, hombre! ¿qué tiene usted? ¡vaya una palidez! ¿se siente usted mal?

—Malísimamente.

—¿Qué siente usted?

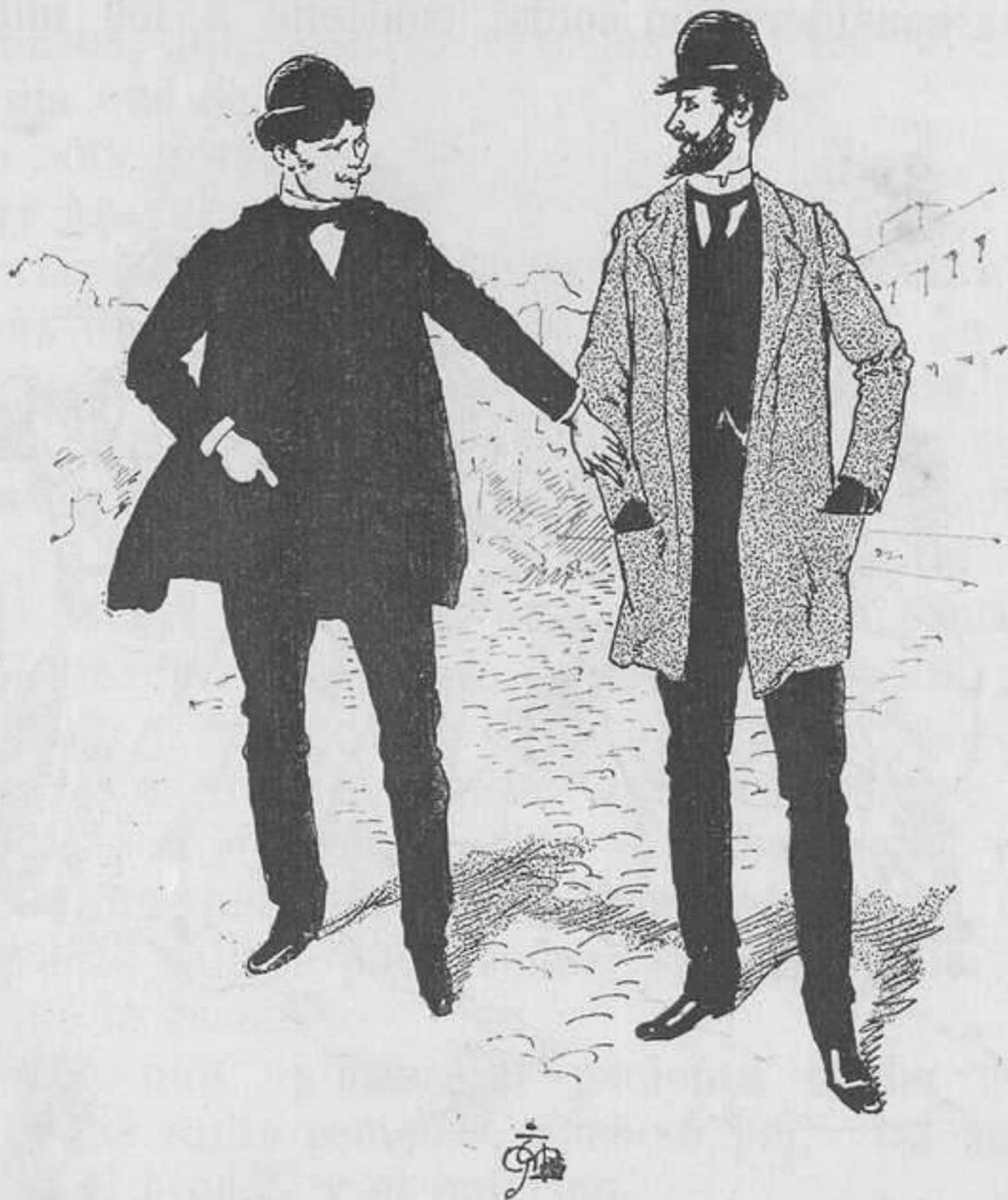
—¡Calambres!

—¡Bah! eso no es nada; vámonos á casa, y con unas

friegas de endecasílabos, digo, con una lectura de mis versos, se le quita la indisposición. Disponga usted de mi cama.

—¿De su cama? ¡lo que yo necesito es una camilla! Créame usted, caballero, estoy muy delicado de salud y los médicos me han prohibido terminantemente las Historias Universales.

—¿Conque quiere usted dejar la lectura para otro día?



—Sí, señor; la dejaremos para cualquier década de éstas.

—Bueno, le leeré mis versos cuando recobre la salud.

—Es lo mejor; la lectura, y sobre todo la de versos, no me sienta bien hace tiempo; los consonantes me dan vahidos y los asonantes ictericia; conque ¡nada! en cuanto los médicos me den de alta, cuente usted conmigo.

—¡Qué es eso! ¿quiere usted soltar mi brazo? ¡no lo permito, caballero! la amistad impone deberes ineludibles y yo no falto á ellos por nada de este mundo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que un caballero con calambres no puede

ir solo por la calle y que es usted prisionero de mi cariño.

—Pero...

—¡Nada! ¡nada! no le suelto hasta su casa... de lo contrario, tendrá usted que oír mis endecasílabos.

—¡No, por Dios! ya no resisto... vámonos á casa.

Y el infeliz echa á andar maquinalmente, renegando de su suerte y de los amigos-miasmas y llorando quizá perdida la esperanza de encontrar otra ocasión tan propicia para alcanzar el objeto de sus dulces afanes.

Ninguna consideración social contiene á los importunos,



ni hay quien les haga comprender que incomodan como las moscas; las indirectas que á manera de agudas flechas suelen dispararles algunos labios, lejos de dar en el blanco, se pierden en el vacío; el importuno no entiende de alusiones ni de apólogos.

Hay caballero sin segunda intención que va á matar el tiempo en casa de los recién casados, con la misma oportunidad con que van los perros á misa. ¡Y qué conversación la suya! la novia bosteza, y el novio, impaciente, consulta á cada instante el reloj.

—Por mí no se apuren ustedes, exclama el importuno; todavía es temprano... no son más que las once y media y

yo me recojo muy tarde; es una costumbre ya vieja en mí; recuerdo que el día que me casé me acosté á las cinco de la mañana...

—¿Estarían ustedes de jolgorio, eh? dice el novio, por decir algo.

—Hombre, no; no hubo fiesta de ninguna clase; á mí siempre me ha parecido impropio eso de festejar una boda con un *lunch* bailable; el asunto es demasiado serio para tomarlo á broma; una boda puesta en música, es para mí lo mismo que un entierro arreglado para castañuelas.

—Entonces, ¿qué motivo tuvo usted para acostarse tan tarde el día que se casó?

—Uno muy grave.

—¿Muy grave?

—¡Gravísimo! Figúrese usted que yo tenía un amigo, pariente en línea curva del socio de un cuñado de un caballero que sufría de hipo, desgracia que me afligía en extremo; pero por fortuna supe aquel mismo día que un célebre médico había descubierto un remedio efficacísimo contra dicha dolencia, y soltando el brazo de mi mujer, me fuí en busca del ilustre sabio; justamente éste acababa de contraer... la misma enfermedad que yo; es decir, matrimonio, y no sin mucho trabajo y gran dosis de paciencia, conseguí arrancarle de los brazos de su esposa; primero se negó á recibirme; le hice decir que un médico se debe, antes que á su mujer, á la humanidad con hipo, y sólo á fuerza de argumentos de este calibre pude vencer su resistencia.

—¿Y qué le recetó?

—Me dijo que aplicase al paciente media docena de *ingleses*, y fué santo remedio, pues se pegó tal susto, que desapareció el hipo... y el enfermo.

—¡Hombre!

—Probablemente no le quedaría ni una gota de sangre en las venas... ¡verdad que eran *ingleses* de Hamburgo!

—¡Pero, hija! exclama el marido, dirigiéndose á su mujer y tratando, indirectamente, de poner término á la visita; ¡qué manera de bostezar!

—Eso es hambre, dice el importuno, á quien no se le ocurre ni la más remota idea de que su presencia pueda causar fastidio á nadie; yo también padezco de lo mismo.

—¿De hambre?

—No, señor; de la enfermedad de los bostezos; general-

mente me ataca cuando estoy con mi mujer; por fortuna, la ciencia no descansa y está en vísperas de resolver un gran problema que dejará á todo el mundo con la boca abierta... ó mejor dicho, cerrada.

—¿Y qué problema es ese?

—Se trata de la inoculación de los bostezos.

—¿De los bostezos?

—Como usted lo oye. ¡Vaya! ¿acaso hay nada más contagioso? parece que la vacuna mejor es la que se extrae de los casados de fecha atrasada.

Después de una hora de charla el importuno desaparece



por fin, y los novios, *convalecientes* aún, se dirigen al templo del amor, en medio de salvas de besos y grandes repiques, á cantar el *Te Deum* en acción de gracias al Todopoderoso, por haberles librado de tan enojoso huésped.

El importuno se presenta siempre que puede malograr los propósitos ó contrariar los planes de sus relaciones sociales; por ejemplo, cuando se disponen á comer, *acto* importante, cuya sinfonía, instrumentada para platos, copas y cubiertos, suena ya estrepitosamente en el comedor, sin que sirva de discreto aviso al importuno, que lejos de tomar la puerta, se queda como si tal cosa; ó cuando se visten para asistir á alguna diversión pública ó privada.

El importuno acostumbra caer también en las casas cuando el barómetro conyugal indica *tiempo revuelto*, y se

empeña en dar conversación á familias de perros y gatos, que rabian por enseñarse los dientes y clavarse las uñas.

— ¡Qué dichosos son ustedes! dice el importuno, que, como no ve más allá de sus narices, no nota el culebreo de los relámpagos en los ojos, ni observa las señales de próxima tormenta.

— ¡Mucho! ¡mucho! dice el marido, midiendo á grandes pasos la habitación y arañando con las miradas á su mujer.

— Doy á ustedes mi enhorabuena.

— No hay de qué.



— Y muy particularmente á usted, caballero.

— ¿A mí?

— ¡Vaya! ¡como que se ha desposado con la felicidad!

— Dice usted bien, por eso la felicidad me trata... como mujer propia.

— ¡Bah! todos los casados se quejan de vicio.

— Es que sólo ellos saben dónde les aprieta... la mujer.

— Así como las mujeres sabrán dónde les aprieta... el zapato.

— Puede ser.

— Hay matrimonio cuyo hogar es un cielo sin nubes.

— Y hogares donde no se ve el sol la mayor parte del

año; cielos plomizos como el de Londres, bajo los cuales, para que sea completa la ilusión, sólo hormiguean *ingleses*.

—De todo hay en la viña del Señor.

—Es verdad... sobre todo *ingleses*. ¡Como que todo el mundo se dedica á su cultivo!

—Veo que está usted de buen humor, y esto prueba precisamente que es feliz, cosa que, á decir verdad, no me extraña, teniendo una mujer dócil, y amable, y dulce.

—¡Mucho!

La esposa, que ha permanecido sumida en desdeñoso silencio durante este diálogo, se levanta furiosa de su silla y se sienta al piano, cuyas cuerdas, heridas rudamente por los martillos, prorrumpen en alaridos é imprecaciones de un género musical que sólo cultivan los nervios sobreexcitados.

—¿Qué es eso que toca? pregunta *sotto voce* el importuno al marido.

—¿Eso? preludio de tempestad...

—¿No le parece á usted de un efecto desgarrador?

—¡Sangriento!

—¿De qué autor es? ¿de Wagner?

—¡Del rey Herodes!

—¡Qué ejecución!

—¡No! la *ejecución* vendrá después.

—¡Demonio! ¡las doce!... me marchó... Volveré pronto.

—Ya sabe usted que puede volver el siglo que guste.

Y el importuno se aleja por fin con rumbo á su casa, donde le dejaremos agradablemente entretenido en aburrir al primer vecino que halla levantado aún, pues esforzado é infatigable, sólo se deja caer rendido en la cama, cuando ya no encuentra á quién combatir con las armas del fastidio.

CASIMIRO PRIETO.

—

## EPIGRAMA

¡Igualdad! oigo gritar  
al jorobado Torroba,  
y se me ocurre pensar:  
¿quiere verse sin joroba  
ó nos quiere jorobar?

MANUEL DEL PALACIO.

# LA VENGANZA DE UN POETA

CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES



Érase un Poeta que salió, en busca de inspiración, á dar un paseito por los alrededores de Atenas.



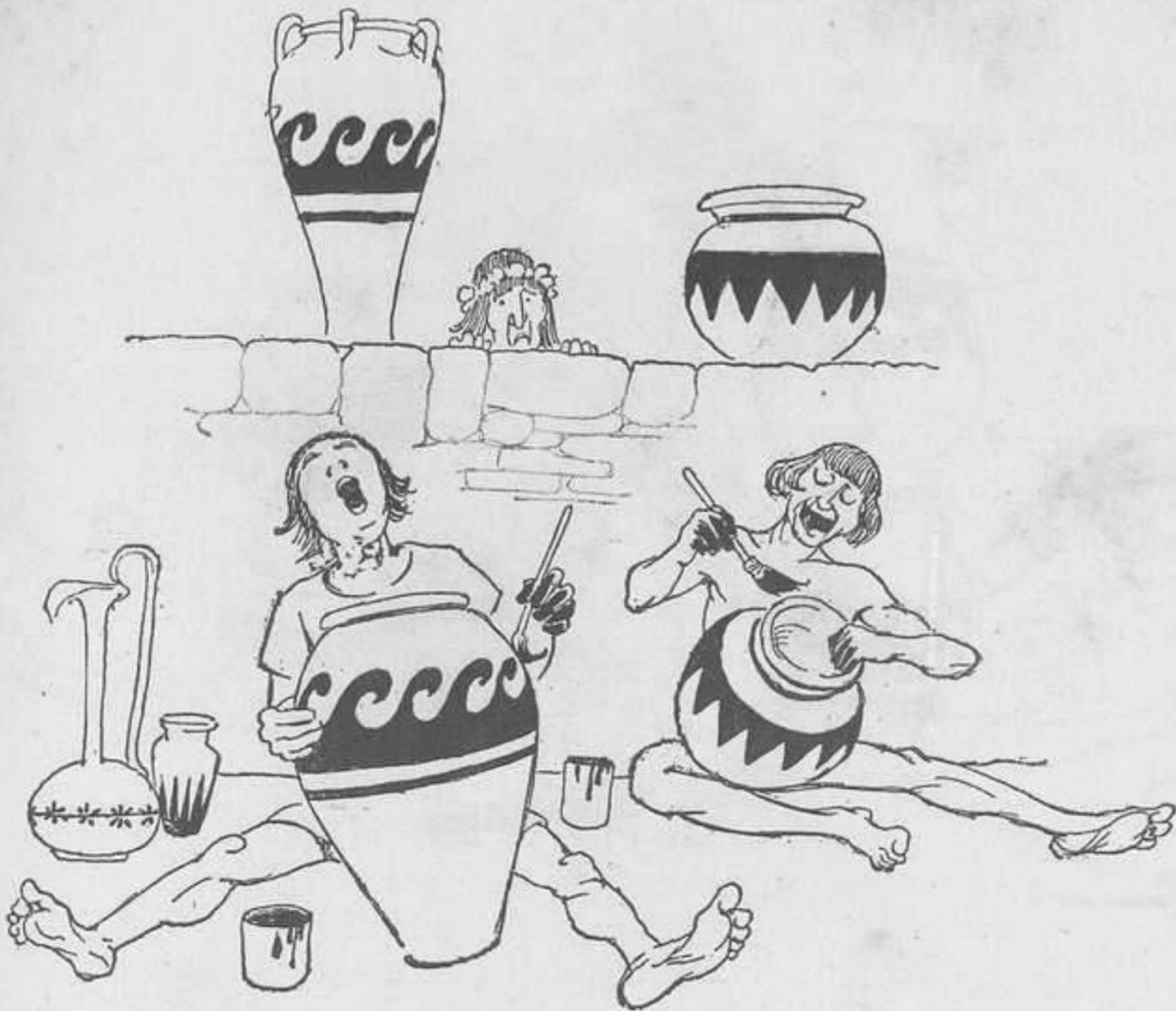
«—¡Por todos los dioses del Olimpo! ¿Qué voces son estas que me taladran el cerebro?»



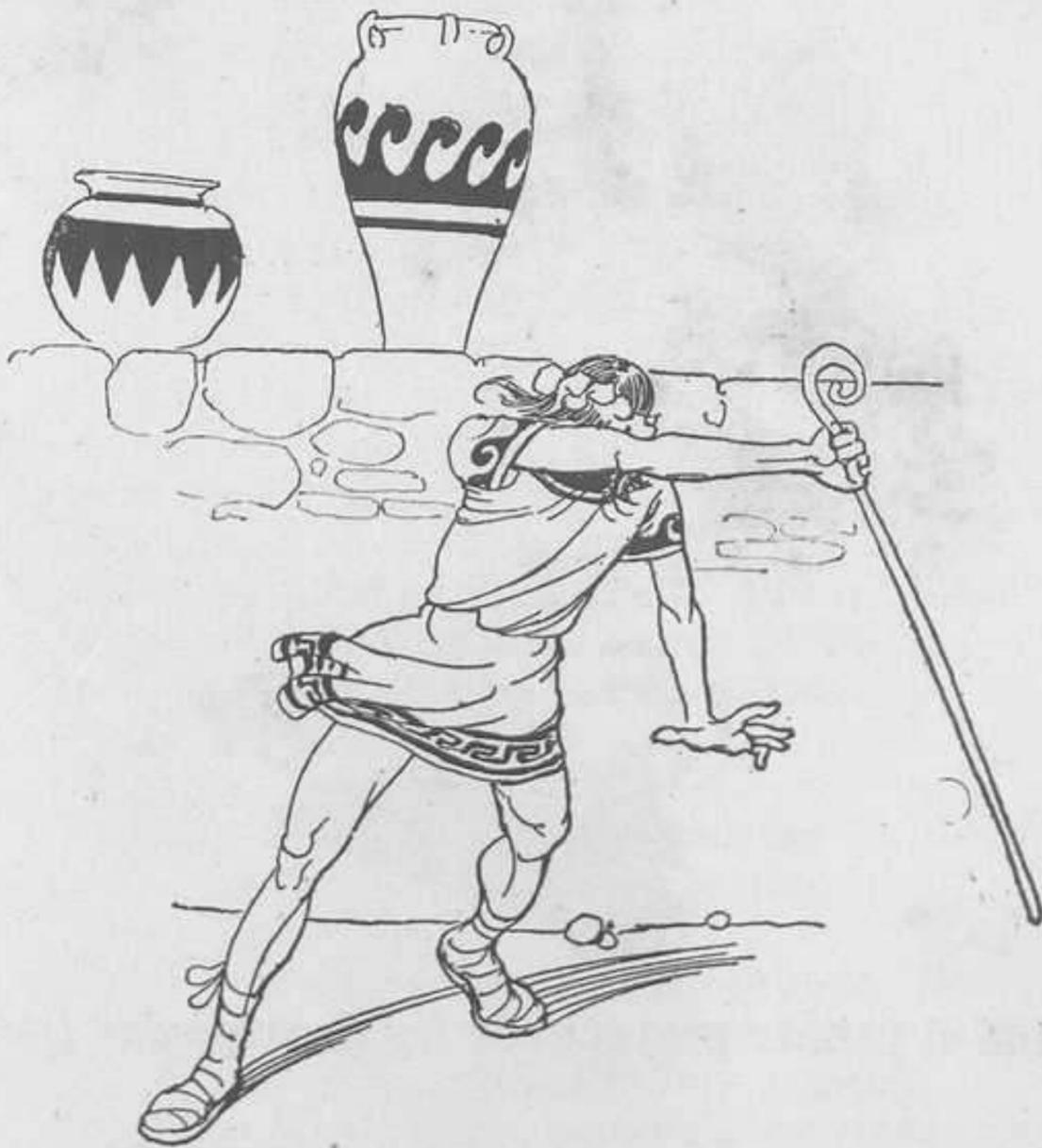
«Pero ¿no son mis propios versos las víctimas inocentes de tamaño desuello?»



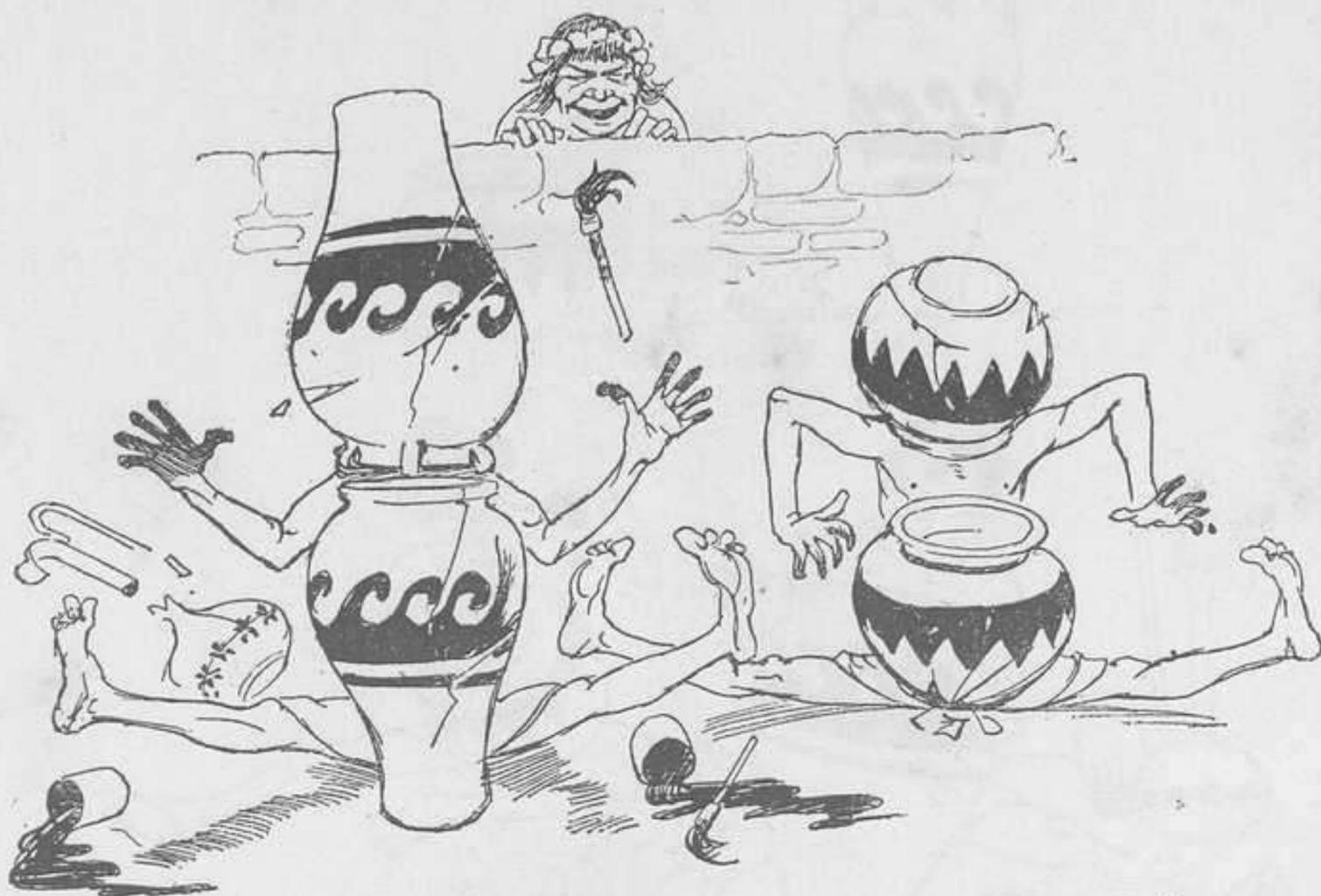
Y asomando las narices á un cercado de donde parecían salir las destempladas voces...



Vió unos desalmados alfareros que estaban trabajando á los desacordes de un himno de nuestro Poeta.



El cual se dijo: — «Pues tan despiadadamente atropelláis mis obras, en las vuestras voy á tomar el desquite.»



JP

Desquite que puso en obra en menos tiempo que necesitó para concebirla.



JP

Y este fué el primer proyecto de *ley de propiedad literaria*.

ALMANAQUE SUD-AMERICANO - ALMANAQUE SUD-AMERICANO - ALMANAQUE SUD-AMERICANO

## ROSA

(CAPÍTULO INÉDITO)

Tú, de todos los dones,  
de la virtud ingenua el más amado,  
trabajo bienhechor, dulce alimento  
que das á los viriles corazones  
impulso nuevo y vigoroso aliento:  
¡oh, cuánto erespreciado  
allí donde del hombre la existencia,  
por su cauce marcado,  
al término fatal corre dichosa  
en paz é independencia,  
como los ríos de mi patria hermosa!

No bien la aurora envía  
su arrebolada luz del horizonte,  
Luciano con sus rudos compañeros,  
que él llama «mis isleros,»  
la senda sigue que conduce al monte.

Con la bombacha nacional vestidos,  
que á sus talles sujeta  
ancha faja de grana  
debajo de la suelta camiseta;  
con sombreros de palma entretejidos,  
el recio pie desnudo  
y el hacha al hombro, de reflejos llena,  
van todos á emprender apercibidos  
la rústica faena.

Del arroyo en las húmedas orillas,  
las bandas de totoras  
derríbanse sonoras  
al filo de sus rápidas cuchillas;  
y luego en grandes haces agrupadas,  
del cauce en el repecho,  
quedan puestas al sol, para que un día  
al gaucho sirvan de modesto techo,  
y á su inocente prole, de alegría.

El hacha aquél levanta:  
con rudos golpes vigoroso hiere  
del alto sauce la robusta planta,  
y el eco, repetido,  
por largo tiempo resonando muere.  
Da el árbol, inclinándose, un chasquido;  
de nuevo el hacha brilladora zumba,  
y aquel gigante que otros siglos vieron,  
agitando los brazos se derrumba  
sobre los hijos que á sus pies crecieron.

Allí, los leñadores  
 destrozan los galanos espinillos  
 que ornó setiembre de doradas flores;  
 más allá, una humareda  
 que sube al cielo en blandas espirales,  
 ó contrastada por el viento, rueda  
 cual desgarrados tules  
 por entre los sauzales,  
 tomando en su verdor visos azules  
 y tintes de alhucema,  
 indica el sitio de la selva donde  
 en vastas piras el carbón se quema.

Abaten otros por allá las frutas  
 que en los ribazos del arroyo, opimos  
 ofrecen los flexibles durazneros  
 en apiñados lúcidos racimos;  
 y los cestos colmados  
 del dorado manjar, en la canoa  
 de airoso corte, si de bandas breve,  
 derraman presurosos, esparciendo  
 así que los duraznos van cayendo,  
 un dulce aroma que á gustarlos mueve.

Y cuando ya no alcanza  
 á soportar más peso, de la orilla  
 huyendo con su carga la barquilla,  
 al Paraná magnífico se avanza;  
 y puesta á un largo la latina vela,  
 rayando el agua con la suelta escota,  
 como blanca gaviota  
 á la opulenta Buenos Aires vuela.

RAFAEL OBLIGADO.

## EN LA PRIMERA PÁGINA DEL ÁLBUM

DE MI HIJA

De lágrimas y flores  
 alfombra Dios la vida;  
 de entrambas abundante  
 cosecha recogí:  
 el cáliz de las lágrimas  
 yo guardo, hija querida;  
 ¡que eternamente sean  
 las flores para tí!

MANUEL DEL PALACIO.

NUESTROS COLABORADORES



Adela Castell

POETISA URUGUAYA

## ADELA CASTELL

Adela Castell no es una entidad literaria, ni sus composiciones poéticas, vaciadas en el molde purísimo del sentimiento, han volado á los cuatro vientos de la popularidad.

Pero es, en cambio, una mujer joven, interesante, y con un caudal de conocimientos relativamente notable, dada la deficiencia de la instrucción científica en el bello sexo.

Los que la conocen íntimamente, aquellos que han leído como en un libro, hojeando día por día, en el seno de la amistad más pura, las páginas azules de su alma noble, valoran el tesoro de santas afecciones que la embellecen.

Entregada al magisterio de mucho tiempo á esta parte, se ha dado cuenta de su misión regeneradora. Más que una institutriz, es una sacerdotisa de la educación popular, en cuyos altares oficia con fe cristiana, levantando su espíritu á las cumbres donde no llegan las vanidades terrenas.

Actualmente dirige en Montevideo la *Escuela de Aplicación*, importante establecimiento donde se inician en los misterios del profesorado gran número de señoritas. Ha sido elevada por sus propios méritos al puesto honroso donde otras llegan por el favoritismo oficial.

Estas líneas no son, en manera alguna, un pasaporte visado por el entusiasmo, que se utiliza á veces como reclamo. Adela Castell no lo necesita. Son apenas cuatro pálidos rasgos de un compatriota ausente y desapasionado, que tal vez puedan servir de esquicio á su fisonomía moral, cuando alguien pretenda adivinarla, contemplando el retrato que engalana este ALMANAQUE.

RICARDO SÁNCHEZ.

Buenos Aires, 1888.

## EPIGRAMA

Luis, político de peso,  
clamaba ayer de esta suerte:  
—«Siempre perseguí el progreso;»  
y no mintió Luis en eso,  
pero le persigue... ¡á muerte!

## SUEÑO

Me miró con mirada indefinible  
y me dijo después:—«¡Ya no te quiero!»  
y aunque no lo creí, sentí del polo  
la ráfaga de hielo,  
y con la voz doliente como un lloro,  
—«¿Por qué?» le pregunté.—«¡Porque te adoro!»

ADELA CASTELL.

Montevideo, 1888.

## MODESTIA



—¡Preciosas ligas!  
—Al verías,  
me acordé de tí.  
—¿Y me obligas,  
siendo pobre, á que use ligas  
con hebillas de oro y perlas?  
¡Es mucho lujo. Gaspar!  
—¡Tuyas son, de todos modos!  
—Todos tus amigos, todos,  
te lo van á criticar.

## EPIGRAMA

—Pero... ¿dónde está papá?  
—Aún no ha vuelto del Rosario.  
—¿Pues no se fué hace dos días?  
¡Vaya un *rosario* más largo!

## DE TEJAS ARRIBA

Yo tengo algo de la misantropía del Solitario de los Trópicos: las personas y las cosas de aquí no me preocupan mayormente. Pero en lo más puro de mis abstracciones y lo más conmovedor de mis éxtasis suelo recordar que la incomunicación absoluta es como la determinación práctica y científica del sistema celular, é inmediatamente, á guisa de protesta activa de mi inculpabilidad, ardo en deseos de echar á vuelo la lengua. ¡Disparate!... porque como estoy siempre solo, nadie puede oirme. Entonces me monto á la grupa de mi fantasía, rompo la atmósfera, subo hasta el éter, que diría cualquier tribuno cursi, y no ya sólo hablo, conferencio, con tal cual estrella que se ha corrido de uno á otro lado del firmamento, ó con cualquier espíritu errante que cambia de planeta, como cambia uno de vecindad. Muchas veces he hablado con el alma de Garibay, y por cierto que he creído ver refundidas en ella las de muchos grandes hombres que, juzgándose dotados de extraordinarias facultades de observación y posesionados del sentido, de la tendencia y del alto secreto del destino histórico de su época, apenas si han conseguido franquear los horizontes de Babia... Ultimamente he conferenciado con las brisas.

Sobre que todo cuanto existe tiene el don de la palabra, no hay para qué discutir. Hablan los átomos, las flores, las hojas, ¡Señor, hasta las hojas de un arbusto anónimo, sin filiación conocida en ninguna variedad botánica! ¡Quién ignora, acaso, de cómo una miserable hierbecilla se quejó de su suerte á Pitágoras, según testimonio de Voltaire? De los animales... no hay nada que decir de los animales. Que hablan también es cosa sabida, probada y confirmada en todo tiempo, desde Esopo hasta muchos oradores parlamentarios muy aplaudidos, cuyos nombres no cito por no ofender su modestia. Quedamos, pues, en que cuanto existe habla.

Esto sentado, les referiré á ustedes mi conferencia con las brisas, pero en capítulo aparte.

\*  
\* \*

Me dijeron:

## LA BRISA DE LAS MONTAÑAS

—Yo me juzgo feliz porque hago obras muy buenas: ensancho los pulmones de quien me respira, soplo la hoguera del aprisco, rizo el agua del arroyo, huelo á tomillo é interrumpo agradablemente el silencio de estas soledades haciendo sonar una miserable flauta de caña y agitando el ramaje de los pinos. Paso por las grutas y me refresco; por los madroñales y me embriago; por el espliego y me perfumo. Corro y no me sienten; miro y no me ven. He conocido á todos los personajes de la leyenda pastoril y contribuído á crear muchos idilios. Oí á la pastora Marcela quejarse de la desventura de Crisóstomo; sentí á Amarilis llorar por Filetas y moví las alas de la tórtola de Francisco de la Torre, cuyo aleteo despertó acaso la inspiración del más ininteligible de nuestros poetas, haciéndole exclamar con la elegancia y dulzura de Góngora:

De la florida falda  
que hoy de perlas bordó la alba luciente,  
tejidos en guirnalda,  
traslado estos jazmines á tu frente,  
que piden, con ser flores,  
blanco á tu seno y á tu boca olores.

En fin, creedme; soy la más rica, la más pura, la más voluptuosa de todas las brisas.

## LA BRISA DEL MAR

—Los marineros sólo tienen miramientos con el huracán, que es de quien puede venirles el daño, y gente dura, acostumbrada á los rigores de los más diversos climas, no sienten emoción ninguna al contacto de mis besos. Sirvo, en suma, para que cuatro rebuscadores de consonantes y cuatro diputados que padecen de incontinencia de palabra, como de cualquier otra incontinencia física, se den ínfulas, tomándome en lenguas, de poetas y oradores... Soy muy buscada, exacto; pero me buscan los escrofulosos, y obligada estoy por esto á saber cosas muy tristes; miles de jovenzuelos

vienen á respirarme, y se van, creyéndose curados, para morir el día antes de los desposorios...

#### LA BRISA DE LA ALDEA

—No soy tan pura como la de las montañas, ni tan buscada como la del mar, pero soy la más alegre. Me enrosco á las cuerdas de la guitarra haciéndola vibrar á falta de tañedores, y me acurruco algunas veces entre los pliegues del corpiño rojo de las zagalas, mezclando á mis rumores cadenciosos en música tiernísima la palpitación creciente de sus corazones amorosos y sencillos. Muchas veces también, cuando el pobre prior de la apartada iglesia, cansado de rezar, ni siquiera para mover las manos tiene ya aliento, yo le ayudo inadvertidamente volviendo con premura generosa las hojas de su breviario. Sereno la frente del cazador fatigado; oreo el nido de las golondrinas que retornan á estos lugares apacibles atraídas por el amor cristiano de sus moradores, y regalo con el perfume sorbido en el cáliz de la flor silvestre á las chiquillas, regocijadas por las adivinaciones de una pubertad temprana...

#### LA BRISA DE LAS CIUDADES

—Estoy condenada á saber impúdicos secretos y á recoger el eco de míseras murmuraciones. Labios refresco que quisiera ver quemados, y gasas agito en los salones que quisiera ver rotas. Me abraso en el pecho de gentiles damas, y muevo abanicos donde hay historias de que deberían entender los tribunales. Paso por los alcázares y me hieló de espanto; por los cafés y me aturdo; por las alcobas y me abochorno. Huelo á cosmético, á heno, á vinagrillo de tocador y á mil otros menjurjes...

En este momento atravesaron el espacio un águila, un ruiseñor y un grajo. Los detuve, los interrogué y me dijeron lo que ustedes leerán en otro capítulo.

\*  
\* \*

#### EL ÁGUILA

—Me río mucho de vosotros al oiros llamar reyes de la creación... El hombre, rey... ¡qué desatino!... En todo caso,

para dar con una testa coronada, es preciso atravesar por millares de vasallos. Y luego, no es lo mismo reinar en los pueblos que en los aires, ni asistir á las tragedias de la tierra de tejas abajo, que desde el *parterre* de una colina ó desde el balconcillo de un altonazo... ¡Pobrecillos! Todos vuestros afanes y vuestros estudios, tanto engullir filosofía y tanto batallar en los parlamentos, en los talleres, en las calles, tiene por alto y único objeto el buscarles ocupación á los dientes. Os tiráis á la honra y á la cabeza con calumnias, con sátiras, con piedras y con balas por un pedazo de pan, y yo sin erudición, sin trabajo y sin riesgo, estoy harta á todas horas de carne de gallina... Os surtís de agua y de luz en los derrames, yo la bebo en sus orígenes; es decir, poso mis ojos en el mismo sol, y meto mi pico en la nieve virgen de las cimas.

#### EL RUISEÑOR

—Entre nosotros abundan las categorías. Los hay benévoloos que se dejan coger de la mano de una niña caprichosa para asegurar espléndido plato de *rosita*; los hay burgueses, especie de tenores de verano que cantan al aire libre y se llaman pomposamente señores del bosque, y los hay que constituyen el divino coro, á cuya raza pertenezco yo. Nosotros vengamos al pobre niño muerto de la algarabía con que le despide el cura en el cementerio, anunciando á voz llena su llegada á la gloria; despertamos la aurora con la sublime diana, y cada una de nuestras gargantas forma un pequeño tubo del inmenso órgano de los cielos. Lo que vosotras llamáis ángeles y querubines, no son tales querubines, ni ángeles, sino ruiñeñores...

El animalito huyó en seguida, pero como si hubiese dejado olvidada alguna cosa, tornó á mí y me dijo con mucha gravedad: —Expresiones á Gayarre.

#### EL GRAJO

—Vosotros, aun los más felices y los más grandes, exclamáis á la continua: —“Esta vida es una miseria y hay que pasarla á tragos...” —El trago es de vino... De suerte que vuestra felicidad, vuestro paraíso, está entre Pinto y Valdemoro... Pues ese es precisamente mi coto redondo...

¡Desdichados! ¿No lo veis? Vosotros preparáis la tierra, arrojáis el sarmiento, formáis la vid, en una palabra, cultiváis la viña y yo la vendimio... Estoy, además, fuera de la tiranía de la ley del aforo... Por otra parte, ¡cuántos grandes señores no se afanan por parecerse á mí! No obstante, dirán que soy un pajarraco feo; lo soy ciertamente, pero aun así, el grajo vale mucho más que el hombre, porque al fin vuela, come, bebe y no paga contribución.

\* \*  
\*

No quise oír más y volví á la tierra; el señor grajo tenía razón. Acaso la condición humana es inferior á la de las últimas escalas zoológicas. Si nos ha tocado mayor suma de discernimiento en el reparto, no puede compensarse esta ventaja teórica con el peso excesivo de nuestra responsabilidad. Y, francamente, mírese como se mire el asunto, es lo cierto que entre esos miles de braceros que cultivan las viñas sin probar una uva, y esa multitud de pedantes que se afanan sin éxito por romper el círculo de su esfera, dar relieve á su figura y remontar el vuelo, se levantarán continuamente voces incesantes, gritando: — ¡Dios mío, quién fuera grajo!

EDUARDO GÓMEZ SIGURA.

---

## EN GÉNOVA

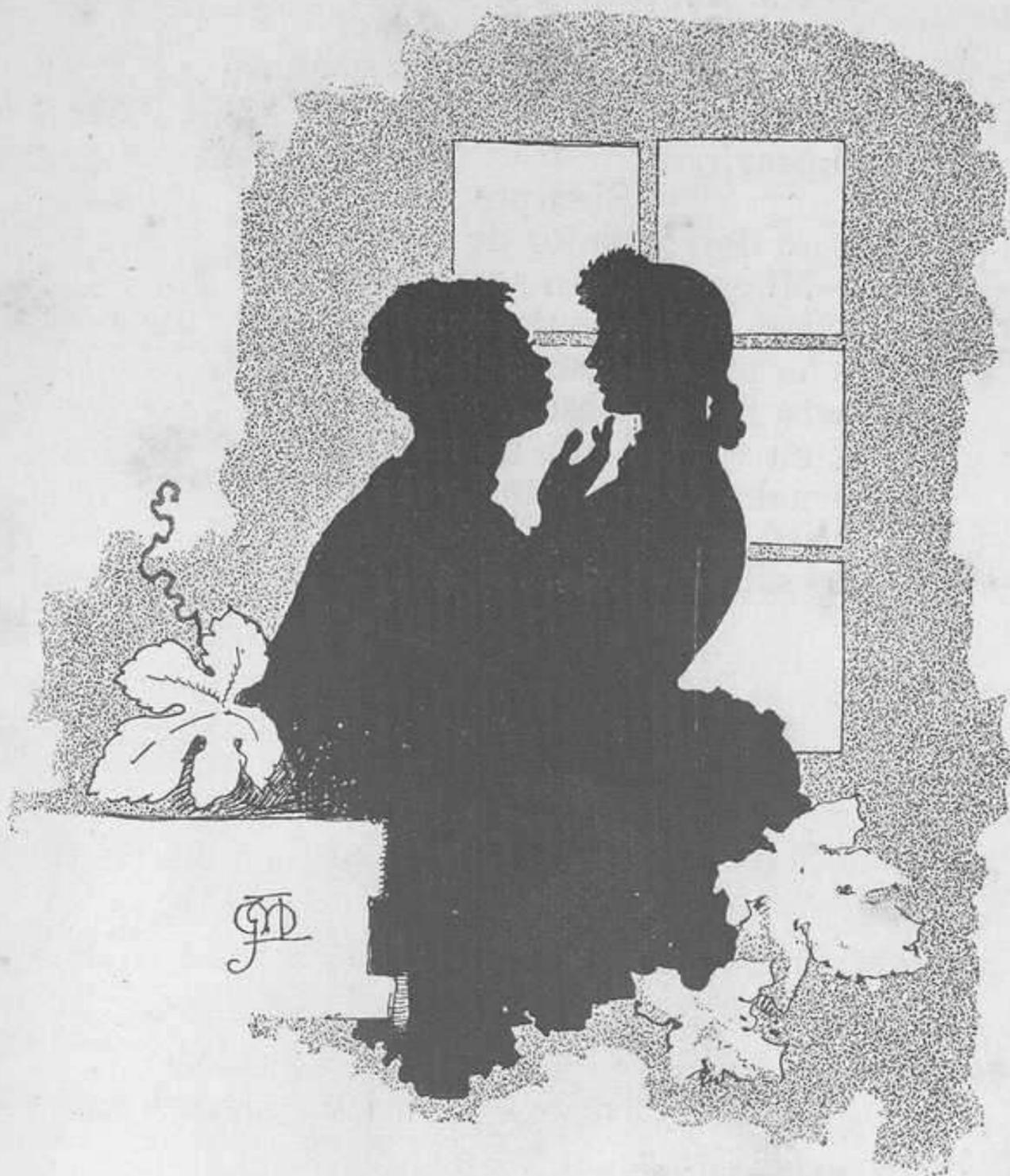
---

Como gaviotas blancas  
en mar de inquietas olas,  
vuelan mis pensamientos,  
y van, vuelven y tornan.

Bandadas que se apiñan  
por mi cerebro rondan:  
y cantan como cantan  
alciones y gaviotas!

Detén tus pensamientos  
y el largo vuelo acorta,  
que hay rayos en las nubes  
y abismos en las olas.

GUILLERMO MATTA.



## BESOS EXPLOSIVOS

—¡Por Dios, hijos!... tened seso.  
 —Pues si el cuadro no le alegra,  
 ¡cierre usted los ojos, suegra!  
 —¿Acabó por fin el beso?  
 ¿Queréis al diablo tentar,  
 sin ver mis ansias y agobios,  
 ó es el beso de los novios  
 el beso de no acabar?  
 —¡Puede ser! expresión grata  
 de dulcísima afección,  
 al calor de la pasión  
 en los labios se dilata.  
 Por eso cuando el hastío  
 va trocando el fuego en nieve,  
 el beso es rápido y breve,  
 pues *se encoge* con el frío.  
 —¿Conque tanto un beso dura,  
 cuando le engendra el placer?

—Y si no, muere al nacer;  
¡cuestión... *de temperatura!*  
—Comprendo sus embelesos;  
mas no se debe, en rigor,  
abusar...

—Siempre fué Amor  
gran derrochador de besos.  
—Mi esposo, sin ser esquivo,  
buscó el momento oportuno,  
y no me dió más que uno;  
pero fué un beso... ¡explosivo!  
Y en verdad que no me pesa  
prueba de amor tan vehemente,  
y eso que, del accidente  
no salí del todo... ilesa.

CASIMIRO PRIETO.




---

## EPIGRAMA

---

(IMITACIÓN DEL ITALIANO)

Casó con viuda rica Altisidoro,  
y un amigo le dijo: — ¡Gran bobada,  
te casas con un siglo! — ¡Pues es nada!  
¡el siglo de mi novia es siglo de oro!

GUILLERMO MATTA.

## EL MEJOR RECUERDO



**A** PENAS entraron en la espléndida sala, cuyos muros eran de pórvido rosa incrustados de amatistas, los tres Príncipes, que eran casi unos niños todavía (porque Aymón, el primogénito, tenía diez y siete años, Colombán diez y seis y Roselín quince), dijeron, hablando al mismo tiempo, al bueno del Encantador, que estaba sentado en un trono de jaspe y con los pies sobre la crin de un dragón domesticado:

— ¡Oh, ilustre Mago, que has adquirido á fuerza de prodigios y de acciones generosas una reputación sin ejemplo en el mundo! Sabe que nosotros somos hijos de un Rey y queremos ser poetas.

El Encantador se echó á reir bondadosamente.

— ¿Nada más que eso? dijo. ¿Queréis ser poetas? ¡Poetas! Es decir, que de simples herederos de un Monarca queréis haceros semejantes á los dioses. Ser poeta, niños, es no ignorar nada, es no tener nada que desear, puesto que se posee todo, y encontrar, sin embargo, en la posesión las inacabables delicias del deseo. Aquel á quien es otorgado el don de la poesía vive en el eterno encanto de los ritmos que le acarician; pisa tapices de púrpura y rosas, y eleva la frente hasta las estrellas. Los pájaros y las rosas le quieren y las mujeres se mueren de amor por él. ¡Deseáis ser poetas! Lo creo. No tenéis mal gusto; pero por vuestro atrevimiento debería hacer que os pusieran á la puerta

de mi palacio esos negros vestidos de seda roja que son mis servidores. Pero me acuerdo de haber visto hace mucho tiempo á la Princesa, que luego fué vuestra madre, coger amapolas en un campo de espigas de oro, y recuerdo que tenía una gracia inimitable para buscar flores. Además, me



CV

habéis sido recomendados por un ruiñeñor amigo mío que tiene la costumbre de cantar por las tardes sobre el árbol en flor que está frente á la ventana donde vais á soñar. Quiero hacer algo en vuestro obsequio. Consiento en que uno de vosotros sea poeta, y me parece que debéis darme gracias de rodillas.

Los Príncipes se arrodillaron con aire de profunda gra-

titud, pero en el fondo estaban menos satisfechos de lo que parecían.

—¡Uno de nosotros! dijeron. ¿Cuál, ilustre Mago?

El Encantador respondió:

—Aquel de vosotros que sea menos indigno de la gloria á que aspira. Escuchadme bien. Durante un año recorreréis el mundo, pero no reunidos. Miraréis los seres y las cosas, y después volveréis á mi palacio de pórfido rosa, incrustado de amatistas, y á aquel que traiga el recuerdo más bello de su viaje le otorgaré el don de la poesía.

\* \* \*



UANDO transcurrió el año, los Príncipes volvieron á la morada del ilustre Mago, cuya barba era del color de las rosas blancas.

Los tres se inclinaron profundamente, porque habían sido muy bien educados en la corte del Rey su padre y sabían cómo hay que conducirse con los Encantadores.

—Y bien, Príncipes, preguntó el Mago, ¿qué os ha ocurrido en vuestros viajes? ¿Qué cosa os ha parecido, entre todas, más merecedora de admiración? Habla tú antes que tus hermanos, Aymón, ya que eres el primogénito.

—Lo más sublime que he visto, dijo Aymón, ha sido una batalla en una vasta llanura, iluminada por el sol poniente. Las armaduras sonaban y resplandecían al chocar; los estandartes revoloteaban sobre el tumulto como grandes aves siniestras con las alas desgarradas. Los gritos de victoria ahogaban los clamores de los vencidos. Las espadas resplandecían luminosas en el aire como un millón de tallos

floridos con destellos de acero, y mientras que los vencidos huían hacia el horizonte ensangrentados y llenos de pavor, aparecía sobre un caballo blanco en la cima de la colina, sobre que flotaban las nubes de oro y púrpura, el General vencedor, cuyo penacho agitaba el aire.

—Ciertamente es un hermoso espectáculo, cuando hace buen tiempo, ver combatir á los héroes de las brillantes armaduras. No te oculto, Aymón, que tienes alguna proba-



bilidad de obtener el don de la poesía, dijo el Encantador; y tú, ¿qué has visto? preguntó volviéndose á Colombán.

—Yo he visto muchas cosas que no me han parecido dignas de la atención que otros hombres las conceden. Los parques reales, donde pasean arrastrando sus ropajes de seda tantas hermosas princesas; las cortesanas, que mientras se las habla de amor se divierten escuchando el ruido que hacen los rubies al caer en una copa hecha de una sola perla; el poder de los reyes, la opulencia de los avaros, el lujo, los triunfos, las glorias, ¿qué vale todo esto? Desesperaba verdaderamente de encontrar alguna cosa cuyo recuerdo mereciera vivir dentro de mí, cuando entré en

una ciudad en que la peste hacía grandes estragos. Daba compasión ver tantos moribundos y tantos cadáveres en las calles, en el suelo, por todas partes. El contagio estaba disuelto en el aire, y ya me disponía á salir de aquella lúgubre población, cuando ví aparecer en ella unas mujeres que iban de enfermo en enfermo ofreciendo remedios y consuelos. No tenían miedo de adquirir la horrible enfermedad. Arrostraban las molestias, los peligros, hasta la muerte, con tal que sufrieran menos aquellos desgraciados y estuviesen menos abandonados. Entonces me sentí lleno de una ferviente adoración hacia aquellas mujeres misericordiosas, y comprendí que no vería nada más bello sobre la tierra.

El buen Encantador dijo:

—Es un noble espectáculo el que nos ofrece la caridad. No te oculto, Colombán, que, como tu hermano mayor, tienes alguna probabilidad de conseguir el don de la poesía.

Pero Roselín, el más joven de los tres hijos del Rey, fresco y delicado como una flor, no había hablado aún.

\* \* \*



o no he visto, dijo al ser preguntado, batallas en las llanuras alumbradas por el sol poniente, ni tampoco á las personas caritativas que cuidan á los moribundos en las ciudades, porque el día de nuestra partida, á los primeros pasos, he visto una cosa después de la cual no he querido ver nada más, y por lo cual bien comprendo que no seré yo el que consiga el premio.

—¿Qué has visto tú? preguntó el Mago.

—Voy á decirlo, contestó Roselín. Al entrar en una de las calles de un pueblecito he visto á una mujer joven que lloraba. Sus ojos de color de cielo parecían dos miosotis humedecidos por la lluvia. Era divina. Yo la dije, mirando sus ojos llenos de lágrimas:—“¿Cuál es la causa de vuestra

pena?" — "La causa de mi pena, respondió ella, es que mi prometido, el único hombre á quien he amado, me acaba de abandonar para seguir en sus aventuras á una saltimbanqui que ha pasado por aquí." Y sollozaba, ocultando el rostro con sus manos delicadas y pálidas. Entonces yo lloré también, y después, en mis viajes, no he visto nada, porque aún tenía los ojos velados por las lágrimas que la pena de aquella niña me había hecho verter.

El Encantador exclamó alzando su barba blanca:

— Tú serás el poeta, hijo mío, porque nada hay tan noble ni tan sagrado como el dolor de una mujer enamorada. Tú eres el que ha traído el mejor recuerdo. Pero no necesito otorgarte el don de la poesía, porque el que llora como tú con las mujeres desgraciadas es ya poeta.

CÁTULO MENDES.

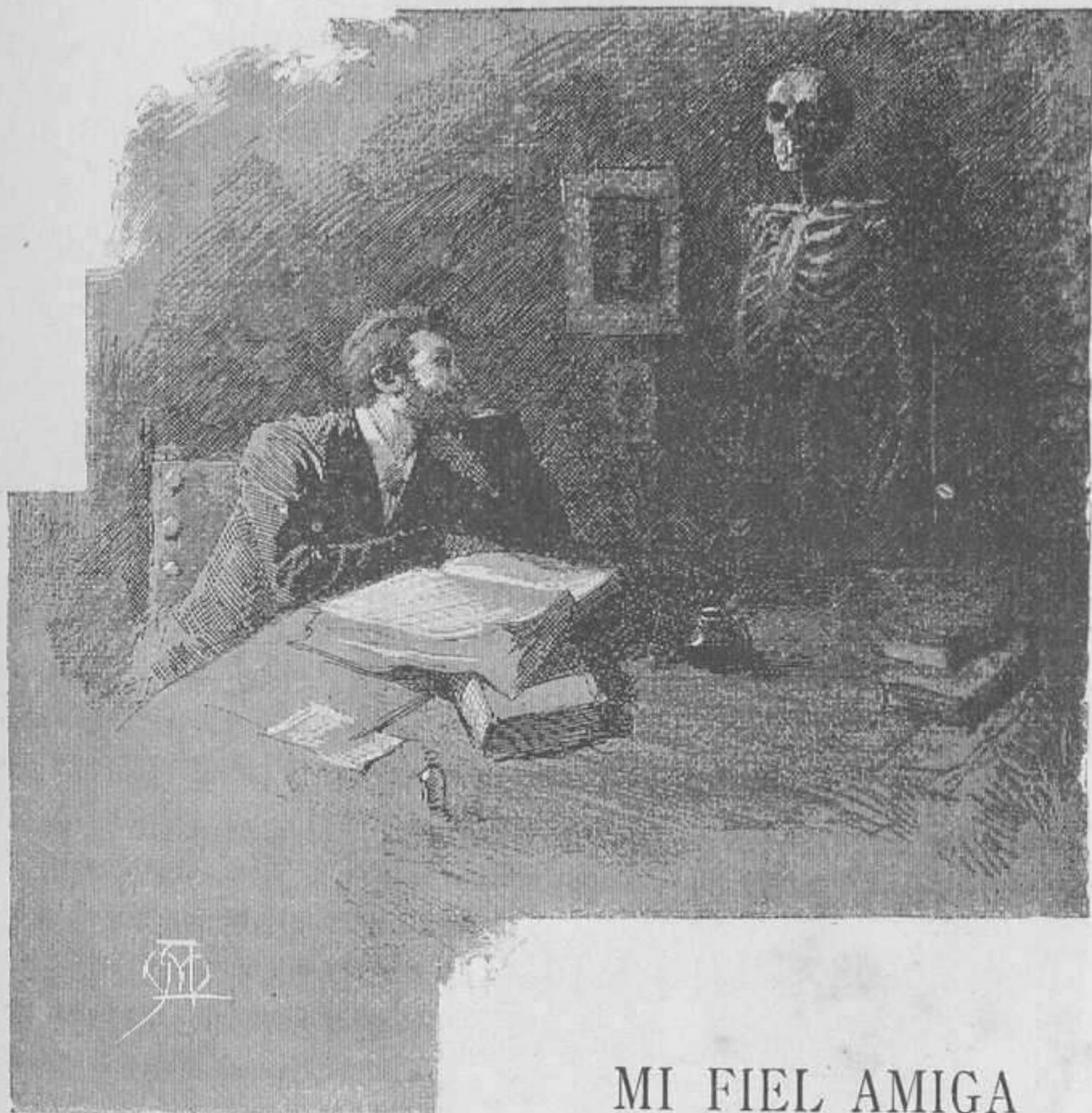


## EPIGRAMA

— ¿Te hiciste escritor, tunante,  
y hasta hoy tal nueva me callas?

— Pronto daré, Dios mediante,  
á luz *un hijo*...

— ¡Hombre! ¿te hallas  
en estado interesante?



## MI FIEL AMIGA

En mi sencillo cuarto  
tengo una calavera,  
y en mis horas fantásticas, deporto  
con esta inseparable compañera.

Es una fiel amiga  
cuya suerte deploro...  
Enigma del no ser, algo me obliga  
á ver en ella un íntimo tesoro.

Hace ya tiempo largo  
que soy su triste dueño...  
Ella en tinieblas vela mi letargo,  
y ella tan sólo sabe por quién sueño.

Como la muerte helada,  
y tranquila como ella,  
del espíritu eleva la mirada  
al *más allá* donde el saber se estrella.

A veces la doy vida,  
y me supongo hablarla  
cuando el cerebro, hoy lámpara extinguida,  
debió profusamente iluminarla.

Yo penetro su abismo,  
y no es indiferente...  
con la voz sin palabras del mutismo  
algo le cuenta á mi enfermiza mente.

Si pienso mal en noches  
de negras fantasías,  
iluso miro enérgicos reproches  
en sus cuencas heladas y vacías.

Pero forma á su rostro  
en vano darla anhelo...  
Cansado al fin, mi voluntad yo postro  
ante esa horrible máscara de hielo!

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo.



## LA MUERTE DE BACO

¡Ya no existes, buen dios! Cayó en el cieno  
tu corona de pámpanos y flores,  
y gimen de la Arcadia los pastores  
al recordar las gracias de Sileno.

No alegran como ayer el bosque ameno  
de sátiros y ninfas los amores,  
ni se agrupan en juegos seductores  
alta la copa y descubierto el seno.

Hoy, del arte borrando los caminos,  
trueca la industria en filtros las bebidas,  
y ofrece, en vez de coros peregrinos,

hordas por el alcohol embrutecidas,  
donde recluta el crimen asesinos,  
la fiebre locos y el amor suicidas.

MANUEL DEL PALACIO.



NUESTROS COLABORADORES



D. Roberto J. Payró

LITERATO ARGENTINO

## EL CIEGO

No había contemplado jamás ni las deslumbradoras claridades del sol, ni los resplandores tibios del astro melancólico de las noches. Nació condenado á perpetuas tinieblas.

En su semblante reflejábese la paz del que, viviendo en medio de las miserias de este planeta, ignora las ruindades de los hombres.

Varonil hermosura, inteligencia clara y carácter firme eran sus adornos, á los que había que añadir un don especial y raro, hecho á él quién sabe por qué maga benéfica: la más intachable rectitud.

Desde que sintió á Elena por vez primera al lado suyo, experimentó algo extraño, incomprensible para él.

Era bella, y no podía verla sino con los ojos del alma, pero se la figuraba hermosísima al oír su voz, que despertaba en su espíritu melancólicos y dulces ecos.

La amó loca, inmensamente, y desde que comprendió la pasión que se alimentaba con su propia vida, no buscó más que la ocasión de ofrecerla en holocausto á la hermosa mujer.

Un día, un bello día de primavera, en que renacía la Naturaleza, madre fecunda, aun no cansada de producir, ambos se encontraron solos, absolutamente solos, el ciego enamorado y la niña gentil de ojos azules, llenos de luz.

Él, tembloroso, lleno de temor, apenas si se atrevió á formular la rítmica frase, siempre repetida y siempre nueva, y sus labios quemáronse con el sacro fuego del "yo te amo."

Y Elena, conmovida al escuchar el apasionado arrullo, abriendo sus hermosísimos ojos al porvenir, adivinando en su sencillez de niña el problema de la vida, cuyo primer planteo acababa de serle presentado, permaneció en silencio.

Había entrevisto más de una vez, allá entre sueños, magníficos vestidos, joyas inestimables con que adornar su hermosura, y más de una vez también habíase soñado reina en los salones y paseos. Mil jóvenes se disputaban su amor, y ella, erguida, como diosa vengadora de las mujeres no

amadas, pasaba indiferente entre ellos, con el corazón frío y la sonrisa en los labios.

El, Ricardo, el hombre que no había contemplado jamás ni las deslumbradoras claridades del sol, ni los resplandores tibios del astro melancólico de las noches, esperaba temblando la respuesta... Por fin sus labios formularon, atrevidos, una segunda frase, y las vibrantes notas del "¿me amas?" fueron á confundirse con los últimos acordes de la cadencia primera.

Elena sonrió; presentóse á su vista el brillante cuadro de su vida de mujer hermosa y joven, y con su voz más dulce y acariciadora, con su voz semejante al arrullo de la paloma enamorada, contestó lentamente, lentamente:

—No, no te amo; quiero dar mi corazón al hombre que pueda admirar mi hermosura, y quedarse extasiado en mi contemplación. Porque soy bella, más bella de lo que tú puedes soñar ¡pobre ciego!...

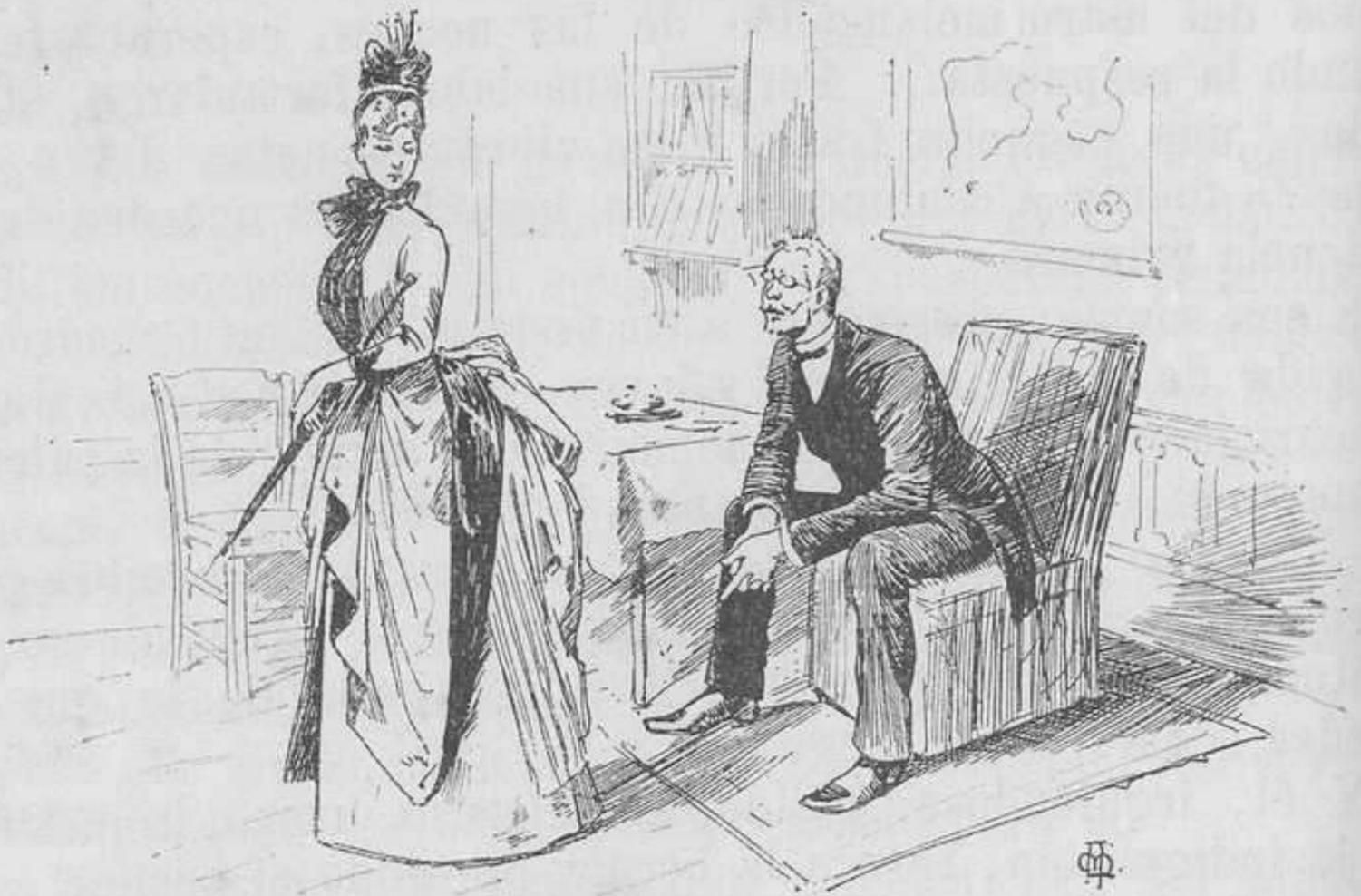
Y él, irguiéndose, pálido, tembloroso, como la estatua de la indignación, reseca la boca y oprimido el pecho:

—¡Tiembla, exclamó, de que el hombre que así te admire llegue á verte como te ha visto el ciego!... Porque hay dos bellezas á cual más grande: la del alma y la del cuerpo; ¡y desgraciada la mujer que no posea más que la segunda! ¿No puedo ver tu hermosura? En cambio veo tu fealdad que me espanta y me horroriza. ¡Eres más ciega que yo, y más tarde, como ahora á mí, te será negada la luz que ilumina y calienta!... Mañana algún otro ciego te llevará al altar, ceñida tu cabeza con la corona de azahares, y cubierto el divino rostro con el velo blanquísimo de las desposadas inocentes... Pero él no te verá como yo te veo hasta después, cuando llegue el desvanecimiento de sus sueños y cuando aparezca la realidad desnuda y helada... Y el día en que tu hogar se extinga, y no quede más que un puñado de cenizas donde antes hubo un volcán, rodarán por tus mejillas lágrimas amargas, que creerás de hiel y vinagre cuando humedezcan tus labios de rosa, y exclamarás, con la mirada vaga y el pecho palpitante:

“—¡Oh! ¡Aquel ciego veía, veía, veía! ¡Yo estaba sumida en las profundas tinieblas! ¡Yo estaba herida por la ceguera del alma, mil veces más terrible que la del cuerpo!...”

ROBERTO J. PAYRÓ.

## UN SÍMIL



—Tan necia murmuración  
debiera moverte á risa.  
—La murmuración, Elisa,  
se parece al *polissón*:  
siempre de una y otro en lo hondo  
con toda su falsedad,  
hay un *fondo de verdad*,  
¡y á veces hasta un *gran fondo*!

## CEREBRUS POTENS

Hay hombres que me abruman. Con sus dichos  
y estúpidos caprichos  
se hacen por la razón ingobernables...  
¡Oh, atletas formidables!  
Al fin me vencen y mis armas quiebro,  
porque estos miserables  
tienen la *fuerza bruta*... en el cerebro.

CARLOS G. AMÉZAGA.

Lima.

## CÉSAR EN CASA

Juan, aquel militar de tres abriles,  
que con gorra y fusil sueña en ser hombre,  
y que ha sido en sus guerras infantiles  
un glorioso heredero de mi nombre;

ayer, por tregua al belicoso juego,  
dejando en un rincón la espada quieta,  
tomó por voluntad, no á sangre y fuego,  
mi mesa de escribir y mi gaveta.

Allí guardo un laurel, y viene al caso  
repetir lo que saben mil testigos:  
esa corona de oropel y raso  
la debo, no á la gloria, á mis amigos.

Con sus manos pequeñas y traviesas  
desató el niño de la verde guía  
el lazo tricolor do están impresas  
frases que no descifra todavía.

Con la atención de un ser que se emociona  
miró las hojas con extraño gesto,  
y poniendo en mis manos la corona,  
me preguntó con intención: — «¿Qué es esto?»

— «Esto es, repuse, el lauro que promete  
la gloria al genio que su luz inunda...»

— «¿Y tú por qué lo tienes?»

— «Por juguete,»  
le respondió mi convicción profunda.

Viendo la forma oval, pronto el objeto  
descubre el niño de la noble gala;  
se la ciñe faltándome al respeto,  
y hecho un héroe se aleja por la sala.

¡Qué hermosa dualidad! Gloria y cariño  
con su inocente acción enlazó ufano,  
pues con el lauro semejaba el niño  
un diminuto emperador romano:

Hasta creí que de su faz severa  
irradiaban celestes resplandores,  
y que anhelaba en su imperial litera  
ir al Circo á buscar los gladiadores.

Con su nuevo disfraz quedé asombrado,  
 (no extrañéis en un padre estos asombros),  
 y corrí por un trapo colorado  
 que puse y extendí sobre sus hombros.

Mirélo así con cándido embeleso,  
 me transformé en su esclavo humilde y rudo,  
 y — «¡Ave, César! le dije, dame un beso,  
 ¡yo, que muero de penas, te saludo!»

--«¿César?» me preguntó lleno de susto,  
 y yo, sintiendo que su amor me abrasa,  
 —«¡César! le respondí, ¡César augusto  
 de mi honor, de mi nombre y de mi casa!»

Quitéle el manto, le volví la espada,  
 recogí mi corona de poeta,  
 y la guardé, deshecha y empolvada,  
 en el fondo sin luz de mi gaveta.

JUAN DE DIOS PEZA.

Méjico.

---

## EL POETA

---

AL EMINENTE POETA DON RAFAEL OBLIGADO

Por entre el vulgo que se agita y clama  
 en luchas y delirios de una hora,  
 sólo pasa, en su frente soñadora  
 llevando excelsa misteriosa llama!

El fuego oculto que su mente inflama  
 la savia toda de su ser devora;  
 y por la inquieta Humanidad que llora  
 su destrozado corazón derrama;

en sacrificio augusto, frente al Numen  
 que es de las Cosas implacable azote  
 y cuyos ígneos rayos le consumen,—

sin que jamás su abnegación se agote,—  
 lleva en sí mismo, en trágico resumen,  
 LA VÍCTIMA, EL ALTAR Y EL SACERDOTE.

NUMA P. LLONA.

Lima.

# UN MOTIN DE LIMEÑAS

(TRADICIÓN)



QUEL día, que era el 10 de Febrero de 1601, Lima estaba en ebullición. El siglo XVII, que apenas contaba cuarenta días de nacido, empezaba con berridos y retortijones de barriga. Tanta era la alarma y agitación de la capital del virreinato, que no parecía

sino que se iba á armar la gorda y á proclamar la independencia, rompiendo el yugo de Castilla.

En las gradas de la, por entonces, catedral en fábrica, y en el espacio en que, más tarde, se edificaron los portales, veíase un gentío compacto y que se arremolinaba, de rato en rato, como las olas de mar embravecidas.

En el patio de palacio hallábanse la compañía de lanzas, escolta de su excelencia el virrey marqués de Salinas, con los caballos enjaezados; un tercio de infantería con mosquetes, y cuatro morteros servidos por soldados de artillería, con mecha azufrada ó candelilla en mano. Decididamente el gobierno no las tenía todas consigo.

Algunos frailes y cabildantes abríanse paso por entre los grupos, dirigiendo palabras tranquilizadoras á la muchedumbre, en la que las mujeres eran las que mayor clamoreo levantaban. Y ¡cosa rara! azuzando á las hembras de medio pelo, veíanse varias damas de basquiña, con soplillo (abanico) de filigrana, chapín con virillas de perlas, y falda de gorgorán verde marino, con ahuecador ó faldellín de campana.

— ¡Juicio, juicio, y no vayan á precipitarse en la boca del lobo! gritaba fray Antonino Pesquera, comendador de la Merced, que, en Lima, desde los tiempos de Pizarro, siempre anduvieron los mercenarios en esos trotes.

—Tengan un poquito de flema, decía en otro grupo don Damián Salazar, regidor de alcabalas, que no todo ha de ser cata la gallina cruda, cáatala cocida y menuda.

—No hay que afarolarse, peroraba más allá otro cabil-dante, que todo se arreglará á pedir de boca, según acabo de oírsele decir al virrey.

—La Real Audiencia, continuaba el comendador, se está ahora mismo ocupando del asunto, y tengo para mí que, cuando la resolución demora, salvos somos.

—*Benedicamus Domine et benedictus sit Regem*, añadió



en latín macarrónico el lego que acompañaba al padre Pesquera.

Las palabras del lego, por lo mismo que nadie las entendía, pesaron en la muchedumbre más que los discursos del comendador y cabildantes. Los ánimos principiaron, pues, á quietarse.

Ya es tiempo de que pongamos al lector al corriente de lo que motivaba el popular tumulto.

Era el caso que la víspera había echado anclas en el Callao una escuadra, con procedencia de la Coruña, y traído el *cajón de España*, como si dijéramos hoy las balijas de la mala real.

No porque la imprenta estuviera aún, relativamente con su desarrollo actual, en pañales, dejaban de llegarnos gacetas. A la sazón publicábase en Madrid un semanario titulado *El Aviso*, y que durante los reinados del tercero y cuarto Felipe fué un periódico con pespuntes de oficial; pero, en el fondo, una completa crónica callejera de la coronada villa del oso y el madroño. Imprimíase en un pliego de papel amarillento, y con tipo de chavacana fundición.



Los *Avisos* recibidos en Lima aquel día traían, entre diversas reales cédulas, una pragmática promulgada por bando en todas las principales ciudades de España, en junio de 1600, pragmática que había bastado para alborotar aquí el gallinero. — Antes morir que obedecerla, dijeron á una las buenas mozas de mi tierra, recordando que ya se las habían tenido tiesas con Santo Toribio y su Concilio, cuando ambos intentaron legislar contra la saya y manto.

Decía así la alarmadora pragmática:

“Manda el rey, nuestro señor, que ninguna mujer, de cualquier estado y calidad que fuere, pueda traer ni traiga guarda-infante, por ser traje costoso y superfluo, feo y des-

proporcionado, lascivo y ocasionado á pecar, así á las que lo llevan como á los hombres por causa de ellas, excepto las mujeres que públicamente son malas de su persona y ganan por ello. Y también se prohíbe que ninguna mujer pueda traer jubones que llaman escotados, salvo las que de público ganen con su cuerpo; y la que lo contrario hiciere incurrirá en perdimiento del guarda-infante y jubón, y veinte mil maravedís de multa.”

Precisamente no había entonces limeña que no usara fal-



dellín con aro, lo que era una especie de guarda-infante más exagerado que el de las españolas; y en materia de escotes, por mucho que los frailes sermonearan contra ellos, mis paisanitas erre que erre. Todavía prosigue la pragmática:

“Y asimismo se prohíbe que ninguna mujer, que anduviere en zapatos, pueda usar ni traer verdugados, virillas claveteadas de piedras finas como esmeraldas y diamantes, ni otra invención ni cosa que haga ruido en las basquiñas, y que solamente pueda traer los dichos verdugados con chapines que no bajen de cinco dedos.—Item, á las justicias negligentes en celar el cumplimiento de esta pragmática:

tica se les impone, entre otras, la pena de privación de oficio.”

Afortunadamente, la Real Audiencia, después de discutirlo mucho, acordó dejar la pragmática en la categoría de *hostia sin consagrar*; es decir, que no se promulgó por bando en Lima, y que Felipe II encontró aceptables las observaciones que, respetuosamente, formularon los oidores, celosos de la tranquilidad de los hogares, y de la mejor



quietud de la *república*, y contentamiento de los vasallos y *vasallas*.

El día, que había empezado amenazando tempestad, terminó placenteramente y con general repique de campanas.

Por la noche hubo saraos aristocráticos; se quemaron voladores, y se encendieron barriles de alquitrán, que eran las luminarias ó iluminaciones de aquel atrasado siglo en que habría sido un despapucho soñar con el gas ó la luz eléctrica.

RICARDO PALMA.

## LA ESPERANZA

---

¡No muere la esperanza!... me dijiste:  
del árbol de la vida,  
caen las ramas y el dorado fruto  
cuando se llora una ilusión perdida.

Hay inviernos también para las almas,  
frías capas de nieve,  
cuyo blanco sudario del sol mismo  
el calor y la luz empaña aleve.

Ruge á veces el trueno... cruza el rayo  
con ímpetu violento,  
y las que fueron tan preciadas flores  
¡son cenizas no más que lleva el viento!

¿Por qué desfallecer?... del crudo invierno  
llega al fin la partida;  
disípase la nube, irradia el astro,  
y torna al alma exuberante vida.

Que en el vaivén del sentimiento eterno  
también hay primavera!  
¡el árbol despojado reverdece  
y esparce nueva sombra en la pradera!

¡No muere la esperanza!... de entre ruinas  
surge siempre galana;  
¡es la luz que al hundirse en el ocaso  
en carro de oro volverá mañana!

Es la flor que despojan aquilones  
de su pompa orgullosa,  
deja el germen en pos, y nuevo día  
la sorprende en su tallo más hermosa.

Así dice tu labio... inmortal guarda  
tu divina creencia;  
¡hay quien ama la noche de su duda  
y prefiere el dolor de su existencia!

Otro sol volverá y otras auroras,  
y al árbol despojado  
otras ramas, quizá... mas no renace  
la flor que el desencanto ha deshojado...

¡Descender á la tierra desde el cielo,  
 abrir un nuevo abismo,  
 tal sería invocar á la esperanza  
 tras la noche de este hondo escepticismo!...

CAROLINA FREYRE DE JAMES.

Lima.

---

## LOS AMANCAES

---

### I

Fuimos siete adolescentes,  
 siete *Virgenes del Sol*,  
 que manchamos la inocencia  
 con las culpas del amor.

Siete príncipes hermosos,  
 de invencible y grata voz,  
 cautivaron con su hechizo,  
 nuestro frágil corazón.

Padecimos muerte horrenda;  
 y el benéfico Hacedor  
 en humildes, tiernas flores  
 compasivo nos trocó.

### II

Fuimos siete adolescentes,  
 siete *Virgenes del Sol*,  
 y amarillos solitarios  
 amancaes somos hoy.

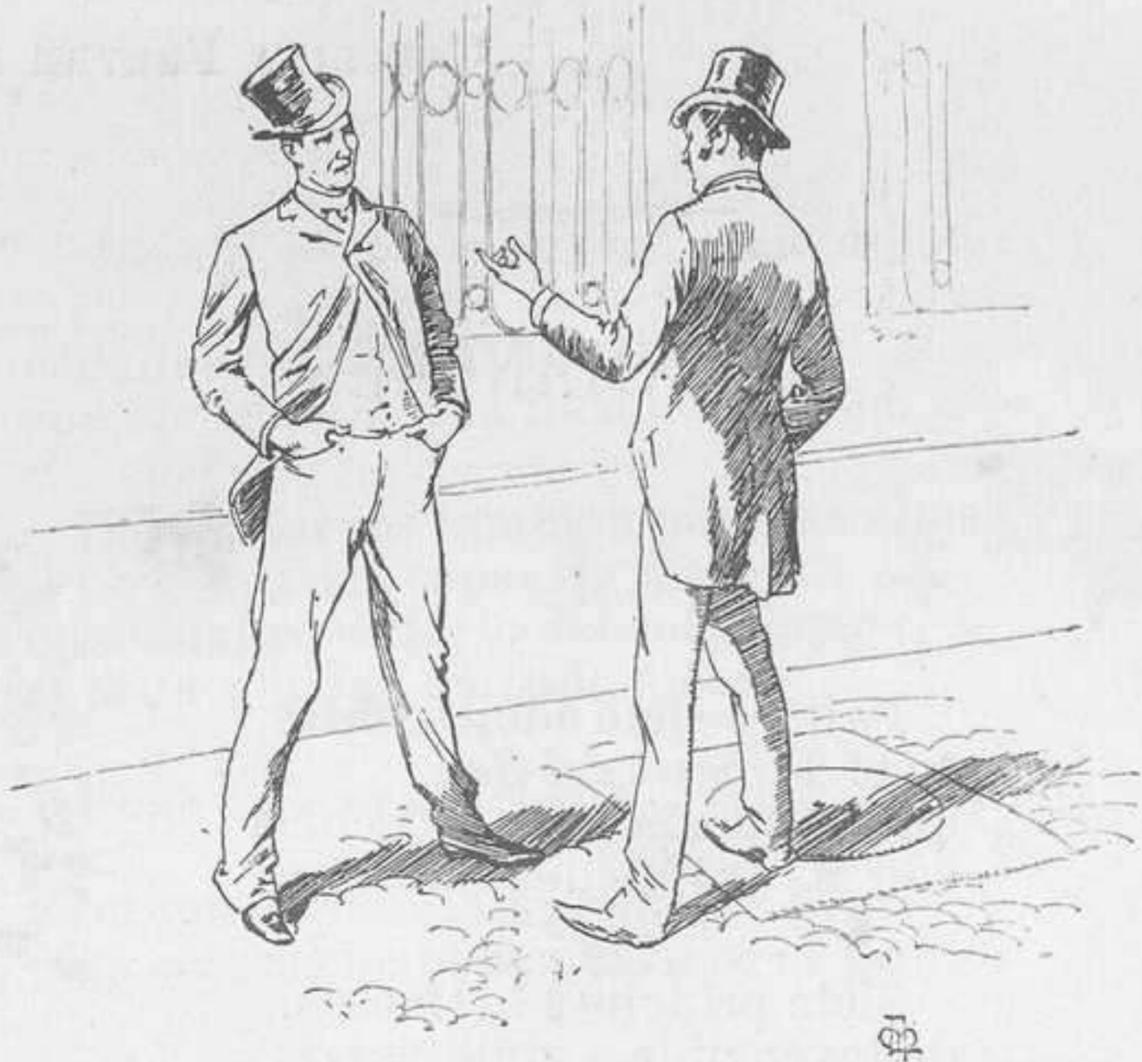
A los príncipes lloramos  
 con eterno y casto ardor;  
 que, al perder la dulce vida,  
 no perdimos la pasión.

En el día y en la noche,  
 con las penas del amor,  
 esperamos, esperamos,  
 y ¡Ellos, ¡ay! no vienen, no!

Lima.

M. GONZÁLEZ PRADA.

## DESPUÉS DE HABER BEBIDO



—Sabes que te quiero, Alejo,  
y en prueba de mi querer  
voy á darte un buen consejo:  
¡mucho ojo con tu mujer!

—¡Cáspita! ¿y con qué derecho  
sospechas de ella, por Dios?

—¡Qué sé yo!... pero sospecho  
que nos engaña á los dos.

A. M.



Quando la luz de la ilusión ardiente  
hiere el fondo del alma soñadora,  
su cristal transparente  
tiene el color de rosa de la aurora.

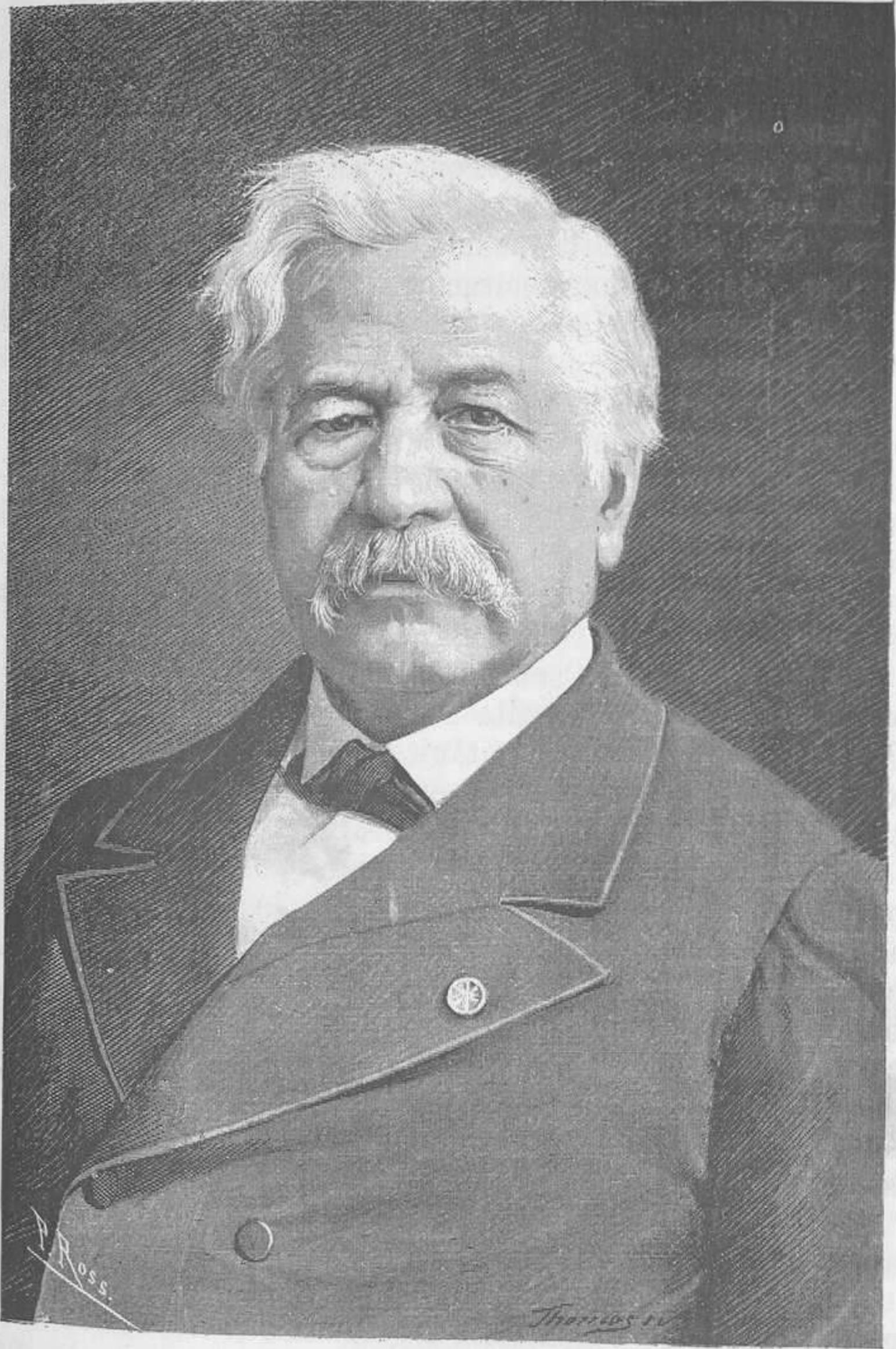
Quando en alas de tímida esperanza,  
el alma, envuelta en sus destellos, sube  
á un cielo que no alcanza,  
tiene el tinte plomizo de la nube.

Y cuando el alma llora solitaria,  
y la ilusión en flor, cierra su broche  
sin la mística luz de la plegaria,  
tiene el velo sombrío de la noche.

ADELA CASTELL.

Paysandú (R. O.)

CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS



Fernando de Lesseps

# LESSEPS

## I

Tiene ochenta y tres años, y en él reside la energía más brava y más fuerte que se conoce en el mundo.

Ha realizado una gran empresa, la abertura del Canal de Suez. Con ella habría podido hacerse la gloria, no de un hombre, sino de una generación.

Y sin embargo, Lesseps no se ha contentado con que esa gloria inmensa fuese la única de su vida. Terminada su obra de unir los dos mares que la Naturaleza había destinado á perpetua separación, confundidas en los lagos Amargos las aguas del mar Rojo y las del Mediterráneo, el espíritu de Lesseps, mal hallado con la quietud y ganoso de nuevas y colosales luchas, buscó otras regiones que unir, otros mares que juntar, otros obstáculos de la Naturaleza que reducir á la nada.

De las ardientes y semibárbaras tierras del Egipto volvió los ojos á la virgen y culta América. Allí estaba la valla: Panamá. Allí la empresa titánica, la abertura del canal; allí los dos mares que confundir en una sola corriente de civilización y riqueza, el mar de las Antillas y el Pacífico.

Y aquel hombre, cuya inteligencia debió haber quedado postrada después de pensar y dirigir la empresa de Suez; aquel hombre, cuyos bríos debieron haberse gastado por entero en vencer las resistencias de la Naturaleza y de la humanidad incrédula ó malvada; aquel hombre, en fin, que cargado de honores y de prestigios, ya tenía tan perfecto derecho al reposo y á la ociosidad, se lanzó osadamente al nuevo empeño, con el afán denodado de un mozo que acomete lleno de esperanza su primera empresa.

Tiene ochenta y tres años, y nadie se atrevería á llamarle anciano.

¡Anciano él, con su inteligencia fresca y poderosa, su genio atrevido, su actividad organizadora!

Cuando ahora poco, se extendió por el mundo la nueva de su muerte, prodújose en todas partes un movimiento de asombro é incredulidad.

Es que por el mundo se ha propagado insensiblemente la

superstición de que Lesseps no ha de morir; y ello por una razón de egoísmo humano: porque no puede morir.

Es que en la muerte de Lesseps, nadie había pensado. ¡Morir él, en quien está personificada la fuerza de la vitalidad!

Por eso al insertar los periódicos de todos los países su telegrama expedido en París: "Desmientan la noticia de mi muerte. Mi salud no sufre novedad," la tranquilidad se difundió por todas partes de la manera más natural.

— ¡Es claro! decían todos. Lesseps no ha muerto.

Su existencia parece estar asegurada por la necesidad que hay de ella.

## II

Nació en Versalles el 19 de noviembre de 1805.

Corre por sus venas sangre española: su padre, Mateo Maximiliano Lesseps, distinguido diplomático francés, contrajo matrimonio con una dama de Málaga, hermana de la que fué abuela de la emperatriz Eugenia.

En el colegio de Enrique IV, París, cursó Fernando de Lesseps sus primeros estudios. Llamábanle su vocación y la voluntad de su padre á seguir la carrera de la diplomacia, en la cual este último brillaba y prosperaba, y á los veinte años el joven Lesseps la comenzaba después de una aprovechada educación, yendo de agregado al Consulado general de Francia en Lisboa.

Después de ganar varios ascensos, en 1833, á los veintiocho años de su edad, fué nombrado cónsul de Francia en el Cairo, siendo trasladado de este punto á Alejandría en 1834.

En la ocasión en que la Siria fué ocupada por las tropas de Ibrahim-Pachá, Lesseps se hallaba en Egipto, después de haber tenido que ausentarse, y desempeñaba el cargo de cónsul general y agente diplomático. Su tacto, siempre fino y hábil, supo aprovechar aquellas circunstancias para obtener en aquel suelo del Asia extensas y seguras garantías en pro de los religiosos cristianos allí establecidos. También se debió á su mediación el que se restableciesen las turbadas relaciones entre el virrey de Egipto y el sultán.

Salido de Egipto, fué cónsul de Rotterdam en 1838, de Málaga en 1839 y de Barcelona en 1842. En esta última

ciudad, la simpatía y el prestigio que acompañaban á Lesseps fueron guarda muy valiosa para los extranjeros y para muchos nacionales que con motivo del bombardeo sufrido entonces por la capital catalana, tuvieron que esconderse huyendo de persecuciones. En 1843 la propia ciudad, cuyas circunstancias políticas no habían mejorado gran cosa, hubiera sufrido otro bombardeo, si Lesseps, con su carácter é inmunidad de cónsul francés, no hubiese mediado generosamente.

En 1848 Lamartine le envió á Madrid de ministro plenipotenciario, y en 1849 Drouyn de Lhuys le comisionó para llevar al general Oudinot el voto de la Asamblea francesa reprobando el ataque de Roma, que aquél había por sí y ante sí efectuado.

En Italia Lesseps conoció á Mazzini, y en su libro *Ma mission à Rome* hace constar el excelente juicio que aquel gran repúblico le mereció, á pesar de tenerle por adversario en la lucha diplomática que allí, como enviado de Francia, sostenía.

Sus leales opiniones sobre la nobleza y capacidad de Mazzini, y la valiente franqueza con que manifestó á su gobierno lo que pensaba acerca de la impopularidad de la dominación pontificia, valiéronle ser depuesto de todo cargo activo en su carrera.

Lesseps se retiró á la vida privada.

Entonces fué cuando realmente nació á la vida pública.

### III

Lesseps no olvidaba las impresiones de su permanencia en Egipto, ni los cálculos que su osada inteligencia había hecho.

El gran problema estaba con toda seguridad en su mente desde los tiempos de su juventud, allá cuando en el desempeño del cargo consular pudo comprender la esclavitud á que condenaba al comercio de Europa aquella impenetrable cordillera de montañas que ponía límite al Mediterráneo y obligaba á las naves de todos sus puertos al rodeo, dispendioso en tiempo y en dinero, de una larga travesía para comunicarse con el Asia.

Trasladóse á Egipto en 1854, y allí emprendió el trabajo, bien fácil para su acento lleno de fe y de fuerza persuasiva,

de conquistar el ánimo del virrey Mohamed-Said-Pachá. Este, penetrado de la grandeza y utilidad de la empresa, no tardó en apoyarla con ardoroso entusiasmo. Alióse con Lesseps, soñó como éste con la gloria de asombrar al mundo y de obligarle por medio de un incalculable beneficio; y bajo su protección pudo dar comienzo aquel genio emprendedor á los estudios de la obra gigantesca.

En 1856 conoció el mundo esos estudios, los cuales le revelaron el valeroso pensamiento que abrigaba un antiguo diplomático, de taladrar el Istmo de Suez y abrir un paso á los buques de todas las naciones.

Aquí empezaron los sinsabores y los obstáculos para el autor del gran proyecto.

Inglaterra, que más tarde ha cubierto de honra el nombre de Lesseps, no vió en un principio con agrado aquella idea que había de quitar á las naves inglesas las preeminencias que la larga distancia les daba sobre el comercio marítimo de las demás naciones.

Aconsejado é influído por la Gran Bretaña, el gobierno turco se resistió por largo tiempo á conceder la autorización, sin la cual no era posible acometer la obra.

Por otra parte, el tamaño de la empresa que se intentaba era tal, que despertó más que el asombro, la desconfianza y aun la adversidad de todos los elementos inteligentes del globo. Nadie creía en la posibilidad del intento; en todas partes se le juzgaba como una insigne locura. Los ingenieros demostraban sus dificultades invencibles; los diplomáticos proclamaban su inconveniencia política. Para los hombres de Estado era el proyecto una quimera perturbadora; para los marinos un sueño poco menos que risible. La atmósfera era decididamente contraria y bajo la presión de tanta incredulidad y de tanto espíritu adverso, huían los capitales negando á la obra su auxilio poderoso é imprescindible.

Todas estas dificultades venció Lesseps, con sus condiciones excepcionales de energía y tenacidad. Emprendió viajes, dió conferencias públicas, imprimió datos, cálculos, promesas y demostraciones; realizó un trabajo de propaganda asombroso, para el cual habría parecido necesario el esfuerzo de cien hombres; sostuvo una formidable batalla con sus enemigos del mundo entero. Y él, que luchaba solo, ganó el triunfo.

Reunió un capital de 200 millones y redujo á su favor todas las voluntades é intereses contrarios. En 1859 empezaron los trabajos y en 1869 el grande hombre ofrecía á las naciones entusiasmadas el canal terminado, y conseguida la unión de los dos mares.

A la inauguración de la nueva vía que él daba abierta al progreso de nuestros pueblos, acudieron los soberanos de muchos países, sabios y periodistas que extendieron por el universo la fama de Lesseps.

#### IV

Lesseps, viudo de su primera esposa, Mme. Delamalle, no esperaba más que ver sancionado el éxito de su pensamiento para ir á buscar en la paz de un hogar el descanso de tantos años de fatiga.

Se enlazó en segundas nupcias con Mlle. Autard de Bragard, en cuyo amor quiso cifrar toda su gloria.

Pero la gloria de Lesseps ya no pertenecía á éste. El mundo era dueño de ella.

Los países y las corporaciones doctas se esforzaban á porfía en honrar al bravo emprendedor de la empresa más portentosa. Francia, su patria, le condecoraba con la gran cruz de la Legión de Honor; los gobiernos extranjeros le enviaban las insignias de sus órdenes más distinguidas; la Sociedad Geográfica de París le adjudicó un gran premio de 100,000 francos; la ciudad de Londres le nombraba ciudadano londonense; la Academia de Ciencias de París le concedía el título de académico libre; el comité para la exploración y civilización del Africa Central le elegía su presidente perpetuo.

El ocio y la gloria fatigaron bien pronto á aquel espíritu nacido para la actividad y para la lucha.

En 1873 proyectó un ferrocarril entre Rusia y la India por el Asia Central. Esto era abrir otra vía entre comarcas que también vivían aisladas entre sí. Lesseps había unido dos mares; quiso luego unir dos continentes. La línea proyectada había de partir de Orenbourg, sobre la línea de separación entre Europa y Asia, yendo á morir en Peiskawer, lugar del Afghanistán. De este proyecto vinieron á distraerle las complicaciones que en Suez se suscitaron acerca de los derechos de tonelaje y tránsito de las naves.

Lesseps hubo de acudir á resolverlas, empeñándose en debates y arbitrajes, y la vía del Afghánistán quedó tan sólo trazada en los planos que había publicado anteriormente.

## V

Una vez resueltas todas las cuestiones y normalizado cuanto se refiere al régimen del canal de Suez, reposó Lesseps, pero reposó concibiendo y preparando la segunda de sus atrevidas empresas.

Del descanso de aquella actividad prodigiosa nació el proyecto de abertura del Canal de Panamá.

Otros planes se habían anunciado con anterioridad al de Lesseps.

Para facilitar por medio de la navegación la travesía por el istmo que hoy se hace por el ferrocarril que lo cruza desde Panamá hasta Colón; suprimir el gasto y el entorpecimiento del transbordo que por dos veces han de sufrir las mercancías, y dejar expedito un conducto directo marítimo entre los puertos de Europa y de las Antillas, y los de Chile, Perú, San Francisco, China y Japón en el Pacífico, se proyectó primeramente un inmenso túnel por el interior de las Cordilleras. Ofrecía este plan dificultades invencibles de orden topográfico y además tropezaba con la oposición de los Estados Unidos que no querían admitir ningún proyecto que estuviese fundado en la base de la perforación.

En 1865 el ingeniero Lucien de Puydt concibió la abertura del canal por entre el golfo de San Miguel y el puerto Escondido en el golfo de Uraba.

El general Orbegoso proyectó más tarde otro que pasaba por Tehuantepec.

Y finalmente, existió otro plan que encaminaba la vía acuática por la línea del lago de Nicaragua.

Ninguno de estos proyectos llegó á prosperar. La magnitud de la idea superaba quizás á la del Canal de Suez, y había de inspirar mayores excepticismos que éste, mayores resistencias y hostilidades.

Sólo un hombre podía vencer ese espíritu de oposición y crear la fe que hiciera palpitar el corazón de la hermosa América, llenándolo de lisonjeras esperanzas. Sólo un hombre, Lesseps, el que ya mostraba en su historia el triunfo en una empresa de análogo empeño.

Europa, siempre amiga de América, siempre su cariñosa hermana, sigue con atención solícita los progresos de la grande obra. América cifra en ella su mayor adelanto, su más rápido curso hacia la influencia económica que el porvenir le señala.

Otra vez dependen de Lesseps los grandes destinos de un continente.

Lesseps los realizará.

Con él están hoy el espíritu y el aliento de los pueblos americanos.

A él y al éxito victorioso de su obra gigantesca van dirigidos los votos de todo el mundo civilizado.

JOSÉ FELIU Y CODINA.

Barcelona, Julio 1888.

---

## LA ESTROFA

---

Veloz, tendidas las brillantes alas  
de vivo carmesí, de verde y oro;  
desplegando el magnífico tesoro  
de tus nativas pintorescas galas;

por el azul de las etéreas salas,  
sola y distante del fraterno coro,  
cruzas, ave de América; y sonoro,  
por la altura, al pasar, tu canto exhalas.

Fulgente, alada, llena de armonía,  
así la Estrofa cruza por el cielo  
de mi azul y serena fantasía.

¡Feliz yo, cuando, dócil á mi anhelo  
y al fiel reclamo de la Musa mía,  
á mí descende en presuroso vuelo!

NUMA P. LLONA.

Lima.

---

## EPIGRAMA

---

—¿Dices tú que el matrimonio  
ennoblece á la mujer?  
—Sí, pues todas las casadas  
usan en la firma el *de*.

## UNA LUCRECIA

Á MI EXCELENTE Y QUERIDO AMIGO ANTONIO SADÓ



### I

#### CELOS

— ¡Señora!...

— ¡Raúl, por Dios!

¿por qué tiembla así tu acento?

— No puede mostrar contento

quien de traiciones va en pos.

— ¿Traiciones dijiste?

— Sí.

— Mas .. ¿quién te pudo ofender?

— Un ángel... ¡no! una mujer

á quien amor y honra dí.

— ¡Insensato! tu intención  
comprendo ya...

— ¡Sé, perjura,

que en otra pasión impura  
se abrasa tu corazón!

— ¿Y quién filtró en mí el veneno  
de esa pasión vergonzosa?

— ¿Quién? ¡pregúntalo á esa rosa  
que se abre en tu blanco seno,  
para aumentar los agravios

inferidos á mi honor,  
 y que aun conserva el calor  
 de los besos de tus labios!  
 —¿Por qué en sospecha tan ruín  
 tu pensamiento se abisma?  
 —¡Pero esa rosa!...

—¡Yo misma  
 la he arrancado del jardín!  
 Y mal pudiste, traidor,  
 en menoscabo de mi honra,  
 leer historias de deshonra  
 en las hojas de una flor.

—Yo sé que en pos de tu huella  
 se lanza un galán, sin calma,  
 y que está en lo hondo de su alma,  
 grabada tu imagen bella.

—¿Y es culpa, ¡necio reproche!  
 de la estrella que fulgura  
 en el cielo, limpia y pura,  
 si al verla, cuando la noche  
 tiende su negro capuz,  
 copia su imagen la fuente  
 y en su linfa transparente  
 se abre como flor de luz?

—Cual tu imagen, descender  
 á esa alma tu amor bien pudo.

—¡Mi honor me sirve de escudo  
 y soy fuerte!

—¡Eres... mujer!  
 —Loco estás y tus furoros  
 merecen sólo desdenes.

—¡Tamaña injuria!...

—¡Si tienes  
 hasta celos de las flores!

—¿Acaso con ansia loca  
 y ardiendo el rostro en rubor,  
 no besastes esa flor  
 como se besa una boca?

—Es propio de seres bastos  
 reprochar tales cariños.

Las flores, como los niños,  
 sólo inspiran besos castos.  
 Pues piensas que, fementida,  
 á otro dí de amor la palma,  
 y dejas la duda en tu alma,  
 como un puñal en la herida,  
 dí quién causa tus agravios,  
 sin temor, y no te asombre,  
 ¡aunque te abraze su nombre  
 como una llama los labios!

—A conocer al traidor  
 que así empaña la honra mía,  
 ¿piensas tú que existiría?

anónimo delator,  
 no tan cobarde y tan ruin  
 como el crimen denunciado,  
 de mis ojos ha rasgado  
 la espesa venda, por fin.  
 — Infames maquinaciones  
 que el hombre honrado desprecia.  
 — ¡ Sé que me engañas, Lucrecia!  
 — De tenebrosas regiones  
 vino la luz, y me asombra,  
 á alumbrar tu pobre mente.  
 — ¿ Qué importa? el rayo fulgente  
 brota también de la sombra.  
 — Quien supo guardar tu honor  
 mal pudo culpable ser;  
 ¡ desdichado! piensas ver,  
 hoy que crees de ese amor  
 rasgados, por fin, los velos,  
 y olvidas en tus enojos  
 que no hay en humanos ojos  
 venda mayor que los celos.  
 — Mas, ¿ quién con negra perfidia,  
 si tú no diste ocasión,  
 pudo hacer tal delación?  
 — ¿ Quién? pregúntalo á la envidia.  
 — No se acusa á la que es buena.  
 — ¿ Cuántas por ella no gimen?  
 ¡ para la envidia es un crimen  
 la felicidad ajena!  
 — ¿ No delinquistes é implacable  
 contra tu honor se ha atrevido?  
 — Te engañas... ¡ he delinquido!  
 ¡ ser bella es ya ser culpable!  
 Deja á la envidia, Raúl,  
 que siga en su vano anhelo...  
 ¡ no por escupir al cielo  
 se mancha su limpio azul!  
 — Yo mismo anoche te ví  
 por un galán asediada  
 en el baile, y agitada  
 hablar con él...  
 — Le hablé, sí;  
 mas no de amor, cual supones,  
 sino con fiera altivez  
 y roja de ira la tez,  
 ante sus persecuciones.  
 Y habléle tan duro y recio,  
 que al fin huyó avergonzado,  
 llevando en su alma clavado,  
 como un dardo, mi desprecio.  
 — Si te ofendió de tal suerte,  
 mal hiciste en olvidar  
 que estaba en aquel lugar

quien debía defenderte.  
 —Del escándalo la aureola  
 busca sólo la coqueta;  
 ¡la que es honrada y discreta  
 se defiende mejor sola!...  
 ¿Y aún dudas, Raúl, de mí?  
 ¡de mí, que de fiel blasono,  
 y ultrajada, te perdono  
 la ofensa que recibí!  
 ¡Desdichado!... loco estás,  
 pues tal agravio me infieres;  
 ¡de mi amor, duda si quieres;  
 pero de mi honra, jamás!



—¿En tanto tu honor aprecias?  
 —Por él iré al sacrificio...  
 ¡si tiene Sextos el vicio,  
 la virtud tiene Lucrecias!  
 —¿Luego no existe el rival  
 con que mi razón aun lidia?  
 —¡No, insensato! de la envidia  
 engendro fué, por tu mal.  
 ¡Créeme!... ¿pudo mentir  
 quien su ser fundió en tu ser?  
 —¡Cómo no te he de creer,  
 si el no creer es morir!  
 ¡Dios castigue las maldades  
 del que con infame anhelo  
 nubló de mi hogar el cielo!  
 —¡No hay cielo sin tempestades!

## II

## UNA CARTA

«Lucrecia: Pues sin pudor  
me vendiste y me engañaste  
y de mi fe te burlaste  
y escarneciste mi amor;  
vano es ya que busques modo  
de anudar deshechos lazos  
y de que torne á tus brazos...  
¡Oh esposa infiel! *¡lo sé todo!*  
Cartas tuyas que yo ví  
dan fe de mi desventura;  
mas no gozarás, perjura,  
de esa pasión que arde en tí,  
pues hoy, al primer albor,  
y tras lucha breve y leal,  
he matado á mi rival  
en defensa de mi honor.»



Ⓟ

## III

## LUCRECIA

—¿Que ha muerto, dice el impío,  
burlado en su amor constante,  
en lucha leal á mi amante?  
pero... *¿á cuál de ellos, Dios mío?*

CASIMIRO PRIETO.

## ENTRE CABALLEROS



— Que repartas la manzana  
como caballero, espero,  
con Luís...

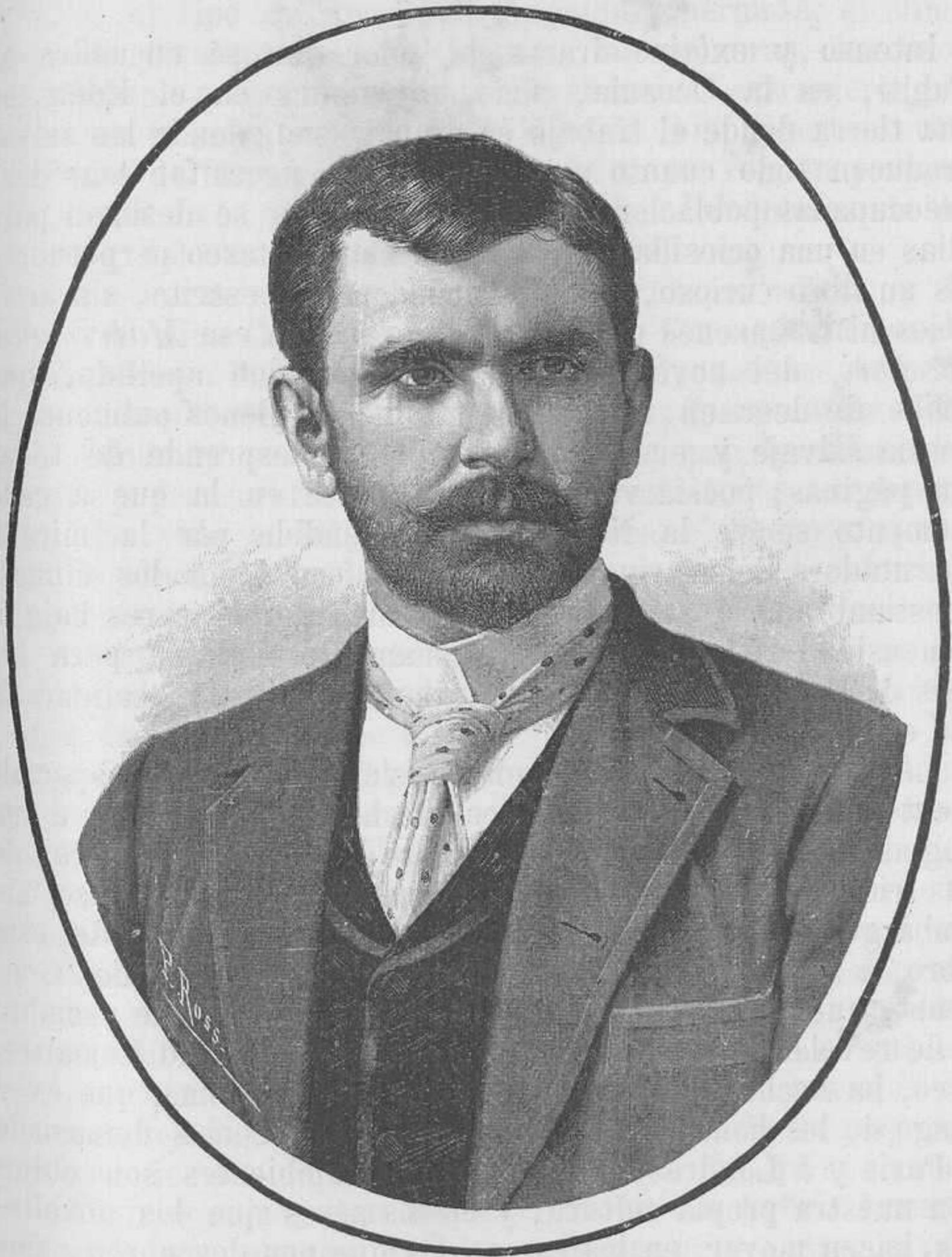
— ¿Como caballero?  
¿qué quieres decir, Mariana?

— Que aunque te parezca cruel,  
debes, sin mostrar dolor,  
darle la parte mayor.

— ¡Pues que la reparta... él!



NUESTROS COLABORADORES



D. Juan Antonio Argerich

DISTINGUIDO CRÍTICO ARGENTINO

## RARAHÚ

Intenso y exótico drama de amor que se encuadra en Tahití, en la Oceanía, como quien dice en el Edén, en una tierra donde el trabajo es desconocido, donde las selvas producen todo cuanto para alimentarse necesitan esas despreocupadas poblaciones y donde los años se deslizan para ellas en una ociosidad absoluta y en un fantaseo perpetuo.— Es un libro curioso, raro, estupendamente escrito, sin artificios ni trabazones de estéticas enclenques ese *Matrimonio de Loti*, del novelista francés del mismo apellido, que acabo de leer en un día, respirando á plenos pulmones la poesía salvaje y embriagadora que se desprende de todas sus páginas; poesía varonil y penetrante en la que á cada momento se ve la Naturaleza sorprendida por la mirada escrutadora del marino, familiarizado con todos los climas, acostumbrado á sondear la inmensidad de los mares bajo la inmensidad del firmamento eternamente mutable para los ojos del hombre y eternamente mutable en la realidad de las cosas.

Lector asiduo de las grandes novelas europeas, especialmente de las francesas; vinculado hasta cierto punto á sus dogmas revolucionarios; admirador de su desenvoltura, de sus ricos filamentos, de sus formas robustas, confieso, sin embargo, que pocas me han producido el efecto de este libro, á no ser el *Manette Salomón* de los hermanos Goncourt, que me ocasionó un sentimiento parecido de asombro y de revelación. Débese ello en gran parte, como Lemaitre, creo, ha hecho notar, á ese amor del exotismo, que es el rasgo de los hombres del siglo XIX.— Conocemos demasiado á París y á Londres; aquellos medios ambientes son cultos con nuestra propia cultura, y en los seres que los novelistas hacen mover, en los escenarios que nos descubren, sino identidad, hay muchos, muchísimos puntos de semejanza con los nuestros.— No así en la isla polinésica, hoy invadida por la cultura contemporánea, cuna de una hermosa raza que desaparecerá, por lo mismo que no es raza de labor y de necesidades; pero la cual conserva todavía restos de su «salvaje poesía, que se va junto con las costumbres y tra-

diciones del pasado." La vida primitiva, las desnudeces castas, los hierbales opulentos, los bosques donde no se oye vibrar el canto melodioso de los pájaros, el perfume de los naranjeros y de las guayabas, las negras mariposas aterciopeladas, el tipo de una raza lánguida y hermosa, el clima sofocador y voluptuoso, los himnos, las palabras, los usos constituyen, presentados junto al elemento extranjero que acaba con la selvática poesía de la isla, una vigorosa antítesis que da mayores atractivos á la tierra remota y apartada donde amó, gozó, tuvo celos y sufrió los dolores de la ausencia, del abandono la seductora Rarahú.

Tengo incrustados en la pupila el cuerpo esbelto y la cara y el alma hermosa de la mujer.—Creo que la novela contemporánea ha creado, por lo general, con mayor perfección hombres que mujeres.—El análisis íntimo del alma femenina es difícil, y el hombre, por la diferencia de sexo y de cerebro, no sondea fácilmente todos sus repliegues. La vida social, las convenciones, el bueno y el mal tono, la educación tradicional, los falsos pudores deforman y cubren con un velo la manera de pensar y de sentir de las mujeres. La observación es difícil, porque se ve lo externo, lo que la sociedad permite mostrar.—Loti ha creado un tipo soberbio é ingenuo que nunca morirá.—La música hará pronto popular en toda la tierra el tipo deslumbrante de la salvaje Rarahú.—Nada de convencionalismos; el cuerpo y el alma silvestres, por decirlo así, las explosiones naturales no comprimidas, la vida primitiva con toda su acre y embriagadora esencia poética, con ciertas dosis de civilización europea no del todo asimiladas, dan un aspecto tan real, tan vívido á la joven tahitiana, que sabrá leer su Biblia en el idioma natal, y hacen que el que ha leído una vez la novela no se pueda olvidar de sus ojos de un negro rojizo, llenos de exótica languidez, de su pequeña estatura, de sus formas puras y pulidas de quince años, de sus largas cejas, "tan negras que se las habría tomado fácilmente por plumas pintadas;" de su frente surcada por un tatuaje que dibujaba una diadema azul pálido, y de su alma embrionaria, hirviente, llena de preocupaciones, llena de caprichos, de indolencias, fogosa como el sol cálido que deja caer sus rayos sobre la isla natal.

Rarahú se casa con Loti, *midshipman* en la marina de Su Majestad británica.—Antes de casarse sus ocupaciones

eran bien sencillas: el fantaseo y el baño, el baño sobre todo; con los senos al aire, con el desparpajo de la vida sin convenciones. Queda sobreentendido que no se trata de un casamiento de los nuestros, de esos que encadenan por toda la vida. Es un idilio instable que durará tanto como el marino tenga que permanecer en la corte de la reina Pomaré. Empinan la copa del placer, sedientos los dos, y se embriagan y quedan con más sed que antes. Es natural. —El medio es propicio para el amor. “Hay en el encanto tahitiano mucho de la tristeza extraña que pesa sobre todas estas islas de la Oceanía; el aislamiento en la soledad del Pacífico, el viento del mar, el rumor de las rompientes, la sombra densa, la voz ronca y triste de los maorís que circulan cantando en medio de los cocoteros.” —Había entre ambos un abismo: la diferencia radical de sus razas, de sus concepciones, de sus menores sentimientos, hasta las nociones más elementales de la vida diferían entre ambos. Mas se amaban y fué necesario un primer viaje de un mes para que el idilio se rompiera. —Vuelven los días apacibles, las gratas horas de caricias y abandono; pero no es ya la posesión absorbente de los cuerpos y de las almas. —Rarahú aprende el inglés, se abisma en la lectura del Evangelio, sus radiantes promesas le producen éxtasis, su corazón se llena cada vez más de contradicciones. —Un día, en el campo, Rarahú pregunta á Loti: —“¿En qué piensas?” —Y éste le contesta: —“En muchas cosas que no puedes comprender. Pienso ¡oh mi amiguita! que en esos mares lejanos están diseminados archipiélagos perdidos; que esos archipiélagos están habitados por una raza misteriosa pronta á desaparecer; que eres hija de esa raza primitiva; que en la mayor altura de una de esas islas, lejos de las criaturas humanas, en una completa soledad, yo, hijo del viejo mundo, nacido en la otra faz de la tierra, estoy junto á tí y te amo!”

Ha sido el de ellos, especialmente por parte de Loti, joven de veintidós años, impetuoso y ardiente, uno de esos amores que queman, uno de esos amores que dejan rastros inolvidables en el alma, pues ha podido expandirse sin trabas ni cortapisas en la opulencia de un medio ingenuo y deslumbrador. Ni uno solo de los recatos que imponen las sociedades refinadas: es el amor libre triunfante con toda su seducción y con todas sus inagotables delicias. —El espíritu

del marino europeo, acostumbrado á los viejos placeres, á la ciencia del amor mesurado y sereno, siéntese anonadado y subyugado por ese descubrimiento de su cerebro y de sus sentidos. Hay pequeñas nubecillas, arañazos que son caricias, rápidas é inesperadas borrascas, tanto más gratas cuanto que acaban siempre en besos prolongados; pero el cariño mutuo sale siempre vencedor y Loti y Rarahú, olvidándose del acíbar de la inmediata y fatal separación, dejan volar las horas, unidos, estrechados, libres de esclavitud y de temores presentes, á la sombra de las palmeras, bajo el techo de su mansión ó en las inmediaciones de los bosques seculares, nunca hollados por los pasos conquistadores del hombre!

Llega el momento de partir. Vanse los marinos para California. Al regreso debían detenerse un mes ó dos en la *isla deliciosa*. El corazón se oprime, las lágrimas se desbordan, se alza el ancla, poco después la isla se pierde en el horizonte.—“¡No creía amarla tanto!... tengo dos patrias ahora, bien distante una de otra, es cierto; pero volveré á la que acabo de dejar y probablemente concluiré en ella mi vida.”—Así se expresa el marino.—El *Rendeeer*, el buque inglés, sigue su viaje, se detiene en las islas Sandwich, fondea en San Francisco de California, y llega allí una carta de Tahití, corta y expresiva, conducida por un buque americano con cargamento de nácar. Es de Rarahú. Vuelan seis meses de expediciones y de aventuras. Pasan días. Una tarde el *Rendeeer* echa anclas en Tahití y los amantes se encuentran. Están tristes en medio de la dicha de volverse á ver. Comprenden que pronto sus destinos se separarán para siempre. Pocos días después el buque parte. Recala en Chile, vuelve á Europa por el Plata, el Brasil y las Azores. Cambian algunas cartas. El hombre de mar va de aquí para allá, al acaso del destino, con el recuerdo vivo de la tahitiana. ¡Ya nunca se volverán á ver!... Un día, otro marino recién llegado de la isla, le lleva noticias de Rarahú. Había rodado al fango, pero es siempre una muchacha singular. Siempre con coronas de flores frescas en la cabeza, flores queridas de Loti! Todos los marineros la conocían, la amaban, á pesar de su falta de carnes; ella los quería á todos, á todos los que eran algo hermosos. Se moría del pecho, tosía, bebía aguardiente. Un día (en noviembre de 1875, tendría entonces diez y

ocho años) partió con su gato mórbido para la isla de Bora-Bora, donde iba á morir y donde exhaló el último suspiro... Loti sintió que un frío mortal le subía al corazón, sus ojos se nublaron, porque su alma no estaba del todo cubierta por el hielo del olvido, y más de una vez, en las horas del sueño, navegando veloz el buque por la inmensidad de los mares, turbó su reposo la visión sombría de Rarahú muerta, en medio de magnificencias horribles de la naturaleza tahitiana, envuelta en sus largos cabellos negros, fantasma que se veía con la risa de los Tompapahús!...

Tal es, descarnada, la esencia de este libro, obra de un maestro, por más que diste de ser popular todavía.—La impresión que produce no se explica solamente por el exotismo.—Es un libro de verdad y un libro de alta poesía desbordante, idilio que termina trágicamente, sin aparato escénico, impregnado de cierto sentimiento de fatalismo, una obra de arte digna de ver agotadas sus ediciones y traducciones. ¡Qué toques de maestro, qué fuerza y qué dulzura! Vemos, sentimos á esa Rarahú que vive como Eva en el seno de la vida universal y que muere como una Traviata salvaje en la soledad de la isla frondosa donde su estirpe se extingue, bajo el peso de la cultura potente y corrompida; la presentimos en la vida eterna del arte con sus ojos llenos de languidez exótica, con su alma en embrión, no del todo abierta á la luz de las ideas y con su frente ceñida por la diadema azul pálido.

JUAN ANTONIO ARGERICH.

Buenos Aires, 1883.

## EPIGRAMA

Viendo una perra gentil  
cierto chileno menguado  
de Francia recién llegado  
dijo: — *¿Commen s'appelle t-il?*

La perra, con ojo hostil,  
lo ve; salta, se le aferra,  
y tanto el diente le entierra,  
que el que su nombre ignoraba  
en español pronunciaba:

— *¡Fuera, perra! ¡fuera, perra!*

JUAN DE ARONA.

Lima

## LA DIRECCIÓN DE LOS GLOBOS

En honda meditación,  
y sentado en el balcón,  
encontrábase Clemente,  
estudiando, allá en su mente,  
problemas de aerostación.

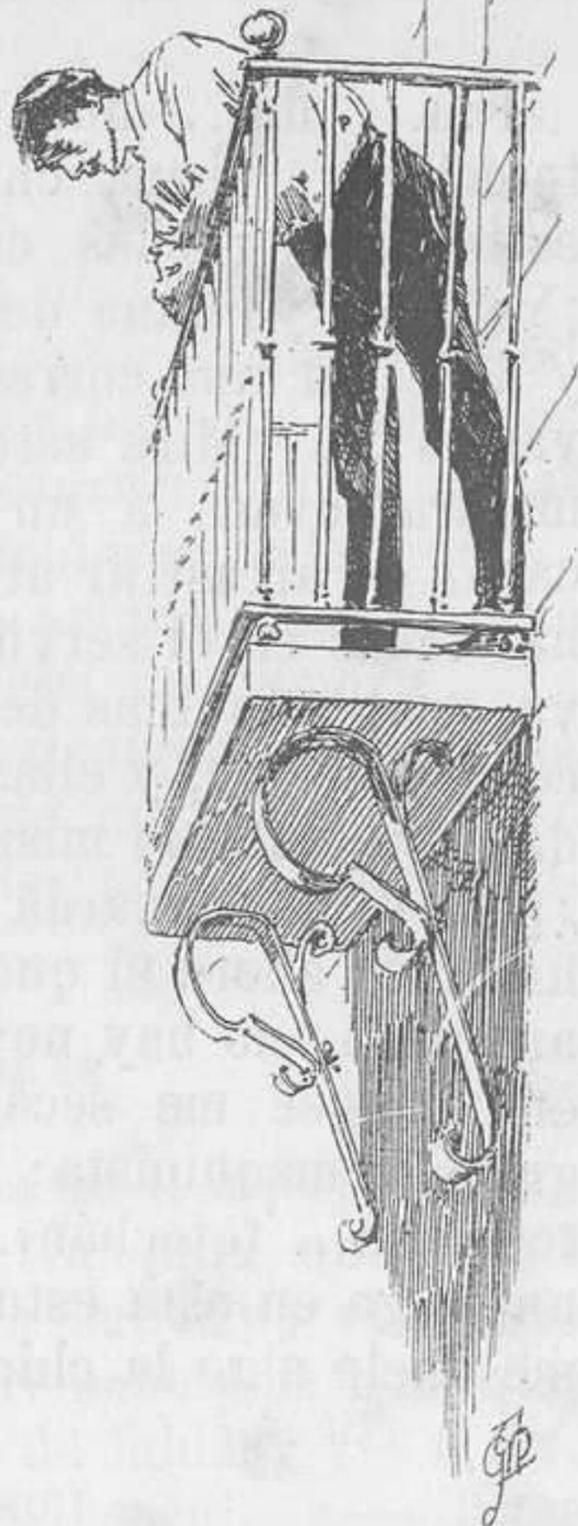
De pronto vió á Serafina,  
cierta graciosa ex-vecina  
de alma tierna y lindo talle,  
doblar la cercana esquina  
y penetrar en su calle.

Y al contemplar, hechizado,  
á aquel ángel... descarriado  
luciendo, entre desnudeces,  
las divinas redondeces  
de su seno nacarado;

bendijo su buena estrella  
y observó la dirección  
que seguía la doncella,  
hasta encontrarse la bella  
debajo de su balcón.

—¿Qué hace usted ahí meditando?  
dijo ella, al ver sus arrobos;  
y él, sonriendo y suspirando,  
contestó: — Estoy estudiando  
la dirección... *de los globos.*

CASIMIRO PRIETO.



## EN MARCHA

### LA LOCOMOTORA

Flu... flu... flu... Uuuuuii... ui... Chan... totochán... totochán... chan, chan, rachán... chan... ¡Qué gusto da estirar las ruedas cuando las lleva una bien engrasadas! ¡Ya tenía yo gana de escapar de la solanera de la estación y de echar una correría por los campos!... ¡Qué despacio vamos!... ¡Mire usted que engancharme á mí, á una locomotora joven, á un tren mixto!... Como si no fuera yo capaz de arrastrar al rápido... ¿Por qué no hemos de alternar todas en el servicio?... Uuuuuii... ui, ui... Pero ya se ve, esas máquinas del expreso son unas tales, sin pizca de compañerismo, y ellas solas se llevan la gloria de la velocidad, valiendo lo mismo que nosotras... Pero este fogonero, ¿para cuándo guarda el carbón?... Vamos, parece que me ha oído; ahora sí que voy á volar... Bien, bandera verde arrollada, no hay novedad en el camino... Me ahogo, los émbolos se me secan... Chiiiff... chiiiff... chiiiff... Muchas gracias, maquinista; ya he soltado algo de vapor. Chan... totochán... totochán... chan... Entramos en agujas; beberé un trago en esta estación, porque tengo una sed que rabio; me duele algo la chimenea...

### LOS COCHES DE PRIMERA

Chocochochoco... chocochochoco... chocochochoco... ¡La verdad es que si nos pudieran suprimir el ruidillo de la trepidación seríamos mucho más cómodos!... Por lo demás, ya se puede viajar en nosotros: asientos mullidos, almohadones blandísimos, holgura, limpios cristales, colgaderos en las ventanillas para apoyar el brazo... nada nos falta... ¡Qué algarabía trae el aire, de los coches de tercera! En los nuestros nadie despliega los labios. Uno lee, otro dormita, el de más allá se distrae contemplando el paisaje... ¡Vaya una gente ceremoniosa!... Eso sí, muy finos, se piden permiso hasta para sonarse.

Ya podía esa señora haber acomodado en el sitio conveniente el perrillo que sostiene en la falda. ¡Bien le atraca

de bizcochos!... chocochó... chocochó... Debemos llegar á alguna estación porque la velocidad disminuye... ¡Hola!... La pareja que acaba de entrar huele á recién casada que trasciende... ¡Y cómo se miran!... ¡Y aún quedan una porción de túneles!... ¡Si se olvidarán de encender los faroles de los coches!

#### EN SEGUNDA

¡Siempre es la clase media la que ha de pagar el pato!... ¡Mucha primera y tercera, y sólo un wagón de nosotros en el tren!... ¡Así vamos de atestados, y hay que tomarnos á empellones!... Si no fuera por las desgracias, descarrilábamos adrede... ¡Ciertas cosas no debieran tolerarse!... Ahí va una dama casi sentada sobre un viajero. ¡Sí, no protestan; pero no parece bien!... ¡Vaya un humo!... Ya se conoce que somos españoles; en el extranjero no se fuma en los coches, según me ha traqueteado un wagón francés amigo mío. Nadie se baja en las fondas; poco dinero llevamos encima...

#### EL RESERVADO DE SEÑORAS

Digan lo que quieran mis compañeros de tren, resulto un poco soso. Cierto que soy el coche más tranquilo, que exhalo delicados perfumes, y que trasciendo á belleza y elegancia á una legua; pero á mí me place sobremanera la hombría, y dentro de mi caja sólo se oye crujir de faldas, y—“¡Ay, hija!...” —“¡Canastos con el broche del saco!...” —“Tome usted un poquito de azahar en el agua.”—Y otras frases por el estilo. Y lo que es en punto á algarabía, no le voy en zaga á nadie. Parezco una pajarera.

#### LA PERRERA

Pues, señor, como esto siga así, vamos á dormir los dos wagones de tercera, con todos nuestros viajeros, en cualquier puesto de la guardia civil. Tacos y ternos, voces y risotadas, chicheos y chirigotas, de todo sale por nuestras ventanillas.—¡Ay, Soleá... Soleá!... ¡Anda, salero, una petenera!... Rim... tiquirrím... tiquirrím... trim trim... ¡Vaya con la guitarrita que en todo el viaje no descansa!...—¡Que no me arrempuje usted!...—¡Pus váyase á la máquina!...

—Pus no me da la gana...—¡Que se callen!...—¡A que se pegan!...—¡Que, no t'arrimes tanto, Paco, cace calor... Pero si no m'arrimo, mujer, si es que m'aprietan...—Chan, chan... chan, chan... Una estación...—¡No hay asiento!... ¡No hay asiento!...—¡La gentuza lo será usted, señora!...—¡Vaya usted con Dios y que la pongan un coche pa usted sola!...—¡Vaya un traguete!... ¡Cómo nos están alfombrando el suelo de pipas de sandía!... ¡Debemos parecer el wagón real con las cortinillas de pañuelos que nos han puesto!...—Cesta, ¿quiere usted correrse un poquito? Me han colgado tan al borde de la ventanilla que me voy á caer á la vía.—Con mucho gusto, botijo.—Mil gracias... Uuuuúíí... ¡Pide freno la máquina!... ¡No nos vendría mal uno á nosotros los de tercera!...

#### EN EL FURGÓN DE COLA

—A las correas de usted, maleta.  
 —Beso á usted las tapas, mundo.  
 —¡Vaya una casualidad! ¿Conque el marqués va en el tren?  
 —Sí, señor.  
 —¿Y también la condesa?  
 —También.  
 —¿Y lleva usted mucha ropa?  
 —Una tienda de modas enterita. ¿Y usted?  
 —Yo poco, porque todo el hueco lo llena el traje de frac.  
 —Su amo es elegante en todas partes... ¿Y adónde va usted?  
 —A Arcachón. ¿Y ustedes?  
 —A Biarritz... y luego á París.  
 —¡Cuánta *goma*!... ¡Como me llamo cofre que echaba á ese par de silbantes á la vía!... ¡Mucho París de Francia, y se vienen en el mixto!... ¡Que sus calléis!...

#### EL FAROL POSTERIOR DEL TREN

—Se ha hecho de noche y me han encendido. Mi ojo de rojiza lumbre sólo distingue árboles y árboles, hasta perderse de vista. La corte se ha quedado atrás, lejos, muy lejos. Adiós, pues, Madrid, ¡hasta la vuelta!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

Madrid, 1888.

## EN EL ÁLBUM DE L. H. DE C.

    Mi amiga, ¿lo recuerdas?  
yo era niño, y dichoso todavía,  
cuando miré la flor de tu hermosura,  
fragante abrirse con el alba pura  
que anunció de tu vida el claro día.

    Niños ambos, ¿recuerdas?  
las huellas de los dos marcó el destino.  
Fué la tuya de mirtos y azahares,  
    y de amargos pesares  
sembrado estaba mi infeliz camino.

    Otra vez en el mundo  
nos volvemos á ver; tú eres la misma;  
el tiempo pliega ante tu pie sus alas,  
¿y yo? mi juventud perdió sus galas,  
y á mi bella ilusión se rompió el prisma.

    Peregrino en la tierra,  
no llevo una esperanza dentro el alma:  
y si tras de mi pie mi nombre existe,  
no es en un corazón: — ¡él queda triste  
en alta roca ó solitaria palma!

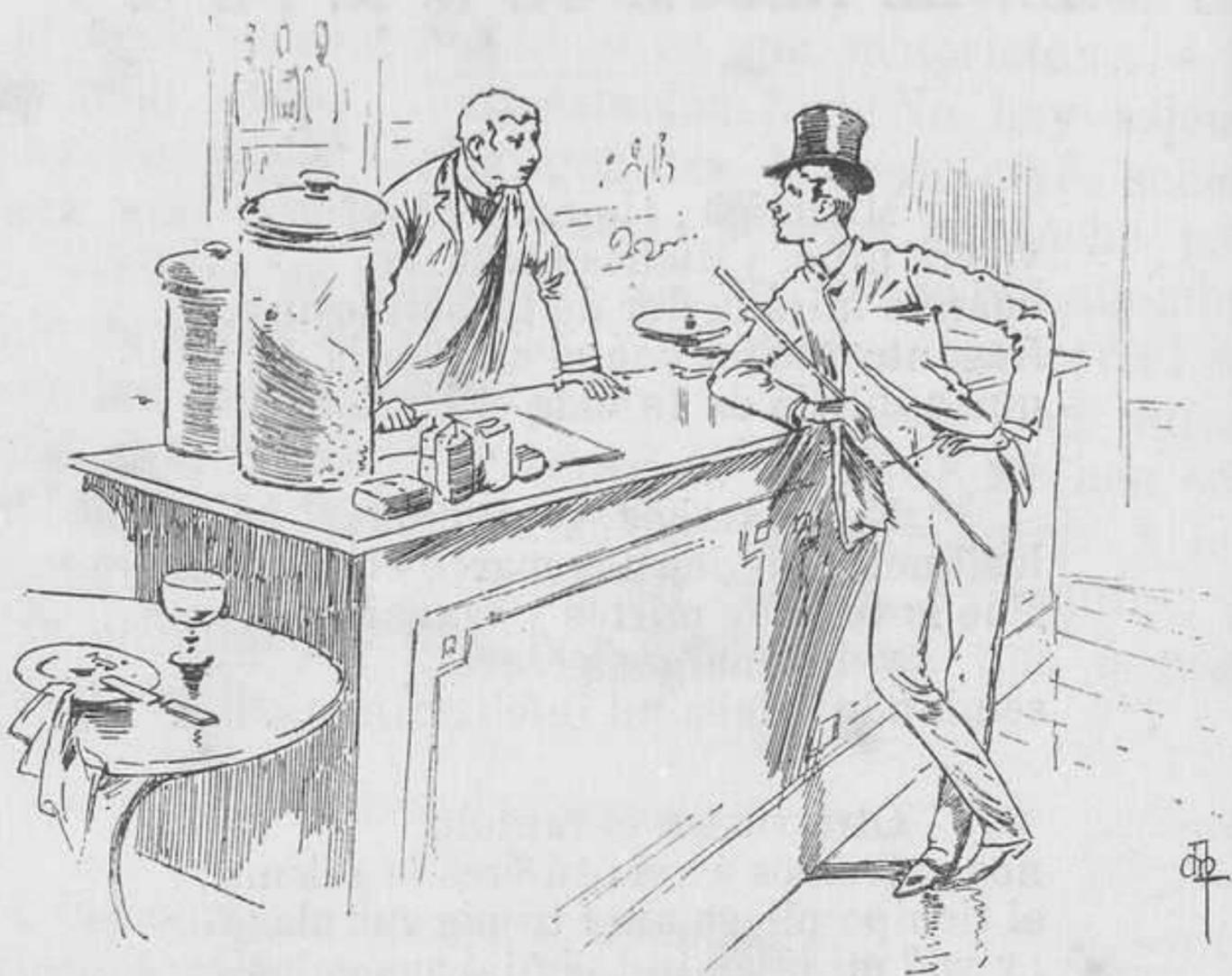
    Mañana, de mi estrella  
yo seguiré otra vez el rayo incierto;  
y ¡quién sabe, Luciana, si en el mundo  
nos volvemos á ver! ¡Si el mar profundo  
habrá de ser mi tumba, ó el desierto!

    Mas no será en la roca  
esta vez, ni en la palma donde deje  
las letras de su nombre el *peregrino*:  
esta vez es más bello su destino,  
y orgullo sentirá cuando se aleje.

    Queda en tu álbum, mi amiga,  
bajo la lumbre de tus ojos, bella;  
como pobre inscripción en rica losa,  
bajo los rayos de la luna hermosa  
ó de la luz benigna de una estrella.

JOSÉ MÁRMOL.

## UN NOVIO



— Como me caso con Juana,  
 por quien mi pecho se afana,  
 con motivo de mi boda  
 voy á echar, fiel á la moda,  
 la casa por la ventana.  
 Quiero, pues, dulces pertrechos,  
 hasta dejar satisfechos  
 mis más pequeños caprichos,  
 para el día de los dichos...  
 —¿De los dichos... ó los hechos?

---

 ¡CUÁNTO TE QUIERO!  
 —————

Último rayo de la luz del día  
 en que gozara de tu amor primero  
 la soñada ilusión el alma mía  
 ¡cuánto te quiero!...

Reflejo de la luna que brillaba,  
 cuando tu rostro puro y hechicero  
 tan cerca de mis labios se encontraba  
 ¡cuánto te quiero!...

Crepúsculo, Isabel, de la mañana  
 en que me distes el adiós postrero  
 y comprendiera tu pasión liviana  
 ¡cuánto te quiero!

P. SAÑUDO AUTRÁN.

## LAS OREJAS DE LAS MUJERES



AS doce!... ¡qué escándalo! ¿no te parece, mujer, que las horas son más cortas que antiguamente? Los días tienen la brevedad de un relámpago: brillan como una explosión de rayos de sol y nos dejan sumidos en seguida en las negrísimas tinieblas de la noche... las manecillas del reloj recorren vertiginosamente su camino, y el *tic tac* del péndulo, que simula las palpitaciones del tiempo, sueña con más celeridad que antes... ¿no me respondes, Antonieta?... ¡Antonieta! ¿te has dormido?

— ¡No!

— ¡Hola! tempestad tenemos... ese *no* ha sonado en mis oídos como el eco de un trueno lejano... ¿estás enojada?

— ¡Déjame dormir!

— ¿No lo dije? ya caen las primeras gotas. ¡Pero, mujer! ¿qué mosca te ha picado? porque tú tienes algo... vamos á ver, ¿qué pecado gordo he cometido para

que me trates de ese modo? por más que hago un escrupuloso registro en mi conciencia, ese almacén de nuestras faltas, no encuentro ninguna de carácter tan grave que justifique tu conducta... ¿qué sentimiento herido solloza en tu garganta? ¿seré, sin sospecharlo siquiera, autor de alguna infamia... inédita? si es así, convendría que tus labios hiciesen una edición de ella y la publicasen pronto, para saber á qué atenerme, porque supongo que será una infamia de *tomo... y lomo*, cuando tanta indignación en tí levanta... ¿No contestas?

— ¡No te acerques á mí!

— ¡Pero, mujer!

— ¡Infame!

— ¡Otro trueno!... ¡valiente noche!

— ¡Si yo hubiese creído á mamá! ¡cuán desdichada soy!

— ¡Ya escampa!

— ¡Mañana pido el divorcio!

— ¡El trueno gordo!... Me parece que no estoy seguro á tu lado; temo una descarga eléctrica y voy... á aislarme.

— ¡Verdugo!

— ¡Pero, señora! ¿qué crimen de lesa humanidad he cometido para que se me acribille á insultos?

— ¡Si yo siguiese los consejos de mamá!

— Te guardarás muy bien de seguir esos consejos... de guerra; que me deje en paz tu mamá, porque nadie le da vela en este entierro... de nuestro amor; de ese infelicísimo amor que ha muerto alevosamente á tus manos...

— La culpa es tuya.

— ¿Mía?

— Sí, tuya, pues basta que tu mujer tenga un capricho, para que te niegues á satisfacerlo y te pongas hecho un tigre, aunque sea mala comparación... para los tigres.

— ¡Ta, ta, ta, ta! ¡ya caigo de mi burro! ¿se trata de los pendientes, eh? unos pendientes de brillantes que no te dejan pegar los ojos en toda la noche.... ni á mí... ¡Pero, Señor! ¿por qué seréis las mujeres tan aficionadas á esos guijarros de colores? ¿para qué los necesitáis? ¿para embelleceros? ¿no sois bastante bellas? ¿pueden competir, acaso, con el brillo de vuestros ojos, ni rivalizar siquiera con el rojo matiz de vuestros labios, ni con la blancura deslumbradora de vuestros dientes? Francamente, no me explico el cariño que profesáis á las joyas, como no sea por el estrecho parentesco que os une, porque unas y otras sois... ¡unas *alhajas*!

— A pesar de la elocuencia de tu avaricia, no me convences.

— ¡Qué he de convencerte! Para la vanidad no hay Demóstenes. Compréndese que antiguamente se diese gran importancia á las piedras preciosas, á las que se atribuían ciertas virtudes incontestables; pero no hoy, que tales preocupaciones han desaparecido.

—¡Pues qué! ¿acaso los hombres no sois aficionados á las alhajas?

—¿Quién lo duda? pero esa afición es más general entre las mujeres: apenas se encontrará una que no sufra de mal de piedra preciosa.

—Tú mismo luces orgulloso un grueso solitario en el dedo...

—Es verdad; pero ¡ya ves! me contento con un *solitario*; de seguro que á tí no te haría gracia tanta... *soledad*.



—¿Qué mal hay en ello?

—¡Ay, hija mía! ¡no lo sabes bien! Apenas pasa día sin que se te antoje alguna joya, y es inútil que cultive afanoso el campo del trabajo intelectual y siembre ideas con la esperanza de coger... sazonadas esterlinas, pues no hay cosecha posible con esa granizada de piedras... preciosas.

—Exageraciones tuyas.

—No es exageración. ¿Por qué no renunciáis de una vez á esas piedras duras é insensibles, pesie á los filósofos indios, para quienes los minerales eran seres vivientes, almas impuras condenadas á sufrir una serie más ó menos larga de metamorfosis, hasta quedar limpias de la mancha

del pecado y ser dignas de ingresar en la grande alma universal?

—Pues á mí no me parece tan descabellada la idea de esos señores filósofos.

—¡Qué ha de parecerte, sobre todo si se considera que todavía hay muchísimas señoras y caballeros en estado de *alhaja!*... ¡Las piedras preciosas! ¿no luce mejor en vuestro cabello negro ó dorado una flor de rojos pétalos, que esas constelaciones de brillantes, comprados á veces con monedas de deshonor?

—¿Estás loco? ¡comparar las piedras preciosas con las flores!

—¿Y por qué no, si son más bellas? ¡Ah, los brillantes que ostentosas lucen ciertas mujeres en las orejas y en la garganta y en las manos, me hacen el efecto de lágrimas petrificadas! ¿no hay más poesía en las flores? Yo no sé de nadie que se haya arruinado por ellas... á no ser algunos empresarios de teatro, desde que se usan ciertas *divas*; en cambio ¡ay! es infinito el número de caballeros del ramo de inocentes que se ven en la última miseria, por culpa de esas piedras á que tan locamente aficionadas se muestran las mujeres, salvo honrosas excepciones... y no lo digo por tí. Algunas hay cuyas orejas cuestan un dineral... tengo un amigo cuya fortuna cuelga de las orejas de su mujer. Decididamente la Naturaleza no lo meditó bien al dotar de tales apéndices al bello sexo; ya me explico porque algunos desisten de sus proyectos matrimoniales, á pesar de su loca afición á las mujeres... ¡es natural! ¡ven la oreja... á la novia!

—¿Acabarás de murmurar?

—¡Es que resuello por el bolsillo!

—Hace un siglo que no me compras nada, y te quejas de vicio.

—¿Un siglo? es verdad; fué el diez y ocho... de este mes.

—Conque... ¿me comprarás los pendientes? Antes, cuando nos casamos, no me negabas nada.

—Es que entonces me pedías las cosas con la sonrisa en los labios; al paso que ahora...

—Ahora, ¿qué?

—Me las pides... ¡con trabuco!

—Déjate de bromas.

—La que debe dejarse de bromas, eres tú. ¡Mira que eso de los pendientes es una broma pesada!

—Cómpramelos y te juro no pedirte nada más en un siglo.

—No me conviene.

—¡Por Dios!

—¡Que no me conviene, mujer! ¡pasan con una rapidez los siglos para tí!

—¡Mira que me enojo!

—Si me prometes, al menos, no exigir otra joya hasta que no termine la era cristiana...

—Te lo juro.

—¡Ah! pues si me lo juras...

—¿Tendré los pendientes?

—¡Veremos!

—¡Quiero que me digas que sí!

—¡Pero, Señor! ¿por qué se dejarán las orejas las mujeres?

—¡Mañana mismo quiero esos pendientes!

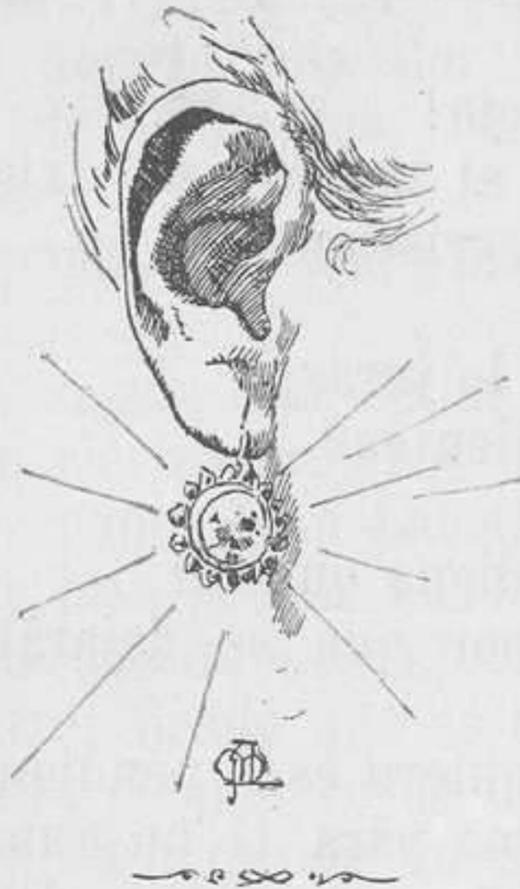
—¿No sería lo mismo para tí un ramo de flores? créeme que lamento mucho que no participes de mis gustos al respecto; hay ramo combinado con tal arte y simetría, que parece un madrigal de flores, con sus consonantes de rosas y claveles... y hasta con sus ripios de verdes hojas; ¡ah! tú no sabes la poesía que encierran esas brillantes estrofas de pétalos; en cambio, nada dicen al alma esos guijarros lucientes con que adornáis vuestros sedosos cabellos y colgáis de vuestras orejas; además, su origen no puede ser más plebeyo: el diamante ha sido engendrado en las negras entrañas del carbón y no puede olvidar su innoble origen, porque muchas veces mancha la frente donde brilla como pequeño astro; ¿qué son el rubí, y el zafiro, y la esmeralda, y el topacio, y la turquesa, sino pura alúmina y óxido de hierro? ¿y qué es la perla que tanto os deslumbra, sino la secreción de un mísero molusco, el producto mórbido de la ostra? Ya ves si todo eso merece la pena de que las mujeres os deis tan malos ratos.

—Será todo lo que tú quieras, pero yo necesito esos pendientes... y me los comprarás... ¿verdad que me los comprarás? ¡si tú eres bueno!... ¡y te quiero tanto!

—¡Hola! ¿besos tenemos? ¡y á traición! ¡vaya una explosión... de cariño! Voló la fortaleza de mi voluntad y es

inútil ya resistir. Preciso es convenir en que las piedras preciosas no han perdido del todo algunas de las propiedades de que nos hablan ciertos autores antiguos: en las orejas de las mujeres, conjuran, cuando menos, las tempestades conyugales.

CASIMIRO PRIETO.



Numen, que flotas, vago, impalpable,  
brindando á tantos la inspiración,  
de tus destellos, si eres un astro,  
dame si puedes un resplandor.

Si eres un ángel, dame tus alas,  
quiero en la nube mirar el sol;  
si eres la vida, rasga el sudario  
que helado envuelve mi corazón.

Si eres la nota que vaga errante  
del instrumento que la emitió,  
vibra en mi lira rauda y sonora,  
que de mis cantos se oiga la voz.

Pues que yo siento mover tus alas  
con sus cambiantes de blanca luz,  
y deslumbrarme cual mariposa,  
que rompe la onda del aire azul.

No te disipes como el perfume  
de la agostada silvestre flor,  
divina esencia que grata aspiro,  
blanco fantasma de mi ilusión.

DORILA CASTELL DE OROZCO.

Montevideo, 1888.

NUESTROS COLABORADORES



D. Guillermo Matta

DISTINGUIDO DIPLOMÁTICO Y POPULAR POETA CHILENO

## ASCENSIÓN

— Sube á la cima, ¿qué ves?  
— Veo valles, veo montes,  
veo nuevos horizontes  
y otros valles á mis pies.

— Vé á otra cima, sube más;  
y cuanto más elevada,  
otro valle, otra morada,  
otro horizonte hallarás.

Así es la verdad. Y así  
por la escala de la ciencia  
sube nuestra inteligencia  
con la razón que está en tí.

Así, el tenebroso error,  
á ser luz en tu alma llega;  
y así la pupila ciega,  
cuando asciende, ve mejor.

De altura en altura va,  
tras un límite prescrito;  
y siempre ve lo infinito  
que se extiende más allá.

Y si de tu anhelo en pos  
viera un término tu anhelo,  
tras lo infinito del cielo  
vieras lo inmenso de Dios.

Llega el hombre á comprender  
esto que á explicar no alcanza;  
y esa es la santa esperanza  
que da alas á nuestro ser.

Sobre ella, en la eternidad,  
reposa nuestra cabeza;  
que en Dios acaba y empieza  
la ciencia de la verdad.

Puede apenas la razón  
verla aquí con la mentira;  
sólo en Dios clara se mira:  
la muerte es una ascensión.

GUILLERMO MATTA

## LA CALUMNIA Y LA DIFAMACIÓN

Podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que nadie se ha visto libre de las garras de la calumnia; pero por mucho que ofendan los efectos de la calumnia, no perjudican en absoluto sino cuando los acompaña la mal intencionada difamación.

La calumnia hiere la honra con un solo golpe: la difamación se complace en martirizar al que es víctima de una imputación falsa.

Los rivales de iguales fuerzas y de idénticas aspiraciones se calumnian; pero los serviles de pobre inteligencia y de mezquinas pasiones difaman. La calumnia es hija de una baja emulación, la difamación lo es de la vileza de la impotencia. El calumniador puede ser un ilustrado y ciego ambicioso. El difamador es un audaz y perverso envidioso.

Tanto llegan á odiarse dos hombres eminentes, pero émulos entre sí, que no perdonan medio para herirse en su amor propio, y creyendo poca ofensa los insultos, llenos de cólera se calumnian y tras la calumnia viene el atropello; pues bien, á pesar de esto y estando á punto de matar ó morir, pueden tener una franca y leal explicación que los lleve á una reconciliación sincera. Si el calumniador se retracta, el calumniado olvida y con el trato y un buen comportamiento se extinguen por completo los agravios y desaparecen los rencores.

El calumniador no ofende por cálculo sino por ímpetu y no es cobarde; lo que él desea es no ser indiferente á los ojos del que lo tiene en poco, y pronto á ponerse frente á frente de su adversario con las armas en la mano, acepta una transacción honrosa.

Los que no pueden llegar á la altura de los hombres eminentes, procuran matar reputaciones ajenas para elevarse ellos, y se hacen eco de todo lo que tiende á la difamación de los demás. Estos seres de pobre espíritu y de corazón pequeño, gozan cuando provocan el escándalo contra la bien sentada reputación de algún hombre virtuoso y trabajador. Si se les pide explicación de la calumnia que

cometan, contestan que ellos no tienen la culpa de haberla oído proferir y que no pueden hacerse solidarios de ajenas invenciones. Rehuyen toda responsabilidad, pero se complacen en divulgar las calumnias.

Se me objetará que describo al calumniador con muy nobles sentimientos, sin duda para rebajar demasiado al que goza dando vuelo á la difamación, pero esto no es verdad; píntese como se quiera el origen de la calumnia, siempre será más bajo y más digno de castigo el que la propala que el mismo calumniador.

Veamos otro ejemplo: en un grupo de murmuradores, una persona que por su comportamiento social no es digna de mucho respeto, y que ni su talento natural ni su ilustración la pueden poner á gran altura ante la pública opinión, se ocupa en desprestigiar á un ausente, y sin conocer las consecuencias de la calumnia, inventa alguna superchería que tiende á poner en duda la honra de aquel de quien se murmura; pues bien, ha bastado esto para que los otros que están oyéndolo se complazcan en divulgar aquella mentira que rebaja el buen crédito del calumniado; gozando como cosa cierta la infamia lanzada sin prever los resultados, y que divulgada por los difamadores, llega á ser causa de la perdición de una familia de pundonor y acrisolada virtud.

Para el hombre de rectitud notoria que acostumbra hacer examen de conciencia, dándose cuenta continuamente ante su razón de todos sus actos públicos y privados, no hay nada que más le ofenda que el que duden de su honradez, y es capaz de atropellar la amistad y hasta los lazos sociales más sagrados, cuando se convence de que su buen nombre es juguete de la difamación.

La calumnia puede despreciarse muchas veces, pero no es posible que nos hagamos indiferentes, á los efectos de la propia difamación.

Suele suceder que el que lanza la calumnia, haga también el oficio de difamador, en cuyo caso, el que así se conduce, se convierte en un monstruo de perversidad; aunque por lo general el que difama quiere tener un editor responsable y le gusta dirigirse al público con un *esto se dice* ó con un *fulano afirma*, para no afrontar nunca las fatales consecuencias de aquello que divulga. El difamador es tan mañero como cobarde.

Aborrezcamos al calumniador, pero convencidos de que son más perniciosos los que se hacen un deber en dar vuelo á la calumnia, castigüemos ahora y siempre al que se complace en ser difamador.

VICENTE R. JORDÁN.

## ENFERMO

Llegó el doctor y el pulso entorpecido  
muy serio me tomó;  
luego del corazón oyó el latido  
y la frente arrugó.

—La fiebre aumenta, aumenta, y el reposo  
la tiene que calmar,  
exclamaba el galeno sentencioso  
volviéndose á alejar.

Y el muy sabio y muy torpe no sabía  
por qué, al silencio aquél,  
más la fiebre en mis sienes se encendía  
con ímpetu cruel.

Y tornaba; y el pulso consultado  
con íntima atención,  
—¡Usted, decía, usted ha conversado:  
por eso es que empeoró!

Y mi madre adorada, vigilante  
no me dejaba hablar;  
y velando mi sueño á cada instante  
se hallaba sin cesar.

—Que el enfermo no hable, mi señora,  
pues juega su existir;—  
y la pobre alejaba á toda hora  
todo el mundo de mí.

—Nadie le ve; no habla,—le decía  
al galeno después;  
y el doctor la cabeza sacudía  
á sus sospechas fiel.

No me vigiles, madre, en adelante;  
no se inquiete, doctor:  
la persona con que hablo á cada instante  
está en mi corazón.

F. SOTO Y CALVO.

## BACO



— ¡Los dos me han preso, y por Dios,  
que cómo cedí aún no sé!

— ¿Por borrachera?

— ¡Sí, á fe!

¡están borrachos los dos!

## SONETO

Por álamos y sauces circuída,  
con su pajizo techo se presenta,  
la campestre ramada donde cuenta  
viejo cantor su trabajosa vida.

Su doliente guitarra vibra herida  
de un sentimiento que ocultar no intenta,  
y oye la turba silenciosa, atenta,  
su canción la más dulce y más sentida.

Viejo, errante, cansado, con firmeza  
vence la pena que su ser desgarrá;  
mas después, cuando aumenta su tristeza

y la muerte infeliz de su hijo narra,  
no puede más, y dobla la cabeza,  
con su llanto bañando la guitarra!

## Amor eterno

### I

Antes que al yugo de insaciables penas  
se extinga el fuego que circula ardiente  
por la española sangre de mis venas:  
antes que se deshojen de mi frente  
las coronas de lirios y azucenas:

Antes que con horribles carcajadas  
la muerte, ó la vejez, vengan airadas,  
á convertir en noches del espanto  
las que á la luz de su cariño santo  
fueron siempre celestes alboradas,

Quiero cantar á la argentina diosa;  
á la mujer sublime y cariñosa  
que, fuente de purísimos anhelos,  
ha sabido por buena y por hermosa  
ser digna de mi amor y de mis celos.

### II

Vén á mí, vén á mí: la alondra canta  
sus últimas endechas á la tarde  
en regalada nota que me encanta,  
y todo en la natura se abrillanta  
al sol divino que en tus ojos arde.

Vén á mí, vén á mí: quiero un momento,  
juntas tus manos á las manos mías,  
hablarte, ¡oh niña! con el dulce acento  
que roba el hada del poeta al viento  
saturado de dulces armonías.

¿Te acuerdas? ¡Ay! En la gentil ribera  
que baña el Plata con su linfa pura,



y al aire la encendida cabellera,  
te ví como se ve la primavera  
en todo el esplendor de su hermosura.

—  
No era humano aquel ser que yo admiraba  
cual tesoro de gracias peregrinas  
y que en éxtasis santo me embargaba;  
era la Venus que mi amor soñaba  
saliendo de las aguas cristalinas.

—  
¿Cómo pintarla? Nunca... Empresa vana...  
no se puede pintar con lengua humana  
el tipo celestial de una belleza,  
que sólo Dios realiza en su grandeza  
para alumbrar á la conciencia humana.

—  
Vén á mi, Léila, vén. Tú eres la vida  
del alma errante que á la tuya unida  
desprecia los embates de la suerte,  
y se levanta en su Calvario erguida  
sin temor á las sombras de la muerte.

—  
Tú eres la virgen que á mi fe te inmolas;  
la mártir santa que en el circo á solas,  
si oyes del león las quejas lastimeras  
y de la mar de sus pasiones fieras  
sientes bullir las encrespadas olas,

—  
De níveo azahar y de jazmín tejido,  
cual tesoro de griegas perfecciones,  
le abres sumisa de tu pecho el nido  
y á sus ansias de amor y á su rugido  
el yugo blando de tus besos pones.

—  
En tí reside de mi Dios la esencia  
y en tí de mi fortuna la existencia;  
pues he aprendido en tí, por alto modo,  
una sola verdad: dice tu ciencia  
que, teniéndote á tí, lo tengo todo.

—  
¡Oh mujer sin igual! ¿No ves cuán leda  
el aura mueve en el jardín frondoso  
rústicos hilos de flotante seda,  
con que labra el gusano, cuidadoso,  
la triste cárcel donde muerto queda?

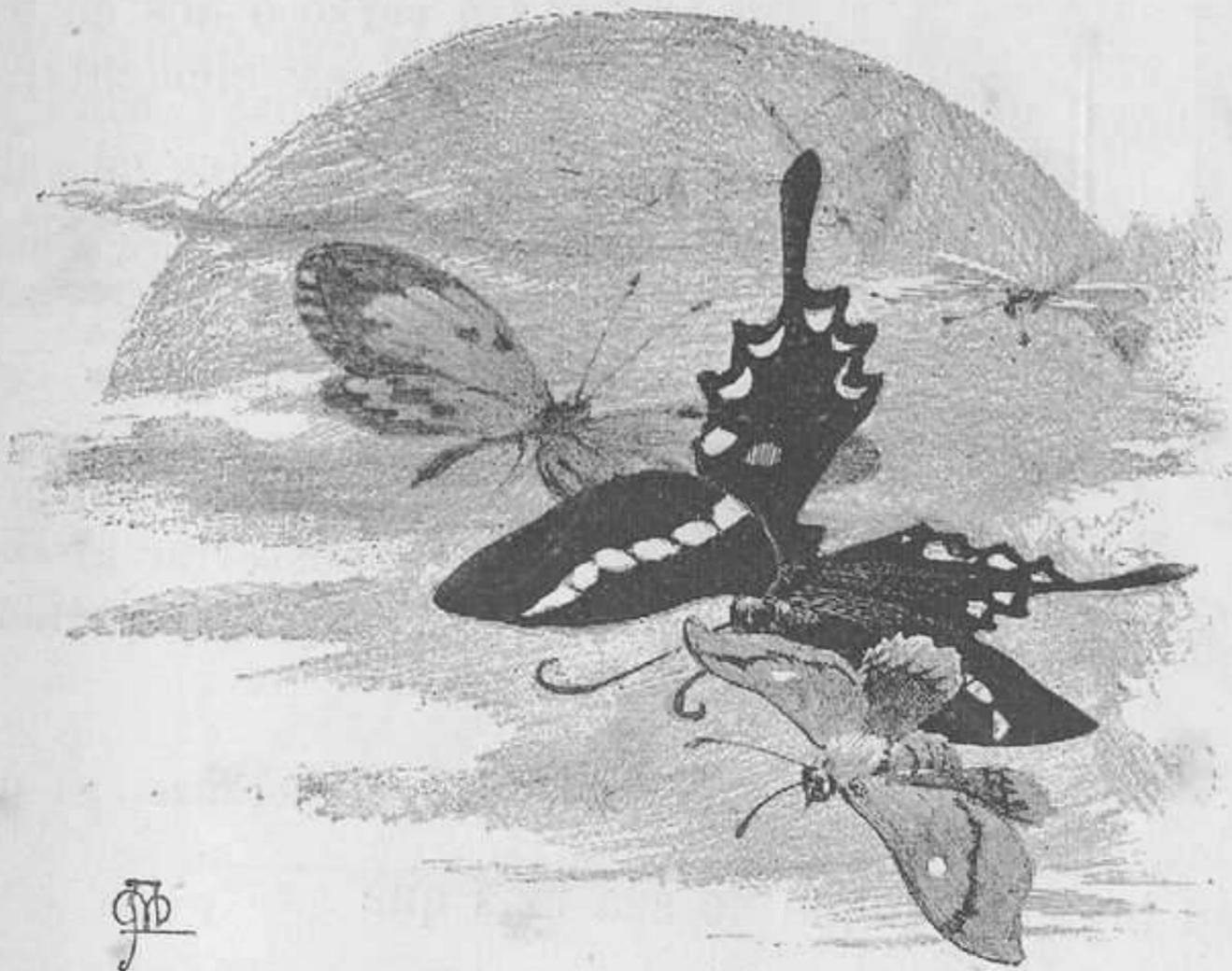
—  
Así nuestras dos almas que palpitan  
del mismo amor al celestial arrullo,  
serán felices si al gusano imitan,

y en místicos arrobos depositan  
su perfume inmortal en un capullo.

Y cuando en busca de mejores galas,  
mariposa, la larva, tienda el vuelo  
roto el espacio de mezquinas salas,  
en mí tomará carne, en tí las alas  
para subir á la región del cielo.

J. J. GARCÍA VELLOSO.

Buenos Aires, abril 1888.



JB

## FLORES DE LA TARDE

Corona juvenil y esplendorosa,  
de blanco lirio y encendida rosa,  
al sol naciente ciñe la mañana;  
y, cuando el sol en los confines arde,  
su espléndida corona de oro y grana  
prende á tus sienes, temblorosa tarde.

Así mi musa, al comenzar el día,  
dió al tierno amor sus prematuras flores,  
y las recibe con la tarde fría.  
Ilusión de ilusiones fué mi encanto,  
rotos celajes fueron mis amores,  
y hoy, á la tarde, mis recuerdos canto.

Santiago de Chile.

EDUARDO DE LA BARRA.

## FÁBULA RUSA



E cuando en cuando no huelga una muestra de ilustración en idiomas.

Un verso ó dos en francés, aunque sea elemental, como aquello:

« Deux noms encore fameux,  
Brunequilde, Fredegonde,  
ont marqué cett'époque  
en forfaits si féconde. »

O algo en italiano anterior, contemporáneo ó posterior al Dante y aun mejor del propio señor Alighieri, como:

« Lasciate ogni speranza.. »

O en inglés, aunque no sea más que

Steeple-chase, sleeping-cart.

Teniendo en cuenta lo que adorna el conocimiento, aun cuando sea de vista, de varios idiomas, he dado en cultivar el ruso, porque le considero como el idioma del porvenir.

En un periódico ruso de medicina he leído en francés, gimnasia que revela mi facilidad en franco-ruso, una fábula interesante.

Las moscas, insectos utilísimos, según los higienistas, son las primeras víctimas de las falsificaciones.

Estas eran cuatro moscas honradas que no tenían qué comer.

No digamos que esto sea consecuencia de aquello, pero coinciden á las veces ambas circunstancias.

Eran cuatro moscas honradas que pensaban en comer.

Había llegado la hora, y carecían de medios para satisfacer su apetito.

— Los calvos, opinaba una, han venido á menos, es

decir, han venido á más; pero no son tan sustanciosos como los calvos de nuestras mayores: aquellos calvos reverendos eran más sustanciosos que los pelones nuestros contemporáneos.

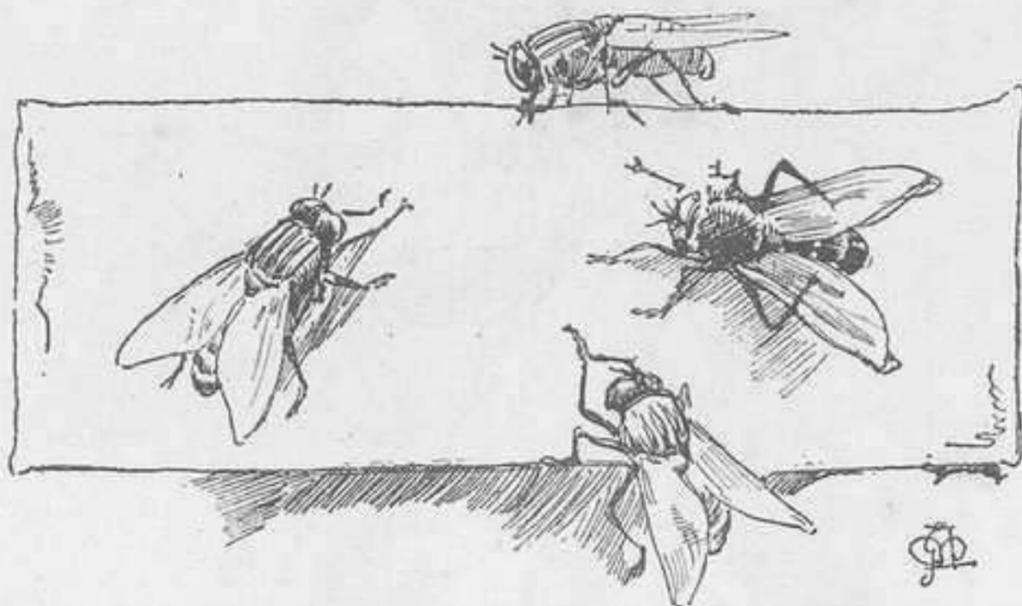
—Las cuatro juntas no podremos penetrar en restaurant alguno, porque nos expulsarían.

—Los hay en los cuales nada encontraríamos, porque lo habrán devorado nuestras compañeras: sinnúmero de ellas comen todos los días en varios puntos.

—Propongo que entremos en una taberna.

—¿Para vernos atraídas por algún plato asqueroso de bacalao en salsa?

—Mejor es caer en una confitería sobre alguna bandeja con merengues, propuso otra.



—Nunca, replica otra, que, cuando menos se piensa, entra un chiquillo goloso, y no repara en moscas ni en moscardones... ¡Ah! Verse sepulta en un panteón de movimiento será horrible. ¡Bullir dentro de una salchichería en vivo!

Las cuatro moscas enmudecieron.

—Así son los hombres, zumbó una después de algunos segundos de silencio. Cada cual tiene sus ideas y sus planes y sus aficiones.

—Así nacen los partidos políticos.

—No podemos continuar juntas.

El humo, que como nube producía un tabaco de perro grande, cuya combustión mantenían dos labios absorbentes de tahonero asturiano, terminó la sesión.

Las cuatro moscas huyeron despavoridas, y se separaron unas de otras sin despedirse.

Una de ellas se detuvo en la puerta de una confitería. La puerta estaba entornada y el interior del establecimiento á media luz.

No saludó al entrar por modestia.

Se dirigió al escaparate, y aprovechando un descuido, penetró.

—¿A que no hay una de coco? se decía revoloteando entre las yemas y tropezando con algunas compañeras.

Por fin dió con una ciruela escarchada y allí se detuvo.



Pero la ciruela era falsificada y la mosca murió de cólico de *Il Trovatore*, sufriendo horribles angustias.

Otra de las cuatro moscas entró en un café, y volando volando se detuvo en una mesa donde tomaba café un caballero que parecía una momia egipcia, con la nariz como una esponja y dos orejas de gala colgantes de largas, los ojos como dos lagunas de asfalto y un bigote largo en forma de guindilla.

Ver á la mosca y sacudir un palo en el velador fué obra de un momento.

—¡Qué animal! murmuró la mosca al oído del caballero, escapando de sus garras.

Después se posó en un lago de café con leche que había derramado en la mesa un parroquiano.

Pero el café y la leche eran falsificados y la infeliz murió en pocos segundos.

Entretanto otra de las moscas halló golosina y muerte en un restaurant.

Pasó á cierta distancia sobre un plato de pescado que habían servido á unos caballeros, y cayó como herida por un rayo al aspirar solamente aquellas emanaciones.

No hay que decir si el pescado sería ó no falsificado.



La cuarta mosca era la más animal, y fué, por consiguiente, la más afortunada.

En un establecimiento de ultramarinos penetró y vió en un escaparate, entre quesos en varios idiomas, pastas, orejones y demás *manufacturas*, una copa llena de un líquido para matar moscas, según anunciaba el inventor.

Con cierta timidez asomó al borde de aquél, para ella estanque sin fin, y resbalando, resbalando, llegó á la superficie del líquido.

Aspiró nuevamente y notó que era un licor muy gustoso.

Repitió la absorción y tornó á repetir, y á cada sorbo hallaba más agradable sabor en el líquido.

Un muchachuelo recién declarado comerciante, ó, mejor

dicho, aspirante á dependiente, observaba en su ocio á la inocente mosca, que se embriagaba en aquel néctar mortífero.

—Tú morirás, murmuraba el chico.

Y la mosca le miró como si hubiera comprendido las palabras del chico, y replicó frotándose las manos y acariciándose las orejas.

—Ya quisieras tú poseer mi entendimiento, gazzápiro.

Cuando se hartó, elevó el vuelo y abandonó aquella mar deleitosa, proponiéndose volver después ú otro día.

Aquel líquido era una falsificación del verdadero matamoscas.

Traducido del ruso por N. N.

---

## CATTIVO TEMPO

---

Del nido que alegró la primavera  
huyeron en tropel las golondrinas:  
entre gasas de lluvia y de neblinas  
oculta el sol su roja cabellera.

Derrama desbordado en la pradera  
el arroyo sus ondas cristalinas,  
y, rodando por valles y colinas,  
las hojas dan su música postrera.

Sólo en el viejo muro carcomido,  
que amante ciñe con abrazo tierno,  
teje la hiedra su dosel florido,

emblema acaso del dolor eterno,  
cuyas flores, la duda y el olvido,  
gala son del otoño y del invierno.

MANUEL DEL PALACIO.

---

## EPIGRAMA

---

(IMITACIÓN DEL ITALIANO)

¿Por qué tan flaca esposa elegiría  
el médico Polar? — Por su pereza.  
Ha querido en su pieza  
y en su esposa estudiar anatomía.

GUILLERMO MATTA.

## LEAL Y BÁRBARA



— *Leal* desde que nació  
este perro se ha llamado,  
y por Dios que lo ha acertado  
el que así lo bautizó.

— Con mi suegra pasa igual;  
*Bárbara* la bautizaron,  
y por Dios que lo acertaron  
en la pila bautismal.

ALBERTO LLANAS.

## LOS DOS ESCLAVOS

(FÁBULA)

Un esclavo, que ostentaba  
al cuello cadena de oro,  
á otro esclavo, su tesoro,  
con orgullo le mostraba.  
Éste nada contestaba,  
hasta que al fin, con gran pena  
y sin dejar la faena,  
dijo: — *Tu candor alabo:*  
*¿piensas que no eres esclavo*  
*porque es de oro tu cadena?*

DANIEL BARROS GREZ.

Santiago de Chile.

## EL ÚNICO SECRETO

No la conocía: un día  
dichosa casualidad  
me presentó á Soledad;  
sonrió, al verme, sin falsía,  
y amable en extremo, y franca,  
tendióme su mano breve,  
que creí de rosa y nieve  
por lo rosada y lo blanca.

Pronto observé, no sin pena,  
en su frente de querube,  
no sé qué siniestra nube  
de tristes misterios llena.

Y aun cuando me dí á pensar,  
su amarga expresión al ver,  
me quedé sin comprender  
la causa de su pesar.

—¿En qué piensa usted? me dijo  
sonriéndome con dulzura.

—Quizá en una desventura...

—¿Qué dice usted? no colijo...

—¿A qué fingir, Soledad,  
quietud dulce y venturosa?  
usted sufre y no es dichosa...

—¡Ah!... ¡silencio, por piedad!

—Que huyó para usted la calma  
claro dicen sus sonrojos...  
por el cristal de sus ojos  
he visto el fondo de su alma.

—Pues bien... ¡sí! el destino fiero  
me unió á un hombre fementido  
á quien mi pecho ha querido  
con amor dulce y sincero.

Mas engañóme el traidor  
con otra infame mujer  
y el cándido amor de ayer  
sentí trocarse en rencor.

Rencor que mi alma no acalla  
y á cuyo influjo fatal  
seré... ¡hasta criminal!

pues tal mi pecho avasalla  
al mirar tanto cinismo,  
que, por el mal atraída,  
me siento ya suspendida  
entre el cielo y el abismo!

—¿Por qué perder la esperanza  
de ser feliz á su lado?

— Es que mi pecho, agraviado,  
sólo sueña en la venganza.  
El amor que un día, necia,  
puse en él, ¿de sí no arroja?  
¡pues que el amante recoja  
lo que el esposo desprecia!  
— Luche usted... no hay heroísmo  
en dejarse así vencer.  
— ¿Luchó él?

— ¡Es que al caer,  
la mujer rueda al abismo!

— Pues rodaré hasta su fondo,  
aunque pierda honor y fama;  
de otro amor la intensa llama  
há tiempo en mi pecho escondo;  
y pues al infierno plugo  
en mí encender tal pasión,  
sin necia vacilación  
doblo el cuello al nuevo yugo.

— Y ese amor de Satanás,  
¿quién le inspira?

— Quien me adora  
y por mí suspira y llora  
sin esperanza, quizás.

— ¿No le ha dicho usted que le ama?

— Hasta hoy á su ruego esquivaba  
me mostré, mirando, altiva,  
por mi honor y por mi fama.

Mas ya que en su amor me enciendo...

— ¡Por Dios! ¡selle usted el labio!

— ¿No me agravian? ¡pues agravio!

¿no me ofenden? ¡pues ofendo!

— ¿Y no teme usted el furor  
del esposo á quien injuria?

— Huiré lejos de su furia  
pues alas tiene el amor.

— Medítelo usted con calma...

— ¡Que en tal idea se goce  
quien los secretos conoce  
más íntimos de mi alma!...

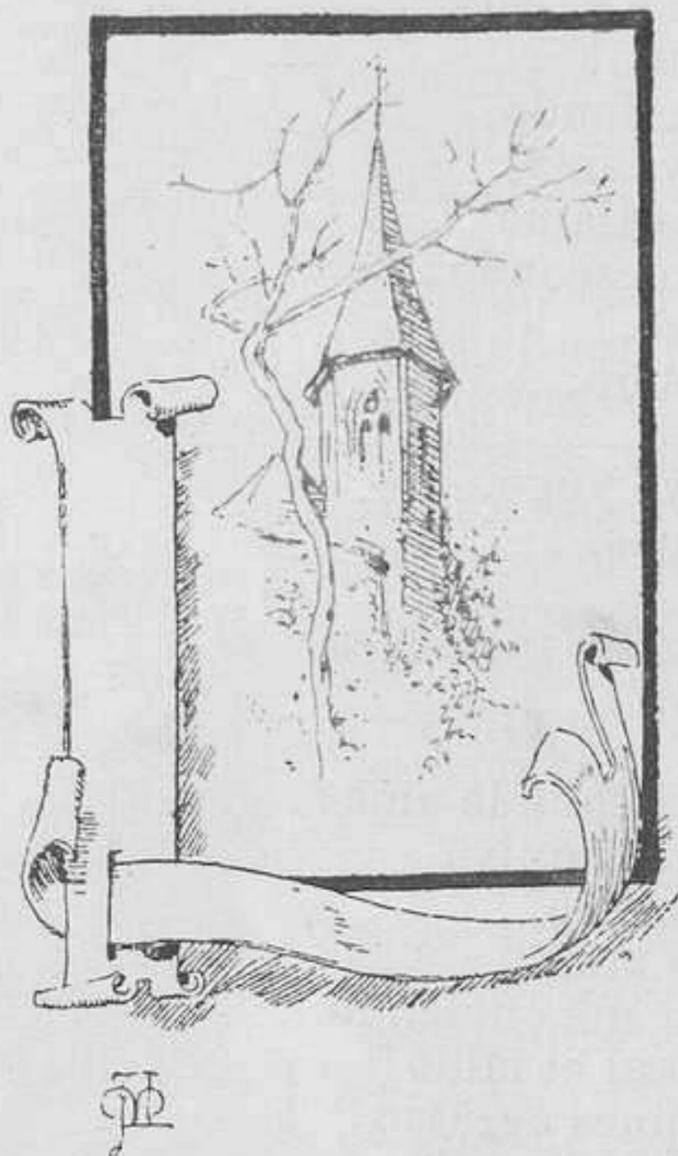
¿Vivir con mi esposo? ¡no!  
bella y joven, aun seré  
feliz...

— ¿Qué edad tiene usted?

Soledad enmudeció.

CASIMIRO PRIETO.

## ENTRE DOS CATACLISMOS



### I

A última hora de un hermoso día de Octubre había sonado con el tañido del *Angelus* en las torres del Callao, entonces bella y populosa ciudad guardada por almenadas murallas.

El rojo fulgor de occidente desvanecía en violados tintes; las primeras estrellas comenzaban á asomar en el azul del cielo; la brisa callaba, y el Océano, inmóvil, yacía entregado á un extraño reposo.

Pero si el viento y el mar dormían, la ciudad bullía con el fragor de ruidosas bacanales.

Hacia largo tiempo, era ésta una moderna Sodoma, que escandalizaba á la metrópoli con la espantosa corrupción de sus costumbres.

En vano los predicadores, de lo alto del púlpito, se desgañitaban llamando al pueblo rebelde á la penitencia, amenazándolo con la ira de Dios y los tormentos eternos.

Aquellos descreídos reían de las llamas, plomo derretido, sapos, culebras y demás accesorios del infierno; y en el atrio mismo de los templos, formando rondas, danzaban al son de sacrílegos cantos.

## II



Ⓜ

En el fondo de una callejuela solitaria, vecina á las murallas, una joven, sentada en el umbral de una puerta, trabajaba en una labor de aguja, á la última luz del crepúsculo.

De vez en cuando levantaba los ojos para dar una mirada á los amarillentos celajes del ocaso y volvía á su obra con presuroso afán.

— ¡No veo ya! exclamó de pronto, deteniendo el movimiento rápido de la aguja. Se acabó la luz de Dios... Con ella este respunte, es cierto; pero faltan coser los lazos.

Y entrando á tientas en el cuarto, sopló sobre dos tizones medio consumidos en un brasero de cobre, y encendió una vela de sebo, cuya remisa claridad alumbró un taller de zapatero, y el agraciado rostro de una mulata vestida con un faldellín de lana raído, pero en extremo limpio, como todo en aquella pobre morada.

La mulata, lavadas sus manos, que enjugó en la orla de su delantal, sentóse delante de una mesita cargada de hormas, leznas y otros utensilios del oficio, y tomó de nuevo su labor.

Era un zapatito de raso blanco bordado de oro y empinado en un tacón forrado con tisú color de grana.

La mulata fué á buscar el compañero en los anaqueles

de una alacena, y colocándolos el uno al lado del otro, púsose á contemplarlos con amor.

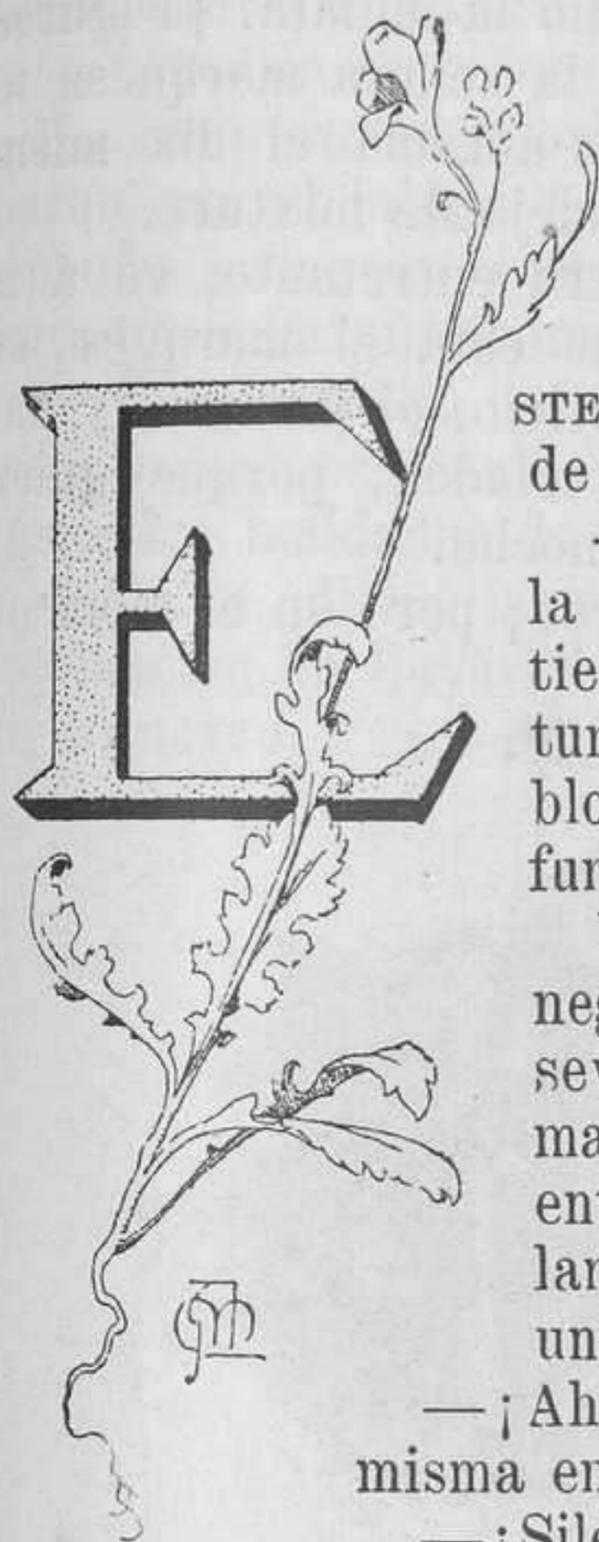
— ¡Quién fuera blanca, decía, para tener ese pie!.. ¡y marquesa, para calzar con legítimo derecho estos blasonados dijes!... ¡y rica para costear la pedrería de su bordado! ¡Rica!... ¡Ja, ja!... Risa da de pensarlo... Y sin embargo, ¿por qué no? diría cualquiera. El trabajo es un



tesoro, y tú vives trabajando sin tregua ni descanso. ¡Oh! sí, pero ahí está mi marido con sus dos engullideras: el garito y la taberna. Así andaría yo si no fuera por mi extremado aseo, y las flores que la vecina huerta me alarga, como una limosna, de lo alto de la pared.

Y la mulata paseaba la mano sobre su rizada cabellera, toda constelada de blancos jazmines.

## III



STEFA! dijo una dulce voz en el dintel de la puerta.

— ¡La señora marquesa! exclamó la mulata, levantándose presurosa, á tiempo que una dama de gentil apostura, medio cubierto el rostro con las blondas de su mantilla, se deslizaba furtivamente en el taller.

Vestía una ancha saya de terciopelo negro y un casaquín de la misma tela, severamente abotonado; pero cuyas mangas y gorguera dejaban admirar, entre vaporosas malinas, un cuello largo, fino, redondo, blanquísimo, y unas manos de reina.

— ¡Ah, señora marquesa! ¡Vuecencia misma en busca de su calzado!...

— ¡Silencio! exclamó la dama interrumpiendo á la mulata. No he venido por eso...

Pero alguien estaba aquí contigo.

— No, señora marquesa: estaba sola.

— Pues ¿con quién hablabas?

— Con mi suerte, señora marquesa.

— ¡Con la suerte! Y ¿qué tenías que decirle?

— Quejábame de ella. ¡Ah, señora marquesa! ¡Gracias á Dios, vuecencia ignora lo que es tenerla por enemiga!

— ¡Quién sabe, hija mía, quién sabe!... Mas dejemos á la suerte con su ceño ó sus sonrisas... y pues que miro aquí listo este par de joyas, probémoslo.

Y la bella marquesa puso con desenfado, uno después de otro, sobre la mesa sus pies de sílfide, que calzaron holgadamente los lindos zapatitos. Su dueña los contemplaba con una mirada de orgullo.

— ¡Encantadores! decía; ¡deliciosos! En el sarao que se apresta para el natalicio del rey, habrán de estar admirables bajo la falda de tisú blanco, recamado de oro.

— ¡Y sobre la media calada! añadió la mulata. ¡Figúrese vucencia!... Mas, lo que es ahora, la señora marquesa me permitirá guardarlos para llevárselos á Lima el día mismo de la fiesta, sahumados, en una bandeja de mixtura.

— Eres muy amable, Estefa; pero entretanto, vé á mi casa de verano, donde hace tres días está el marqués, sin darme acuerdo de sí; llama á Mauricio, el portero, y dale orden de alejar con maña á los criados, porque quiero entrar secretamente y pasar allí la noche.

La mulata se apresuró á obedecer; pero en el momento



que se echaba el rebozo de flanela, una voz aguardentosa hizose oír no lejos cantando un refrán impío.

— ¡Mi marido! exclamó la mulata retrocediendo espantada.

— ¿Borracho?

— Sí, señora marquesa.

— Pues me escabullo y entraré en casa como pueda.

Era tarde. Cuando la marquesa ponía el pie en el umbral de la puerta, un hombre desarrapado, sin sombrero, y los cabellos enmarañados, se plantó delante de ella.

Al verla abrió tamaños ojos.

— ¡Vucencia por aquí! exclamó.

Y volviéndose á Estefa:

— ¿Lo ves, mulata testaruda, que niegas la semejanza de la Capulí con la señora marquesa? Pregunta si no me

equivocué esta tarde, cuando el señor marqués se la llevaba á Lima en su calesa dorada.

Un relámpago sombrío fulguró en los negros ojos de la marquesa; su labio se contrajo con una amarga sonrisa, y echando sobre su rostro el velo de la mantilla se alejó sin permitir á Estefa acompañarla.

— ¡Gaspar! dijo á su marido la mulata, confusa y apesadada; ¿cómo has tenido alma para hacer saber á la marquesa las maldades de su esposo?

— La he dicho la verdad; y ahora te digo á tí que tu obstinación en llevarme la contraria ha de costarte más de un trancazo.



— ¡Borracho desvergonzado! ¡Atreverse á comparar con una dama de alta clase á esa perdida que lleva por nombre un apodo!

— ¿Capulí? Así la llaman por su olor, color y sabor. ¡Perdida! ¡Cómo pudiera hallarla yo, para ponerla en tu lugar!

— ¡En lugar mío! exclamó la mulata, con una terrible explosión de cólera; ¡en el lugar que ocupa á tu lado la esposa honrada! Dáselo en buena hora, miserable; que yo, á vivir con un hombre envilecido, prefiero arrojarme de lo alto de las murallas.

Y la mulata, uniendo la acción á la amenaza, echóse afuera y se dirigió á la rampa, que no lejos de allí daba ascenso á los muros.

— ¡Vamos á verlo! gritó el zapatero, corriendo en pos suya; y habrás de arrojarte, si no de grado, por fuerza.

Estefa, que esto oyó, y que no llevaba intención de realizar su propósito, temió por su vida, y dióse á huir con la velocidad que pudo.

Su marido la seguía con un garrote en la mano y en la boca la amenaza...



## IV

E súbito, la fugitiva y el perseguidor se detuvieron pasmados de igual estupor.

Un ruido sordo, prolongado, aterrador, se elevó de las entrañas de la tierra y vibró en el aire con fragor extraño.

Y Estefa sintió que el suelo se estremecía bajo sus pies; y viendo las murallas vacilar oscilantes y desmoronarse, bajó los ojos hacia la ciudad y vió que sus torres caían, que sus cúpulas se hundían, y que nubes de polvo se elevaban, oscureciendo el cielo.

Estefa dirigió su mirada al mar, y vió en el sitio que un momento antes ocupaba, un abismo negro y profundo que se prolongaba hasta el horizonte, donde se alzaba una montaña azul, inmensa, en cuyas fantásticas vertientes se reflejaban, móviles, los rayos de la luna.

Colocada entre dos cataclismos, Estefa se volvió hacia el que ya conocía y se arrojó en los brazos de su marido.

Gaspar abrazó á su mujer con angustia y señalando la montaña azul que limitaba el abismo:

— ¡El mar! exclamó; ¡huyamos!

Y ambos, arrojándose de las desmoronadas murallas, ganaron el campo y se alejaron corriendo con la rapidez del terror.

Alcanzólos, no obstante, mas sin arrastrarlos consigo, la ola inmensa que tragó á la ciudad maldita con sus riquezas, sus placeres y sus abominaciones.

Los dos esposos se encontraron solos en medio de la noche, sobre un suelo cenagoso, sembrado de cadáveres.

—¿Adónde iremos ahora? dijo Gaspar á su esposa.



CP

—A Lima, donde debíamos vivir, si no fuera por tu amor á esa funesta ciudad, que así debía acabar.

—¡Pésame de ello, hija mía! dijo Gaspar dándose golpes al pecho. Pero, ¿qué haremos en Lima, desnudos y miserables?

—Nos estableceremos con estos ahorros que yo hacía de mi trabajo, en tanto que tú malversabas el tuyo.

Diciendo así, Estefa extrajo de cuatro ó cinco escapularios que llevaba al cuello, otras tantas onzas de oro; y dió un programa de existencia que hizo caer de rodillas al zapatero, y besar con fervor la orla de su faldellín.

Diz que desde entonces Gaspar fué el más amable de los maridos, y Estefa la más feliz de las mulatas.

Había, sin embargo, un pensamiento que oscurecía la dicha de Estefa: el recuerdo de la marquesa.

— ¡Señor! decía la mulata. ¿Cuál es, pues, la recompensa de los justos, si los envolvéis en el castigo de los impíos?...

Pero una noche, la marquesa le apareció en sueños, rodeada la frente de una aureola celestial, vestida de albos cendales, y calzando, en vez de sus zapatitos bordados, el coturno de oro de los arcángeles...

JUANA MANUELA GORRITI.

## REVOLUCIONES DEL GLOBO <sup>1</sup>

Mil siglos han rodado  
en columnas de fuego sobre el mundo,  
y el mundo amedrentado  
ha visto, presagiando su caída,  
de la nada en el piélago profundo  
media creación hundida.

Cimbráronse los polos  
bajo la inmensa mano  
del girante huracán, y el peregrino  
entre el betún volcánico, ya en vano  
escombros del *Vesubio* pulveriza  
para hallar entre pálida ceniza  
el mosaico fulgente de Herculano.

¿Dónde estuvo la Atlántida? buscadla  
en el fondo del férvido Oceano;  
sin norte los navíos  
que en sus playas recónditas surgieron,  
las férreas anclas á la mar botaron  
y entre escombros de Atlántida se hundieron  
y en las torres de Atlántida clavaron.

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

## EPIGRAMA

—¿Con que te has enriquecido?  
¿y cómo ha sido? ¿en el juego?  
—No; fundé una sociedad  
de *inseguros contra incendios*.

<sup>1</sup> Entre diversas composiciones inéditas de Espronceda, encontradas no hace mucho, figura el presente fragmento lírico, en el que se nota, no sólo la falta de lima en algunos versos, sino también algún descuido del copista.

## ARBORICULTURA



—¿Qué haces? dime la verdad.  
 —Planto naranjos, Belén.  
 —Pues es una necesidad;  
 ¿por qué no plantas, más bien,  
 árboles de Navidad?

## EPIGRAMA

—Vengo á que me haga un retrato.  
 —¿De qué clase, hermosa Inés?  
 —Como es para mi futuro,  
 que me quiere mucho y bien,  
 y ha de comérselo á besos...  
 lo mejor será *al pastel*.

# EN EL ÁLBUM DE REBECA

## POEMITA

### I

#### LA ARTISTA Y EL POETA



ERMANOS por la lira y la paleta,  
y armados de distintos atributos,  
un culto igual con semejantes frutos  
profesan el artista y el poeta.  
Siendo uno nuestro arte,  
puedes tú retratarme y yo cantarte;  
mas aunque yo el poeta y tú la artista,  
permíteme que sea el retratista,  
y préstate á servirme de modelo,  
si puede mi pincel copiar el cielo.

### II

#### PROTEO FEMENINO

De hechizos mil Proteo delicado,  
tus formas se renuevan hechiceras;  
tantos tipos encierras y enumeras,  
que pudiera llenar con tu traslado  
galerías enteras.

En los mares del Sur y en los del Norte  
ví muchas veces tu hechicero porte,  
y aún no puedo decir que te conozco,  
ni tengo certidumbre de quién eres;  
pues profanas y clásicas mujeres,  
las ideales beldades  
de todas las edades,  
en tí se han dado cita  
con gracia y con beldad más exquisita.

### III

#### LA MUSA DEL ARTE

Que pintabas oí, no me sorprende;  
desde antes de saberlo, lo sabía;  
sin conocerte aún, te conocía;  
porque de tu figura se desprende  
del arte divinal la misma musa

que graciosa y severa en tí se acusa:  
acabas de llegar á este recinto  
bajando airosa de tu excelso plinto.

## IV

## REBECA

Si en la Biblia mi espíritu se abisma,  
eres, Rebeca, tú, Rebeca misma:  
y el cántaro te ponen mis antojos,  
y la túnica leve,  
y el siervo que á tus pies sediento bebe  
bajo el dormido fuego de tus ojos.

## V

## LA AGARENA

El viajador que la abrasada arena  
recorre de la Libia,  
mira en tí la magnética agarena  
de sedoso cabello y tez morena,  
que su cansancio alivia;  
y extático te adora y no te ofende  
porque en tus ojos Castidad entibia  
el fuego que el Amor audaz enciende.  
Tu airoso porte y tu gentil talante  
son la silueta de la tienda errante,  
y en el flexible juego de tu talle  
ve la palmera que le anuncia el valle.

## VI

## NÁUSICA

Náufrago Ulises á la playa llega,  
y Náusica está allí, princesa griega,  
y Náusica eres tú, que lo conforta,  
cual te ofreciste ante mi vida absorta.

## VII

## VESTAL, SACERDOTISA Y POETISA

Ora de Vesta ó del antiguo celta  
pienso en tí ver sacerdotisa esbelta;  
en el peñón de Léucade otras veces  
sentada me pareces,  
la negra cabellera al viento suelta,

los afilados dedos  
 arrancando al laúd conciertos ledos;  
 la brisa en torno tuyo duerme quieta,  
 y tu recogimiento el mar respeta.

## VIII

## LA MATRONA POMPEYANA

Ora la escena, súbito, se trueca,  
 y te miro, Rebeca,  
 en el sillón del atrio pompeyano,  
 en las rodillas una y otra mano,  
 y entre tus pies la abandonada rueca.  
 La lámpara en la sala  
 su última luz ya moribunda exhala;  
 agitas en tu mente un hondo arcano;  
 roza el amor tu frente con su ala,  
 y empapado tu espíritu en beleño,  
 se pierde entre el deliquio y el ensueño.

## IX

## LA PIEDAD FILIAL

Misión más alta todavía tienes,  
 y esos negros cadejos, esos rizos,  
 que el cerco forman de tus mil hechizos,  
 son también gala de plateadas sienas.  
 Cuando á tu padre lánguida te inclinas  
 y tu busto ideal en él reclinas,  
 formando con tus brazos y cabello  
 un adorable círculo á su cuello,  
 se santifican tus aéreas formas  
 y en cuadro te transformas  
 que te circunda de mayor encanto,  
 porque es el cuadro santo  
 de la Piedad Filial ¡cuadro el más bello!  
 y el que á todas tus obras pone el sello.

JUAN DE ARONA

Lima.

## EPIGRAMA

Viendo el retrato, Gedeón,  
 que se hizo doña Asunción  
 cuando era aún joven y bella,  
 dijo con admiración:  
 — ¡No pasan años por ella!

NUESTROS COLABORADORES



D. Ricardo Palma

EMINENTE LITERATO PERUANO

## RICARDO PALMA

Mirando el último retrato de Ricardo Palma en su actual edad, he pensado por vez primera que ya para él la juventud ha pasado: de tal modo el alma del galano poeta guarda una juventud, una frescura que desbordan en su trato, en su pluma, y se reflejan en sus producciones más serias. Costaría á la mente asimilarlas á la edad madura, si á estas exquisitas dotes no se aunaran una grande energía, un austero estoicismo y una fuerza de voluntad incontrastable.

Bajo el modesto título de Secretario privado del Presidente de la República, fué el mentor obedecido y acatado del irascible Balta.

No há mucho, el más terrible día de la guerra, el fatal 15 de enero, cuando huído Piérola del campo de batalla dispersando las tropas de línea, el enemigo avanzaba sobre la fuerza de reserva situada en los reductos delante el pueblo de Miraflores, cuyos habitantes, mujeres y niños, huían despavoridos ante las bombas incendiarias, Palma, desde los reductos, mandaba prohibir á su esposa el abandonar esos muros que los suyos estaban defendiendo, y la ordenaba aguardar en su hogar la victoria ó la muerte.

Y cuando la aterrorizada joven, huyendo de su casa, saqueada y entregada á las llamas, con sus pequeños hijos en los brazos, llegaba á Lima á pie y exhausta de cansancio, él, cumplido hasta el fin el deber patrio, se reunió á ellos, serena la frente, fuerte el corazón, como en los días de la prosperidad.

Encargado por el gobierno de la reorganización de la Biblioteca Nacional, saqueada por el enemigo hasta el último volumen; quemadas sus vastas estanterías en las hogueras de los soldados acuartelados en su recinto, Palma se consagró al cumplimiento de esta misión con un patriotismo exaltado, que despertó, no sólo en América, sino en toda Europa, entusiastas simpatías.

Las academias, los palacios, las ricas residencias y los soberanos mismos abrieron sus tesoros bibliográficos al abnegado solicitante.

El rey Alfonso XII, que en sus últimos días recibió la

demanda de Palma, hizo á Lima un valioso legado, flor de su real biblioteca.

Sin la pérdida de su colección de manuscritos, hoy la Biblioteca Nacional, gracias á la valiente solicitud de Palma, sería más rica que lo fué en los mejores tiempos del Perú.

JUANA MANUELA GORRITI.

---

## EL MODELO DEL CUADRO DE CLAUDIO

---

DE «L'OUVRE» DE ZOLA.

Dormida está.—La cabellera suelta  
recórtale el perfil en la almohada,  
y resbala esparciéndose revuelta  
sobre la nívea espalda inmaculada.

Como si en sueños la pidieran besos  
la rósea boca ofrécese entreabierta,  
y balbucea llena de embelesos  
arrullos de paloma que despierta.

El brazo izquierdo, como un ala erguida  
ciñe la nuca en lánguida postura;  
del derecho la manga descorrida  
comprime dulcemente la juntura.

En línea de abandono y de inocencia  
presenta el busto el virginal relieve,  
en su turgente y plena florescencia  
como bulbos brotando de la nieve.

Sobre el lecho tendida como un niño  
que rechaza las ropas que lo cubren,  
doncella y blanca, en casto desaliño  
sus formas ideales se descubren.

Baña la luz el torso primoroso  
dorando su tersura alabastrina,  
y ostentan el contorno luminoso  
las curvas de la estatua femenina.

Yace al lado en el suelo amontonado,  
saturado aún de ella, su ropaje;  
la carne de mujer lo ha perfumado  
como el ave perfuma su plumaje.

ALENCAR.

Buenos Aires, 1837.

## LOS ANÓNIMOS



—Cálmese usted, amigo don Jerónimo.  
 —Para mí, aunque parezca á alguién grotesco,  
 no hay nada más terrible que un anónimo.  
 —Pues yo, para saber qué efecto hacía,  
 me escribí uno á mí mismo cierto día  
 y al recibirle me quedé tan fresco.

## LA LIRA

En cada corazón hay una lira  
 cuya voz nos aflige ó nos encanta;  
 cuando la pulsa el entusiasmo, canta;  
 cuando la hiere la maldad, suspira.

Ruge al contacto de la vil mentira,  
 el choque de la duda la quebranta,  
 y á impulsos del amor y la fe santa  
 himnos entona con que al mundo admira.

Yo la mía probé, y estoy contento;  
 bendito tú, Señor, que me la diste  
 acorde á la virtud y al sentimiento,  
 y las notas en ella no pusiste  
 del necio orgullo, del afán violento,  
 del odio ruin y de la envidia triste.

MANUEL DEL PALACIO.



## EN EL ABANICO

DE LA

BELLÍSIMA SEÑORITA

Josefina Lavarello

CUANDO agitado por tu mano hermosa,  
tu blanco seno este abanico orea,  
parece una brillante mariposa  
que, gozosa, aletea  
sobre el nevado cáliz de una rosa.

CASIMIRO PRIETO.

## HUMORADAS

I

¿Dices que te he olvidado?  
amante desleal, pierde cuidado;  
es mi amor tan eterno,  
que ya empiezo á temer que, enamorado,  
por ir donde tú irás, iré al infierno.

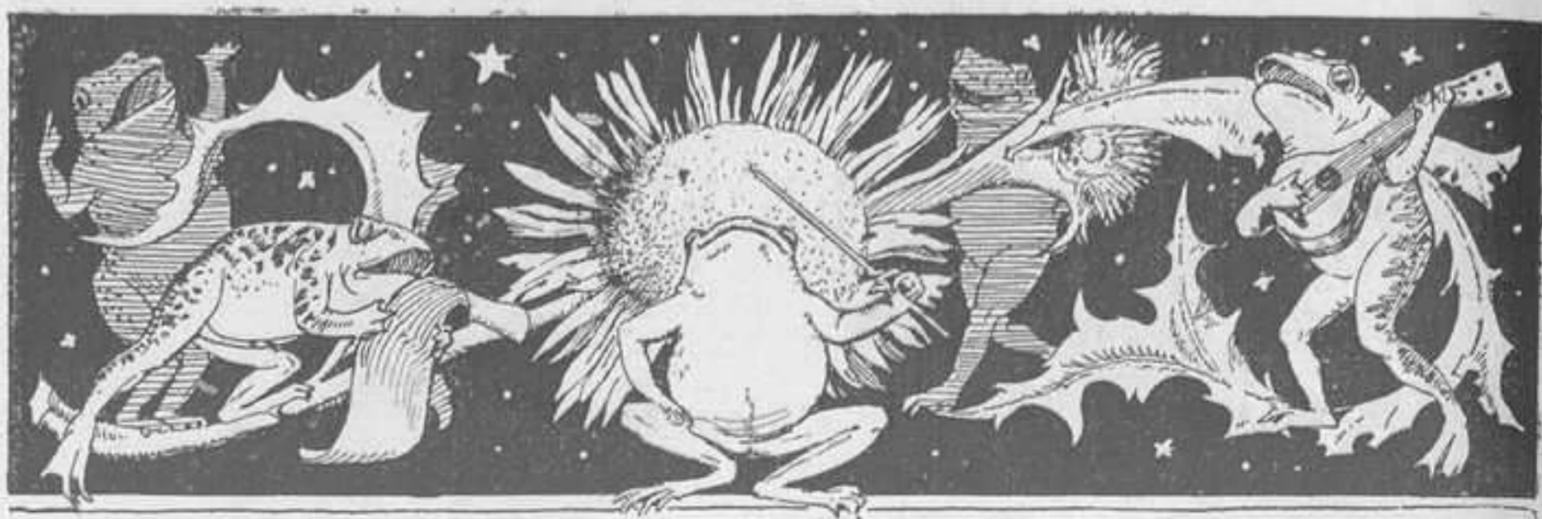
II

¡El hombre! Enaltecedle con respeto  
como á un Dios destronado,  
y jamás le iniciéis en el secreto  
de que es sólo un mamífero endiosado.

III

Enseñad á esperar: es tan cumplida  
la humana confianza,  
que se traga el anzuelo de la vida  
con el cebo fatal de la esperanza.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



## FABULAS EN PROSA

### LA TORMENTA

El trueno, el rayo y el huracán se habían apoderado de la atmósfera.

— ¡Temblad! decía el trueno á los hombres con voz terrible y poderosa. La tormenta ha vencido; se acabó la tranquilidad para vosotros.

— ¿Qué son esas torres que habéis levantado á fuerza de paciencia? añadía el rayo lanzando llamaradas por los ojos. Yo las traspaso y las incendio.

Y el huracán decía, bramando de coraje:

— ¡Ay del que navega! ¡Ay de las chozas débiles y de los árboles que no tengan las raíces muy hondas! Arrasaré todo lo que envuelva dentro de mis círculos.

Y los truenos, los rayos y los bramidos del viento parecían anunciar la ruina del planeta.

— ¡El mundo se acaba! decían todos los animales, refugiándose espantados en las cavernas ó huyendo desparvoridos.

— Anda más de prisa, decía una ardilla impaciente, que se creía en salvo, á un cachazudo caracol que se arrastraba con pereza: ¡el mundo se acaba!

— Pierde cuidado, respondió el conchudo animal. Los que alborotan y se agitan, como el trueno, el rayo y el huracán, se cansan pronto. Más miedo tengo al frío, al calor ó al hambre, que llegan sin ruido y sin cansancio. Todo lo violento es pasajero.

En efecto, un cuarto de hora después, el trueno estaba

ronco, el huracán se había detenido, y el rayo sólo producía relámpagos inofensivos.

Un airecillo templado y juguetón, pero sostenido y constante, deshizo los nubarrones, y los pájaros, sacudiendo las mojadas plumas, volvieron á piar alegremente.

### LA FUERZA Y LA INTELIGENCIA

—Eres un tirano, decía el vapor de agua al maquinista: habiendo fuera tanto espacio, me oprimes y sujetas dentro de la caldera: vuélveme la libertad; deja que yo emplee mi fuerza según mi voluntad.

—¿Tu fuerza y tu voluntad? respondió el maquinista sonriendo. Si yo te dejo libre no podrás alzar del suelo ni un átomo de polvo.

Los pueblos son como el vapor de agua: su fuerza se aniquila cuando no hay un maquinista que la encierre en la caldera y la utilice.

### LOS QUE SUBEN Y BAJAN

Una gota de agua, que había estado millares de años confundida con las demás en un lago, sintió de pronto que se transformaba y adquiriría ligereza extraordinaria. Estaba evaporándose.

—¡Tengo alas! dijo flotando sobre el lago. ¡Adiós, amigas! Ya había presentido muchas veces que mi naturaleza era distinta de la vuestra. Voy á las alturas, al país de las nubes y de las águilas. Ya no nos veremos más.

—No te enorgullezcas, le dijo otra gota que había viajado mucho. Yo he estado en esas altas regiones, y sé que no se permanece en ellas mucho tiempo. Pide á Dios que cuando caigas, quizás hoy mismo, te deje volver á este lago tranquilo. Eres como todas nosotras: un poco de calor te eleva; un pequeño enfriamiento te hace descender.

—Aunque eso sea, repuso la soberbia partícula de vapor. Ha llegado mi época feliz.

—¿Quién sabe? Acaso estás destinada á hundirte en el terreno y encerrarte para siempre en una cueva oscura.

Algunos días después, la gota condensada caía sobre una hoja, y resbalando por ella temblaba, resistiéndose á desprenderse.

Venía de los cielos: iba fatalmente á rodar sobre la tierra.

### PLACERES GRATUITOS

Cayó de un árbol una oruga sobre la espalda de un galápago, y al notar el cómodo y suave movimiento del testáceo, la oruga dió gracias á la suerte porque le había puesto carruaje.

—Ya no tendré que arrastrarme por el suelo, decía entre sí, ni fatigarme. ¡Cuánto voy á viajar sobre la concha de este bruto!

A todo esto el galápago avanzaba lentamente hacia un estanque, con gran regocijo de la oruga, que sólo había visto el agua desde lejos. Ya en la orilla, el galápago entró en el agua con suavidad, nadando con soltura.

—¡Calle! siguió diciendo la oruga. No sólo tengo carruaje, sino barco: esto es un yacht de recreo. ¡Qué hermoso es navegar en barco propio!

—¡Hija mía! exclamó el galápago con sorna. ¿Creías que ibas á viajar gratis en mí? Todo se paga en este mundo. Estás rodeada de agua y no puedes huir. Cuando bendecías á tu suerte por haberte puesto coche, yo bendije á la mía que me había puesto el almuerzo en las espaldas.

Se hundió el galápago, quiso nadar la oruga y el testáceo la devoró con apetito.

### LOS INTERESES CREADOS

El estrépito era grande; las vigas, sacudidas con fuerza, temblaban como en un terremoto; una nube de polvo enrarecía el aire y quitaba la vista y la respiración. Huían despavoridos los ratones; las moscas salían en tropel por las ventanas, y se refugiaban en las rendijas más estrechas chinches, arañas, hormigas, cucarachas y polillas.

—¡Ay! decía una chinche con acento desgarrador. ¿Qué será de mi cría, si yo me he salvado con trabajo? La familia se acaba para siempre.

—Y la tranquilidad de todos, señora, repuso una polilla. Figúrese usted que vivíamos desde tiempo inmemorial en una capa de grana, que nos servía de abrigo y alimento, y nos han expulsado á garrotazos. Ya no hay propiedad.

—¿Hay nada más respetable que la industria? Pues acababan de destruir en un instante más de cien telas magníficas que representan el trabajo de millares de arañas. ¡Oh, qué tejidos, y qué colgaduras han destruído los malvados!

—Nada de eso vale lo que el túnel de tablas que había construído y han deshecho. Era una obra de arte, dijo un ratón desconsolado.

—¡Asesinos! ¡Ladrones! ¡Bárbaros! decían en sus innumerables idiomas todos los perjudicados, zumbando, aleutando y atronando la casa con sus gritos.

—Pero, ¿qué ocurre? gritó desde lejos la dueña de la casa á su criada.

—Nada, señora, respondió la Pepa, continuando su tarea: es que estoy sacudiendo con los zorros el polvo de este guardillón.

### LA GRILLERA

—¡Orden! ¡Orden! decía un grillo muy formal. Cantemos óperas á compás. Coloquémonos en fila sin molestarnos unos á otros. Esto podría ser un concierto y es un caos. ¡Orden! ¡Orden!

Pero los grillos no le hacían caso y chillaban cada cual á su gusto y en su tono, dentro de la grillera, subiéndose unos en otros, para caer después debajo, y formando un grupo informe de patas, cuerpos, antenas y coseletes, en perpetua agitación.

—¿No le parece á usted, dije á un amigo, que esto es la imagen de nuestro país?

—Tiene usted razón, respondió aquél.

—¿Cuándo podrá ordenarse?

—¡Desdichado! ¿Qué pretende usted? Esto está como debe estar. ¿Quiere ser usted el grillo formal que pretendía ordenar una grillera?

Madrid, 1887.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

### CANTAR

Aún no sé de qué color  
son tus brillantes pupilas,  
pues tal deslumbran, que al verlas  
tengo que bajar la vista.

## CANTO DE AMOR

A MARÍA

Es indigno de tí mi humilde canto,  
Mas no el inmenso amor que por tí siento.

Hermosa como Venus Citerea  
al surgir de las ondas del Oceano,  
de la belleza eterna fiel idea  
que eleva al cielo al pensamiento humano,

Así te concebía allá en las horas  
de la casta niñez, horas amadas,  
en que eran más lucientes las auroras  
y las noches más tibias y encantadas.

Hundiéndome en la selva misteriosa  
surcada de una plácida corriente,  
en la atmósfera tenue y luminosa  
soñaba ver tu imagen sonriente.

Las dulces y canorasavecillas  
que poblaban el bosque rumoroso,  
al entonar sus pláticas sencillas  
pronunciaban tu nombre melodioso.

Tú estabas en mi mente adormecida,  
cual en la muda lira los cantares,  
como la blanca perla, que, escondida,  
se adormece en el seno de los mares.

Y un día y otro día, en mis anhelos,  
como la «Buena Nueva» te esperaba,  
y en el azur profundo de los cielos  
el pensamiento mío te buscaba.

Hasta que al fin, como la blanca estrella  
que las tinieblas de la noche alumbraba,  
aparecistes enamorada y bella  
de mi triste existencia en la penumbra.

Desde ese instante el porvenir ansiado  
ante mis ojos presentóse abierto,  
cual un prado de rosas alfombrado  
que surgiera en el medio del desierto.

Y bajo el sol de tu mirada ardiente,  
como flor en el trópico nacida,

fué creciendo mi amor grande y vehemente  
hasta llenar el cielo de mi vida.

Y hoy eres para mí, niña querida,  
mi propio ser, mi propio sentimiento;  
mi vida es un reflejo de tu vida,  
tu imagen la visión del pensamiento.

La pasión que en mi pecho has despertado,  
perfume que en mi espíritu se encierra,  
es el único vínculo sagrado  
que me liga á los males de la tierra.

La gloria que de niño amara tanto  
es una luz fantástica é incierta,  
y tú, mi dulce amor, ídolo santo,  
la alborada que súbito despierta.

Mi ideal eres tú, si tú me adoras  
como yo á tí, con un cariño fuerte,  
nos hallarán las venideras horas  
unidos en la vida y en la muerte!

. . . . .  
. . . . .

Ya que por siempre el corazón te ama,  
con el amor más puro de la vida,  
quiero mostrarte un bello panorama  
que es para mí la tierra prometida.

Figúrate, bien mío, que imagino  
en mis sueños tal vez no realizables,  
conformes tu destino y mi destino,  
tu existencia y la mía inseparables!

Figúrate una plácida colina,  
con flores bien olientes en tu falda,  
y una mansa corriente cristalina,  
bajando entre dos campos de esmeralda.

Una casita blanca rodeada  
de árboles altos y de frescas flores,  
y allí los dos, con alma enamorada,  
hablando del amor de los amores.

Y entre nosotros dos, niña adorada,  
hijo de nuestro amor, un ángel bello,  
de blanca tez y boca sonrosada,  
enlazando sus brazos á tu cuello!

. . . . .  
. . . . .

Al caer el sol, inmensa luminaria,

en el seno movible de los mares,  
iremos por la selva solitaria  
oyendo de las aves los cantares.

Y juntos de las manos, cual dos niños,  
felices y sin otros horizontes  
que el más puro de todos los cariños  
y la cumbre azulada de los montes,

A Dios elevaremos nuestro canto  
por su grande bondad, siempre infinita,  
y nos hará felices, con su encanto,  
el cielo azul, la soledad bendita!

Y allí donde el espíritu concilia  
todas las elevadas facultades,  
tendremos una patria: la familia;  
tendremos un edén: las soledades!

VÍCTOR ARREGUINE.

Montevideo, 1888.

---

## CABOS SUELTOS

---

Yo creo en mi conciencia  
que el mayor bien posible en la existencia,  
por más que lo desdeñe el mundo entero,  
no es tener poderío, honores, ciencia,  
ni aun con buena salud mucho dinero,  
sino tener paciencia.  
Esa es la gran virtud, la quinta esencia  
del arte de la vida verdadero.

\*  
\* \*

Nubecillas nada más  
son, niña, las esperanzas:  
que con el viento se forman,  
que con el viento se marchan.

\*  
\* \*

Paróse á ver el *corso* Rosalía  
en el dintel por distraer el ocio,  
de una puerta cerrada donde había  
un cartel que decía:  
«Se alquila este negocio.»

F. LÓPEZ BENEDITO

Buenos Aires, 1888.

CELEBRIDADES ARTÍSTICAS



Roberto Stagno

## ROBERTO STAGNO

Hé aquí una personalidad artística, que ha hecho una evolución larga y feliz en el gran escenario lírico contemporáneo. Stagno, desde el principio de su carrera, supo captarse las simpatías de los públicos europeos y consiguió figurar entre el corto número de los eminentes. La verdad es que ha tenido dotes, principalmente intelectuales, que le han permitido escalar con paso seguro tan difíciles como deslumbradoras y peligrosas alturas. La base de su celebridad reposa, ante todo, en el concepto elevado, razonado é inteligente que se ha formado del arte, y el cual le ha servido de guía en sus mejores interpretaciones, que no pueden menos de adquirir así un carácter saliente, distintivo, y en algunos casos de inspiración y de entusiasmo revestir los atributos de verdaderas creaciones. En esta categoría pueden colocarse su *Roberto*, su *Conde de Almaviva* y su *Lohengrin*.

Stagno ha cuidado siempre mucho y ha estudiado minuciosamente todos los detalles de los tipos que ha personificado, pero á pesar de esto, es tan pronunciado y tan poco dúctil su carácter, que en ellos se traslucen y dominan sin excepción las modalidades de su propio ser. Ha carecido de la suficiente maleabilidad para amoldarse de tal manera á las exigencias características de un personaje, dado que desaparezcan por completo las suyas propias; y con los años, lejos de adquirir flexibilidad en este sentido, se ha hecho más rígida é incoercible su individualidad. Por eso casi todos sus tipos son Stagno en cuerpo y alma; y esto, que puede ser un mérito para aquellos que tienen el *yo* muy acentuado, es sin duda, un defecto para los que juzgan el arte escénico como el arte de la ficción por excelencia, y en el cual el artista, sin dejar de esbozar sus creaciones con rasgos indelebles de su personalidad moral, debe ocultarse y desaparecer no sólo externamente en los pliegues del traje sino íntimamente en el cuerpo, en el espíritu y en la idiosincrasia del ente encarnado.

No puede negarse que Stagno ha gozado de los privilegios de una organización artística felizmente equilibrada, de

facultades no comunes y de raras condiciones de sensibilidad; pero ha sido, y es cada día más, bastante convencional y un tanto amanerado.

Como cantante posee todos los medios de la buena escuela, realizados por un gusto de la mejor índole. Es maestro en la manera de emitir la voz y de matizarla con los diversos coloridos de la pasión, ya lanzándola con brío poderoso, ya apagándola en suaves tintes de exquisitas delicadezas. A fuerza de estudio y de habilidad ha logrado vencer todas esas escabrosidades del canto que entran como parte decorativa y de ornamentación, hasta el punto de haber abusado de escalas, grupetos, notas picadas, gorjeos, etc., hechos casi siempre con precisión y limpidez notables, aunque con visibles esfuerzos. Si Stagno hubiese poseído una voz amplia y bien timbrada, si la Naturaleza le hubiera concedido una garganta como la de Massini, por ejemplo, habría sido, sin contradicción, el primer tenor de este siglo. Por desgracia le ha faltado esa *materia prima*. Su voz ha sido bastante rebelde, ha carecido de flexibilidad natural, de homogeneidad, de pureza y de la dulce y agradable pastosidad, acariciadora del oído, que constituye el mayor encanto de la voz humana. Pero así como Paganini arrancaba efectos maravillosos de cualquier violín de pacotilla, Stagno, gracias á su talento y constancia, ha hecho prodigios en el canto á pesar de la pobreza de su *instrumento*.

Sin embargo, de algunos años á esta parte, Stagno ha declinado visiblemente, y últimamente en el Politeama de Buenos Aires ha sido casi estéril su heroica lucha contra el estrago fatal del tiempo, por mantenerse en un grado aceptablemente compatible con su fama.

Ha llegado á un estado en que son muchos los momentos de pena que causa por la declinación de sus facultades, pues la atención del auditorio se distrae á cada instante de la situación y de la idea musical, para fijarse en el esfuerzo físico y en los bruscos ademanes que cada nota le ocasionan.

Su creación del *Otelo*, en la hermosa ópera de Verdi, dejó mucho que desear y reveló en él un exceso de confianza en sí mismo, que si puede ser encomiable cuando se está en apogeo, es, por lo menos, imprudente cuando se está en el triste invierno de la decadencia.

El *Otelo* de Stagno es bastante diferente del tipo del

moro creado por Shakspeare, rudo, fiero, arrogante, enamorado y frenéticamente celoso.

Pero la ley de la oferta y de la demanda rige también en los mercados artísticos. Hoy el mundo lírico está desprovisto de tenores: son muy pocos, poquísimos, los que comparten con justicia la gloria de una nombradía universal.

Esto basta á justificar que el gran Roberto Stagno, halagado y seducido por fáciles y engañosos aplausos, vaya cavando paulatinamente, por sus propias manos, la fosa de su antigua y merecida celebridad.

ÁNGEL MENCHACA.

Buenos Aires, julio de 1888.

## PIGMALIÓN

Pigmalión de su estatua enamorado,  
en un raptó de amor, besó la boca,  
y al contacto del beso apasionado,  
latió animada la insensible roca.

Blando agitóse el delicado seno  
cual si el mármol de un sueño despertara;  
calor de vida coloreó su cara  
y el labio se entreabrió, de gracias lleno.  
En profusas sortijas y ondas de oro  
desatada cayó su cabellera,  
y en casta desnudez lució un tesoro:  
¡Venus naciente más hermosa no era!  
los cielos sus miradas luminosas  
en sus ojos azules concentraron;  
ella sonrió, y al par la coronaron  
Amor de mirtos y el Pudor de rosas.

Así, rompiendo sus marmóreos lazos,  
con un suspiro lleno de armonía,  
vino á la vida la mujer más bella  
que haya alumbrado el luminar del día.  
Absortó Pigmalión, tendió los brazos,  
y, naciendo al amor, tendiólos ella.

Mujer de mármol, insensible y fría,  
si yo Pigmalión fuera,  
por animar tu hielo, el alma entera  
en un beso de fuego te daría.

EDUARDO DE LA BARRA.

Santiago de Chile.



## LA INOCENCIA

¡Cuánto á su vista el corazón se ensancha!  
 Simple y modesta y pura,  
 del recental sin mancha  
 tiene la mansedumbre y la blancura:  
 amiga de los niños,  
 está llena de gracia y de cariños.  
 Há poco la soñé, — fué un sueño vago;  
 pasó como la sombra  
 de un raudó cisne sobre el terso lago.  
 Cuando ella me aparece  
 reflejada en las risas de la infancia,  
 una suave fragancia  
 me anuncia que mi vida reverdece.  
 ¡Sí, yo la ví! ¡qué digo! aún la contemplo  
 de frescas y albas rosas coronada,  
 rubia vestal que en busca va del templo  
 al fulgor de la aurora sonrosada.  
 Adórnala flotante un blanco velo;  
 en anchas ondas, leve,  
 la cubre el seno virginal de nieve  
 que jamás palpitar hizo el recelo.  
 Al mirarla imagino  
 cuando en mi mente pasa  
 al dulce rayo que su vista enciende,  
 que una nube de gasa  
 á arrebatarla vino  
 y en el aire azulado la suspende.  
 Su faz bañada en resplandor divino

nunca sintió el calor de los sonrojos,  
 pues ella ignora hasta su ideal belleza  
 que acaso un numen consagró de hinojos.

En sus celestes ojos  
 sólo tremente brilla  
 la llama azul que irradia en su pureza  
 su alma ingenua y sencilla,  
 donde duermen sus vagas impresiones,  
 sus castos pensamientos,  
 como blancos alciones  
 en su nido aguardando en la ribera,  
 para cruzar el mar y hender los vientos,  
 á que el naciente sol tiña la esfera.

Así, bella, serena, armoniosa,  
 la virgen noble avanza;  
 tiene al andar el aire de una diosa  
 y la dulce atracción de la esperanza.  
 ¡Oh espíritus, oh genios tutelares,  
 llevadla inmaculada á sus altares!

Mas ¡ay! súbitamente  
 la salen al camino  
 Amor audaz, y el Tiempo diligente  
 que lleva como marca de su sino  
 el dolor de los siglos en la frente:  
 Amor vivo y risueño,  
 que por cada ventura apaga un sueño;  
 y el Tiempo, infatigable peregrino  
 que en marcha al infinito halló á la Vida,  
 á quien después de agasajar enluta,  
 mezclando al néctar la mortal cicuta  
 en el festín eterno á que convida.  
 Y la Inocencia confiada á ellos  
 fuese, y en brazos del infante alado,  
 del césped en la alfombra de esmeralda,  
 se aduerme al rayo de la blanca luna:  
 en tanto que á su espalda,  
 que en lluvia de oro inundan sus cabellos,  
 el viejo segador de rostro airado,  
 con temblorosa mano una tras una  
 las rosas le arrancó de su guirnalda!

CARLOS GUIDO Y SPANO.

## EPIGRAMA

—¿Qué fué de la rubia Elvira?  
 —Huyó con un militar  
 y hoy pertenece al ejército  
 de línea...  
 —¿Horizontal?

## DIGNIDAD



GH

—Pero ¿qué le aconteció  
á tu primo Andrés Navarro?

—Que un carro le atropelló.

—¡Cielos, qué vergüenza! ¡¡Un carro!!...  
¡Si hubiera sido un *landó*!...

A. M.

— — — — —  
UN PERDIDO

De casarse á punto estaba  
Blas con su prima Beatriz,  
cuando supo el infeliz  
que su prima le engañaba.  
Maldijo de aquel amor  
y al fin, rotos ya sus lazos,  
buscó el olvido en los brazos  
del vicio embrutecedor.  
Y en vano, al ver que se aleja,  
lleno de desdén profundo,  
de la virtud, hoy el mundo  
de perdido le moteja.  
Pues sin que demuestre enfado  
ante tal reproche, Blas,  
contesta «que vale más  
ser *perdido* que *ganado*.»

CASIMIRO PRIETO.

# EL MAGO ROJO

## I



o corría, volaba el poderoso alazán en cuyos ijares clavaba yo, casi frenético, la acerada espuela.

Era preciso llegar á la hora suprema en que el más profundo de los misterios debía serme revelado. — Yo sentía dentro de mi ser una ansiedad infinita que oprimía mi corazón y avasallaba mi pensamiento.

La noche era oscura y tormentosa. — Oíase el mugido del torrente al despeñarse en el profundo abismo; silbaba el

viento con furia desatada al chocar con el oscuro ramaje de las encinas seculares; de cuando en cuando el lívido fulgor del relámpago iluminaba el escabroso sendero, ora cortado sobre espantables precipicios, ora tendido en la intrincada selva, donde la rama del árbol desgarraba el rostro y el rugido de las fieras aterraba el ánimo; el eco pavoroso del trueno era repetido á lo lejos por los senos de la empinada sierra; y, entretanto, mi caballo corría y corría, cual si le hubiesen prestado alas mi enardecido deseo y le hubiera transmitido su furia la tormenta.

Por fin llegué; llegué después de haber salvado toda suerte de peligros, cuando la lluvia caía á torrentes, y el huracán arrancaba de cuajo los árboles y el rayo hendía los duros peñascos.

Me hallaba en el paraje más escondido y más inaccesible de la Selva Negra. Y una vez allí, era preciso que diese cima á mis temerarios propósitos.

Saltar de mi caballo y enderezar mis pasos á una pequeña abertura débilmente iluminada, que en medio de la oscuridad se distinguía entre unas rocas, fué todo obra de un momento.

Aquel estrecho agujero, por donde apenas me fué dado penetrar arrastrándome sobre un pavimento infecto y nauseabundo, era la entrada de una caverna cuyo pavoroso aspecto jamás podría la humana palabra llegar á describir con sus verdaderos colores.

Una luz extraña, un débil resplandor, mezcla de amarillento y rojizo, iluminaba apenas aquel antro por el cual discurrían las más repugnantes alimañas y cuyos agrietados muros daban á cada instante franco paso á los más espantables reptiles.

Esparcidos por el suelo veíanse aquí y acullá esqueletos humanos, restos sin duda de los míseros que habían tenido la osadía de penetrar en aquella mansión, donde parecía imperar la desolación y la muerte.

Detúveme á meditar un instante.—Comprendí que mi temeridad podía costarme la vida: pero mi corazón no tembló.

Pude distinguir, á muy pocos pasos de mí, algo que á primera vista parecióme un ser humano arrodillado, envuelto en un manto gris... Acerquéme lentamente: era un gigantesco buho, que silencioso, inmóvil, clavaba en mí sus dos ojos redondos, amarillos, fosforescentes, con una fijeza horrible.

De pronto agitó sus poderosas alas, que apenas produjeron ruido, giró sobre sus garras, y se perdió en el fondo de la lóbrega caverna.

Pocos momentos después, en apartado rincón, adonde apenas alcanzaba mi vista, levantóse una especie de vapor blanquecino y tenue que, al ir poco á poco disipándose, parecía como que dejase adivinar la existencia de un ser humano en aquel temeroso paraje.—Y así era.

Aparecióse á mis ojos un anciano, mejor dicho, un ser casi indefinible, de elevada estatura y envuelto en largo manto rojo.

Dijérase que sus ojos eran dos carbones encendidos.—Su lengua barba, que casi le alcanzaba á la rodilla, era, lo mismo que sus enmarañadas cejas y su cabello, de un color mezcla de blanco y rojo.

Su rostro, apergaminado, surcado por profundas arrugas, era de una imponente severidad.

A su lado, con los ojos fijos en mí, se hallaba el gigantesco buho.—A derecha é izquierda empecé gradualmente á distinguir enormes clepsidras, retortas, filtros é infinidad de objetos de indescriptible rareza.

Acercóse al verme, alargó hacia mí sus manos descarnadas, tomó en ellas mi diestra, y mientras que, al examinarle



con atención profunda, corría por todo mi ser un frío parecido al de la muerte, dijo con voz que hubiérase creído lanzada del fondo de un sepulcro:

—Te esperaba.

Tampoco, al oírle, se sobrecogió mi espíritu.

Y después de breve pausa, mirándome fijamente, agregó:

—Te esperaba, porque no me eran desconocidos la firmeza de tu voluntad y el poder de tu deseo. Llegas en el momento de las supremas revelaciones, en que la selva

tiembla y se estremece bajo la furia de los elementos desencadenados. Te has hecho acreedor á mi benevolencia. Dime qué quieres.

Y al pronunciar estas palabras, oíase el retumbar del trueno con el tremendo fragor que al desgajarse producirían cien montañas; caía la lluvia con tal violencia, como si toda el agua del mar, acumulada en las nubes, se desplomase sobre la tierra; y el viento, al penetrar por las grietas de los peñascos que formaban la sombría caverna, silbaba furiosamente, ora remedando rabiosos alaridos, ora prolongados lamentos, ora el poderoso rugido de las fieras acorraladas por la tormenta.

Atrevíme á mirar con ánimo sereno aquellos ojos en que brillaba un resplandor satánico y dije:

—Vengo, señor, en busca del reposo que me falta. Soy joven, soy fuerte y me sonríen el amor y la fortuna. Pero esto no satisface mi deseo. Hay en mi corazón un inmenso vacío que necesito llenar para ser dichoso. Me atormenta la idea del mañana. Yo no viviré tranquilo un solo instante mientras que, leyendo en mi porvenir, no alcance á conocer el destino que me está reservado en la existencia.

Con pausado ademán, llevó la palma de la rugosa mano hacia sus ojos, y en actitud de quien medita, quedóse inmóvil durante un buen espacio de tiempo.

—¿Quieres, entonces, me dijo con lúgubre acento saliendo de su profunda meditación; quieres tú, hombre insensato, poseer la ciencia del porvenir?

—Sí, lo quiero, lo necesito, lo ambiciono. El día que llegase á poseer esa ciencia, no habría límites para mi dicha. Si tenéis el poder de infundírmela, hacedlo, por favor, y decidme que sea vuestro esclavo. Todo lo daré yo por ser dueño del arcano de mi vida.

—Puesto que así lo quieres, ¡sea! me dijo.

Y en el mismo instante, mientras pronunciaba algunas frases ininteligibles y su rostro se hallaba iluminado por intensa claridad venida yo no sé de dónde, me tomó de las manos, y llevándome suavemente hacia sí, sopló tres veces sobre mi frente.

.....

.....

.....

.....

.....



## II

LCANZABA ya el sol la mitad de su carrera, cuando lanzándome fuera de mi lecho, abrí la ventana que daba al jardín en medio de la cual se levantaba mi alegre vivienda.

El cielo, de un purísimo azul, estaba sereno y apacible. Cantaban los jilgueros en la frondosa arboleda, mientras las parleras golondrinas formaban con sus gorjeos la

más pintoresca algarabía bajo el alero de mi tejado. Una brisa tibia y perfumada venía á deleitar mis sentidos, trayéndome en suavísimas ondas la fragancia de las flores.

A un extremo del jardín y á la sombra de un enorme naranjo cubierto de azahares, se entretenía en copiar un paisaje la encantadora mujer para quien eran todos mis pensamientos y en quien estaban puestas todas mis esperanzas.—Parecióme en aquel instante la candorosa niña más pura, más angelical, más hermosa que nunca.—Había tan plácida expresión en su semblante, que mi imaginación no pudo menos de representarse, envuelta en un nimbo de luz, aquella adorable cabecita rubia.

Las gentes del lugar, llevando al hombro sus herramientas, regresaban de las faenas del campo.—Enfrente de mi ventana, una gentil campesina cantaba alegremente, mientras tendía al sol un montón de blanca ropa recién lavada. A su lado revoloteaba y se movía una bandada de palomas, arrullándose con esa tiernísima modulación en que saben traducir sus plácidos amores.

Mi perro de caza, mi fiel *Marqués*, comenzó, al verme, á saltar de aquí para allá, haciendo las más extravagantes demostraciones de júbilo.

La Naturaleza toda parecía sonreír como satisfecha de sí misma.—Yo sentía palpitar la vida dentro de mí con una violencia quizá no experimentada hasta entonces...

De pronto vino á mi mente, como ráfaga sombría, el recuerdo de la Selva Negra, la tenebrosa caverna, el Mago rojo, el soplo misterioso que infundía la ciencia del porvenir. No, no era cierto.—Aquello era una pesadilla.—Yo no había ido á la selva, arrostrando mil peligros, para humillar



la altivez de mi espíritu postrándome ante un ser abyecto que nada sobrehumano podía revelarme. Yo había soñado, sin duda, en medio de alguna crisis nerviosa, aquella serie de inverosímiles aventuras...

Pero no.—Mis ropas mojadas aún, hechas jirones, doloridos mis pies, mis manos y mi rostro lacerados, me convencieron de que la pasada noche, desafiando la tempestad y en carrera vertiginosa, me había internado en la selva.

No era posible dudar; yo había ido á inclinar mi frente ante el abominable conjuro del Mago rojo.

Poco á poco, y á la manera como se desvanece la niebla bajo el ardiente sol del estío, comenzó á borrarse de mi mente la noción del recuerdo.—Cuando quise darme cuenta de aquel estado de mi espíritu, el pasado ya no existía para

mí.—Todas las reminiscencias de mi vida quedaban reducidas á la idea de un soplo que, turbando y oscureciendo mis sentidos, había infiltrado en ellos un fluido maravilloso que transformaba mi ser en otro ser distinto.

Y así como en la memoria vemos desfilan en confuso tropel nuestros recuerdos durante esas noches de insomnio que semejan eternidades, así en mi mente comenzaron á levantarse, uno á uno, día por día, hora por hora, minuto por minuto, con la rapidez del pensamiento mismo, los sucesos todos que iban á formar la cadena de mi vida.

Lancé un grito, quizá un rugido, no sé si de dolor ó de sorpresa.—Cerré mis ojos, como si quisiera apartarlos de aquella visión, y con mis manos oprimí convulsivamente mi cerebro que parecía próximo á estallar bajo la fuerza de aquella impresión extraordinaria...

¡Ah! era indudable.—Se hallaba colmada mi ambición. Yo poseía el secreto de mi propio porvenir.



### III

PANSCURRIÓ un mes.

La calma había huído de mi corazón y el sueño de mis párpados.

La brisa perfumada, el sol radiante, el gorjeo del pájaro, el nimbo de luz soñado por mi fantasía, se habían convertido para mí en otros tantos motivos de la más honda pesadumbre.

En vano pretendía fatigar mi cuerpo con el ejercicio de la caza; deleitar mis ojos con el espectáculo de la Naturaleza; aturdir mi pensamiento con el ruido de la orgía: empeño inútil.

La felicidad huía de mi espíritu, á la manera que huye y se desvanece la luz cuando se apodera del espacio la oscuridad de la noche.

Todo había concluído para mí.

Ante mis ojos, allá en el fondo de mi imaginación calenturienta, se alzaba tenaz, pavorosa, implacable, la visión horrenda de mi futuro destino.

El ser querido que se ausenta para no volver jamás; el amigo desleal que paga los mayores sacrificios con la ingratitud más negra; la mujer traidora que sume para siempre nuestro corazón en el infortunio; el hijo inocente arrebatado á nuestro cariño en la flor de la vida; la calumnia infame lanzada á los vientos para mancillar un nombre puro; el populacho vil pagando con la befa y el escarnio el sacrificio del honor y de la vida por un ideal sublime; la dolorosa enfermedad... la muerte misma!...

¡Maldición! El negro cuadro era el fiel reflejo de mi propia existencia.

Porque las horas pasaban con asombrosa rapidez y, al pasar, traían y traían, instante por instante, todo cuanto se hallaba ya en mi pensamiento.

Y así, las desdichas, lo eran para mí mucho antes de que llegasen; mientras que los momentos de ventura dejaban de serlo, puesto que al llegar, existiendo vivos en mi mente, se hallaban ya conmigo.

La felicidad que yo había cifrado en la misteriosa revelación á tanto riesgo conseguida, habíase convertido en insufrible tortura.

Mi ser se aniquilaba, mientras perdía su fuerza mi voluntad y se perturbaba mi inteligencia. Parecía como si la tierra faltase á mis plantas, la luz á mis ojos y á mi pecho la vida.

Cien buitres, cebándose en mis entrañas, no causarían al cuerpo el bárbaro dolor que producía en mi ánimo aquella visión aterradora.

Hasta la muerte aparecía lejana ante mis ojos para que ni me quedase el mísero consuelo de refugiarme en su calma bienhechora.

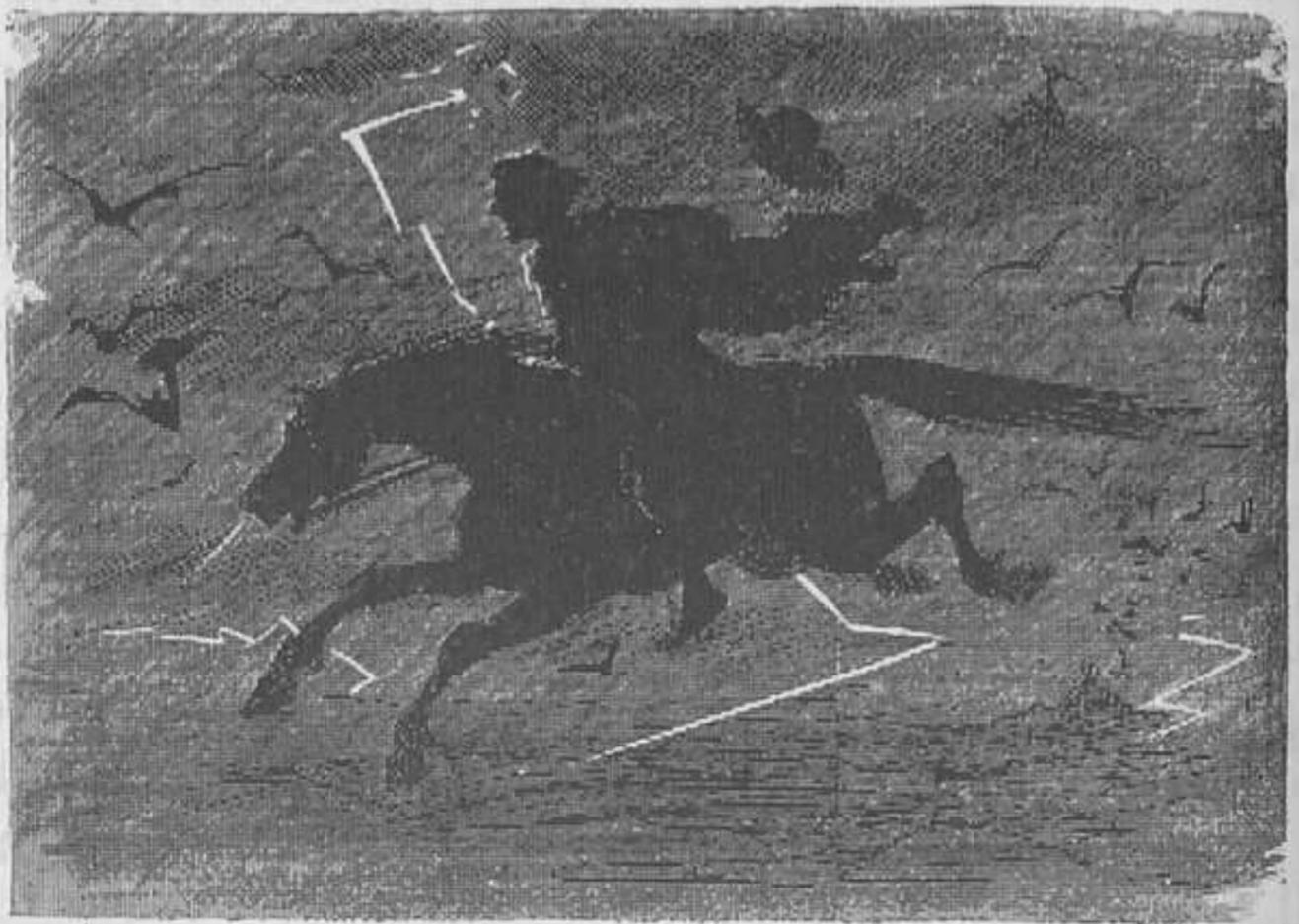
Una noche negra, negra como mi pensamiento, tormentosa como mi destino, dominado por la desesperación, presa del vértigo, lancéme de nuevo, sin temor, caballero en mi brioso corcel, á través de la selva.

Y allí, prosternado, abatido, la frente en el polvo, pedí al Mago rojo, entre sollozos de angustia, que arrancase de

mi cerebro aquella ciencia maldita y me devolviera mis queridos recuerdos...

Y entonces, tornó á ser para mí el sol radiante, azul el cielo, embalsamado el ambiente, hermoso el amor, porque volvió á brillar de nuevo en mi corazón la luz de la esperanza.

RAFAEL CALZADA.



## ESPAÑA

### SONETO

Atenta en lo pasado la memoria,  
la altiva sien de lauros abrumada,  
tras hondo afán, reposa ya cansada  
de ser la favorita de la historia.

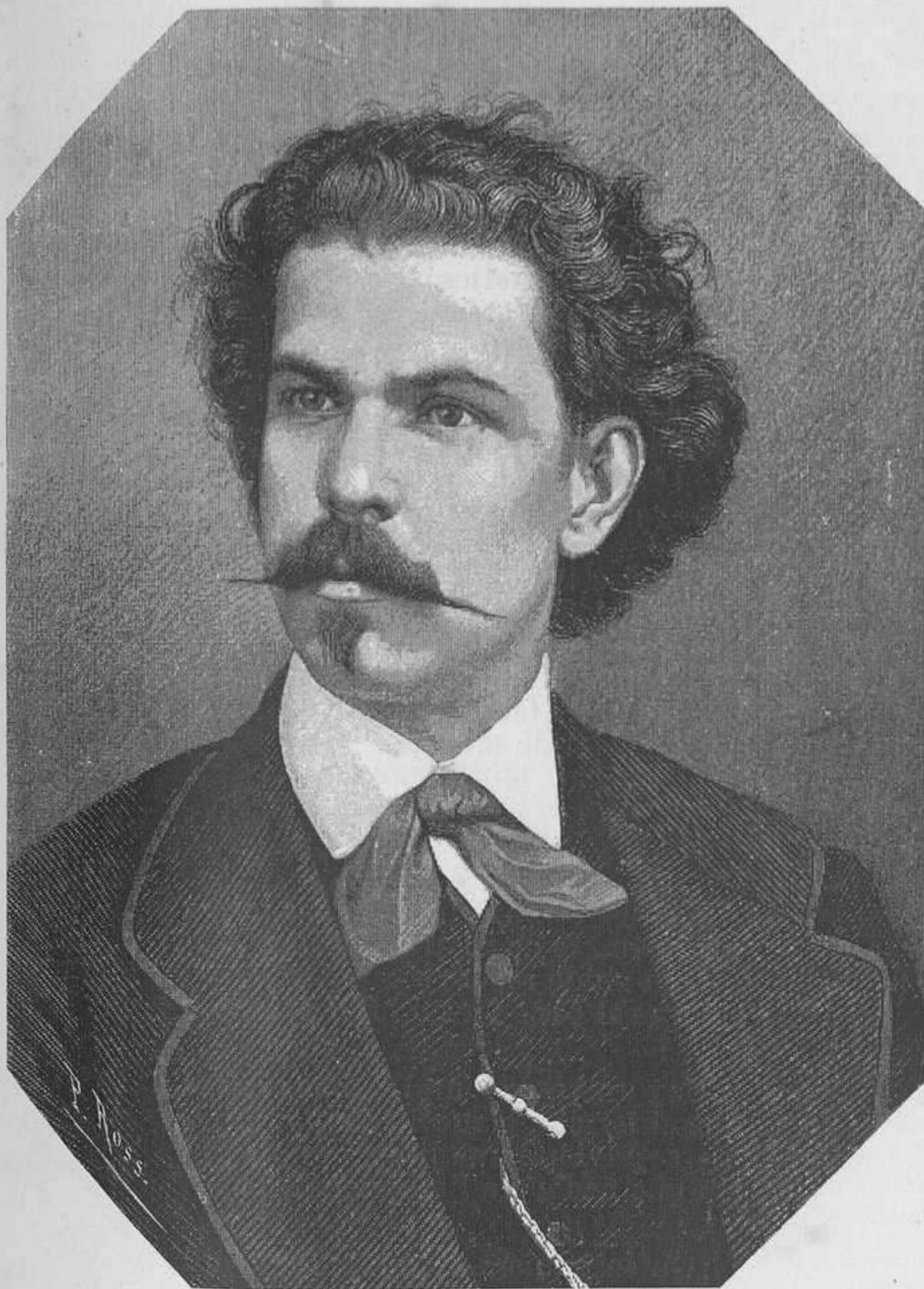
¡No, no ha caído España! La victoria,  
su esclava, espera sólo la alborada,  
en que despierte de esplendor cercada  
en el inmenso templo de su gloria!

Y sacudiendo entonces la cabeza  
con nuevos bríos se alzaré potente  
de su pasado entre el rumor profundo,  
para ser, sempiterna en su grandeza,  
con la luz del progreso en la alta frente,  
reina del porvenir, gloria del mundo!

MOISÉS NUMA CASTELLANOS

Buenos Aires, 1888.

CELEBRIDADES ARTÍSTICAS



Carlos Gomes

ILUSTRE MAESTRO COMPOSITOR BRASILEÑO

## RIMAS

## I

En el libro lujoso se advierten  
 las rimas triunfales,  
 bizantinos mosaicos, pulidos  
 y raros esmaltes;  
 fino estuche de artísticas joyas,  
 ideas brillantes;  
 los vocablos unidos á modo  
 de ricos collares,  
 las ideas formando en el ritmo  
 sus bellos engarces,  
 y los versos como hilos de oro  
 do irisadas tiemblan  
 perlas orientales.  
 ¡Y mirad! En las mil filigranas  
 hallaréis alfileres punzantes;  
 y en la pedrería  
 trémulas facetas  
 de color de sangre.

## VI

Hay un verde laurel. En sus ramas  
 un enjambre de pájaros duerme  
 en mudo reposo  
 sin que el beso del sol los despierte.

Hay un verde laurel. En sus ramas  
 que el terral melancólico mueve,  
 se advierte una lira  
 sin que nadie esa lira descuelgue.

¡Quién pudiera al influjo sagrado  
 de un soplo celeste,  
 despertar en el árbol florido  
 las rimas que duermen!

¡Y flotando en la luz el espíritu  
 mientras arde en la sangre la fiebre,  
 como «un himno gigante y extraño»  
 arrancar á la lira de Becquer!

## IX

Tenía una cifra  
tu blanco pañuelo,  
roja cifra de un nombre que no era  
el tuyo, mi dueño.

La fina batista  
crujía en tus dedos.  
— ¡Qué bien luce en la albura la sangre!...  
te dije riendo.

Te pusiste pálida,  
me tuviste miedo...  
¿Qué miraste? ¿Conoces, acaso,  
la risa de Otelo?

Santiago de Chile.

RUBEN DARÍO.

---

 INVIERNO
 

---

Las hojas han caído;  
las angulosas ramas se bifurcan  
entre el pálido azul del horizonte,  
y sólo queda, del amor, el nido  
en la desnuda soledad del monte.

Es que del verde inquieto  
faltó el dosel á las vibrantes alas  
de rubor y pasión estremecidas,  
y el amor es un tímido secreto  
que se cuenta en penumbras escondidas.

Las gotas del rocío  
destilan como lágrimas, mojando  
del árbol mustio la alfombrada planta,  
olvidadas del sol, pálido y frío,  
que arrebuja en nieblas se levanta.

Y al viento se abandona,  
urna de amor, entre el ramaje helado,  
el nido melancólico y desierto;  
es la eterna esperanza: es la corona  
que en brazos de la cruz guarda su muerto.

1888.

MARTÍN CORONADO.

## UNA DUDA



- ¿No encuentras mis pantalones?  
 —Por más que en buscar me afano,  
 no doy con ellos; en vano  
 registré hasta los rincones.  
 —¡Pues, señor, estoy lucido!  
 ¿y qué hago en tan serio apuro?  
 —Pero... ¿está usted bien seguro?...  
 —¿De qué?  
 —De haberlos traído.

## EPIGRAMA

- ¿Sabes, amigo Pascual,  
 que tu primo el novelista  
 tiene otro hijo natural?  
 —No me extraña... ¡como el tal  
 siempre fué *naturalista!*

# LA PARTIQUINA

(HISTORIA DE UNA PATTI)

## I

Yo estaba entusiasmado con la música que el maestro C... había puesto á mi zarzuela.

Se goza mucho, á lo menos yo gozo, oyendo uno como le cantan los versos que ha escrito en silencio y como le tocan á toda orquesta las situaciones que ha concebido.

Pero pasemos adelante, que eso no es lo que interesa. Hasta aquí no he hecho más que enterar á mis lectores de una debilidad mía.

Estaba entusiasmado con la música del maestro C..., que había quedado completa y obtenido el estado de partitura, dos años y medio después de la fecha para la cual el susodicho compositor me la había prometido.

Yo hubiera deseado llevar al estreno de mi obra, es decir, de nuestra obra, porque la experiencia me enseñó que también era del maestro, no solamente á mis amigos, que tengo pocos, sino asimismo á todos mis conocidos, que tengo muchos, y á mis conocidas, que tengo más.

Por fortuna para la obra y para mí, la empresa del teatro, sabiendo muy bien lo que se hacía, no me concedió más de una docena de billetes. Esto aseguró el éxito.

Los amigos siempre se quedan con las manos quietas, aunque el estreno que presencién sea el de *Hamlet* ó de *La vida es sueño*, vamos al decir. En cambio, y por dichosa compensación que entornece el alma, esos amigos que se callan en el éxito, acuden tiernos y solícitos á prestar toda clase de consuelos en los fracasos.

Lo que ha dicho no se quién, gran concedor del ramo de amigos: "En las adversidades se conocen éstos."

## II

Pero Gonzalo, el pobre Gonzalo, es una excepción de la regla general.

Le gusta todo y se entusiasma siempre.

¡Lo que ha palmoteado Gonzalo en esta vida!

Es un alma noble y ardiente, según deben tenerla los angelitos que rodean el trono de Dios.

No sabe lo que es silbar.

Un público de Gonzalos quisiéramos en los estrenos todos los que escribimos para la escena.

Yo no disponía más que de un Gonzalo, y á ese le mandé al teatro con uno de los doce billetes de favor que debí á la munificencia del empresario.

En la hora de la calentura, cuando por las tablas desiertas y oscuras se pasea el autor como un león enjaulado, temiendo, casi dando por inevitable la tempestad de la derrota, Gonzalo era mi esperanza y mi alivio.

—A lo menos, decía yo en mis adentros, á él le gustará.

Y por el agujero del telón le dirigía mi mirada cariñosa y prematuramente agradecida.

Allí en su butaca de platea, número 15, fila 2.<sup>a</sup>, estaba él con su sonrisa de todos los días, preparado á saborear las bellezas lo mismo que los disparates de la obra; lo que ésta tuviera.

¡Buen Gonzalo! Como que él dice que la comedia mejor que ha visto es la de cierto amigo común de los dos, que fué silbada, gritada y pateada solemnemente.

Es decir, se refiere Gonzalo á los dos primeros actos de la recordada comedia, porque ésta tenía tres, y el tercero no llegó á representarse.

Vamos á mi zarzuela.

### III

¡Qué éxito tuvimos!

O por decirlo mejor, ¡qué éxito tuvo mi cómplice, el maestro C...!

En el libro, en las situaciones, en los versos no se fijó nadie. Para que luego vaya uno á escribir zarzuelas.

Un éxito ruidoso en cuyos gloriosos efectos, aunque no me alcanzaban, yo me consideré comprendido.

Mi alborozo no tenía límites y mi orgullo tampoco.

Rechacé briosamente á un editor con galería que se llegó á ofrecerme mil quinientos reales por mis derechos de propiedad.

—¡Cómo estará Gonzalo! pensaba yo á cada ovación que salía á recibir, cogido de la mano del maestro C...

Ya me tardaba verle.

Al concluirse la función me fuí derrechito en su busca.

Le pillé en la puerta de la calle.

Pero ni me abrazó, ni me dió el beso que yo le había visto dar á todos los autores de algo.

Salía con el rostro cariacontecido, y se vino á mí silencioso.

—¿Qué tal? le pregunté yo, á guisa de excitante.

Y me salió por los cerros de Ubeda.

Me dijo lastimera, doloridamente:

—¿Conque está ahí la Marcela?

—¿Quién es la Marcela?

—Esa que ha cantado en tu obra.

—No, chico. La ha cantado la Soler Difrancó.

—Quiero decir la otra.

—¿La partiquina?

—Marcela.

—Ni sé cómo se llama. Si es una parte de por medio...

—Pues esa.

—¿Te ha llamado la atención una racionista que ha salido á cantar cuatro notas desafinadas y á decir media docena de bocadillos?

—Esa.

—Pero si es muy mala y muy fea.

—Ha sido muy buena y muy hermosa.

—¡Ah! ¿tiene su historia?

—¡Ya lo creo!

—Cuéntamela.

Llegábamos al café; nos sentamos, pedí mi chocolate, Gonzalo pidió su chica de Baviera, y mientras hacíamos cada cual su consumo, el pobre muchacho me refirió la historia de Marcela, la partiquina.

#### IV

—Marcela ha sido mi artista. Yo la descubrí, yo la formé, yo la empujé por la senda del arte, que la ha conducido ¡ay!... á los puestos ínfimos del cartel de una compañía zarzuelera.

Conocíla en el Conservatorio, allá en un tiempo que yo dejé suspendida mi carrera de abogado, para ir á convertirme en un Tamberlick, (entonces aún no se decía un Gayerre). Yo me había sorprendido una voz de tenor excepcional y sentía en mi sangre bullir el arte derretido. No seguí aquellos estudios y dejé huérfano de mi gloria al arte lírico, por exigencias de familia relacionadas con el testa-

mento de cierto tío carnal mío, muy prosaico y muy acomodado, que por entonces se murió.

Pero Marcela siguió adelante. Dedicué mi ahinco y mi dinero á la empresa de hacerla artista. ¡Estaba enamorado de ella como un orate! Verás... Cuando la conocí no iba al Conservatorio á aprender nada, porque ella jamás había sospechado que en su alma ardiera el sacro fuego á cuyo calor yo me abrasé. Sus aficiones eran el pespunte y el bordado; siempre hablaba de camisas y de servilletas, de canastillas de boda y de paños de comunión. Una ignorancia de su mérito, que la hacía idolatrabable.

A la Escuela de música y canto iba acompañando á una prima en cuya casa estaba recogida, pues Marcela era huérfana, y aunque no tenía padre, ni madre, ni perrito que la ladrase, tenía una tía, mamá de la prima mencionada, cuyos ladridos tuve yo ocasión de oír y gozar, cuando empecé á requerir de amores á la sobrina.

No iba, pues, á aprender.

Un día que le dió la ocurrencia de tararear no sé qué cosa, lo hizo con tal expresión y dejándome adivinar bajo el envoltorio de la media voz, una voz entera tan hermosa, tan dilatada, tan cristalina y al mismo tiempo una expresión tan arrebatadora, que yo consideré un crimen de lesa arte dejar en bruto aquella piedra preciosa.

La propuse que estudiara el canto, y ella rehusó, alegando que no lo sentía. ¡No sentir ella el arte, cuando tarareando nada más, me arrebatava de entusiasmo!

No me sometí. Yo la adoraba ciegamente como mujer, á pesar de que todo el mundo decía que era fea, y la admiraba por anticipado como artista, aunque ella misma se negaba ingenuamente esta calidad.

Fuí á hablar con la tía, la de los ladridos. Ofrecíla apoyo, maestros, viajes á Milán, triunfos para el porvenir, beneficios con coronas y joyas, escrituras de cinco mil francos diarios en Europa y de millones en América. La buena señora, toda asombrada de tener sin saberlo un filón semejante oculto en su domicilio, aceptó mis ofrecimientos con el alborozo más enérgico. Desde aquel día no nos ladró más ni á Marcela ni á mí.

—Es preciso que no se pierda el tesoro que posee esta criatura.

Quieras que no, la niña hubo de dejar sus labores para

coger el método. Su tía la encadenó al piano, yo la enterré entre libros de música, papeles, canciones sueltas y partituras; la paseé por los gabinetes de todos los maestros; pagué lecciones á cinco duros, á diez, á veinte y á cincuenta. Una vez dí ocho mil francos á cierto tenor famoso, porque viniese á cantar el duo del *Faust* con ella en nuestra reunión de los domingos por la noche. ¡Lástima de dispendio! porque Marcela estuvo muy turbada aquel día, y mi dinero no lució.

La misma contrariedad la perseguía todas cuantas veces su señora tía y yo nos empeñábamos en llevarla á cantar á alguna parte. Siempre estaba turbada. Y era el miedo, la modestia de los genios.

Este era el rasgo más saliente de aquel espíritu de artista, de aquella notabilidad futura, eminencia infalible en estado de larva. Pero yo continuaba diciendo, (á su tía por supuesto, porque ella, mi diva adorada, jamás prestaba oídos á mis amores ni á mis lisonjas), continuaba diciendo:

—¡Será una Patti!

Y me quedaba en el alma cierto escozorcillo que me hacía añadir por lo bajo:

—¡Una Patti! Ya daría la Patti algo por haber llegado adonde llegará esta criatura mía.

## V

Y Marcela á todo eso no se revelaba. El genio se mantenía acurrucado en el fondo de su ser, y sólo á la fuerza mayor de su tía debió la muchacha, aquella niña de mis amores, llegar á soltar la voz en escalas, arpegios y gorgoritos y á descifrar las solfas, acomodándose al compás de la mano ó de la batuta.

Un día, —la impaciencia me devoraba, —yo declaré que la niña era ya una artista hecha y derecha. La tía asintió, y únicamente el maestro oponía algunos reparos.

—Desengañense ustedes, dije yo. Esta niña ha de ir á las tablas. Allí perderá el miedo y verán ustedes qué vuelo toma.

Marcelita lloraba, resistía; se nos puso enferma. Pero su tía y yo no parábamos de repetir á duo:

—¡Nada, nada, á la escena! Allí es donde te vas á hacer una Patti.

Empleé toda mi influencia y una partida no despreciable

de mi caudal, para conseguir que Marcela se presentase á cantar en el teatro de la Opera.

Salió el cartel anunciando *La Traviata*.

Llegó la noche; condujimos á Marcela, casi atada de pies y manos, á su camarín del teatro.

Me fuí á mi butaca ebrio ya con el triunfo que aquella amada mía iba á obtener.

Apareció, cantó...

¡Cómo la silbaron!

Entonces caí en la cuenta de que la culpa era de los maestros, todos muy malos, que había tenido.

—¡A Milán! dije.

Y nos la llevamos prisionera á Milán.

## VI

Al cabo de un año volvía á debutar.

Yo había tomado para el caso un politeama, extramuros de una población italiana.

Otra vez la silbaron.

La llevé á Niza.

Otra derrota.

El genio no se revelaba. Y sin embargo, yo sabía que estaba allí, en aquel espíritu y aquel cuerpo que me tenían fascinado.

Marcela, la pobrecilla, nos había tomado horror á su tía y á mí; ¡á mí que la adoraba! Porque te lo juro, chico, esa mujer, esa partiquina, esa Patti frustrada ha sido la criatura ideal de mi vida, ha sido mi pasión.

Yo no he sido la suya. En prueba de lo cual y deseando expatriarse de la escena, que era su potro, se escapó un día con un abonado del teatro en que la teníamos ajustada, ó más propiamente, condenada á canto forzado. ¡Huyó, chico, dejándome el corazón hecho añicos! Yo estoy seguro de que no amaba al raptor; ¡oh no! Aquel hombre no podía cautivar el alma de aquella artista privilegiada. Era un hombre de afeitado bigote, labio rapado, que llevaba la cara encerrada entre dos patillas, rubias como unas candelas; uno de esos seres que prefieren parecerse al conejo en lugar de parecer hombres. Yo siempre he creído que el bigote es el primer atributo del rango varonil.

Marcela lo creía también; estoy seguro.

Pero escapó con el seductor sin bigote.

La perdí para siempre y me volví acá á llorarla sin consuelo.

He seguido su historia de lejos hasta hace unos cuatro años que volvió á desaparecer.

Registrando sin cesar los periódicos teatrales de todo el mundo, pues me suscribí á todos, de cuando en cuando me hallaba con estas palabras en alguna lista de formación:

“Comprimaria, signorina Marcella R...”

¡Siempre comprimaria! ¡No salía de comprimaria! ¡Pobre Patti malograda!

De pronto su nombre desaparecía de los *elencos* de compañía. ¡Oh! yo me explicaba bien lo que significaban aquellas desapariciones: era que encontraba un amante, sin bigote ó con bigote, que la redimía del cautiverio de la escena. Cuando el amante la dejaba volvía al teatro á recibir las acostumbradas silbas.

Ahí tienes quién es Marcela, esa parte de por medio que estaba destinada á alborotar el mundo, esa partiquina de tu zarzuela: es la ilusión perdida de mi alma, es el amor, aquel único amor que se siente en la tierra, es el desconsuelo y la tristeza en que vivo.

## VI

Mi amigo se calló al acabar de referirme la historia de Marcela.

Miróme esperando mi comentario, mas como yo no se lo decía él se determinó á solicitarle.

—¿No exclamas: ¡pobre Gonzalo! me dijo.

—Mejor exclamaría: ¡pobre Marcela! ¿Por qué no la dejaste en paz haciendo pespuntes y bordando paños de comunión?

—Porque era una artista. ¡Te juro que era una artista! Pero ella no ha querido serlo; todavía sigue no queriendo.

—¿Cómo que sigue no queriendo?

—Sí. En un intermedio de tu zarzuela he ido á su cuarto, al chiribitil que la empresa la ha destinado. Ofrecíla de nuevo mi protección, mi amistad, quizás mi amor... Me ha echado fuera á cajas destempladas.

—Es muy justo: tú la has hecho partiquina.

—¡Y quería haberla hecho una Patti!

JOSÉ FELIU Y CODINA.

Madrid, Mayo 1888.

## LA CORRUPCIÓN DEL SIGLO



—¡Qué es lo que miro, insensata!  
¿un libro de Zola? ¡horror!

—¡Pero, querido doctor,  
si yo no sé de qué trata!  
Hoy se lo compré á un librero,  
quizás de sobra inexperta...  
porque tiene la cubierta  
del color de mi sombrero.

—

## EPIGRAMA

—¿Dónde vas corriendo, Gil?  
—A hacer una diligencia...  
—Pues no seas zascandil,  
y haz, si tienes tanta urgencia,  
más bien un *ferrocarril*.

## CANTOS DEL HOGAR



Juan y Margot, dos ángeles hermanos  
que embellecen mi hogar con sus cariños,  
se entretienen con juegos tan humanos,  
que parecen personas desde niños.

Mientras Juan, de tres años, es soldado  
y monta en una caña endeble y hueca,  
besa Margot con labios de granado  
los labios de cartón de su muñeca.

Lucen los dos sus inocentes galas  
y alegres sueñan en tan dulces lazos:  
él, que cruza sereno entre las balas;  
ella, que arrulla á un niño entre sus brazos.

Puesto al hombro el fusil de hoja de lata,  
el *kepí* de papel sobre la frente,  
alienta el niño en su inocencia grata  
el orgullo viril de ser valiente.

Quizá piensa en sus juegos infantiles,  
que, en este mundo que su afán recrea,  
son como el suyo todos los fusiles  
con que la torpe humanidad pelea;

Que pesan poco, que sin odios lucen,  
que es igual el más débil al más fuerte,  
y que, si se disparan, no producen  
humo, fragor, consternación y muerte.

¡Oh misteriosa condición humana!  
siempre lo opuesto buscas en la tierra:

ya delira Margot por ser anciana,  
y Juan, que vive en paz, ama la guerra.

Mirándolos jugar me aflijo y callo...  
¿Cuál será sobre el mundo su fortuna?  
sueña el niño con armas y caballo;  
la niña con velar junto á la cuna.

El uno corre de entusiasmo ciego,  
la niña arrulla su muñeca inerme,  
y mientras grita el uno: ¡FUEGO! ¡FUEGO!  
la otra murmura triste: ¡DUERME! ¡DUERME!

A mi lado, entre juegos tan extraños,  
Concha, mi primogénita, me mira;  
¡es toda una persona de seis años  
que charla, que comenta y que suspira!

¿Por qué inclina su lánguida cabeza  
mientras deshoja inquieta algunas flores?  
¿Será la que ha heredado mi tristeza?  
¿Será la que comprende mis dolores?

Cuando me rindo del dolor al peso,  
cuando la negra duda me avasalla,  
se me cuelga del cuello, me da un beso,  
se le saltan las lágrimas, y calla.

Sueltas sus trenzas claras y sedosas,  
y oprimiendo mi mano entre sus manos,  
parece que medita en muchas cosas  
al mirar como juegan sus hermanos.

Margot, que canta, en madre transformada,  
y arrulla á un hijo que jamás se queja,  
ni tiene que llorar desengañada,  
ni el hijo crece, ni se vuelve vieja.

Y este guerrero audaz de tres abriles,  
que ya se finge apuesto caballero,  
no logra en sus campañas infantiles  
manchar con sangre y lágrimas su acero.

¡Inocencia! ¡Niñez! ¡Dichosos nombres!  
Amo tus goces, busco tus cariños;  
¿cómo han de ser los sueños de los hombres  
más dulces que los sueños de los niños?

¡Oh mis hijos! No quiera la fortuna  
turbar jamás vuestra inocente calma;  
no dejéis esa espada y esa cuna;  
¡cuando son de verdad, matan el alma!



## LAS BODAS

Dos sillones sirviéndoles de altares,  
 los dos niños cogidos de la mano,  
 de blanco y coronada de azahares  
 se va á casar Margot con Juan, su hermano.

Por infantil y extraña anomalía,  
 que no sé si á los teólogos asombre,  
 en cura de almas se cambió María  
 y oficia el acto convertida en hombre.

Es graciosa la novia; su vestido,  
 entiéndase mejor, el nupcial traje,  
 es un chal de burato desteñado  
 cuyos rasgones suplen al encaje.

Las flores que la adornan en la frente,  
 más que corona semejando venda,  
 han crecido en los bordes de la fuente  
 que tiene el jardincillo de la hacienda.

El traje del galán no tiene pero;  
 es un frac de papel por mí cortado;  
 usa en la ceremonia mi sombrero,  
 bastón de borla y pañolón bordado.

Ni curiosos ni amigos imprudentes  
 asisten á la boda de que os hablo;  
 no hay suegros, ni padrinos, ni parientes,  
 ni la epístola citan de San Pablo.

Con suma sencillez el cura dice:  
 — Tú serás el marido y tú la esposa. —  
 Los junta, los contempla, los bendice,  
 y concluye la fiesta religiosa.

Después, cediendo al poderoso lazo,  
 con el grave ademán de los señores,

la dama y el galán que le da el brazo se alejan por los anchos corredores.

—Oigan, les grita el cura femenino; que no vuelva á mirarlos enojados.—

Y ellos dicen, siguiendo su camino:

—¿Enojarnos? ¡ya no! ¡somos casados!—

Espectador que al verlos se enajena, era yo aquella vez, y me entrometo y pregunto á los héroes de esta escena sin miedo á que me falten al respeto:

—Yo ví lo que habéis hecho, y necesito que aquí sin engañarme ni engañarse, me digan, tú, Margot, ó tú, Juanito, lo que habéis entendido por casarse.

Y en seguida el varón contesta ufano sin temor á un engaño ni á una riña:

—Casarse, ¿no lo ves? es dar la mano cada vez que se quiere á alguna niña.

Nunca enfadarse ni reñir por nada, sentarse juntos y jugar contentos, ir á correr los dos por la calzada y contarse en la noche muchos cuentos.

—¿Y es la primera vez que te has casado? y me responde Juan con ironía:

—No, papá; van tres veces, y he pensado, en casarme esta tarde con María.—

Al oír esta frase sentenciosa de la boca infantil de aquel marido, quedéme enfrente de la humana prosa en hondas reflexiones sumergido.

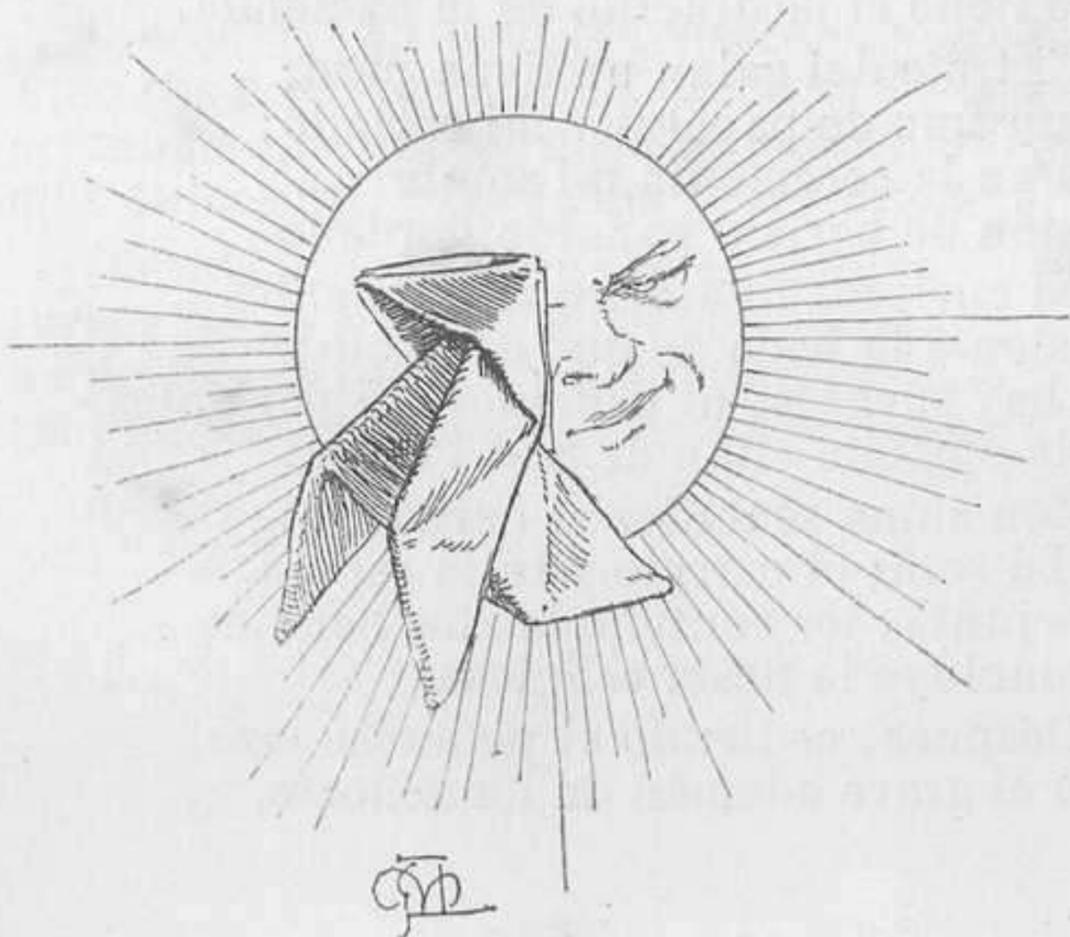
El pecado, pensé, vive en lo impuro de una alma enferma, desgarrada ó seca.

¿Por qué peca el polígamo maduro?

¿Por qué el niño polígamo no peca?

Méjico.

JUAN DE DIOS PEZA.



JP



**Dr. D. Félix Martín y Herrera**

DISTINGUIDO JURISCONSULTO Y AUTOR DE VARIAS OBRAS DIDÁCTICAS.

# ¡BRRR!



A escena representa un elegante retrete. En primer término *Don Julián*, muellemente arrellanado en una silla-hamaca, leyendo un periódico, y, á su lado, su señora, haciendo *crochet*. Es de noche.

EL. — (Soltando el periódico y acercándose á su mujer);  
¡Caramba! ¿sabes que hace frío, Rosa? ¡Brrr!...

ELLA. — ¡Frío! ¡frío!...

— ¡Palabra de honor!

— Hoy hace justamente dos años que nos casamos...

— ¿Y qué?

— ¡Pues nada!... ¡que hace dos años no sentías frío!

— ¡Qué quieres, hija! las naturalezas cambian, y... ¿sabes que estás muy bonita esta noche?

— ¡Quita, loco!

— ¡Qué calorcillo tan agradable se experimenta á tu lado!

— ¡Julián!

— ¡Eso es! ponte ahora seria... ¿A caso es prohibido hacer

el amor á la mujer propia? Verdad que el espectáculo no es muy común; pero...

—¿Se te va pasando el frío?

—Me parece que sí... ¡Ah! ¡si supieras cuánto te amo! ¡con qué íntimo deleite aspiro el suave aliento que, como rojo clavel abierto, exhalan tus labios, y con qué delicia se baña mi alma en la purísima luz de tus ojos!... ¡Rosa! ¡Rosa! ó me abres tus brazos ó emprendo un viaje aéreo desde este balcón... á la calle.

—Hombre, me parece que tú no estás bueno; te habrá hecho mal la comida.

—¿Eh? Se me figura que eso de confundir el amor... con la indigestión, es una barbaridad. ¡Ingrata! ¿te pesa, por ventura, que mis amorosas frases vuelen á acariciar tu oído como aladas estrofas?

—No, ¡pero como antes te mostrabas tan tibio!

—Tú tienes la culpa, Rosa; tú, que has revuelto con la badila del recuerdo el fuego escondido en mi corazón. Efectivamente, hoy hace dos años que nos casamos... ¿cómo pude olvidar semejante fecha? ¡qué noche! más de una vez tuve que asomarme al balcón para refrescar mi ardorosa frente... ¡y eso que las narices de los convidados que iban llegando, marcaban quince grados bajo cero!... Y ahora que recuerdo, ¿qué habrá sido de mi amigo Pancho, ¿te acuerdas de Pancho? el miembro más entusiasta de la Sociedad Protectora de los Animales... ¡cuánto se interesó el pobre por mí!

—¿Y aún te atreves á nombrar en mi presencia á ese... caballero?

—Pero... ¿en qué te pudo ofender?

—¡Pues qué! ¿no hizo todo lo posible por deshacer nuestra boda?

—No es extraño... ¡como que era mi mejor amigo! Dios se lo tenga en cuenta... corriente. Aquella memorable noche fué á verme á casa temprano.—¿Conque no hay esperanza? murmuró, dejándose caer desplomado sobre una butaca.—Dentro de pocas horas Rosa será mía, le dije por toda contestación, y con los ojos radiantes de placer.—¡Tuya! ¡tuya! ¡no, infeliz! ¡tú serás de ella! exclamó agitando nerviosamente en su asiento: casarse es abdicar el cetro en manos de la mujer...—¿Y si me niego á la abdicación? le objeté.—No hallarás más que traiciones y rebel-

días y estallará en tu hogar la guerra civil, que acabará por derrocarte. La historia general del matrimonio está llena de destronamientos; por medianamente enamorado que esté, no hay hombre que resista á las seducciones y halagos de una mujer bonita y de ahí que pierda la cabeza... y con ella la corona. ¿Y qué me dices de la insufrible esclavitud de la vida conyugal? ¡la vida conyugal! ¿qué es la *vida conyugal*? la misma frase te lo indica: *vivir con yugo*... Parece imposible, añadió, que se deje casar así á la gente... ¡pues qué! ¿ya no hay manicomios en el mundo?—El que



está loco eres tú, dije soltando una carcajada. —Pues entonces, exclamó amostazado: anda, imbécil, renuncia á la libertad y deja que el amor te ponga sus grillos de oro... yo me lavo las manos. — ¡Ea! ya estoy vestido, murmuré, lanzando un suspiro que abrasó mis labios como una llama; ¿quieres acompañarme? — Dispensa, dijo; no tengo valor... ¡si me convidaras á cazar tigres!... — No seas terco y vén conmigo á la peluquería. — Pancho se resignó de malísima manera y me siguió maquinalmente. Pero ¡oh inesperado contratiempo! la peluquería estaba cerrada. — No te apures, me dijo Pancho con acento singular; ahí, á dos pasos,

conozco una, donde hay manos blancas y suaves, verdaderas manos de ángel, que afeitan primorosamente.—Seguíle ¡incauto de mí! y poco después penetrábamos en una sala de aspecto sombrío y débilmente alumbrada, á cuya vista sentí escalofríos; el suelo estaba alfombrado de cabellos... y hasta creo que de cabezas; quise retroceder, pero era tarde; un mocetón alto y fornido, cuyos ojos, inyectados en sangre y desmesuradamente abiertos, parecían querer saltar de las órbitas, se apoderó de mí gesticulando y me hundió en un sillón... yo estaba más muerto que vivo; de pronto el berberisco aquel, porque era indudable que me encontraba, no ya en una barbería, sino en plena Berbería, empezó á llenar de copos de espuma mi cara... después se dirigió á un ángulo oscuro de la sala, tiró bruscamente del cajón de una mesa y se quedó buscando algo... tal vez el hacha de afeitar. Miré á Pancho con expresión de suprema angustia... ¡y ví que el infame se sonreía! — Pero ¿dónde me has traído? ¿quién es ese hombre? dije temblando. — ¡Bah! no tengas miedo, me contestó encogiéndose desdeñosamente de hombros; ¿te asustan los locos? — ¡Los locos! exclamé horrorizado; ¿conque ese bárbaro...? — Es un pobre francés que ha perdido el juicio; pero no temas; su locura es inofensiva... se cree el verdugo de París.—No quise saber más; como despedido por un resorte de acero, salté del sillón y me lancé á la calle, enjabonado y todo, no parando de correr hasta encontrar una peluquería donde no hubiese verdugos que afeitaran. ¡Buen susto pasé! ¡mira tú que caer en manos de un barbero loco! Verdad que Pancho me sostuvo después que era peor casarse, pero así y todo tuve un mal rato, hija mía.

—Bien empleado te estuvo por dejarte llevar de malas compañías.

—Afortunadamente para mí se borró pronto aquella desagradable impresión, y la calma, cual ave del cielo, descendió de nuevo á mi atribulado espíritu... ¿quién no olvida sus disgustos cuando se ve en brazos de la mujer que adora? ¡y cuidado si estabas monísima aquella noche con tu poético traje de desposada! En tu cabeza gentil florecía toda una primavera de azahares, y en tus mejillas otra primavera de rosas... los suspiros, que ardorosos brotaban de mis labios, se confundían con los tuyos como las chispas de una hoguera, y á nuestro paso levantábase un sordo murmullo de

admiración y de envidia... ¡Ah! ¿cómo pude olvidar la efeméride más dichosa de mi existencia?

— ¡Y tener frío!

— ¡Qué quieres! los negocios... tú no sabes lo que son los negocios, Rosa. Pensaba en la Bolsa, en la situación económica que atraviesa el país, y me olvidaba... ¡me olvidaba de que hace dos años no pensaba en nada de eso! ¿Te acuerdas, Rosa?

— ¡Vaya si me acuerdo!

— Tu mamá lloraba desconsoladamente en un rincón de la sala... ¡pobre señora! — *¡Se lleva usted una alhaja!*



me decía, colgándose de mi cuello... y la verdad, más de una vez me pregunté si no serías realmente... una *alhaja*.

— ¡Ah infame!

— ¡Qué quieres! Pancho me había llenado la cabeza de ideas descabelladas... pero afortunadamente mi suegra no me engañó. ¡Dios se lo pague!

— En cambio tú...

— ¿En cambio yo... qué?

— No te portas conmigo como se portan los que quieren de veras á su mujer.

— ¿De qué me acusas?

— De que antes te recogías temprano y ahora vuelves tarde.

— Los negocios...

— ¡Buenos negocios te dé Dios! recuerda aquel anónimo.

— ¿Qué anónimo?

— No te pongas colorado, Julián.

— ¿Colorado? ¿yo colorado? ¡pues no dice que me pongo colorado!

— Todavía no has arrancado de mi pecho tan cruelísima duda... ¡ah, Julián! ¿quién era aquella rubia?... ¡alguna perdida!



— ¡Calumnias! no hay que hacer caso de los anónimos; la verdad hiere de frente.

— Sin embargo, tú no sales del club, y... ¡qué quieres que te diga!

— ¿Acaso las rubias van á los clubs?

— Pudiera ser algún club... de equitación.

— ¡Qué disparate!

— En fin, dejemos á la rubia... ¿á qué mortificarme con tales pensamientos?

— Eso es, y hablemos de nuestro amor.

— ¡A buena hora te acuerdas! más de una vez has rechazado mis caricias...

— Perdóname, Rosa... no lo haré más.

—No te aproximes tanto.

—¡Qué quieres! el frío se ha echado encima de repente, y como no habéis encendido aún la chimenea...

—¿Te acercas á mí?

—Sí, hija; á tomar el sol... de tus ojos.

—Pues cuida que la nube de la indiferencia no te oculte sus rayos.

—¡Rosa! tú no harás eso que dices... ¡no lo harás, Rosa! ¡Hola! ¿ya no se reconoce mi autoridad? Haga usted el favor de darme un abrazo... y un abrazo apretado ¡así! No he cometido delito de tan alta traición, para que me destierres á la Siberia de tus desdenes. Todo marido tiene derecho á estar al lado de su mujer.

—Cuando no se lo impiden... los negocios.

—Y á decir que la ama, aunque parezca ridículo.

—¡Mientras no vuelvas á quejarte de frío!...

—¿Yo? te autorizo para que pidas el divorcio... ¿quién siente frío, en la zona tórrida del amor?... ¿Me quieres, Rosa?

—Sí... pero déjame hacer *crochet*.

EL. — (media hora después): ¡Brrr!

CASIMIRO PRIETO.

## SONETO

No por valle feliz ó por praderas  
floridas y risueñas se desliza,  
como corriente azul que apenas riza  
el aura de perennes primaveras.

Majestuoso se extiende y sin riberas!...  
vasto mar que sin treguas martiriza  
un interno volcán, su fuego atiza  
rudo viento con ráfagas ligeras!

Tal el genio se ve. Cruza la vida  
negado, combatido; sufre, llora,  
su infinita ansiedad no ve cumplida.

Muere al fin; pero, á veces, brilladora,  
de su tumba infeliz, desconocida,  
nace una eterna luz, surge una aurora!

SEGUNDO I. VILLAFANE.

## ENFERMEDAD SECRETA



— Dígame, señor doctor:  
 ¿qué enfermedad me atormenta?  
 — Lo que usted tiene, á la cuenta  
 á mi entender es... *amor*.  
 — ¿Cómo puedo yo querer  
 al simplón de mi marido?  
 — Pues si no es él el *querido*  
 algún otro debe ser.

ALBERTO LLANAS.

~\*~\*~

## CANTARES

—

Arcos de oro son tus cejas  
 y Amor con ellos dispara,  
 contra amantes corazones,  
 las flechas de tus miradas.

Que es una jaula, me dices,  
 y es verdad, el matrimonio:  
 primero, de pajarillos,  
 pero más tarde, de locos.

## EN TRES ABANICOS

---

### I

#### EN EL DE ADELAIDA

Que sea este abanico,  
 bella Adelaida,  
 talismán misterioso  
 para las almas;  
 y su aire, al menos,  
 mitigue el mal que causan  
 tus ojos negros.

—  
 Que sus blandos vaivenes  
 y leves giros,  
 aumenten de tus gracias  
 los atractivos,  
 y su aire suave,  
 perfumado en tu aliento,  
 rinda al que ames.

### II

#### EN EL DE LOLA

La vida es sueño, dijo el poeta,  
 fugaz quimera, vana ilusión;  
 pero, no, Lola; para el que siente  
 cierta es la vida, cierto el amor!  
 ¿Dudas acaso? Pues en secreto  
 que te lo diga tu corazón.

### III

#### EN EL DE EMILIA

Versos me pides, Emilia,  
 pero me faltan ideas,  
 y versos sin esa lumbre  
 son para mí flores secas.  
 Te daré, en cambio, deseos  
 de que tengo el alma llena:  
 que te quieran cual tú quieras,  
 que seas feliz, como buena.

ANGEL MENCHACA.



## CUADRO ORIENTAL

Aiscé, mujer del opulento Mahmud, se aburre soberanamente en el harém. No bastan á sacudir su hastío las nuevas mujeres que de tiempo en tiempo vienen con justos derechos á disputarle el lugar que ocupa en el corazón de su señor, y á vivir bajo el mismo techo, y á gozar los mismos poderes y autoridades. A través del muro de su estancia oye á veces dos risas enamoradas, la del sultán y la de otra nueva esposa, que se juntan como reflejos del mismo rayo; pero tanto acostumbró su oído á que condujera infidelidades á su corazón, que el duo amoroso no causa más efecto en su ánimo que la voz de un enlutado mirlo encerrado en jaula primorosa, el cual silba sabiamente de corrido una original canción japonesa.

Saboreando á veces el *chibuka*, otras fumando suave *narguilé*, á veces gustando la *almáciga* para ahuyentar el sabor á tabaco, y tan pronto entornando los ojos para tomar con pereza sorbos de limonada, como entreteniéndose en

perfumarse con esencias, la indolente Aiscé pasa los días trazando con su cuerpo elegantes escorzos en los divanes, cayendo de éstos á los cojines, de los cojines á las pieles, de las pieles á los tapices y de los tapices á los blancos mármoles del suelo, donde aún sigue arrastrándose y adoptando interesantes posturas. Es un cuerpo descoyuntado donde la molicie ha destruído todo vigor y fuerza.

En su desesperada atonía, no halla placer en el infinito cambio de trajes y atavíos, en contemplarse en los juegos caprichosos de los espejos, en hacer desfilas por su cara, con los colores artificiales, todos los tipos variados de la tierra, desde la cobriza de ojos ardientes y labios membrillosos, hasta la rubia hecha con hebras de mazorca y de ojos de azul de zafiro.

Ya no la distraen los bailes de las jóvenes de quince abriles, que hacen sonar en la danza los *tarreños*, columpiando los cuerpos con la indolencia de las mujeres orientales.

La *hanum* se fastidia de la más deliciosa manera, y sometida su imaginación á esfuerzos de inventiva, ocurrenle las más temerarias ideas, que pugna luego por convertir á la realidad. Poco importaría la vida de una persona si con ella hubiera de reanimarse un tanto su espíritu, como las lámparas de las catedrales con el aceite que las saca de la agonía.

—Estoy cansada, exclama en un callado monólogo, de tener siempre el mismo Stambul delante de los ojos, de ver siempre el mismo Scutari, la misma Galata y el mismo Cuerno de Oro extenderse delante de mí y entremezclarse á las torres de mezquitas y á los esbeltos alminares. El Bósforo sembrado de barquichuelos, los valles con sus huertas alegres y deliciosas, la vegetación cubierta de bandas de iris que rodea quintas y palacios, y los intercolumnios que se extienden dando al cuadro magnificencia, son causa de infinita tristeza para mi alma; y mientras todo ese espectáculo de alegría, las costas de contornos poéticos del Asia, las frescas y lucientes marinas de Mármara, cenadores, kioscos, palacios de mármol deslumbradores, agujas de torres pintorescas, calados de ventanas misteriosas donde las flores de jazmín vueltas al cielo se bañan por la noche de soñolientas ráfagas de luna, plátanos abiertos como abanicos, y pinos que sueñan con las palmeras

atraen y cultivan la atención del viajero subyugándole con tan inusitado esplendor, yo navego con la imaginación hacia otros lugares, y deseo la línea curva de las llanuras, anhele las grandes soledades del desierto, y aparecen ante mí las yermas planicies donde sólo rompe la pesada monotonía algún árbol sin hojas que llora la ausencia de otros árboles.

Y cuando así habla Aiscé, su vista se derrama por la infinita riqueza de la estancia, que colmaría la ambición de una reina.

Allí están á su vista, en montón brillante, otomanas de las más nuevas invenciones, tapices de infinita variedad, representando escenas galantes ó indolentes; almohadones de todas formas, cojines de todos tamaños, cubiertos por chales deslumbradores; banquetillas; pequeños taburetes; abanicos de plumas de avestruz llenos de piedras preciosas; espejos de mano, adornados de lunas venecianas; cincelados *chibukas* pendientes de los muros; jaulas con pájaros extraños; braserillos para fumar; relojes de misteriosa música; y para hacer armonía con tan regio boato, y lucir como rosa dentro del cristal, Aiscé viste el traje riquísimo de la sultana que forman gorrillo de terciopelo rojo echado sobre la breve oreja; las trenzas en deslumbradora cascada sobre la espalda; sobrevesta de damasco blanco, recamada de oro con mangas de bullón y larga caída abierta por delante; calzón de seda encarnada que baja en anchos pliegues sobre el pie; faja de raso verde ceñida á la cintura, y zapato de punta remangada, que deja ver un inmenso tesoro de delicias. Los diamantes la envuelven en una irradiadora constelación que deja deslumbradas las retinas; lucen en su cuello, en su pecho, en su cintura, en los brazaletes, en las babuchas, orlando sus brazos, su cuerpo, su frente, y relampagueando como estrellas vivas en la selva oscura y hermosa de sus cabellos.

Mientras hace su triste monólogo la sultana, sentada en el centro de un círculo de esclavas circasianas, árabes y persas, la vasta servidumbre cuida de excitar su apetito, y al efecto, extiende sobre rica mesa el pesado servicio de oro. Las servilletas muestran el galón de raso y el fleco de plata; los pebeteros que difunden aroma son de metal riquísimo; las tazas, ánforas, cristales y pipas, se pierden bajo un diluvio de piedras preciosas, y de la mesa baja un

soberbio mantel, que arrastra su pesado fleco de oro por el suelo.

Sin preocuparse de lo que la rodea, Aiscé reanuda su interrumpido monólogo, y protesta en silencio de su fortuna.

No son de su agrado los cuadros que siempre salen á su vista en el jardín, donde los jazmines fingen una ideal nevada de primavera; las estancias de la casa, alegres y graciosas, adornadas de esterillas y chimeneas, le causan la triste sensación del calabozo. Harta está de ver ricas alfombras, tapices de maravilloso tejido; techos con óleos representando flores y frutas; fuentes de mármol, donde se desgranán las alegres gotas, como en su cabeza el collar de perlas negras de su recuerdo; jarrones, macetas, follajes de madreselvas enredados en rejas doradas, y todo el espléndido paisaje del Bósforo colmado de rayos de sol y de alegría.

En su recatada estancia, donde nunca resuena pisada alguna que no sea de otra mujer, ó acaso la del celoso sultán, derrama todas sus penas y dolores y convierte en misterioso confesonario los objetos que en silencio recogen y encierran sus palabras.

Ella ansía la libertad y el amor exclusivo de un hombre, de un esposo; rechaza el dorado cautiverio, porque prefiere la dulce compañía de la familia. Oír cada día la nueva voz de una mujer que le arrebatara un pedazo del corazón de su adorado; no sentir el alegre beso de los hijos constantemente sobre las mejillas; consagrar á templo sensual del amor el que debiera ser templo del hogar con todas sus dichas y placeres, nubla y entristece su alma, y la hunde en largas y profundas meditaciones...

Un eunuco anuncia con ceremonia la pronta visita del sultán. Las esclavas huyen entonces con el ruido suave de corzas que se alejan.

A poco, la cautiva recuesta su cuerpo en otomana cubierta de perlas, dejando en sus ojos relampaguear el rayo de los celos, y el sultán clava ambas rodillas, en actitud amorosa, sobre una rica y veteada piel de león.

Madrid.

S. RUEDA.

## EN UBAQUE

(INÉDITA)

Amo la arrugada tierra  
llena de árboles frutales,  
y de espumantes raudales  
que descienden de la sierra.

Huélgome en rústica estancia,  
donde puras alegrías  
gocé en los cándidos días  
de mi infancia.

Sale el sol, y en la arboleda  
que sus rayos abrillantan,  
á Dios bendiciendo cantan  
toches mil que hojosa hospeda.

Y en la vaga resonancia  
de gorjeos y zumbidos,  
torno á escuchar los ruidos  
de mi infancia.

Toman mis pies la vereda  
que entre el plátano sonante  
y el chirimoyo fragante,  
á trechos borrada queda.

De azahares á distancia  
el denso aroma percibo,  
y otra vez el néctar libo  
de mi infancia.

Orillas del hondo pozo  
cama de hojarasca mullo;  
ora en las aguas zambullo,  
luego en cabalgar me gozo.

Sin cortesana arrogancia  
departiendo con labriegos,  
vuelvo á las trazas y juegos  
de mi infancia.

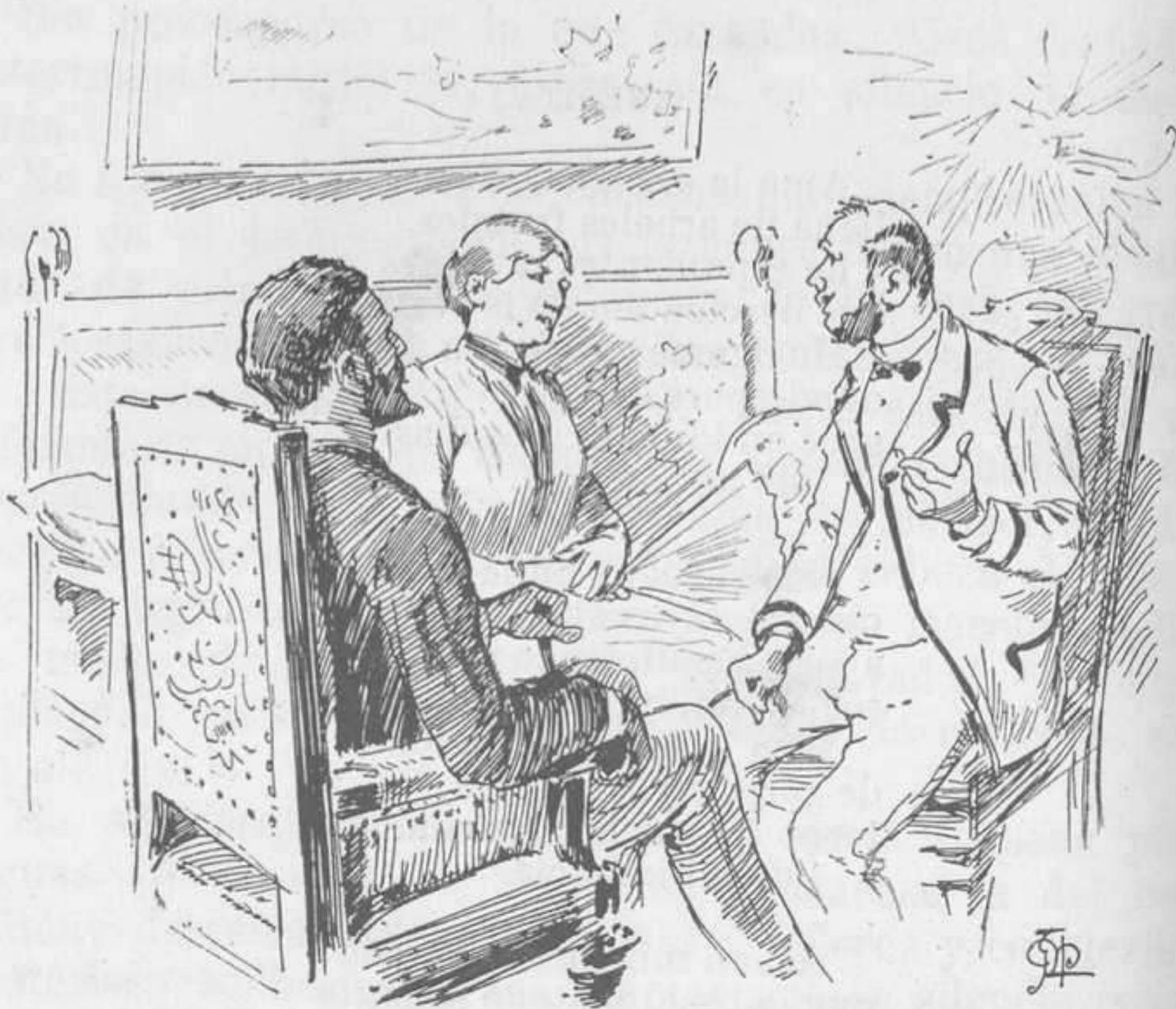
Vela el sol sus resplandores,  
y en la devota iglesita  
feliz el labio recita  
de la Virgen los loores.

Siento mística fragancia,  
y apacibles y risueños  
otra vez duermo los sueños  
de mi infancia.

M. A. CARO.

Bogotá.

## DE VISITA



—Dí, ¿cómo es que no ha salido tu hija la soltera?

—¿Irene?  
está algo enferma...

—¿Qué tiene?  
—¡Bah! poca cosa... *un nacido*.

~~~~~

## A DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

(LEYENDO «LA VIDA ES SUEÑO»)

Cierto que la vida es sueño,  
si el hombre va á despertar  
en otra vida, y á hallar  
el mundo triste y pequeño;  
mas es inútil empeño  
tener por sueño la vida  
si la entrada y la partida  
no salen de aquesta tierra;  
y acaso don Pedro yerra  
y el sueño es la mejor vida.

GUILLERMO PUELMA TUPPER.

Santiago de Chile.

NUESTROS COLABORADORES



D. Alberto B. Martínez

PUBLICISTA DEMOGRÁFICO Y MIEMBRO DE LA COMISIÓN DIRECTIVA  
DEL CENSO DE BUENOS AIRES

## EL SIGLO DE LAS METRÓPOLIS

El siglo XIX, que tan luminosas huellas dejará en la historia; el siglo de todas esas maravillas que se llaman el telégrafo, el vapor, el teléfono; este siglo que tantas bendiciones ha derramado sobre la humanidad, en forma de inventos y perfeccionamientos para el bienestar individual y colectivo; este siglo puede ser llamado también el siglo de las metrópolis.

Es durante este siglo, que pronto llegará á su término, que han alcanzado su mayor grado de condensación las ciudades que hoy marchan á la cabeza de la civilización.

Londres, que hoy deslumbra con sus cuatro millones de almas y con todas las riquezas acumuladas en su seno, no tenía al principio del siglo 1.000,000 de habitantes. París, ese mundo, como lo llaman sus admiradores, apenas tenía 600,000. Nueva York, la *imperial city*, era una nebulosa de 60,000 habitantes. Hoy tiene 1.300,000. Chicago, ese coloso que "levanta á orillas del lago Michigán su cabeza orgullosa ante la mirada atónita de propios y extraños," aún no había nacido: nació en 1840. Buenos Aires, que hoy tiene más de 420,000 habitantes, tenía escasamente 45,000.

Así nacen y así se condensan las ciudades, sin que haya poder humano capaz de detener su acrecentamiento. Isabel, la virgen estrella, el astro de occidente, como la llama Shakespeare, alarmada, en mil seiscientos y tantos, por el crecimiento desmedido que ya tenía Londres, que alcanzaba entonces á 600,000 habitantes, prohibió que se aumentase su población, imitando á la asamblea francesa que en un momento de alucinación decretó la victoria, ó al protagonista del cuento que decía: *¡Mar, de aquí no pasarás!*

Al siglo XX, cuyas claridades ya vislumbramos, está reservado aún contemplar en su mayor apogeo la obra del siglo XIX: estas grandes aglomeraciones humanas que se llaman ciudades, dotadas de todos los órganos que los progresos de la ciencia, los adelantos de las artes, los refinamientos de la civilización y el trabajo acumulado de muchas generaciones, han creado para el bienestar físico y moral del hombre. Dentro de cincuenta años, en 1938,

según los cálculos más modestos, Londres tendrá 8.000,000 de habitantes; París, 4.900,000; Nueva York, 2.736,000 y Buenos Aires 1.454,000.

Y si el crecimiento desmedido de las metrópolis sigue; si la gran atracción que, como los grandes cuerpos en el espacio, ejercen las ciudades, no se interrumpe, ¿cuál será la suerte de los pueblos del campo? ¿En qué proporción se encontrarán el elemento urbano y el rural? ¿Será benéfica ó perjudicial la ruptura del equilibrio que debe reinar entre los dos elementos de una nación? Tócale al siglo xx la solución de estas cuestiones. Por hoy, la estadística proclama por todas partes con su voz elocuente: ¡las ciudades se agigantan y las campiñas se despueblan!

ALBERTO B. MARTÍNEZ.

## ENTRE SUEGROS

—¿Conque es cierto que Eleonora?...

—A mi hijo Carlos adora,  
y con frase ruda y franca,  
de esa niña seductora  
pido á usted la mano blanca.

—¡Audacia tal!...

—Le suplico  
que se explique sin rebozo,  
pues sin rebozo me explico.

—¡Eleonora es rica!

—¡Rico  
como un nabab es el mozo!

—De su riqueza no infiero  
la razón de haber osado  
ni aun mirarla, caballero.  
¡Mi hija es noble!

—Mi heredero  
es más que noble... ¡es honrado!

—Cuando sea usted mi igual,  
tratar podremos los dos  
de esa unión matrimonial.

—Y... ¿qué es usted?

—¡General!

—¡Pues yo también, vive Dios!

—A antiguo merecimiento  
debo el serlo, y no es de ayer  
que altivo mi faja ostento...

—Yo lo soy... *de nacimiento*:  
me *fajaron* al nacer.

CASIMIRO PRIETO.

## EL AGUA DE HIERRO

CUENTO MEDICAMENTOSO, POR APELES MESTRES



—Doctor, estoy perdidamente anémico; ¿conoce usted algo que pueda devolverme las fuerzas?

—El agua de hierro, amigo mío, el agua de hierro.



Llegado á su casa, el anémico echa en una botella los mejores y más acerados clavos.



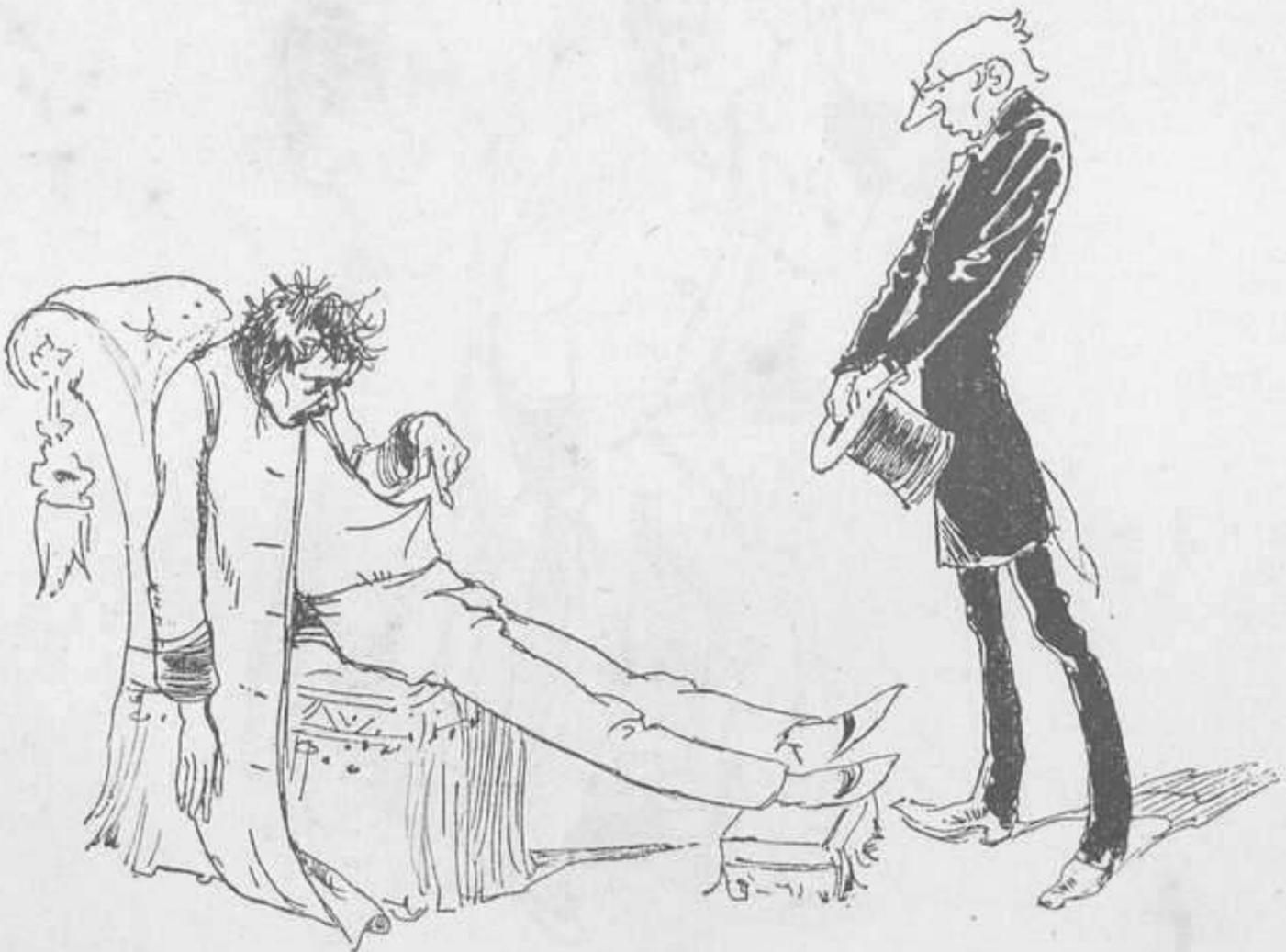
Y observa lleno de fe como se va enriqueciendo el agua con las doradas partículas del óxido.



—Venga, pues, la primera toma... y hágase el milagro.



—¡Rayos y truenos! ¡me he tragado un clavo!



—¡Doctor, vea usted qué catástrofe! ¡No hay salvación para mí!



— ¡Sí la habrá! Me asalta una idea luminosísima... Aguarde usted unos segundos...



— ¡Eureka! Levante usted la cabeza y abra de par en par esa boca.



Y metiendo por ella el imán, hace el sabio doctor que el clavo salga solito de las profundidades abdominales.



— ¡Cuando uno es sabio de veras!... Y á propósito, ¿á qué Academia le mando yo este clavo?

## ANHELOS

---

A. S. Y.

Quisiera cantarte canciones  
de gloria y de amor,  
de aquellas que el alma tan sólo concibe  
y nunca la mano escribió.

Quisiera cantarte el poema  
de mi honda pasión,  
nacido á los besos de luz de tus ojos  
y al himno inmortal de tu voz.

Entonces, qué cosas divinas  
dijérate yo,  
y cómo á tu seno, cual ave á su nido,  
volara mi dulce canción.

Tú, atenta, la frente inclinada  
con casto rubor,  
oirías mi acento, cual onda gigante  
rodar en tu fiel corazón.

Después, silenciosa, en un éxtasis  
de dicha y de amor,  
quizás con tus brazos mi cuello ciñeras  
y en mí contemplaras tu dios.

Quizás de la gloria!... no, todo  
es vana ilusión!  
Ya rotas las cuerdas están de mi lira  
y sólo me queda mi amor.

D. D. MARTINTO.

Buenos Aires, 1888.



## HUMORADA

---

Llevad el encanto  
del santo matrimonio á lo ultra-santo,  
y no tengáis empeño  
en hacernos creer que el que se casa  
tiene una cama grande, en la que pasa  
más horas de fastidio que de sueño.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



## UNA TRIFULCA DE ANTAÑO

(1714)

Apenas hacía unas horas que los mayordomos del Real Fuerte habían amortajado al coronel de los reales ejércitos don Alonso de Soria y Arce, cuando ya estaba revuelto el pandero por los que pretendían sucederle.

En la plaza Mayor, en el atrio de San Francisco y en el de Santo Domingo, discutían y se iban á las manos, capitanes y magistrados, oidores y cabildantes, soldados y paisanos, frailes y legos, beatas y monaguillos.

—¡Que el sucesor debe ser el alcalde de primer voto don Pablo González Cuadra, porque es el gobernador de la ciudad!

—¡Váyase su señoría al diablo con el señor alcalde! quien debe gobernarnos es el mayor Bermúdez.

—¡Sí, con la boca de los cañones! ¡Que san Francisco confunda á su paternidad!

—No, señores; mal que pese á oidores y fiscales y á todo el Cabildo junto, gobernará el capitán Barrancos; el pueblo lo quiere, aunque los jesuitas chillen.

- ¡Maldición al hereje!...
- No embrome la beata liviana.
- ¡Jesús, María y José!...
- ¡Viva el capitán Barrancos!

Y por este jaez eran los diálogos que agitaban los barrios más poblados de la real Villa, capital de la Capitanía General del Río de la Plata, allá por el mes de Mayo del año de gracia de 1714.

Tres partidos se disputaban la silla del gobernador: el pueblo, es decir, la gente del suburbio, que sostenía al capitán don Manuel Barrancos, jefe de la caballería, era el partido más numeroso; contaba con los mestizos, cholos y naturales, y tenía el simpático apoyo del bello sexo de las zambras que se armaban por las noches en los arrabales de aquellos tiempos.

Los frailes dominicos y franciscanos estaban de parte de don José Bermúdez, sargento mayor y jefe de la artillería de la plaza.

Y por último, los jesuitas, que esta vez estaban de parte del Cabildo, porque la mayoría de los cabildantes les pertenecía, sostenían al alcalde de primer voto don Pablo González Cuadra.

Próximos á irse á las manos los tres partidos, que se odiaban cordialmente, cada uno habíase provisto de espadas y rodelas, de pistolas y arcabuces, y armados hasta los dientes los mismos frailes tomarían parte en la refriega, á excepción de los expertos hijos de san Ignacio, que, aunque vivamente interesados en hacer triunfar su candidato, contentábanse con *hacer colita* á las gentes del Cabildo y guardábanse de la trifulca bien guarecidos entre los gruesos muros de sus claustros.

En esta situación, surgió la proposición anónima de un avenimiento, y todos buscaron árbitro en el oidor de la Real Audiencia de Sevilla, don José Mutilóa y Anduesa.

Pero el togado arbitrador, debido probablemente á su larga práctica de manejar autos y memoriales y de brujulear en los casos graves, cuerpeó que fué un gusto á la comisión de arreglar á los disidentes.

Era el licenciado Mutilóa y Anduesa un tangenteador de nota, con más recovecos que casa antigua y más escamas que pejerrey. No sabía decir, no, ni sí, y entre lo blanco y lo negro, estaba siempre por las medias tintas, como entre

mezclarse en la trifulca y estar por Bermúdez, Cuadra ó Barrancos, estaba por lavarse las manos como Pilatos.

En vano le manosearon los jesuitas con todo género de exhortaciones y reflexiones; en vano dominicos y franciscanos lleváronlo á sus conventos respectivos y le hicieron comer pavos y lechones, beber sendos tragos de vino de la tierra y engolosinarse con confituras de Mendoza y del Paraguay; en vano también nuestro capitán Barrancos y sus oficiales le rodearon y proclamaron: el oidor no daba á unos más esperanzas que á otros, y después de tener por muchos días y noches los memoriales y alegatos de los tres bandos, aquel hombre cauto, precavido y prudente, se les escapó de los dedos á los litigantes y renunció el cargo de resolver tan empeñada y difícil contienda. El oidor era cuerpeador en regla; quería sacarse el lazo y se lo sacó, dejándolos á todos con un palmo de narices.

—¡Pero, señor licenciado, vuestra honorabilidad nos deja en el mismo estado que antes!

—Resuelva vuesa señoría por Cuadra.

—No, señor licenciado, resuelva por Bermúdez.

—¡Que no! ¡Por Barrancos!

El licenciado persistía en que lo mejor era no comprometerse, y como los tres pretendientes le siguieran acosando con igual empeño, suspiró, levantó las manos al cielo, les habló de la bondad divina, y concluyó recomendando á los tres litigantes que pusieran la resolución de su pleito en manos de su señoría ilustrísima fray Gabriel de Arregui, obispo de esta diócesis.

No buscaban ni querían otra cosa los dominicos y franciscanos y sus correligionarios, y antes que el voto adverso del oidor les quitara razón, optaron por la indicación del nuevo árbitro.

Lo aceptaron también los jesuitas, contando con embrujar y magnetizar el ánimo del señor obispo, y por no ser menos y por demostrar su carácter fanfarrón y resuelto, lo aceptó el capitán Barrancos, haciéndose esta reflexión entre sus íntimos partidarios:

—Si por buenas me hace gobernador el obispo, por buenas seré gobernador; pero si se decide por Bermúdez ó por Cuadra, con mi lanza y mi gente agarraré yo la sartén por el mango.

El capitán entraba en el arbitramento con toda la espe-

ranza con que entra un jugador en una partida de naipes.— Si la suerte me favorece, que la suerte me aproveche; si la suerte se me escurre, manotón á la plata y mano á la espada.— Lo mismo que él reflexionaban bermudistas y cuadristas. Así era la buena fe á principios del siglo XVIII.

Encerróse el obispo á deliberar en el coro de la catedral con muchas reservas y misterios. En vano el superior de la Compañía se filtró en el escondite para explorar el ánimo de fray Arregui. Era éste dignidad que no soltaba lo que pensaba á dos tirones, y hubo de volverse á su cueva derrotado el jesuita mayor. En vano también se colaron á confesarse con el obispo dos ó tres mozas de las más rozagantes de la pascana del capitán Barrancos. Íbansele los ojos al obispo por aquellas frutas pintonas y más sabrosas que las de la huerta de la catedral, pero supo resistir á las tentaciones su mitrada dignidad y el capitán Barrancos salió burlado en su intentona.

Pero era necesario laudar y laudó el obispo en favor del mayor Bermúdez, candidato de sus hermanos los padres dominicos y franciscanos. Y ya debía ser ejecutado el fallo y ya echaba mano al bastón el mayor Bermúdez con grande aplauso de frailes y monjas, de beatas y monaguillos, cuando como una legión de demonios, cabalgando sobre corceles infernales, entró en la plaza Mayor el capitán Barrancos con su regimiento, desbarrancando todo lo que encontraba por delante. Los perros corrían ladrando por las cuatro esquinas de las calles; los cuartejos en que se vendían ropas y menudencias se cerraban: y por cerrar muy ligero su dueño la puerta de la calle de uno de ellos, quedó prendido de sus gregüescos el alférez real del lado de fuera, y con el julepe de los tiros y sablazos que la gente de Barrancos administraba, pujó y tironeó tanto, que allí dejó toda la parte posterior de sus prendas, y metiéndose de bruces en la catedral en tan miserable y deshonroso estado, escandalizó á las devotas y á las beatas que se habían guarecido en sus naves.

Corría la gente por las aceras y se echaba á vuelo la campana del Cabildo. Salió en vano el obispo con palio fuera de la iglesia, y levantando en alto la custodia trató de detener con ella el ímpetu que traían los jinetes; pero fué vano empeño el del obispo, y muy pronto pudo convencerse

de que el mejor procedimiento era ganar la catedral con familiares y monaguillos, y lo hizo, no sin pena y sin atropello.

Entretanto, el Cabildo cerraba sus puertas de madera tachonadas de clavos y de herrajes, y el mayor Bermúdez, gobernador electo, convencido de la imposibilidad de contener á Barrancos y á sus jinetes, ganaba el Fuerte y se clausuraba detrás de los cañones con cuatro capitanes y unos pocos soldados más muertos que vivos.

Barrancos, entretanto, cabalgando en un lobuno fogoso y crinado, con su buena tajante de Toledo en la diestra y vestido con todas sus armas, veía como la plaza había quedado en un segundo limpia de enemigos, que habían huído aterrados, ni más ni menos que un enjambre de moscas espantadas de un pastel.

Tronaron en tanto los cañones del Fuerte contra la ciudad; pero quien recibió las balas fué la Audiencia y el Cabildo, donde oidores y concejales andaban á salto de mata por las paredes de los fondos. Bermúdez y sus artilleros trataban de amedrentar al audaz Barrancos, pero éste no quería otra cosa para que Cuadra y los jesuitas se julepeasen más de lo que estaban, pues de rendir á Bermúdez él se encargaba. Si no se comía los cañones, lo que es en el Real Fuerte no iba á encontrar los pavos y los lechones de San Francisco y de Santo Domingo.

Llegó la noche, y Barrancos, acampado en la plaza Mayor y en las plazuelas de San Francisco y Santo Domingo, festejaba su triunfo con zambras y canciones alrededor de grandes fogones, á cuya luz bailaban las parejas de mozas y soldados, mientras que los caballos desensillados relinchaban alegremente como tomando parte en el festín.

Pero metió la pata la Audiencia de Charcas y obtuvo de ella favorable resolución Bermúdez, después de haber tenido que rendirse de hambre al capitán vencedor; hasta que el Consejo de Indias, donde en vano fueron los jesuitas con empeños é intrigas, confirmó legalmente la victoria de Barrancos, aprobando plenamente su proceder.

¿Y cómo podía resolverse de otro modo ese pleito? A los nueve meses de esta trifulca, la crónica cuenta que el capitán Barrancos tuvo veinte descendientes, diez varones y diez mujeres, y sus soldados otros tantos por barba.

Quienes así concurrían á labrar la grandeza y la población de los dominios de su rey y señor, ¿no eran más dignos de vencer en la trifulca que los estériles y célebres partidarios del mayor Bermúdez y del alcalde Cuadra?

LUCIO V. LÓPEZ.



## EPIGRAMA

—¿Que son absurdos los *coros*?  
 —¡Y tan absurdos, Miguel!  
 ¿te parece verosímil,  
 si quieres lógico ser,  
 que digan, á un tiempo, tantos  
 la misma cosa?

—¡Pardiez!  
 ¡pues no ha de ser verosímil!  
 ¿y las mujeres? ¡pues qué!  
 en hallándose reunidas,  
 ¿no hablan todas á la vez?

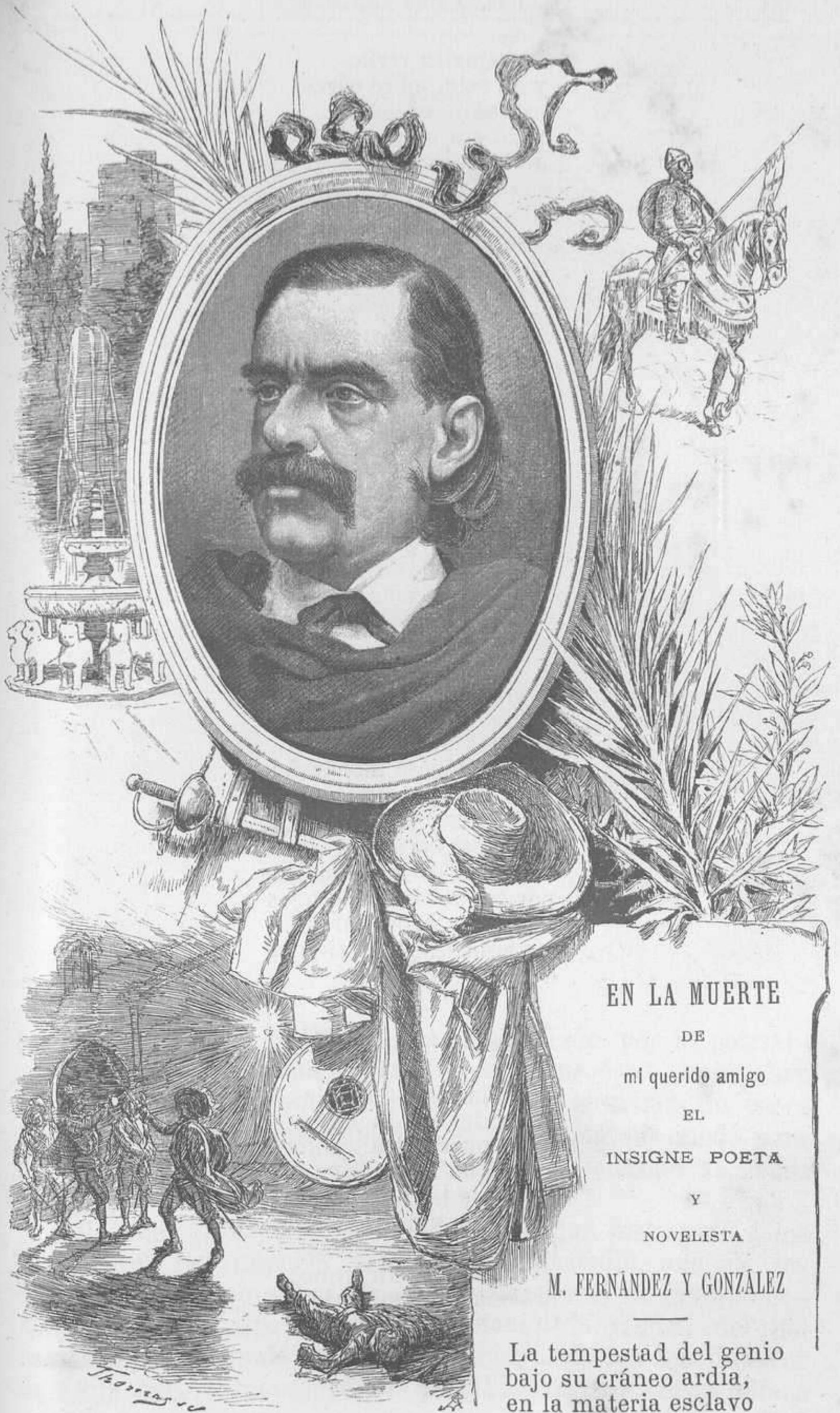
## UN RECIBO



—¿Y el recibo de aquel duro que te he prestado, Miguel?  
 —Como no tengo papel, lo he extendido en este muro. Oye, dice lo siguiente:  
*Soy en deber á Melchor un duro, que al portador pagaré de la presente.*

## CANTAR

No te envanezcas al ver en el espejo tu hechizo, que las canas vienen pronto y es sólo puro *espejismo*.



EN LA MUERTE  
DE  
mi querido amigo  
EL  
INSIGNE POETA  
Y  
NOVELISTA

M. FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

La tempestad del genio  
bajo su cráneo ardía,  
en la materia esclavo

su espíritu vivía,  
y de esta pobre cárcel  
extraño habitador,  
pasó por el proscenio  
de la mundana escena  
como las olas pasan  
sobre la roja arena,  
y sobre el lago inmóvil  
el viento bramador.

—

Vestigio de una raza  
que sepultó el olvido,  
buscando entre las piedras  
del templo derruido  
los venerandos restos  
de la perdida fe;  
ó en la desierta plaza  
de la ciudad moruna  
resucitando espectros  
al rayo de la luna,  
y haciendo más glorioso  
cuanto glorioso fué.

—

Yo le admiré de niño  
con entusiasmo ardiente,  
y en silenciosa ofrenda,  
como hacia el mar la fuente,  
á él iba la ternura  
de mi alma juvenil:  
acaso ese cariño  
fué imán de mis cantares,  
por eso vuelvo en quejas  
al turbio Manzanares  
las risas que otro tiempo  
debimos al Genil.

—

¡Sonámbulo sublime!...  
¡reposa en paz! ¡no has muerto!  
rasgada está la niebla  
de tu destino incierto,  
y ver puedes tranquilo  
cumplida tu ilusión;  
la patria te redime  
de olvido y de abandono;  
las musas tejen flores  
para adornar tu trono;  
la fama es tu sudario;  
tu incienso la oración!

MANUEL DEL PALACIO.



## UN DIABLO TÍSICO

---

### I

Antaño, cuando el Perú estaba gobernado por la patriarcal autoridad de los emperadores, diz que éstos trabajaban por sí mismos en favor de los pueblos, y atendían de cerca las necesidades de los súbditos, cosa que ogaño quedó para contado de indirecta al señor presidente y máxime al señor ministro.

Así, pues, con todo ese entusiasmo que distinguió á los fundadores del imperio peruviano, emprendió uno de los Incas, aunque no sabré decir con fijeza cuál de los antecesores de Atahualpa, la obra de dotar á la ciudad del Sol con una corriente de agua que, principiando en los linderos de Chinchero, atravesase el Sacsái-Huamán y descendiese

á la plaza Mayor por la parte más escabrosa, y para el efecto comisionó á los principales *Curacas*, encargándoles la inmediata vigilancia y realización de la apertura de una acequia ancha.

Al siguiente día de este mandato, se encontraban diez mil indios, con sus respectivos *Curacas* ó guardianes, ocupados en la obra, que hoy demandaría proyectos, comisiones, vista de ojos, ingenieros norte-americanos, *ingeniosos*, y sobre todo, mucho producto del guano de "Mauricio."

Hallábanse en lo más arduo del trabajo los entusiastas operarios, cuando presentóse un personaje á hacer lo que muchas veces hacen nuestros congresos: oponerse á la obra y pedir interpelaciones.

El presentado era un ser misterioso, en cuyo semblante, tísico y ceniciento, relumbraban dos ojuelos de gavilán, y cuya mirada producía el mismo efecto desagradable que hoy sentimos á la vista de un acreedor que rechaza los nunca bien despreciados billetes. Su voz atiplada y moribunda penetraba hasta la médula de los huesos, causando horrible crispatura en los nervios de sus desgraciados oyentes, dejándoles, además, cosquilla de agujillas.

Y aquí punto; pues bástanos lo dicho para que los lectores juzguen de las demás cualidades del sujeto.

Y ahora repitamos lo que dijo, dirigiéndose á uno de los *Curacas*, y alzando lo mejor que pudo su desagradable vozarrona:

—Yo soy *Ccorcca-Apu*, dueño y señor de esta comarca, y soberano de los montes y cordilleras. Estas aguas, que manos atrevidas quieren llevarse al pueblo donde abundan mis enemigos, son propiedad mía y nadie podrá arrebatármelas, pues una maldición lanzada por mi boca bastaría para derruir la obra de tantos hombres.

—*Ccorcca-Apu*, respondió el *Curaca* interpelado, quien quiera que seas, yo te ruego en nombre de mi soberano, que dejes pasar estas aguas, y á trueque, pídemelo lo que quieras, que al punto satisfaré tus deseos.

—Condescenderé por tu soberano, contestó *Ccorcca-Apu*; yo bien sé que el nombre de las autoridades justas y paternales es respetado hasta en el imperio del mal, y por ello cederé; mas, á mi vez, exijo en cambio una doncella perteneciente á la nobleza del reino. Estoy condenado á vagar víctima del enflaquecimiento y de una pasión maldita,

mientras no respire el aire helado de estas mis cordilleras y goce de las caricias de una noble.

—Mañana la tendrás, ¿qué no se puede en la vida? ofreció el Curaca. Y fuése camino del Cuzco.

Allí sedujo á una pobre doncella india, hija segunda de Pollí-Auqui Fitu, llamada Illa-Suya, la que se ofreció al sacrificio en aras del bien de la patria. El Curaca vistióla con ropas finas, adornóla con atalayas, llevóla á Apu, el que, dándose por bien servido, dejó que las corrientes de las aguas se precipitasen por Sacsái-Huamán, llegando á la plaza Mayor.

## II

Tres lunas habían recorrido la esfera, cuando, no sé merced á qué circunstancia, descubrió Apu que Illa-Suya no pertenecía á la nobleza y que había sido engañado por el Curaca.

En aquel momento lanza una maldición, cuyo eco repercutió en la montaña; el curso de las aguas varía su dirección para no correr más hacia el Cuzco; el Curaca recibe el castigo de su fraude siendo convertido en un enorme peñón, y la infeliz Illa-Suya es condenada á vivir colgada por sus hermosas trenzas del tronco de un árbol.

La pobre imploró, á su vez, el auxilio de Pacha-Camac, y sus lágrimas merecieron gracia de él y Apu tuvo la misma suerte que el Curaca, quedando ella libre de su terco y cruel amante.

## III

Aun hoy se alzan, desafiando los tiempos, dos gigantes peñones sobre la cima del cerro contiguo al Sacsái-Huamán, que los descendientes de Manco designan con los nombres de *Ccorcca-Curaca* y *Ccorcca-Apu*.

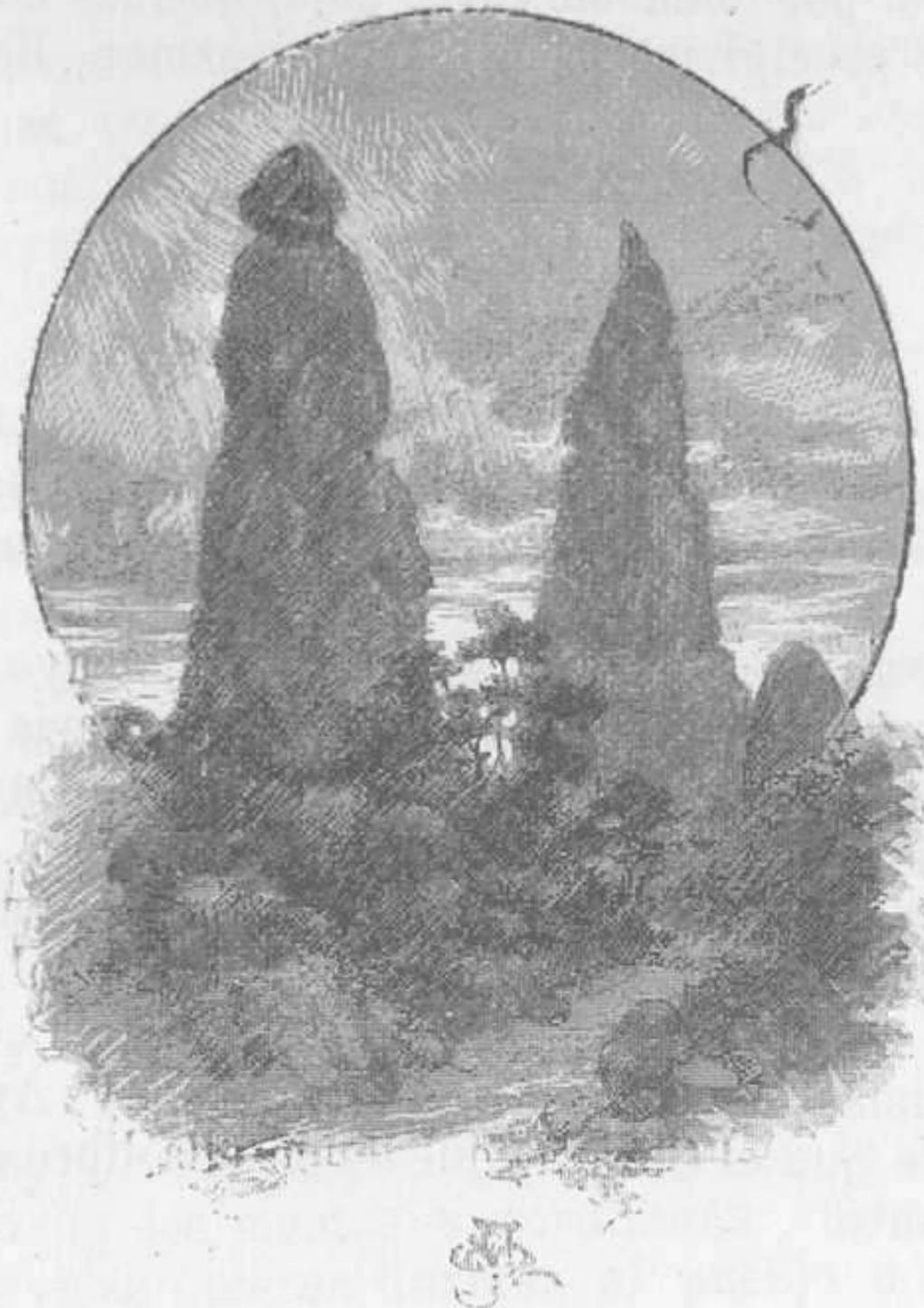
También existe la acequia derruída, por cuyas ruinas hemos paseado, y es fama que los jóvenes amantes iban á depositar sus quejas al lugar donde sufrió el cautiverio la desventurada Illa-Suya, cuyo amante, según los conquistadores, diz fué *un diablo tísico* salido á mudar de tempera-

mento en la sierra del Rodadero, y que volvióse al averno después de aquella pequeña repunta.

Al menos como tal, lo consignó en un cartapacio don Miguel Antonio de la Coruña Solís, y si faltó al *octavo*, suya será la culpa, que yo, aquí, me lavo las manos.

CLORINDA MATTO DE TURNER.

Lima.



## EPIGRAMA

—¿Las ligas que te compré mostraste, infiel, á Gonzalo?

—Y esto ¿qué tiene de malo? sí, señor; se las mostré.

—Pues bien claro manifiestas que no te importa el decoro, porque el caso es que no ignoro que se las mostraste... puestas.

## UNA VIRTUD



GH

— ¡No me siga usted más!  
 — ¿Te desagrada  
 mi figura, tal vez, y en vano lucho  
 por conseguir ¡oh cruel! una mirada?  
 — ¿Su figura? ¡eso no! mas... soy honrada,  
 y á decir la verdad... ¡lo siento mucho!

— — — — —  
 EPIGRAMA  
 — — — — —

— ¿Quieres este pantalón?  
 roto está, pero diluvia  
 y en estos casos, bien puede  
 pasar...  
 — No lo pongo en duda.  
 Y tú toma este paraguas,  
 que aunque lleno de roturas,  
 del mismo modo es pasable  
 en días, como hoy, de lluvia.



## MANOS DE SERAFÍN

---

«¡Si supieras, me escribía,  
cuando se casó, Raimundo,  
qué suerte loca la mía!  
¡un ángel es mi María,  
si hay ángeles en el mundo!

»Sus ojos, donde el candor  
se refleja, y la bondad,  
tienen, por brillar mejor,  
del día la claridad  
y de la noche el color.

»Su voz parece el arrullo  
de enamoradas palomas,  
pues suena como un murmullo,  
y su boca es un capullo  
lleno de suaves aromas.

»Jamás la oirás exhalar  
ni una queja en sus agravios,  
y es que su ser al formar,  
Dios hizo sus rojos labios  
tan sólo para besar.

»Y así, cuando sin rigores,  
me provoca á mil excesos,  
su boca, de mis amores  
templa los dulces ardores  
como una ánfora de besos.

»Aunque la cause una pena,  
jamás me mira ceñuda:  
su mirada, de amor llena,  
sigue brillando serena,  
no como espada desnuda.

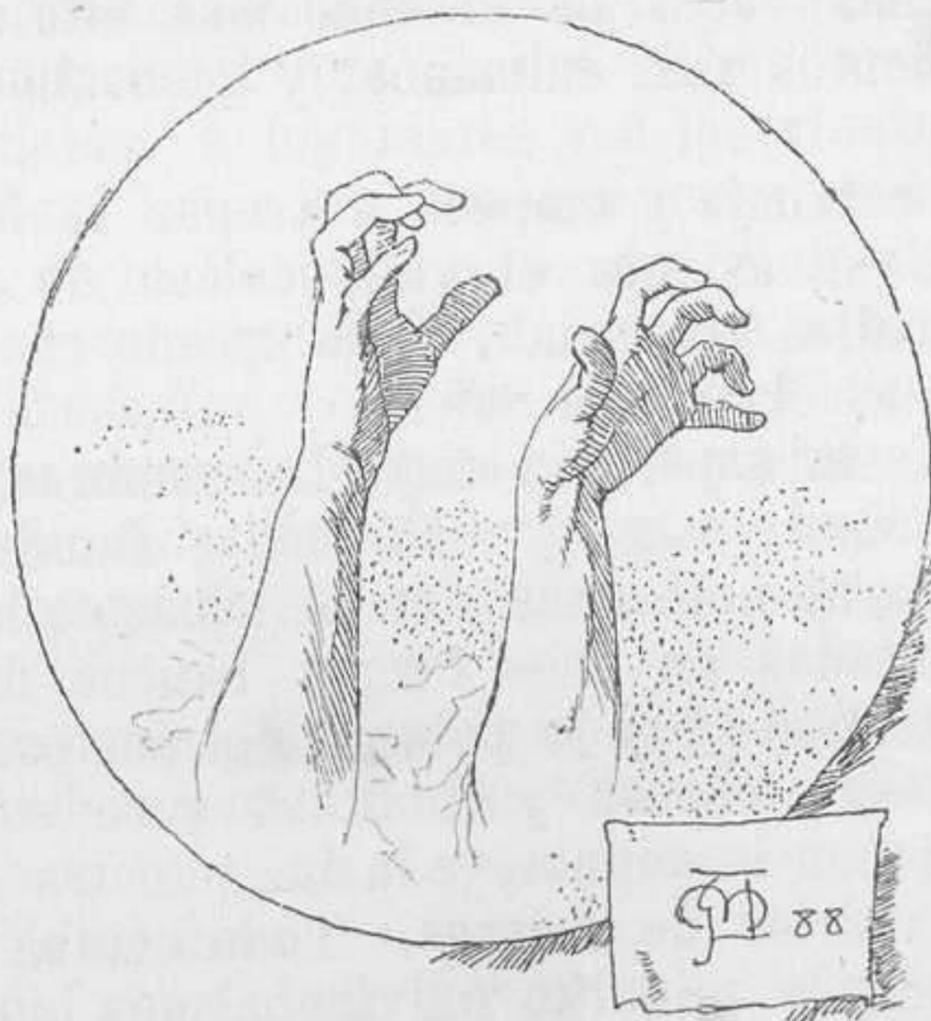
»Cuando su mano nevada,  
para acariciar formada,  
entre las mías se posa,  
como blanca mariposa  
que pára el vuelo, agitada;

»Bendigo á Dios, pues no en vano  
colmó mis ansias y anhelos,  
permitiendo á un triste humano  
besar la divina mano  
de un serafin de los cielos.»

. . . . .

Ha pasado un año; ayer  
hallé á Raimundo, y al ver  
su rostro algo ensangrentado,  
le dije:—¿Quién te ha arañado?  
y contestó:—¡Mi mujer!

CASIMIRO PRIETO.



## LA VOZ DE DIOS

---

Llegué á Ginebra enfermo y con esa tristeza íntima que imprime al espíritu una salud profundamente alterada.—Los encantadores paisajes del lago Lemán, las aguas cristalinas de ese caudal diáfano, como la luz, no despertaban en mi alma más que el sombrío sentimiento del contraste entre esa naturaleza espléndida de vida y vigor, al lado de mi exhausta existencia.

Todas las sombras, todas las tinieblas de la desesperación obraban sobre mí; mi soledad, mi aislamiento me hacían sufrir un estremecimiento glacial.—La promesa de morir pronto, pero en mi tierra, en el seno de los seres queridos, hubiera sido para mí la bendición de un poder divino.

Pinto mi estado tal cual era, porque es necesario saber hasta qué punto había llegado el decaimiento de mi espíritu, para comprender qué poder inmenso tenía la fuerza que lo levantó.

Cuando llegó la tarde, la triste hora de los recuerdos para el viajero solitario, supe que en una iglesia, la catedral de San Pedro, había esa noche un concierto de órgano.

La música es la pasión poderosa, invencible que domina en mí; muchas veces ha hablado más alto á mi alma que otros sentimientos más humanos, y generalmente más violentos.

Tomé un carruaje y empecé á trepar la altísima colina sobre la que se asienta el viejo coloso de piedra, recorriendo las calles solitarias, como sucede en todas las ciudades religiosas el día del Señor.

La iglesia estaba perdida entre las sombras; al entrar en la nave principal, vaga y débilmente iluminada por una pequeña lámpara, noté unas cien personas, silenciosas como sombras, sentadas en esos largos bancos de madera de donde el protestante oye la palabra del pastor.

La iglesia es inmensa y de un severo estilo; grandes arcadas sostienen la cúpula, y la luz penetra por inmensas rosáceas de vidrios de colores. Todo estaba sumido en la oscuridad, y desde mi sitio adivinaba más bien que veía la grandeza del templo.

Hay algo grande y solemne en el grave silencio de una iglesia protestante; la desnudez de las paredes, la ausencia completa de la ornamentación que distingue al culto católico, predispone el espíritu á ideas severas, á pensamientos altos y serenos.

En el fondo del alma se despierta y toma vida el germen del sentimiento religioso; el espíritu se serena, se siente que sobre nuestras cabezas se cierne algo superior á nosotros, una voluntad más poderosa, una inteligencia más intensa, y cuando el pensamiento se satura de esa atmósfera sagrada, se hinca la rodilla, pronunciándose el nombre de Dios.

Esa noche más que nunca hubiera deseado orar, pegar mi frente contra la tierra é implorar la calma para mi espíritu.

Como el poeta, "arrodillé ante Dios mi corazón," y si mis labios no murmuraron la plegaria perdida en la memoria, el voto íntimo y mudo de un hombre que sufría subió hacia el cielo.

Como el vago murmullo de cien almas que nacieran á la vida, como el preludio divino que acompaña en el corazón del hombre el despertar de la esperanza, un acorde suave y prolongado vino de pronto ondeando hasta mi oído.

El órgano sonaba.

¿Qué tocaba? No lo sé, ni en ese momento me importó saberlo. Eran admirables armonías, como sólo salen de ese instrumento excepcional que parece haber arrancado á la tierra y á los cielos, á los mares y á los vientos todos sus misteriosos ruidos, todas sus lamentaciones, todos sus quejidos. El alma de la Naturaleza parece vivir allí; y tras la ráfaga impetuosa que se desborda en una armonía terrible que sacude la atmósfera como un golpe eléctrico, viene el canto lejano de un coro dulcísimo, como si los ángeles, temerosos de los ruidos de la tierra, desplegaran las alas y se alejaran en pausado vuelo cantando los amores de los cielos.

¡Oh horas sagradas! ¡Cómo se agitaban las fibras de mi alma embalsamada por esa música divina! ¡Cómo comprendía mi espíritu el lenguaje de ese órgano, que tenía dentro el alma de la Naturaleza!

En la callada soledad de un templo, lejos de la patria, lejos de la alegría y lejos de los cielos, ¡cómo tomaba esa

música santa la voz de la esperanza para mostrar á los ojos cansados por el insomnio, los cuadros benditos del hogar, en que la madre ora y la amada espera!

Como si todo se agrandase alrededor, los grandes cariños crecen y los recuerdos adquieren la intensidad de una visión.

Los sueños toman vida; las fantasías que ayer se dibujaban vagas como nubes en el espíritu se coloran y se condensan, mientras figuras blancas y luminosas pasan sonriendo, guiadas por niños angelicales, por sendas color de cielo!...

Y el órgano suena siempre, tan pronto terrible y majestuoso como la voz soberana de la tempestad en las montañas, ya tenue y delicado como un canto de adiós en la tranquila soledad de los mares. Luego... todo ha pasado; gritos de lucha, cantos de amor, himnos de gloria. Los que han caído en la batalla de la vida, yacen helados, pálida la frente y yerto el corazón. Un eco resuena, y el tristísimo cantar de la caída se levanta de las ruinas del dolor.

Todo gime, todo llora, como en el día terrible; la luz ha huído del cuadro de muerte, las tumbas se han abierto y las aves negras cruzan los cielos; todo gime, todo llora...

¡Salud, aurora divina que te anuncias en la armonía sonora de la esperanza! ¡Salud, luz diáfana, días serenos, cielo azul, lagos transparentes! La vida empieza á palpar, las plantas se estremecen, los pájaros lanzan al viento sus notas vibrantes y el espíritu del hombre comienza á serenarse, mientras la fe renace en el corazón.

¡Salud, aurora de la esperanza!

Tú vienes trayendo la paz y esparces á tu alrededor la armonía, que es tu esencia.

¡Salud, salud mil veces, aurora de la esperanza!

El órgano calló un momento; entonces levanté la cabeza que había tenido entre mis manos. La misma calma, el mismo silencio solemne reinaba en el templo. Sólo una que otra mujer orando y algunos hombres perdidos en la sombra, inclinados profundamente sobre el oratorio, revelaban que la ráfaga divina acababa de pasar por allí.

¡Cuántos dolores, cuántas amarguras habrían caído al fondo de esas almas, para hacer lugar á los dulces recuer-

dos que dormían y que venían á la vida evocados por una voz mágica!

En esos momentos solemnes, el vínculo humano se estrecha entre los hombres; sin hablarse, los espíritus se comprenden y las notas perdidas del sentimiento individual se unen y se estrechan para formar una armonía única y sagrada.

El alma es siempre igual, porque los dolores de la tierra son siempre los mismos; el sufrimiento modela el corazón...

El órgano ha vuelto á hablar. Es un prelude delicado, es un aire conocido que viene al oído como la voz de un viejo amigo. Es la meditación de Gounod sobre un quejido de Bach.

Dejad volar al cielo esos cantos de paz; han pasado cerca de nosotros, se han empapado en nuestra vida y llevan el sello de nuestro espíritu.

¡Dejadlos volar!

No, los cielos no están vacíos. De onda en onda, estremeciendo el aire á su paso, sacudiendo la atmósfera imperceptiblemente, esos cantos llegarán á los cielos, porque son hijos pródigos que vuelven al hogar de la gloria eterna.

No importa que sean dirigidos á un fantasma de la fe; desde la plegaria del salvaje, hasta el quejido del filósofo, toda oración llega al seno de Dios!

¡Dejad pasar esos cantos que derraman en el alma la paz celeste!

Vengan numerosos los años sobre mi cabeza, ó baje pronto bajo la piedra helada, jamás se borrará de mi memoria el recuerdo de esa noche inolvidable.

Había entrado en el templo agitado, triste, lleno de siniestros pensamientos: salí tranquilo, sereno, soportando los sufrimientos del cuerpo con valor, con resignación.

Una nueva vida parecía abrirse ante mí mientras bajaba la colina; mil proyectos color de rosa nacían unos tras otros en mi espíritu.

¡Había recibido el bautismo de la esperanza!

¡Había hablado con Dios!

MIGUEL CANÉ.

## LA INOCENCIA



—¿Quiénes son estas jóvenes hermosas, parecidas las dos, como dos rosas?

—Mis hijas.

—¿Y hace mucho, desdichado, que con estas doncellas vas cargado?

—Quince años... casi toda su existencia.

—¡Por Alah! pues seguro y satisfecho debes estar así de su inocencia.

—Sólo respondo, á fuer de hombre honrado, de ésta que llevo aquí, sobre mi pecho.

## EPIGRAMA

—Oye tú, dómine en ciernes:  
¿pueden sumarse también  
las letras, como los números?

—¡Claro que sí!

—Pues á ver,  
suma  $a + e...$

—Ya he sumado.

—¿Qué suma te arroja?

—*Æ*.

## HERÁCLITO Y DEMÓCRITO

Yendo Heráclito llorando  
del ruido del mundo huyendo,  
vió á Demócrito riendo  
del mundo el ruido buscando.

— Con esa jovialidad  
¿adónde vas, imprudente?  
— Yo voy buscando á la gente.  
— Yo busco la soledad.

— Mi condición no resiste  
la sociedad ni un momento,  
pues la gente que frecuento  
siempre está triste, muy triste.

— Apretado el corazón  
de pena horrible suspiro;  
pues donde quiera que miro  
hallo llanto y aflicción.

— No quiero ser más testigo  
de este horrible desconcierto;  
por eso voy á un desierto  
llorando á solas conmigo.

— Pues no sé por dónde irás;  
yo sé decirte de mí  
que por doquiera que fuí  
no he visto llanto jamás.

— De las penas endiabladas  
que te afligen, no hago caso,  
y siempre por donde paso  
voy riendo á carcajadas.

— Yo la risa franca adoro  
y como me ven contento  
en los sitios que frecuento  
todo el mundo me hace coro.

— ¿Tú nunca has llorado?

— No;

ni he de llorar en mis días.

— De seguro llorarías  
si fueras donde fuí yo.

— Pues como de mí te fies  
he de buscarte consuelo;  
anda con los que yo suelo  
y verás cómo te ríes.

— Vén á Atenas, que has de hallar  
allí gente alegre.

— ¡Sí!

¡precisamente es allí  
donde me han hecho llorar!

Otro filósofo (fuera

quien fuese, no importa nada)  
metiendo su cucharada  
les habló de esta manera:

— Todo es inútil; en tanto  
que ese carácter tengáis  
hallaréis donde vayáis  
tú carcajadas, tú llanto.

Y no achaquéis á los otros  
lo que á vosotros debéis,  
porque el humor que encontréis  
lo lleváis siempre vosotros.

Aunque de ella desconfíe,  
no es la gente tan traidora  
que ría con el que llora  
ni llore con el que ríe.

Cambia, Heráclito, al instante,  
porque el mundo es un espejo  
que nos da siempre el reflejo  
de lo que tiene delante.

— Es verdad.

— Bien lo comprendo.

Dijeron, y meditando  
se fué Heráclito llorando  
y Demócrito riendo.

JOSÉ ESTREMERÁ.

Madrid, 1888.

## EN UN ÁLBUM

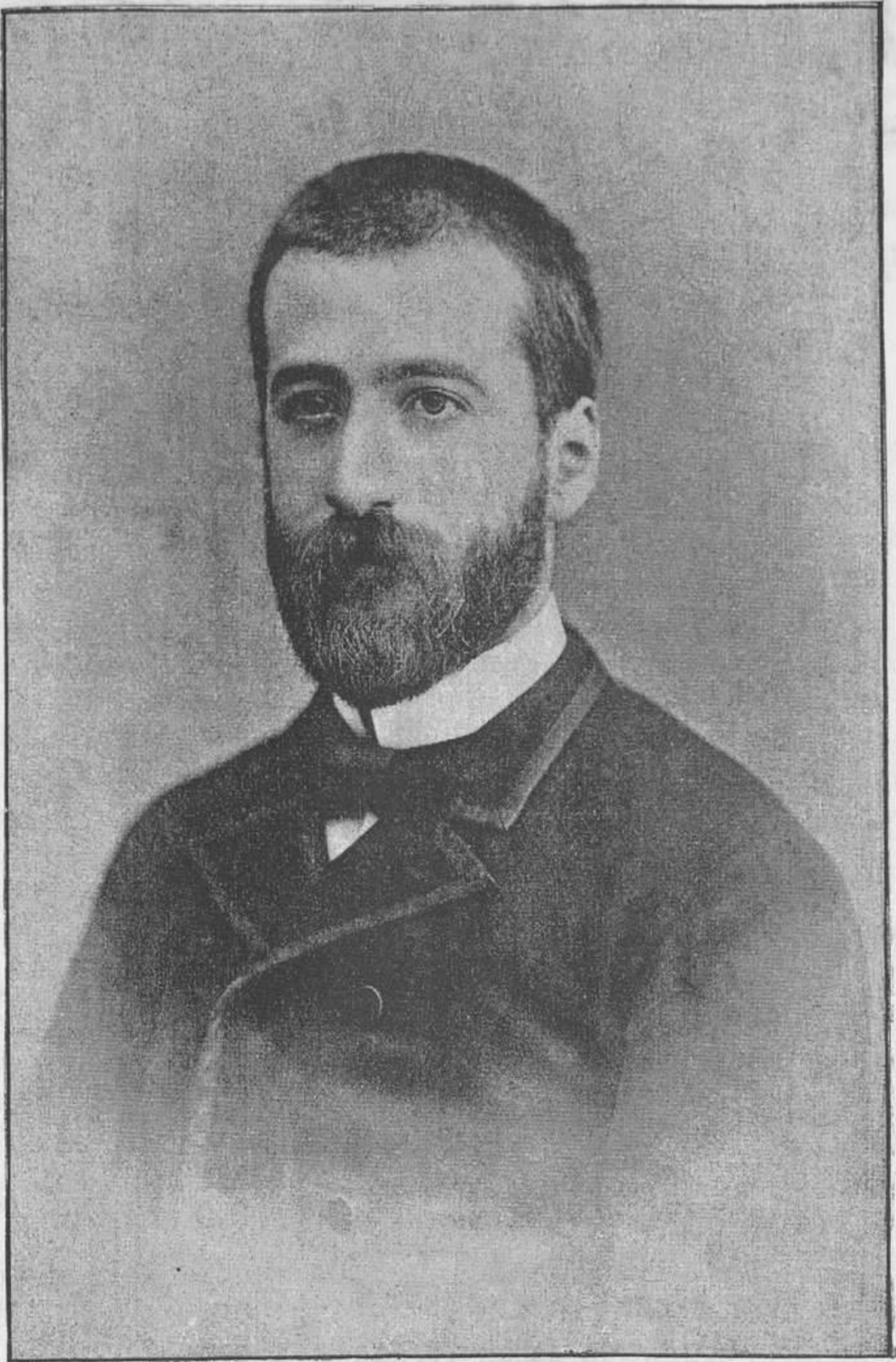
Miré tus ojos  
sólo una vez,  
y casi, casi jurarte puedo  
que me quemé.

Con esos ojos  
que Dios te dió,  
y que más rayos despedir saben  
que el mismo sol;  
no el parque vayas  
á visitar  
porque, de fijo, que el centinela  
te grita: — ¡Atrás!  
cabo de guardia!  
volando aquí!  
que á incendiar vienen la dinamita  
del polvorín.  
De una desgracia  
librenos Dios...

Con esos ojos aquí no se entra...  
porque hay peligro de una explosión.

Lima, 1888.

RICARDO PALMA.



D. Marcelino Menéndez Pelayo

EMINENTE LITERATO ESPAÑOL



## LA MUJER ARGENTINA

«La mujer es la humanidad vista por su lado bonancible.»—V. H.

### I

La acción de la mujer en la vida de las naciones es lo que constituye la poesía de la historia. Bajo este concepto, la historia argentina es un verdadero poema.

### II

Lamartine habla, no recuerdo bien si en sus célebres *Girondinos*, de la transformación del sueño de un poeta en realidad viviente. Así, Carlota Corday, viene á ser el

pensamiento de Corneille hecho carne, mediante misterioso proceso efectuado á través del tiempo.

Un día calculó un navegante nueva vía para el viejo mundo, y una reina soñó un mundo nuevo. El cálculo pertenece á Colón, el sueño á Isabel I de Castilla. Del cálculo del uno y del sueño de la otra nació América, el más grande y más legítimo orgullo del planeta.

La mujer americana viene á ser así la transustanciación del pensamiento de la más grande mujer europea; la espléndida realización de sus ensueños, un destello de su bello espíritu irradiando á través de la más bella forma.

. . . . .  
No son necesarios grandes estudios etnográficos para inquirir el origen de la mujer caucásica en América: ella proviene del Mediodía de Europa, es hispano-árabe. Facciones acentuadas, ojos grandes y rasgados, mirada intensa, labios encendidos y entreabiertos, como hechos para expresar hermosos pensamientos y vehementes deseos, proporción escultural, movilidad de músculos correspondiente á la febril movilidad de su espíritu, sentimiento, imaginación, y cierta independencia ingénita y rebelde que la arrastra á romper con todo convencionalismo restrictivo de la amplia manifestación de su vida interna. ¿Y por qué ha de velarse una vida que es toda belleza y poesía?

Tampoco se necesita gran competencia sobre indumentaria para que, un detalle de su vestido, un detalle que es, sin embargo, el vestido todo, más que el vestido la personalidad típica, para que ese detalle nos denuncie inmediatamente su progenie.

Anda una tradición poética por Andalucía que asegura que Dios, Mahoma, aquel que diz poseía un Edén poblado de hermosísimas mujeres; un Genio, quizá el Genio de la gracia y de la belleza, hizo entrega un día, á la mujer andaluza, de un paño sutil, flexible, ondulante, como hecho de corpúsculos de misteriosa naturaleza, semejante á un celaje, tejido por las hadas, destinado á envolver su cabeza sin ocultarla, dejándola entrever, probablemente para que el rostro semidivino no estuviera en contacto directo con la mirada humana, y concedió á aquella mujer el monopolio de este atavío. ¡Y la mantilla española, en la cabeza de la mujer americana, está en su trono!

Y bien, sí; sobre aquella tierra andaluza, á la vista del

último hogar árabe en tierra española, fué decretada la redención de América, encerrada por el mar en el aislamiento. De sus puertos salieron los primeros é intrépidos cruzados; allí fué vista, soñada, anhelada; los primeros efluvios de la atmósfera moral y física de Europa de allí vinieron; las carabelas mandadas por Colón trajeron el pensamiento y el aire de Andalucía. En suma: de allí proviene la primera mujer de raza europea que aparece en el continente americano.

Y no degenera la criatura exótica, no. La mujer del Mediodía, de complexión ardiente, de ensueños orientales, de nerviosidad delicada, hecha para vivir en la atmósfera tibia, embriagarse con el aire impregnado de perfumes, gustar los manjares sazonados y recibir la cristalina luz á torrentes, buscó, en el Nuevo Mundo, el clima cálido, el cielo azul, la luz esplendorosa, el suelo palpitante de vida, sombreado por bosques de naranjos y de palmeras, cruzado de arroyos cristalinos y ríos caudalosos, poblado de pájaros que llevan en su pluma todos los colores del iris y en su garganta todas las notas de la escala. No fué al Norte: se dirigió al Mediodía. ¡Estaba en su antiguo hogar engrandecido, sublimado!

### III

Y fué aquí lo que allí fué: modelo de belleza, de gracia y de pasión; inteligencia abierta á todas las grandes ideas; imaginación que refleja todos los objetos embelleciéndolos; corazón lleno de vida, y viviendo de amor, el cual es su esencia, su luz, su aire respirable. Fué por esto, y es, como la mujer española, y más que ninguna otra mujer de la tierra, el genio del hogar, la heroína de la familia, la musa del amor y del valor patrióticos. Esposa amante, madre exaltada, hija cariñosa, su existencia está vinculada al hogar por todos estos lazos.

Y la patria es una dilatación del hogar. Por eso ha sido siempre la musa del valor patriótico.

La historia la ha visto: ha visto á la antigua patriota europea resurgir en América; la ha visto y ha recogido, enternecida y asombrada, su acción gloriosa, y estereotipado su amor, su heroísmo, su desesperación. Ella ha visto la guerra de un ejército contra un pueblo, del soldado

contra el ciudadano, de la barricada contra el hogar, del proyectil de combate contra los objetos de la casa, testigos del amor, consagrados por la vida y convertidos, por la desesperación, en elementos de matanza.

El hogar venció al ejército, y á uno de los primeros ejércitos del mundo. Esta victoria pertenece á la mujer, que ha sido el alma de ese hogar, su vida, á veces su acción. Esta heroína es ya más que la mujer americana, es la *mujer argentina*. Es el genio del hogar que apareció siglos pasados en Numancia, que aparece hoy en Buenos Aires, que aparecerá mañana en Zaragoza.

Y triunfó aún después de la acción, triunfó por la piedad, después de haber triunfado por la guerra, recogiendo los heridos, trocados de enemigos en huéspedes, brindándoles con el hogar que acababa de defender contra ellos mismos, curándolos, asistiéndolos, volviéndolos á la vida.

Después de la guerra de la ciudad vendrá la guerra de la patria. Ella tiene su puesto al lado de la cuna de sus pequeños hijos y del lecho de sus ancianos padres. Seguirá á los guerreros con su pensamiento, con sus zozobras, con sus dolores, con sus lágrimas; los defenderá con sus oraciones, los alentará con sus esperanzas; y como el pensamiento y el alma han menester de símbolos materiales que les den vida representativa, bordará los estandartes que, como la visión de su espíritu flotando en el espacio, han de conducir las legiones al combate. Del mismo modo, años después, una joven, bella y amorosa mujer andaluza, daba también, á la libertad de su patria, su alma en un símbolo, después su vida.

#### IV

Los rasgos especiales que caracterizan á la mujer argentina se destacan ya de los lineamientos generales de la mujer americana.

Con el nacimiento de aquella nacionalidad se acentúa más esta figura.

El guerrero había conquistado la nación para su pueblo; el legislador iba á dictar las leyes que reglamentaban su vida. Lo que no se conquista por la espada ni se obtiene con la legislación; el sentimiento generoso, la inspiración

sublime, la edificación del hombre interno, es decir, casi toda la obra nacional; eso pertenece á la mujer.

Después que un pueblo nació á la vida de la nación, los esclavos nacían á la vida de la libertad. Las nobles damas de Buenos Aires, las grandes patricias, fueron indemnizadas por el valor de los que una caduca legislación equiparaba á mísera mercancía. Ellas, espontáneamente, por inspiración súbita, destinaron esos valores á erigir un monumento que conmemorara el doble natalicio: el natalicio de una nación y de una raza. Tal es la pirámide de "Mayo" que se levanta en la plaza de este nombre, especie de sacra pila bautismal, respetada hasta hoy por la urbanización y el ornato público modernos.

Un gran estadista, un hombre de corazón, por intuición poética quizá, y participando de la máxima de Lamartine cuando dice que "hay más política práctica en un canto de Homero que en todas las utopias de Platón," confió á las matronas de Buenos Aires la dirección de las escuelas del Estado. Así edificó esa mujer á este pueblo, siguiendo al niño constantemente desde la cuna hasta la escuela, desde la infancia á la edad adulta, presidiendo el desenvolvimiento de su corazón y de su inteligencia, imbuyendo en ellos su amor, su entusiasmo, su piedad, su virtud, el pensamiento de la época, y preparándolos para recibir todas las generosas expansiones y todas las grandes ideas.

Ha perdido ya su acción pública en la enseñanza de la niñez; pero su obra providencial y bella subsiste allí donde la virtud, la civilización y la vida la reclaman. Forma aún el sublime tribunal que discierne premios á la virtud instituido por el inmortal Rivadavia. No hay un establecimiento de beneficencia donde su acción no se haga sentir; habiendo muchas que han hecho de la caridad un sacerdocio, la vocación constante de su vida; y ella, que posee sentido delicado y gusto exquisito, y ama lo bello por complexión artística, y los adornos y las joyas no por su valor sino por su hermosura, ella frecuenta, más que la mansión del placer y de la belleza, el antro de la miseria y la mansión del dolor, llevando á todos los lugares míseros, tristes y oscuros, el bienestar, el consuelo y la luz.

La legislación moderna y los progresos comerciales han traído á estas regiones gérmenes de todas las razas de la tierra: el tipo primitivo subsiste siempre, fundiéndose en

él, al calor de ese sol ardiente, los nuevos caracteres. Las razas del Norte han dado más blancura y morbidez á su tez y más suavidad á sus líneas; pero subsiste su genialidad, su complexión, su entusiasmo y generosidad ingénitos, generadores de los bellos sentimientos y de las nobles acciones.

Podrán venir días de vacilación y de prueba para este gran pueblo; pero, pues que la *mujer argentina* histórica subsiste, él habrá de realizar los destinos reservados á los primeros pueblos de la tierra.

MANUEL A. BARES.

Buenos Aires, 1.º de Junio de 1833.

---

## CABOS SUELTOS

---

La música alemana,  
expresión nada más que del talento,  
no eleva el alma, eleva el pensamiento.

La música italiana,  
de sentimiento inagotable fuente,  
eleva el alma en emociones tiernas...

La música francesa únicamente  
nos eleva las piernas.

\*  
\* \*

Al vender en la calle á un caballero  
un muchacho *La Prensa*, le decía:  
— No tengo cambio; pagará otro día.  
— ¿Otro día, granuja? ¿y si me muero?  
(El granuja, pensando en su dinero):  
— ¡Poco se perdería!

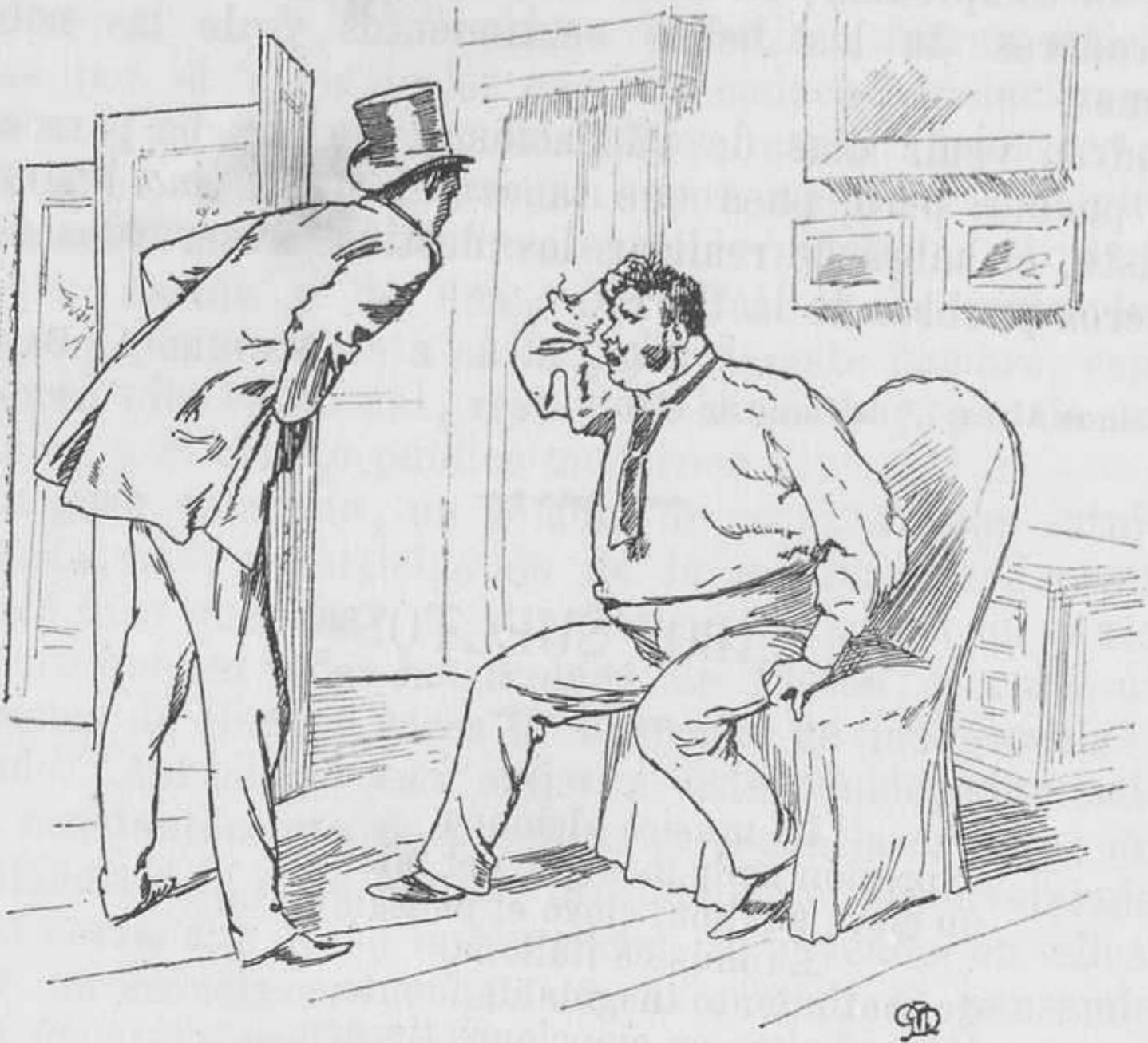
\*  
\* \*

El barro de la calle  
ya no te asusta,  
porque en tu coche, hermosa  
las calles cruzas.  
¡Qué alegre pasas,  
sin pensar que ahora llevas  
barro en el alma!

F. LÓPEZ BENEDITO.

Buenos Aires, 1888.

## CUESTIÓN DE FALDAS



—¿Te soplaron la dama, Veremundo?  
 —Sí, ¡voto á san! y en mi rencor profundo  
 á mi odiado rival matar deseo,  
 pues los dos no cabemos ya en el mundo.  
 —Si está tan gordo como tú... ¡lo creo!

## EPIGRAMA

—¿Dos días de casa ausente?  
 yo quiero saber, Nemesia,  
 dónde estuviste.  
 —En la iglesia.  
 —¿Desde anteayer?  
 —Justamente.  
 ¿Qué te extraña? ¡Pues qué! ¿Ignoras  
 que es mucha mi devoción?  
 —¡Larga ha sido la función!...  
 —Estuve en *las cuarenta horas*.

## EL ÁGUILA Y LA BALA

### FÁBULA

Dicen que apostó una Bala  
con una Aguila á volar,  
que súpola contestar:  
—«¡ Véte, plomo, enhoramala!  
¿Quién estas plumas iguala  
con que hasta los vientos domo?  
Mi cuerpo de tomo y lomo  
verás dónde tú no subes;  
que eso de andar por las nubes  
no es para un *ave de plomo*. —

Tomólo por bobería  
siempre la Bala en sus trece,  
diciendo: —«¿A quién se le ofrece  
negarme la primacía?  
Pues ¿no es más claro que el día  
que nunca mi vuelo igualas?  
En mal camino resbalas,  
ave infeliz, porque, en suma,  
si son tus alas de pluma,  
de pólvora son mis alas. —

Ni el ave la lucha esquiva,  
ni la Bala se convence.  
—¿Probamos á ver quién vence?  
—¡ Arriba! — ¡ Vamos arriba! —  
Subió la Bala tan viva  
que dió á su rival enojos,  
pues, para causarla antojos  
y centuplicar sus quejas,  
fué un estruendo á sus orejas  
y un relámpago á sus ojos.

Subió el Aguila con calma  
cuando la Bala caía,  
y le dijo: —« Amiga mía,  
¿quién se llevará la palma?  
si te hundes en cuerpo y alma,  
por mi parte no desmayo.  
Haz, pues, de tu capa un sayo;  
pero que adviertas es bueno  
que *quien sube con el trueno  
suele bajar como el rayo*.

JUAN MARTÍNEZ VILLERGAS.

# EL AMOR

EN EL

## MATRIMONIO



Es una lástima que el hombre y la mujer no pertenezcan á la familia vegetal de las palmeras, que se aman sin necesidad de hacer vida común, y hasta tienen, gracias al polen de las flores de la palmera-macho que el viento se encarga de depositar en los pistilos de la palmera consorte, dátiles de bendición. ¡Calculen nuestros lectores los disgustos que se ahorrarían queriéndose á respetable distancia y haciéndose el amor por señas! Mientras otro Pasteur no descubra la vacuna

contra las rabietas, como se ha descubierto el antídoto contra la rabia, pasarán los matrimonios las penas del purgatorio con los soponcios y sofocaciones á que da margen á menudo la unión estrecha de dos seres que se aman... al parecer, y que aprovechan el motivo más trivial, el pretexto más baladí, para reñir y no hablarse en varios días... con sus noches respectivas, que es peor.

Antes del matrimonio nada altera la armonía de dos corazones que se quieren y que laten al unísono; los que están en vísperas de casarse tienen siempre, por lo general, los mismos gustos, y sus caracteres parecen calcados el uno sobre el otro; sus sentimientos hacen causa común y no se observa entre ellos la menor desinteligencia; la mujer participa de las aficiones del hombre, y hasta de sus resfríos; pues si entre los suspiros que él exhala suena un intempestivo estornudo, lo que no deja de ser una salida de tono, la sensible doncella, si es doncella, se constipa también por simpatía. No hay novia en estado de larva á quien incomode el humo del cigarro... algunas llevan su abnegación ó su falsedad hasta el extremo de morder con

sus dientecillos de ratón la punta de ese cigarro, causa después de no pocos sermones y quejas amargas; dan algunas chupadas, y lanzan al aire, con gracioso ademán, una columnilla de humo azul, entre las risas del novio, el disgusto consiguiente de la mamá, aunque velado por una sonrisa diplomática, y las lágrimas de la *fumadora*. Si la familia sienta á la mesa al prometido de la chica, es de ver cómo se armonizan los gustos culinarios de la chica y del chico: no discrepan ni en un rábano, ni en una aceituna; verdad es que comen poco, porque el apetito viene mucho después, cuando se hunde la luna de miel en su ocaso y clarea el día del desencanto amoroso; pero en sus disertaciones del género bucólico, durante la comida, en que sólo hablan de amor los ojos... y á veces los pies, coinciden ambos en los mismos gustos, y resultan partidarios de una misma escuela culinaria, por más que el estómago proteste en silencio contra ciertas atrevidas aseveraciones de los labios, en tal momento esclavos obedientes de la pasión.

Uno y otro se hacen toda clase de concesiones y transigen mutuamente con sus debilidades; las fealdades del alma se ocultan ante la luz que destellan los ojos, como las sombras en presencia del sol; el amor es un espejo mágico que sólo refleja rostros de ángeles; los defectillos que se notan en ese período álgido de la pasión son como los lunares en una cara bonita: hacen gracia. Pasada la primera efervescencia del amor, ya es otra cosa; lo que se creyó lunar resulta berruga, y no hay corazón, por despreocupado que sea, que transija con esas extravagancias plásticas de la Naturaleza.

Llega por fin el solemnísimos cuarto de hora del matrimonio; echa el cura la bendición á los novios, no sabemos si para santificar su unión ó para sacarles los diablos del cuerpo, y aplica Himeneo su antorcha al corazón de los recién casados, haciéndole estallar en fulgurantes miradas que resplandecen en las pupilas como fogonazos, y en encendidos besos que hacen explosión en los labios como globos de fuego, pirotecnia que dura hasta que se agota la pólvora del entusiasmo; después... después la luna de miel descende majestuosamente á su ocaso; las ilusiones dejan de aletear en el alma, Himeneo sopla en su antorcha, cesa el rumor de besos y se acaba el primer acto del drama matrimonial. En los restantes, el amor á veces no tiene papel.

Pasado el primer delirio de la pasión, lo primero que

recuerda el marido es que ha sido soltero. Cuanta mayor fidelidad encuentra en su esposa, cuanto más ésta le mima, peor, más se echa á perder; en todo matrimonio hay un tirano y una víctima; si el hombre deja que su mujer se le suba á las barbas, es hombre al agua; si la mujer se duerme sobre los laureles del amor, al despertar se encuentra con que su marido ha dado un golpe de estado y se ha hecho dueño de la situación; como en el mar y como en la política, que es también ¡la mar! el pez grande se come al chico; por eso el marido, que es un atún, no tarda en ser engullido por el cetáceo de su mujer.

Al hombre le cuesta mucho amoldarse al régimen conyugal, y nunca le faltan pretextos para abandonar el hogar; cuando no son los negocios que trae entre manos, de carácter mercantil... ó coreográfico, es algún amigo enfermo y en inminente peligro de muerte, que le espera... en el club; hay mujeres á quienes se les hace también muy cuesta arriba estarse quietecitas en sus casas como Dios manda, y cuando no es una amiga de la infancia... ó de la infantería la que les aguarda para ir á tiendas, es cualquier otro asunto que las obliga á salir de casa, aunque sus esposos salgan también, no de su casa, precisamente, sino de sus casillas: hay caballeros y señoras que nada tienen que echarse en cara al respecto.

Por regla general, á la mujer dócil, y buena, y amante de su esposo, tócale en suerte, ó en desgracia, un pícaro; del mismo modo que al hombre de buena pasta y confiado hasta la miopía y prendado de su compañera, le toca una culebrona. En muchísimos matrimonios sólo uno carga con la cruz, sólo para uno hay corona de espinas y calvario; el otro... el otro se va á tomar el fresco.

Hay devotos de la mujer propia, ante cuyos altares, llenos de luces y flores, se arrodillan con expresión angélica, con aire seráfico, y se entregan fervientes al culto de su cariño; pero que aprovechan, empero, cualquier... *ganga*, sin sentir en la conciencia la aguda espada de los remordimientos, y encienden un par de velas al diablo, si el diablo se les presenta disfrazado de mujer; el corazón de esos maridos está siempre abierto de par en par para la primera que se hace la encontradiza; es una especie de posada donde cualquier amor vergonzante encuentra puesta á todas horas la mesa del cariño. Más de un marido hay que goza

fama de bendito, que tiene cierto olorcillo á santidad... y es capaz de fraternizar con todas las potestades infernales.

Pasada la embriaguez que trae consigo la luna de miel, el amor se convierte en una especie de vino aguado que difícilmente se sube á la cabeza: por eso los aficionados á la *bebida fuerte* no pueden acostumbrarse á él y hacen continuas excursiones al corazón de otras mujeres, que frecuentan como si fuese una taberna. Cuando la mujer se vuelve arisca y huraña, como acontece muchísimas veces, el tal amor no es ya ni siquiera vino aguado, sino vinagre, y de tal calidad, que no hay quien le resista.

Seguramente el hombre sería más consecuente y más leal si encontrase en su hogar tranquilidad y cariño; si su mujer se olvidase de que es su mujer y le tratase como amante; si reavivase la amortiguada llama de la pasión con el viente-cillo de sus suspiros; porque el hombre es siempre niño, y si no le hacen fiestas en casa, no es difícil encontrarle; como niño que es... con alguna niñera.

Hay novios que han cursado la asignatura del amor durante diez y doce años, sin dejar de quererse un solo instante, sin interrumpirse la armonía entre ellos, sin extinguirse la llama de la pasión entre chisporroteos de quejas, sin que el hastío y el cansancio hayan roto los lazos que unían estrechísimamente sus almas; pero que al mes de casados se han tirado los platos á la cabeza, levantándose en armas uno contra otro; lo cual debe consistir sin duda en que una vez decapitado el deseo por la posesión y enterrado piadosamente por el hastío, el amor baja de una manera sensible en el termómetro de la vehemencia, y libres de su yugo avasallador, cada cual se siente arrastrado por otras pasiones de distinta índole, que recuperan su imperio y de que son débiles juguetes el hombre y la mujer.

Una vez dueños uno de otro, ya no tienen interés en ocultarse sus defectos, en hacer agradable su trato para asegurar su mutua posesión, y se presentan *al natural*, tales cuales Dios les hizo, convirtiéndose á menudo las pláticas amorosas en agrias disputas por nada, los arrullos en arañazos, las miradas de amor en miradas de basilisco y la jalea del cariño en el jaleo de la reyerta, hasta que vuelven á hacer las paces, las cuales se celebran con música de besos, luminarias en los ojos y demás regocijos públicos... y privados, hasta que de nuevo vuelven á reñir... y así consecutivamente.

La vida conyugal no es más que una serie de batallas más ó menos reñidas, indispensables, después de todo, para hacer más sabrosas las horas de paz que se disfrutan, y en las que el amor, sobreponiéndose á todo otro sentimiento ruin, recobra su imperio... hasta que otras pasiones bastardas le obligan nuevamente á abdicar y le condenan al destierro de la indiferencia.

El amor en el matrimonio sufre constantes eclipses, visibles en el barrio, cuando se trata de gente de baja ralea; pero tratándose de gente bien educada, es otra cosa: la procesión del escándalo no sale á la calle... anda por dentro.

CASIMIRO PRIETO.



## EPIGRAMA

—Hombre, ¿no te da vergüenza  
de llevar esta levita  
que estrenastes hace tiempo  
y que peca ya de antigua?  
¿por qué no imitas á Juan,  
el esposo de tu prima?  
—¿Pues qué hace?

— Seguir las modas.

—¿Las modas? ¡me lo temía!  
porque el caso es que le encuentro  
á menudo... con modistas.



## LAS TRES CORONAS

---

### CANCIÓN Á BUENOS AIRES

Cuando la nave de Colón surcaba  
camino de la América los mares,  
dulcemente besaba  
el aura matinal la blanca vela;  
el ave acompañaba  
con armoniosos trinos y cantares  
al rudo marinero  
de la audaz carabela,  
y espejo de cristal era el sendero  
que señaló con imborrable estela.

---

Para eternal memoria  
de la latina gente,  
un mundo despertaba con el día;  
y desde el trono de su excelsa gloria,  
el Dios omnipotente  
un triunfo más del genio bendecía.

---

Cuando Colón de América volvía  
la vez primera, el huracán estalla;  
perdido el derrotero,  
una nave se hundió, y otra se encalla;  
y en el barco tercero,  
cruje el palo mayor que azota el rayo,  
rasga el viento la vela temeraria,  
y con mortal desmayo,  
viendo que el negro mar ser tumba quiere,  
murmura el marinero su plegaria.

---

La vez segunda, el inmortal marino  
regresa encadenado...  
la mezquindad del corazón de un hombre  
esas torpes cadenas ha forjado.  
¡Contraste misterioso del destino!...  
Cuando Colón desanda ese camino,  
que fué para él la calle de Amargura,  
ve con místico horror que en cruda guerra  
vienen á combatirle sus anhelos  
¡todas las tempestades de la tierra  
y todos los furores de los cielos!

---

Augurio fué del porvenir sombrío!  
que así como las aguas del torrente  
desbordadas tal vez, forman un río,

y el río, desbordada su corriente,  
 convierte en ancho mar la fértil vega,  
 y el principio de vida  
 con el inmundo cieno  
 mezclado y confundido se derrama,  
 así también el viejo continente  
 desbórdase en el nuevo: pronto anega  
 aquella tierra virginal, florida,  
 que América se llama,  
 y todo el bien y el mal que hay en su seno,  
 mezclado y confundido desparrama.

—  
 Nuevas razas de indómita bravura;  
 nueva sangre de indómita fiereza,  
 y nuevas religiones y cultura;  
 nuevas lenguas y nuevo pensamiento,  
 y nueva acción briosa  
 al suelo virgen con ardor traían,  
 asombrando á las tribus thibetanas  
 que en Asia y en América dormían.

—  
 Con esa acción fecunda  
 las razas nuevas, de mejor aliento,  
 mientras con brazo colosal medían  
 los senos de la sima más profunda,  
 medían con la idea el firmamento.

—  
 La vieja Europa, pues, que de improviso  
 su acción, sus lenguas y cultura trajo,  
 mató la sencillez del paraíso...  
 es cierto; pero Dios, progreso y vida,  
 no creó el alma uncida  
 á la contemplación, sino al trabajo.

—  
 Y si esa Europa, que el fervor no sacia  
 de labor y progreso todavía,  
 no trajo libertad ni democracia,  
 es porque ella tampoco las tenía.

—  
 Murieron en Farsalia y Queronea,  
 y en aquellas hogueras del infierno  
 que pretendían destruir la idea,  
 y en esas noches de clamor eterno  
 en que el vasallo mísero temblaba  
 acurrucado en el infecto nido;  
 pero la luz del sol no deseaba,  
 porque ella la traía al forajido,  
 que entonces se llamaba caballero,  
 y torpe las mejillas le cruzaba  
 con el látigo vil, garra de acero.

—  
 Convertido el altar en mancebía;  
 en lágrimas las gotas de rocío

que doraban las mieses de la tierra;  
 el rey en Dios, en rey el sacerdote;  
 los fuertes con los débiles en guerra;  
 la casta en privilegio; y el impío  
 y el ignorante y lúbrico en azote;  
 la humanidad esclava...  
 ¿en qué país de Europa, el siglo quince,  
 de libertad ni de igualdad se hablaba?

—  
 Pero Cromwell se alzó; Washington luego  
 lanzó, desde el augusto Capitolio  
 sobre el duro metal de las cadenas,  
 para fundirlas, el celeste fuego;  
 á la voz de Danton, altar y solio  
 en sus bases graníticas temblaron,  
 y al rodar de las góticas almenas  
 todos los pueblos á la vez se alzaron:  
 robustas voces, de entusiasmo llenas,  
 ¡libertad! ¡libertad! doquier clamaron.

—  
 El Ohio y el Támesis, sus hielos  
 al santo grito ¡libertad! fundían...  
 las olas del Adriático, irritadas  
 contra la dura cárcel de los Plomos,  
 gimiendo ¡libertad! se revolvían...  
 y ¡libertad! el Rhin con voz sonora  
 cantaba bajo el puente levadizo  
 de los rudos, germánicos feudales;  
 y ¡libertad! el Pó, cuyos cristales  
 copian de tantas flores el hechizo;  
 y ¡libertad! el Tajo rumoroso  
 al saludar la tumba de Padilla,  
 y ¡libertad! el Sena bullicioso  
 arrastrando en sus ondas la Bastilla;  
 y el Orinoco luego, y Amazonas,  
 y el Plata y el Rimac, á un tiempo mismo,  
 látigos de virreyes arrastrando,  
 del mar al confundirse en el abismo,  
 ¡libertad! ¡libertad! iban cantando.

—  
 ¡Días de gloria fueron!... ¡Buenos Aires!  
 De mi Cádiz gentil eres hermana:  
 casi á un tiempo habéis dado el grito hermoso  
 que á vuestros hijos con razón ufana.  
 —¿Dónde está el pueblo? en Cádiz se decía;  
 preso el monarca, la nación ¿qué espera?—  
 ¿Qué aguarda la nación? Ceñir bravía  
 los timbres de Bailén y Talavera!  
 También en Buenos Aires, asomado  
 al balcón de Cabildo, ya glorioso  
 porque el pendón de libertad ha alzado,  
 un Síndico decía temeroso:  
 —¿Dónde está el pueblo?—¿Dónde?

Agita esa campana de Cabildo,  
y ya verás si el eco sonoro  
en Chacabuco y en Maipú responde!

—  
¡Qué tremendo reñir la misma idea!  
¡Qué triste batallar la misma raza  
en cuya frente el genio centellea!

· · · · ·  
¡Miradlos: ellos son! Del tronco mismo  
brazos fuertes, nervudos,  
recuerdan á porfía el heroísmo  
de aquellos griegos, en la lid tan rudos.  
¡Mirad... mirad ese hombre!... ¡Es un soldado...  
saludadle de pie: que en su oriflama,  
el nombre *¡libertad!* lleva grabado  
con letras de oro, y San Martín se llama!

—  
En una noche infausta le han vencido,  
ha llamado á su ejército, y responde  
triste en Cancha Rayada algún gemido:  
ha llamado á los pueblos, y resuena  
de anarquía feroz un alarido...

...¿doblará su cerviz á la cadena?  
¿será que injusto el cielo  
del débil la razón burla ó condena?  
¡No: no será! El consuelo  
viene á encontrar el fuerte  
en forma de mujer... mujer hermosa,  
que le habla de victoria, no de muerte.  
Sus hijos, sus alhajas, sus tesoros,  
su mismo débil brazo, á semejanza  
de tantas otras, que morir supieron  
junto á aquél que con alma generosa  
amaron como el sol de su esperanza,  
todo eso ofrece y más, si más tuviera  
que su sangre ardorosa,  
porque triunfe su azul blanca bandera!

—  
San Martín, sonriendo,  
mas no admirado, porque ya conoce  
á esa mujer latina,  
que es poema de amor y de heroísmo,  
la mano de la hermosa  
con amor y respeto á un tiempo mismo  
besa: y al suave roce  
se siente renacer con fuerza nueva...  
la fuerza de un gigante  
que el peso colosal de un mundo lleva,  
y dice á sus soldados:—¡Adelante!  
La causa de la América no muere...  
de redención el pacto está sellado:  
lo quiere la mujer. . ¡y Dios lo quiere!  
Pronto esa noche lúgubre ha pasado...

y tras el alba, que gentil clarea,  
súbito el sol de libertad, ansiado,  
en la cumbre del Andes centellea!

—  
Epopéya gigante  
que está por escribir, americanos,  
fué vuestra redención: mas fué pujante  
lid amarga de hermanos con hermanos:  
no de la gloria os ciegue el devaneo,  
hasta negar lo grande del caído:  
que siempre la grandeza del trofeo  
se mide por la talla del vencido!

—  
¡Miradle!... Ya abandona el continente  
para siempre jamás, como soldado:  
...¿quién es ese valiente,  
el último vencido y no domado?  
Con férrea constancia,  
ya solo, sin recursos, sin navíos,  
en el Callao revivió con bríos  
los días de Sagunto y de Numancia.  
Ese es Rodil... el fuerte y caballero:  
perdido todo en Ayacucho, y todo...  
la tierra, el cielo, el mar en contra suya,  
ni el hambre, ni la peste, ni el rugido  
del bronce matador, doblarle pueden...  
no se dará, tenaz, como rendido  
mientras que, sosteniendo el estandarte,  
algunos brazos animosos queden!

—  
Mirad... él es... ya capitula y parte...  
lentamente á la playa se encamina:  
no con vergüenza, con dolor profundo,  
la noble frente sobre el pecho inclina:  
¿será el dolor tal vez que el padre siente  
cuando un hijo su sien abofetea?  
¡No! que también el vencedor valiente,  
ante aquella bandera desgarrada,  
sangrienta y polvorosa,  
al saludarla con cariño, honrada  
una lágrima vierte y generosa!

—  
¡Grandeza por grandeza, americanos!  
A esa noble bandera,  
que ya no es estandarte de tiranos,  
y á ese último soldado de Castilla  
que frente á San Martín lidió con brío,  
pide les concedáis, el canto mío,  
un alto honor que al vencedor no humilla:  
un saludo de amor que á la honra cuadre  
para ese buen soldado,  
que es vuestro padre, herido en la mejilla,

herido con razón... ¡mas vuestro padre!

Bien, Buenos Aires, la mural corona  
ceñiste en mayo: lauro merecido,  
que tan honrosos timbres eslabona,  
entre el ayer de tu progenie clara,  
la ibérica, la ilustre, la bravía,  
y el porvenir que en tu loor depara  
el mágico esplendor de hermoso día.  
Mas... ¿por qué lloras, dí, con amargura,  
y apenas libre el brazo vigoroso  
en nuevo esfuerzo debatir te veo,  
y á la orilla del mar, gimiendo á solas,  
para aliviar las ansias del deseo  
se las confías á las turbias olas?

Quando mi humilde lira  
el ritmo quiere oír de tus cantares,  
para beber en ellos  
su pobre inspiración, virgen guerrera,  
¿por qué tu labio con dolor suspira?  
¿Por qué tus manos mesan los cabellos  
que perfuman las auras tropicales,  
y gritos de dolor oigo doquiera  
en lugar de los cánticos triunfales?  
¿Qué ha sido de tus héroes?... ¡Responde!...  
¡Silencio, Musa!... Respetar te toca  
el amargo pesar de la doliente:  
su gemido que á lágrimas provoca,  
y esa nube que cruza por su frente  
son la sola respuesta de su boca,  
como el ¡ay! maternal así elocuente.

Liniers, Dorrego, Sucre, Monteagudo,  
Iturbide y cien más, bravos cayeron  
al filo del puñal ó al plomo rudo:  
y allá en lejanas tierras, sucumbieron  
Bolívar, San Martín y Rivadavia,  
y otros mil y otros mil... que ciertamente  
al tiempo de morir, bien merecieron  
que de la patria el sol... (¡oh patria mía!)  
que de la patria el sol diera en su frente,  
ese sol... ¡tan hermoso en la agonía!

Implacable Saturno  
que devora sus hijos más hermosos  
es la revolución; siempre lo ha sido:  
y el que dijo que América purgaba  
crimen de ingratitud, ése ha mentado!  
Ni es criminal la esclava  
que sacude su yugo,  
ni ingratitud revela  
el hijo que demanda sus derechos,

y ante la ley sacude la tutela.

—  
Y hermosa ley... ¡qué hermosa,  
la que ha engendrado el siglo diez y nueve...  
la santa democracia poderosa  
que el nuevo mundo de la idea mueve!  
Del Gólgota tomando la plegaria,  
palanca es fuerte del poder humano,  
y el hombre, ante su ley igualitaria,  
es un gigante al par, y al par gusano.

—  
¿Qué importa que á la caída de un tirano  
broten mil tiranuelos á porfía  
del fondo de su tumba semiabierta?  
¿Acaso la asquerosa podredumbre  
no es atributo de la carne muerta?  
¿Y acaso cuando el sol, su roja lumbre  
después de una tormenta nos envía,  
no se muestra el reptil como triunfante?  
Pues tras las convulsiones, la anarquía...  
y del brazo brutal de esa bacante,  
otra bacante vil... ¡la tiranía!

—  
Dejad que medio siglo se evapore;  
¿qué importa que la América valiente  
entre la duda y el temor suspire,  
y en cada sueño que forjó su mente  
un desencanto con asombro mire?  
Si del soberbio Golfo Mejicano  
hasta el Plata gigante  
es un montón de cráteres la tierra...  
y aquí brota un caudillo, allá un tirano,  
¡no importa! Buenos Aires, la gloriosa,  
la que con voz tonante  
á cinco pueblos despertó en un día,  
llevará sus pendones adelante:  
y tras golpes porfiados y certeros,  
el sol de libertad, que se ponía,  
Josué segundo, detendrá en Caseros!

—  
¡Y basta, Musa mía!  
No puede tanta gloria  
cabrer en tu canción: ¿ni quién pudiera,  
sin el buril sagrado de la Historia,  
grabarla en el metal, no en blanda cera?  
¡Pues qué! ¿sabrías, en tan pobre canto,  
el límite abarcar del horizonte  
donde tiende su vuelo  
el pensamiento audaz de esta amazona,  
en quien la unión, que es fuerza, tanto puede,  
que el más rico florón de su corona  
en holocausto de la patria cede?

¡Buenos Aires, salud! Piadoso el cielo  
 te recompense tanto  
 esta tercer grandeza de tu nombre,  
 que ya no nazca un hombre  
 en tu fecundo suelo  
 que provoque una gota de tu llanto!  
 Y si lloras un día,  
 no sea de dolor ni de amargura. .  
 sea tu dulce llanto de alegría,  
 viendo que fuerte, unido, rico, ufano,  
 á la sombra feliz, el argentino,  
 del código inmortal republicano,  
 realiza las promesas del destino.

—  
 El trabajo fecundo  
 y la áurea libertad, ansia del mundo,  
 sus nupcias celebraron  
 entre tus brazos fuertes y amorosos,  
 y su anillo nupcial te regalaron...  
 Si algún día, celosos  
 un hombre, un pueblo, por tu inmensa gloria  
 quisieran, de su fuerza poseídos,  
 tu suelo dividir, ó hacerle esclavo,  
 que el mundo, polo á polo y cabo á cabo,  
 escarnezca su nombre y su memoria:  
 ¡y sean para siempre maldecidos,  
 maldecidos por Dios y por la Historia!

CARLOS M. DE EGOZCUE.

—  
 \*  
 \* \*

Un militar, después de una batalla  
 de regreso en su casa, refería  
 todos los episodios de aquel día.  
 Y al asistente, que le escucha y calla  
 respetuosamente,  
 —¿No sabes, le pregunta tristemente,  
 á quién hizo pedazos la metralla  
 del cañón enemigo?  
 A tu mejor amigo,  
 á tu paisano Paco.  
 —¡Por vida del dios Baco!  
 exclama el asistente,  
 ¡y llevaba mi frasco de aguardiente!

—  
 Yo decíroslo siento:  
 en amistad, como en amor profundo,  
 se siente y se discurre en este mundo  
 lo mismo que el soldado de mi cuento.

F. LÓPEZ BENEDITO.

Buenos Aires, 1888.

## EN UN TEATRO DE PROVINCIAS



—¿Luis XV con armadura?  
ni en una casa de orates  
se ve tamaña locura.

—¿Y qué?

—¡Vaya una frescura!  
¿y la historia?

—¿Y los tomates?

## EPIGRAMA

—No seas tonta, Sofía,  
y á ver si algún novio cazas.

—Bastante mi pecho ansía,  
tener, por fin, compañía...

—¡Lo creo! ¿de cuántas plazas?

CELEBRIDADES ARTISTICAS



Milla Kupffer

DISTINGUIDA «PRIMA DONNA»

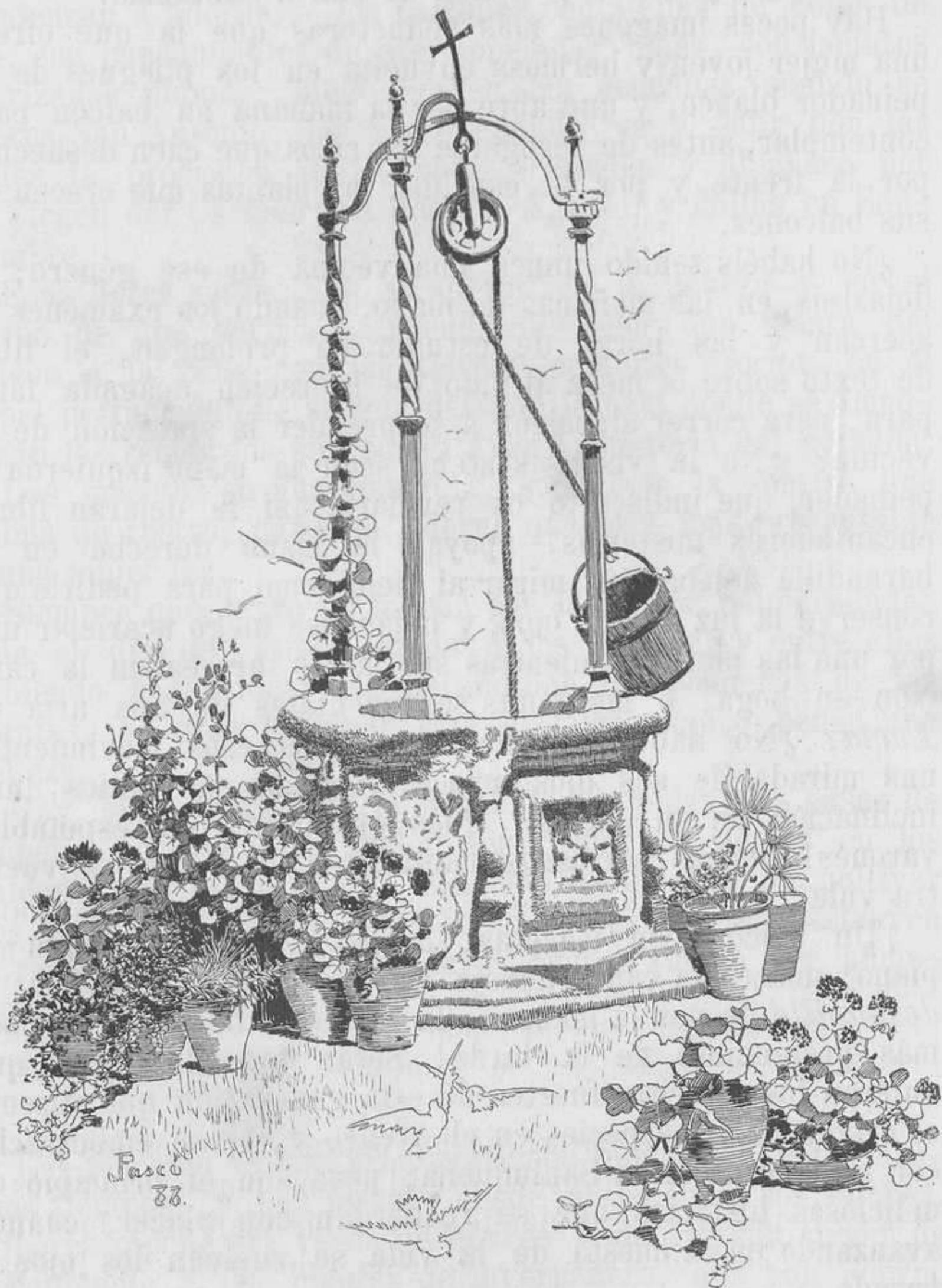


no de los gritos con que la llegada de los hermosos días del buen tiempo se anuncian en Madrid, es el de los vendedores que recorren las calles pregonando las plantas de claveles dobles, de alevies y de pensamientos. Las muchachas, al oírlos, se asoman á los balcones, llaman con sus atipladas voces á los vendedores y renuevan el jardín de la ventana, destruído por el invierno.

La maceta es el jardín de los pobres, y todos los pueblos meridionales tienen gran predilección por esos vasos de barro llenos de tierra donde crecen las plantas y brotan las flores. Ellas adornan las azoteas y los patios de las casas de Andalucía; ellas forman los improvisados bosquecillos tras los cuales cose, pensando en la hora de la cita, la joven que ama, y ellas son entre los viejos muros de la ciudad como una sonrisa de la Naturaleza.

Los patios de Córdoba y Sevilla, las calles de Granada, no se conciben sin la maceta donde crecen pomposos y

lozanos los plátanos que forman doseles como el que resguardó de la lluvia á Pablo y Virginia, ó grupos de flores que embalsaman el aire, recrean la vista y convierten



en altaritos las ventanas, que están completas cuando entre el marco de las flores aparece un rostro hechicero.

Hasta en las casas más pobres de Andalucía, en las que tienen el anafre con la lumbre á la puerta de la vivienda, no faltan macetas de todos los vecinos alrededor del pozo.

Un balcón con macetas parece una página del libro admirable que Salvador Rueda acaba de escribir con el título de *Cielo alegre*, recogiendo en un volumen preciosos colores, encantos y aromas de la tierra de María Santísima.

Hay pocas imágenes más seductoras que la que ofrece una mujer joven y hermosa envuelta en los pliegues de un peinador blanco, y que abre por la mañana su balcón para contemplar, antes de recogerse los rizos que caen deshechos por la frente y por la espalda, las plantas que crecen en sus balcones.

¿No habéis tenido nunca una vecina de ese género; no dejasteis en las mañanas de mayo, cuando los exámenes se acercan y las horas de estudio se prolongan, el libro de texto sobre la mesa al lado de la recién apagada lámpara, para correr al balcón á sorprender la aparición de la vecina? ¿No la visteis sostener con la mano izquierda el peinador, que indiscretó os revelaría, si le dejaran libre, encantadores misterios, apoyar la mano derecha en la barandilla del balcón, mirar al cielo como para pedirle que conserve la luz de sus ojos, y bajándose luego acariciar una por una las plantas, mientras sus labios tarareaban la canción en boga, ó las notas sentimentales de una aria de *Lucía*? ¿No habéis acechado en todos esos movimientos una mirada de sus ojos, una sonrisa de sus labios, una inclinación de su cabeza? Pues os faltan, ¡oh respetables varones! muchas páginas encantadoras en el libro de vuestra vida.

¡Un balcón con macetas, la *Mandolinata* tocada al piano; una carta caída debajo de una planta de alelís; la *deshabillé* de por la mañana; la bata del tocado ya un poco más pretencioso de la tarde! Serán todo lo cursis que quieran los espíritus fuertes de esta generación que discute el origen de las especies en el Ateneo y que se emborracha con manzanilla en la Sanluqueña; pero son el principio de deliciosas historias que se recuerdan con placer, cuando avanzando en la cuesta de la vida se vuelven los ojos al pasado.

\*  
\* \* \*

En Madrid hay mucha afición á los tiestos; en abril comienzan á adornarse los balcones con alelíos de color de oro, con pensamientos de aterciopeladas hojas, con jacintos de rizadas plumas; luego siguen las azucenas cuando se acerca San Antonio; las rosas cuando va á salir por las calles la procesión del Corpus, claveles y albahaca por la Virgen del Carmen; nardos en Agosto, y dalias en Septiembre.

Esas flores serán gala y adorno en la cabeza y en el pecho de una hermosa, prenda de amor que volará del balcón á la calle con las tiernas palabras escritas en el papel perfumado que se guardará en la caja donde se amontonan los recuerdos que constituyen la historia del corazón.

Las macetas en una guardilla, son como la sonrisa que anima un rostro, como el adorno que hace más presentable á una mujer fea.

Siempre que se ve un balcón con la dorada palma bendecida el día de Ramos, atada á los hierros, y entre ellos subiendo hasta tocar las barandillas los penachos de las plantas, se cree adivinar tras el microscópico pensil una belleza.

Hay, sin embargo, excepciones lamentables; las casas de empeño, por ejemplo, suelen tener muchos tiestos en los balcones; un usurero muy conocido hacía gala de cultivar dos magníficas adelfas; pero estas excepciones no destruyen la regla general. Las muchachas guapas suelen ser aficionadas á las flores.

\*  
\* \* \*

Las macetas se han aristocratizado mucho en estos últimos tiempos, y han pasado desde el balcón á los salones. Tibores japoneses, vasos de Sèvres y de Sajonia sirven de receptáculo á las plantas de invernadero, que son adorno principal en las estancias modernas.

Pero la maceta característica de España es la de barro cocido pintado de rojo y llenita de tierra morena; que es la buena para claveles, según dice la copla que reza que la mujer debe ser para el hombre morenita y con desdenes.

Esas macetas las hay en España en muchos balcones y en muchas sepulturas. En los primeros son sonrisas, y en las segundas lágrimas. Bien es verdad que la lágrima no es la mayor parte de las veces nada más que el recuerdo de la sonrisa.

Madrid.

KASABAL.



## A ESPRONCEDA

### SONETO

¡Bien hiciste en morir! Tu alma bella,  
pura como la luz de la alborada,  
cayó del alto cielo despeñada  
y en acerbo dolor corrió tras ella.

Nadie acogió tu lánguida querella,  
inspiración febril de un alma osada,  
¿cómo en la densa noche de la nada  
puede brillar la refulgente estrella?

Atleta del amor, del pensamiento,  
tu ingenio colosal labró tu losa.  
¡Cuánta tristeza al contemplarla siento!

Sólo un cadáver recogió la fosa,  
que tu gran corazón noble y profundo  
hecho á pedazos repartióse el mundo!

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

## DE VUELTA DE PARÍS



—¿Conque ha estado usted en París?  
—Un año largo.

—¿De modo  
que lo ha visitado todo?  
—Todo, no, querido Luis,  
pues lo gracioso y lo bueno  
es que, aunque verlo intenté,  
jamás pude ir á *Complet*...  
¡siempre iba el ómnibus lleno!

## EPIGRAMA

—¿Tú arrancaste de este libro  
varias hojas, picarona?  
—Yo no, papá.  
—¿Pues quién fué?  
—Se habrán caído ellas solas.  
—¿Quieres mofarte de mí?  
—¡Si no lo digo por mofa!...  
¡como es otoño y empieza  
la caída de *las hojas*!...

## EL VULGO

### I

Un extranjero pasó  
junto á la huerta de Juan,  
y observando con afán  
el verde suelo, exclamó:

— ¡Al fin encuentro la tierra  
que ha sido siempre mi sueño:  
de fijo no sabe el dueño  
todo el tesoro que encierra!

Y volviendo el rostro, al ver  
que le observa aquel buen chico,  
concluye:— Yo te haré rico  
si me la quieres vender.—

Pero el labriego, que oyó  
con ansiedad manifiesta  
de un tesoro hablar, contesta  
con acento firme:— ¡No!

— Pues no olvides mis palabras,  
que si al trabajo te avienes  
toda tu fortuna tienes  
en esa tierra que labras.—

Dirigióse hacia la puerta  
saludando al campesino,  
y prosiguió su camino  
mirando otra vez la huerta.

### II

— ¡Caso bien extraordinario!  
¡Nada menos que un tesoro!...  
Tal vez plata; tal vez oro...  
¡Pues buscarle es necesario!...

Buscarle... Sí... Pero ¿dónde?  
Es preciso proceder  
con gran tino, hasta saber  
el sitio en el que se esconde...

Cavaré de arriba abajo  
la tierra, y esto es lo fijo...  
¡Por algo aquel hombre dijo  
que me costará trabajo!—

Y entra el labriego en la casa  
para contarle después,  
como buen marido que es,  
á su mujer lo que pasa.

Acordes en una idea  
 que les da tanta alegría,  
 comienzan desde aquel día  
 la rudísima tarea;  
 y los sembrados destrozan,  
 y los árboles descuajan,  
 y aun cuando en balde trabajan  
 nadie sabe lo que gozan  
 al pensar que á lo mejor  
 pueden hallar el tesoro  
 que enterraría algún moro,  
 según piensa el labrador.

De este modo pasa un año,  
 y hartos ya de rebuscar,  
 empiezan á sospechar  
 que es el tesoro un engaño;  
 y ante un fin que les aterra  
 se miran los infelices  
 entre un montón de raíces  
 arrancadas de la tierra.

Luego con agitación  
 dice Juan á su mujer:  
 —¡Sin duda que debe ser  
 ese extranjero un bribón!—  
 Y apoyándose en la azada,  
 piensa el pobre conmovido  
 que el tesoro está perdido...  
 y la huerta destrozada.

## III

Vuelve allí, al año siguiente,  
 el extranjero otra vez,  
 y empalidece su tez  
 viendo lo que tiene enfrente.  
 —¿Qué has hecho, desventurado?—  
 le pregunta al labrador.  
 Y Juan, con sordo furor  
 responde:—¡Me has engañado!  
 Ya mi candidez deploro:  
 cuando este suelo miraste,  
 de un gran tesoro me hablaste  
 y no existe tal tesoro!  
 —Pues viendo esta tierra ¿quién  
 al punto no lo deduce?  
 —¿Dónde está?  
 —¡En lo que produce  
 cuando se la cuida bien!

LUIS DE ANSORENA.

Madrid, 1888.

## ¡BUENA CAIDA!



—¿Conque ha caído Simón  
sobre tí, desde el balcón,  
sin matarte ni matarse?

—¡Y lo bueno es que el bribón  
no quería *levantarse!*

## EPIGRAMA

—¿Ha venido el cura?

—Sí.

—¿Y la novia?

—Está en su sitio.

—¿Y el novio?

—No se le encuentra;  
desde ayer nadie le ha visto.

—¿Habéis registrado bien  
el *huerto de los olivos?*

# EL MILONGUERO

(TIPOS QUE SE VAN)

Á MI BUEN AMIGO, EL DISTINGUIDO ESCRITOR SATÍRICO Y FESTIVO POETA,  
D. CASIMIRO PRIETO Y VALDÉS

El *milonguero* es bien conocido en las Repúblicas del Plata. Hay en su tipo algo del *payador*, admirablemente descrito por Ascasubi, el poeta gaucho, — con la diferencia que éste abarca más dilatados horizontes, y eleva su inspiración improvisando, al compás de la guitarra, desde la entusiasta canción patriótica que electriza, hasta el sentimental *triste* que conmueve, — mientras que el otro cultiva un género especial, eminentemente acentuado, y con un sabor *orillero* que encanta al compadraje.

Hay, además, otra distinción que hacer. El *payador* es tipo exclusivamente campestre; es el trovador de nuestras cuchillas, que tiene por escenario las *taperas* y *pulperías* de campaña. Al *milonguero* sólo se le encuentra en los centros de población. Los parajes en que se exhibe, son los cafetines de los suburbios y casas de baile y juegos, conocidas por *academias*, donde se reúne lo más selecto de los compadres de baja estofa.

Ignórase dónde se cantaron *milongas* por vez primera. Algunos aseguran que son originarias de los pueblos del campo, generalizándose después en los departamentos y extendiéndose, por último, hasta la capital.

Pocos ejemplares de legítimos *milongueros* se encuentran ya entre nosotros. La mayoría de los que así se titulan, no son más que imitadores rutinarios, ó cantan lo aprendido de memoria, careciendo de aquella inspiración descuidada de los primitivos, pero las más de las veces original y graciosa.

Es cierto que todavía existen algunos compadres de las orillas que entonan *milongas*, y más cepillados por el roce, incluyen en su repertorio variados temas; pero les falta espontaneidad. El refinamiento de las costumbres concluirá por hacerlos desaparecer de la escena, y dentro de algunos años no quedarán sino recuerdos de lo que fueron.

Se podrían hacer varias clasificaciones de las *milongas*, pero evitémoslo diciendo que las más generales y aceptables son las *criollas*, como llamamos á las nuestras, y las *porteñas*, más quebrallonas por la entonación especial del canto y el característico acompañamiento de bordoneos.

Sábase que en campaña es siempre bien recibido el *payador*, tipo del que se conservan hoy raros modelos, y que muy pronto sólo vivirá en la leyenda, abultado por la fantasía popular. Si aparece uno de *larga fama*, tiene auditorio numeroso, compuesto del gauchaje, que viene á escucharlo desde varias leguas á la redonda.

Nada más curioso, en esas poéticas noches estivales, cuando brilla con toda esplendidez la argentina lámpara del espacio, que escuchar, al lado del *rancho de totoras*, la cifra de *contrapunto*, intencional, á veces pérfida, cruzada entre dos paisanos, que se disputan la victoria del canto, en original y reñida justa.

Entre los *milongueros* sucede algo semejante, aunque el centro y el público sean diversos. Empieza uno improvisando sobre tema dado por el auditorio, ó á su elección, según convenio, y le *retruca* el otro, tomando como punto de partida la esencia de la estrofa.

#### EJEMPLOS DE ESTILO DELICADO

Con la guitarra en la mano  
ninguno el poncho me pisa,  
y hago bramar el oceano,  
y hago suspirar la brisa.

— Y yo, cuando al viento *largo*  
el eco de mi pesar,  
se vuelve lo dulce, amargo,  
y el río se vuelve mar.

#### ESTILO QUEBRALLÓN

No hay un cantor que me cuadre  
cuando mi guitarra gime,  
ni perrito que me ladre,  
ni zonzo que se me arrime.

— A usted pongo por testigo  
que en cantos de contrapunto,  
es malo que á un zonzo, amigo,  
se le aparezca un difunto.

De ahí sigue una serie de *compadradas* que suele durar horas y horas, concluyendo al fin los cantores, cuando se

halla agotado su ingenio, por hablar de *bueyes perdidos*, si es que no termina la sesión á ponchazos.

El legítimo orgullo del *milonguero*, que refleja en muchos de sus rasgos al *payador*, consiste en salir airoso de tales torneos, para dejar mejor sentada su fama en *el pago*, si es bien conocido. Y en caso de ser novel, para labrar su reputación de golpe, con uno de esos ruidosos triunfos que se comentan durante muchos días.

Cítanse ejemplos de *payadores* que se han dado la muerte después de una derrota para ellos vergonzosa. Respecto de *milongueros*, no he oído decir que alguno llevase su *honrosa susceptibilidad* á tan violentos extremos. Cuando más, rompieron sus guitarras, por considerarse indignos de volverlas á pulsar, haciendo formal promesa de no tomar nunca los instrumentos, ni siquiera para temprarlos.

Yo escucho siempre con agrado al *milonguero* de ley, como escuché al *payador* en los albores de mi niñez. En ellos está encarnada cierta poesía natural, y la inspiración ilumina por instantes la noche de sus cerebros, á la manera que un espléndido cometa las noches del mundo físico.

Pero tengo el capricho de creer que las *milongas* deben ser oídas donde precisamente no se cantan: en el campo. Allí tendrían un sabor más local, más *criollo*, en toda la acepción genérica de la palabra.

Y si se quiere más poesía, bajo la *enramada*, por cuyos claros filtran, como hebras de oro pálido, los rayos de la luna, ó teniendo por única techumbre la azulada bóveda, en esos momentos de soledad y misterio, cuando la Naturaleza reposa.

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo.

## EPIGRAMA

—Yo nunca estuve, en cuestión  
de géneros literarios,  
por *el ligero*...

—Ya sé  
que cultivas *el pesado*.

## LOS BAÑOS



- Osté estar siempre en el baño.  
 —¡Si el agua mi dicha fragua!  
 yo sólo vivo en el agua.  
 —A mí el agua hacerme daño.  
 —¿Dónde hallar más placenteros  
 instantes, por vida mía?  
 Mi padre en ella solía  
 pasarse... ¡meses enteros!  
 En teniéndola delante,  
 jamás mostrósele tibio.  
 —Pero... ¿su padre era anfibio?  
 —Era capitán mercante.

## EPIGRAMA

- ¿Es muy grande tu familia?  
 —¡Numerosísima!... cuenta:  
 esposa, suegros, dos hijos  
 y diez cuñadas... solteras.  
 —Diez... ¿y solteras? ¡demonio!  
 ¿y servidumbre?...  
 —No creas;  
 con ser tantos, no hay en casa  
 más allá de una doncella.

## ESPERANDO

---

—Las diez. No puede tardar.  
 ¡Como que debió salir  
 á las ocho! Va á decir  
 que ha tenido que velar.  
 ¡Dos horitas de plantón  
 sólo por su linda cara!  
 ¡Hombre! ¡Ni que yo acabara  
 de venir de Tarancón!  
 Nada, esta noche la digo  
 que no hago más el pelele;  
 si quiere velar que vele,  
 pero que vele conmigo.  
 Al fin y al cabo Consuelo  
 no me entusiasma de veras,  
 y estoy ya de costureras  
 hasta la punta del pelo.

—Ya se ha marchado mamá,  
 y estoy solito en la casa  
 con la niñera. ¿Qué pasa?  
 Oigo pasos. ¿Quién será?  
 Me han dicho que no me mueva  
 y que no grite tampoco,  
 porque va á venir el coco  
 y si lo sabe me lleva.  
 ¡Ay! ya llama. ¡Qué sudores!  
 Me va á comer si me ha olido.  
 ¡Tiene espuelas! oigo el ruido...  
 ¡debe ser de los peores!

—Anda, pide á ese que llega  
 que parece señorito.

—Caballero, un centimito  
 para mi madre, ¡que es ciega!

—Anda, véte, vida mía,  
 que va á venir mi marido,  
 y aunque ya me ha sorprendido  
 de este modo el otro día,  
 puede que haga una trastada  
 y hasta me prohíba verte,  
 porque tiene el genio fuerte  
 y se incomoda por nada...

—No salen esas mujeres,  
 es decir, esas... señoras.  
 Llevo aquí más de tres horas  
 y el ministro ¡que si quieres!

Y todo por un estanco  
que al cabo no me han de dar.  
Yo creo que voy á echar  
raíces en este banco.

¡Se necesita paciencia!  
¡Y esas chicas no se van!  
Pero, Señor, ¿qué tendrán  
que decir á Su Excelencia?

No tiene perdón de Dios  
quien gasta tanta parola,  
porque si fuera una sola  
lo comprendo... ¡pero dos!

— Un poco alzado el vestido.  
Así. La boca entreabierta.  
Y de par en par la puerta  
para que entre y no haga ruido.

¡Hola! Se ha parado un coche.  
¡Vamos! Ha venido pronto.  
Me haré la dormida. ¡Es tonto  
si no se atreve esta noche!

— Con esa intranquilidad  
no hay un cristiano que rece.  
Van doce misas ó trece  
¡y no viene Trinidad!  
Empezaré otro rosario...  
¡Tengo la gloria segura!  
Lo más grave es que ese cura  
que está en el confesonario  
acabará por llamarme,  
porque ha creído que estoy  
esperando vez... ¡y voy  
á tener que confesarme!

SINESIO DELGADO.



# ÍNDICE LITERARIO

|                                                                                                                                             |     |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Apolo y Marte, por Casimiro Prieto. . . . .                                                                                                 | 5   |
| Épocas memorables. — Cómputos eclesiásticos. — Témporas. — Fiestas<br>movibles. — Santos patronos de los pueblos del Plata. — Advertencias. | 11  |
| Santorales. . . . .                                                                                                                         | 12  |
| La última cadena, por Agustín de Vedia. . . . .                                                                                             | 25  |
| Çakountala, poesía, por Guillermo Matta. . . . .                                                                                            | 26  |
| Historia antigua, poesía, por Casimiro Prieto. . . . .                                                                                      | 28  |
| La noche, soneto, por Moisés Numa Castellanos. . . . .                                                                                      | 30  |
| El pañuelo de Manila, por S. Rueda. . . . .                                                                                                 | 31  |
| Las cuatro edades, poesía, por Leopoldo Díaz. . . . .                                                                                       | 36  |
| Celos, poesía, por Mariano Vallejo. . . . .                                                                                                 | 40  |
| Los importunos, por Casimiro Prieto. . . . .                                                                                                | 41  |
| La venganza de un poeta, cuento vivo, por Apeles Mestres. . . . .                                                                           | 49  |
| Rosa, poesía, por Rafael Obligado. . . . .                                                                                                  | 53  |
| En la primera página del álbum de mi hija, poesía, por Manuel del<br>Palacio. . . . .                                                       | 54  |
| Adela Castell, por Ricardo Sánchez. . . . .                                                                                                 | 56  |
| Sueño, poesía, por Adela Castell. . . . .                                                                                                   | 57  |
| De tejas arriba, por Eduardo Gómez Sigura. . . . .                                                                                          | 58  |
| En Génova, poesía, por Guillermo Matta. . . . .                                                                                             | 62  |
| Besos explosivos, poesía, por Casimiro Prieto. . . . .                                                                                      | 63  |
| El mejor recuerdo, por Catulo Mendes. . . . .                                                                                               | 65  |
| Mi fiel amiga, poesía, por Ricardo Sánchez. . . . .                                                                                         | 71  |
| La muerte de Baco, soneto, por Manuel del Palacio. . . . .                                                                                  | 72  |
| El ciego, por Roberto J. Payró. . . . .                                                                                                     | 74  |
| Cerebrus potens, poesía, por Carlos G. Amézaga. . . . .                                                                                     | 76  |
| César en casa, poesía, por Juan de Dios Peza. . . . .                                                                                       | 77  |
| El poeta, soneto, por Numa P. Llona. . . . .                                                                                                | 78  |
| Un motin de limeñas, tradición, por Ricardo Palma. . . . .                                                                                  | 79  |
| La esperanza, poesía, por Carolina Freyre de James. . . . .                                                                                 | 84  |
| Los amancaes, poesía, por M. González Prada. . . . .                                                                                        | 85  |
| * * *, poesía, por Adela Castell. . . . .                                                                                                   | 86  |
| Lesseps, por José Feliu y Codina. . . . .                                                                                                   | 88  |
| La estrofa, poesía, por Numa P. Llona. . . . .                                                                                              | 94  |
| Una Lucrecia, poesía, por Casimiro Prieto . . . . .                                                                                         | 95  |
| Rarahú, por Juan Antonio Argerich. . . . .                                                                                                  | 102 |
| La dirección de los globos, poesía, por Casimiro Prieto. . . . .                                                                            | 107 |
| En marcha, por Alfonso Pérez Nieva. . . . .                                                                                                 | 108 |
| En el álbum de L. H. de C., poesía, por José Mármol . . . . .                                                                               | 111 |
| ¡Cuánto te quiero! poesía, por P. Sañudo Autrán. . . . .                                                                                    | 112 |
| Las orejas de las mujeres, por Casimiro Prieto. . . . .                                                                                     | 113 |
| * * *, poesía, por Dorila Castell de Orozco. . . . .                                                                                        | 118 |
| Ascensión, poesía, por Guillermo Matta. . . . .                                                                                             | 120 |
| La calumnia y la difamación, por Vicente R. Jordán. . . . .                                                                                 | 121 |
| Enfermo, poesía, por F. Soto y Calvo. . . . .                                                                                               | 123 |

|                                                                                                                                             |     |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Soneto, por Segundo I. Villafañe. . . . .                                                                                                   | 124 |
| Amor eterno, poesía, por J. J. García Velloso. . . . .                                                                                      | 125 |
| Flores de la tarde, poesía, por Eduardo de la Barra. . . . .                                                                                | 127 |
| Fábula rusa, por N. N. . . . .                                                                                                              | 128 |
| Cattivo tempo, poesía, por Manuel del Palacio. . . . .                                                                                      | 132 |
| Los dos esclavos, poesía, por Daniel Barros Grez. . . . .                                                                                   | 133 |
| El único secreto, poesía, por Casimiro Prieto. . . . .                                                                                      | 134 |
| Entre dos cataclismos, por Juana Manuela Gorriti. . . . .                                                                                   | 136 |
| Revoluciones del globo, poesía, por José de Espronceda. . . . .                                                                             | 144 |
| En el álbum de Rebeca, poemita, por Juan de Arona. . . . .                                                                                  | 146 |
| Ricardo Palma, por Juana Manuela Gorriti.. . . .                                                                                            | 150 |
| El modelo del cuadro de Claudio, por Alencar.. . . .                                                                                        | 151 |
| La lira, poesía, por Manuel del Palacio. . . . .                                                                                            | 152 |
| En el abanico de la bellísima señorita Josefina Lavarello, poesía, por<br>Casimiro Prieto. . . . .                                          | 153 |
| Humoradas, poesía, por Ramón de Campoamor. . . . .                                                                                          | 153 |
| Fábulas en prosa, por José Fernández Bremón. . . . .                                                                                        | 154 |
| Canto de amor, poesía, por Víctor Arreguine. . . . .                                                                                        | 158 |
| Cabos sueltos, poesía, por F. López Benedito. . . . .                                                                                       | 160 |
| Roberto Stagno, por Angel Menchaca. . . . .                                                                                                 | 162 |
| Pigmalión, poesía, por Eduardo de la Barra. . . . .                                                                                         | 164 |
| La inocencia, poesía, por Carlos Guido Spano.. . . .                                                                                        | 165 |
| Un perdido, poesía, por Casimiro Prieto. . . . .                                                                                            | 167 |
| El Mago rojo, por Rafael Calzada.. . . .                                                                                                    | 168 |
| España, soneto, por Moisés Numa Castellanos. . . . .                                                                                        | 176 |
| Rimas, poesías, por Ruben Darío. . . . .                                                                                                    | 178 |
| Invierno, poesía, por Martín Coronado.. . . .                                                                                               | 179 |
| La partiquina, por José Feliu y Codina.. . . .                                                                                              | 181 |
| Cantos del hogar, poesías, por Juan de Dios Peza. . . . .                                                                                   | 189 |
| ¡Brrr! por Casimiro Prieto.. . . .                                                                                                          | 194 |
| Soneto, por Segundo I. Villafañe. . . . .                                                                                                   | 200 |
| En tres abanicos, poesías, por Angel Menchaca. . . . .                                                                                      | 202 |
| Cuadro oriental, por S. Rueda. . . . .                                                                                                      | 203 |
| En Ubaque, poesía, por M. A. Caro. . . . .                                                                                                  | 207 |
| A don Pedro Calderón de la Barca, poesía, por Guillermo Puelma<br>Tupper. . . . .                                                           | 208 |
| El siglo de las metrópolis, por Alberto B. Martínez. . . . .                                                                                | 210 |
| Entre suegros, poesía, por Casimiro Prieto. . . . .                                                                                         | 211 |
| El agua de hierro, cuento medicamentoso, por Apeles Mestres. . . . .                                                                        | 212 |
| Anhelos, poesía, por D. D. Martinto.. . . .                                                                                                 | 217 |
| Humorada, poesía, por Ramón de Campoamor. . . . .                                                                                           | 217 |
| Una trifulca de antaño, por Lucio V. López.. . . .                                                                                          | 218 |
| En la muerte de mi querido amigo, el insigne poeta y novelista, don<br>Manuel Fernández y González, poesía, por Manuel del Palacio. . . . . | 225 |
| Un diablo tísico, por Clorinda Matto de Turner. . . . .                                                                                     | 227 |
| Manos de serafín, poesía, por Casimiro Prieto.. . . .                                                                                       | 232 |
| La voz de Dios, por Miguel Cané. . . . .                                                                                                    | 234 |
| Heráclito y Demócrito, poesía, por José Estremera.. . . .                                                                                   | 239 |
| En un álbum, poesía, por Ricardo Palma.. . . .                                                                                              | 240 |
| La mujer argentina, por Manuel A. Bares. . . . .                                                                                            | 242 |
| Cabos sueltos, poesía, por F. López Benedito. . . . .                                                                                       | 247 |
| El águila y la bala, poesía, por Juan Martínez Villergas. . . . .                                                                           | 249 |
| El amor en el matrimonio, por Casimiro Prieto. . . . .                                                                                      | 250 |
| Las tres coronas, poesía, por Carlos M. Egozcue. . . . .                                                                                    | 256 |
| * *, poesía, por F. López Benedito. . . . .                                                                                                 | 263 |
| Las macetas, por Kasabal. . . . .                                                                                                           | 266 |
| A Espronceda, soneto, por F. Gras y Elías. . . . .                                                                                          | 270 |
| El vulgo, poesía, por Luis de Ansorena. . . . .                                                                                             | 272 |
| El milonguero, por Ricardo Sánchez. . . . .                                                                                                 | 275 |
| Esperando, poesía, por Sinesio Delgado. . . . .                                                                                             | 279 |

# INDICE ARTÍSTICO

---

## RETRATOS

|                                                                                                                        |     |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| S. A. I. Isabel Cristina Leopoldina, Regenta del Brasil. . . . .                                                       | 24  |
| Dr. D. Vicente Fidel López, reputado historiador argentino. . . . .                                                    | 35  |
| Adela Castell, poetisa uruguaya. . . . .                                                                               | 55  |
| D. Roberto J. Payró, literato argentino. . . . .                                                                       | 73  |
| Fernando de Lesseps. . . . .                                                                                           | 87  |
| D. Juan Antonio Argerich, distinguido crítico argentino. . . . .                                                       | 101 |
| D. Guillermo Matta, distinguido diplomático y popular poeta chileno. . . . .                                           | 119 |
| D. Ricardo Palma, eminente literato peruano. . . . .                                                                   | 149 |
| Roberto Stagno. . . . .                                                                                                | 161 |
| Carlos Gomes, ilustre maestro compositor brasileño. . . . .                                                            | 177 |
| Dr. D. Félix Martín y Herrera, distinguido jurisconsulto y autor de varias obras didácticas. . . . .                   | 193 |
| D. Alberto B. Martínez, publicista demográfico y miembro de la comisión directiva del censo de Buenos Aires: . . . . . | 209 |
| D. Marcelino Menéndez Pelayo, eminente literato español. . . . .                                                       | 241 |
| Mila Kuppfer, distinguida «prima donna». . . . .                                                                       | 265 |

## VARIEDADES

|                                     |     |
|-------------------------------------|-----|
| La bigamia. . . . .                 | 27  |
| De vuelta de la escuela. . . . .    | 40  |
| Modestia. . . . .                   | 57  |
| Un símil. . . . .                   | 76  |
| Después de haber bebido. . . . .    | 86  |
| Entre caballeros. . . . .           | 100 |
| Un novio. . . . .                   | 112 |
| Baco. . . . .                       | 124 |
| Leal y Bárbara. . . . .             | 133 |
| Arboricultura. . . . .              | 145 |
| Los anónimos. . . . .               | 152 |
| Dignidad. . . . .                   | 167 |
| Una duda. . . . .                   | 180 |
| La corrupción del siglo. . . . .    | 188 |
| Enfermedad secreta. . . . .         | 201 |
| De visita. . . . .                  | 208 |
| Un recibo. . . . .                  | 224 |
| Una virtud. . . . .                 | 231 |
| La inocencia. . . . .               | 238 |
| Cuestión de faldas. . . . .         | 248 |
| El mendigo. . . . .                 | 255 |
| En un teatro de provincias. . . . . | 264 |
| De vuelta de París. . . . .         | 271 |
| Buena caída. . . . .                | 274 |
| Los baños. . . . .                  | 278 |

FELIPE \* FIORI



PIÑADOR

EMPRESARIO

en

Trabajos de lujo

DE OBRAS DE

**P**INTURA Y **D**ECORACION

CALLE PARANÁ, N.º 118 n/nuevo

TELÉFONO N.º 3029 BUENOS AIRES TELÉFONO N.º 3029

# GRAN ESTABLECIMIENTO MÉDICO

Único en su género en Sud-América

SU DIRECTOR Y PROPIETARIO

EL

**Dr. D. Camilo Clausolles**

CALLE BELGRANO, NÚM. 406 Ó SEA PLAZA MONTSERRAT

**Buenos Aires**

## Instalación hidro-termo-terápica

Baños medicinales de todo género, baños rusos, baños de sudación, baño eléctrico y los *baños turco-romanos* más cómodos, completos y grandes que existen en la capital.

Duchas frías y calientes y la instalación hidroterápica más completa que existe en esta ciudad, inclusa la pileta de natación.

La casa está instalada con todo lujo y ofrece toda clase de comodidades y completo y esmerado servicio á sus clientes, pues sobre estar situada en el paraje más céntrico de la ciudad dispone de un espléndido local.

## Aeroterapia y Admiatria

En este ramo se hallará en nuestro establecimiento cuanto humanamente se ha inventado hasta nuestros días para el tratamiento y curación de las varias enfermedades que necesitan el uso del aire comprimido y de los gases nitrógeno, oxígeno, ozono, sulfídrico, fluorídrico, etc., siendo dueña esta casa de la mejor y mayor cámara neumática ó de Jurdanet que existe acá.

Se curan el asma, bronquitis, laringitis crónica, sordera catarral, tisis en 1.º y 2.º grado.

## Homeoterapia

SALA DE NEBULIZACIÓN HOMEOPÁTICA

Para el tratamiento de toda clase de enfermedades agudas ó crónicas. Sistema moderno de administración de los remedios por las vías respiratorias, por el Dr. Clausolles.

Con el auxilio de máquinas de concepción moderna, se nebuliza el remedio, eleva su temperatura y se docima, haciéndolo llegar hasta las vesículas pulmonares en donde es absorbido inmediatamente, haciendo por este medio inútiles todas las precauciones acerca de las dietas.

## Electroterapia

La casa posee las mejores máquinas para la aplicación de la electricidad al cuerpo del hombre y las que mejores resultados han dado hasta nuestros días.

En una palabra, el establecimiento médico de la plaza Montserrat, es el más completo que hasta nuestros días se ha instalado en parte alguna.

La casa cuenta con dos médicos de reconocida capacidad alópata y hemeópata, y de una farmacia completa para el uso interno de la casa.

BUENOS AIRES

LIBRERÍA, PAPELERÍA Y CENTRO DE SUSCRIPCIONES

DE

EL SIGLO ILUSTRADO

DE

RAMON ESPASA Y COMPAÑIA

CERRITO, 170 Y 174 n/n

Especialidad en publicaciones de lujo y novedades literarias.

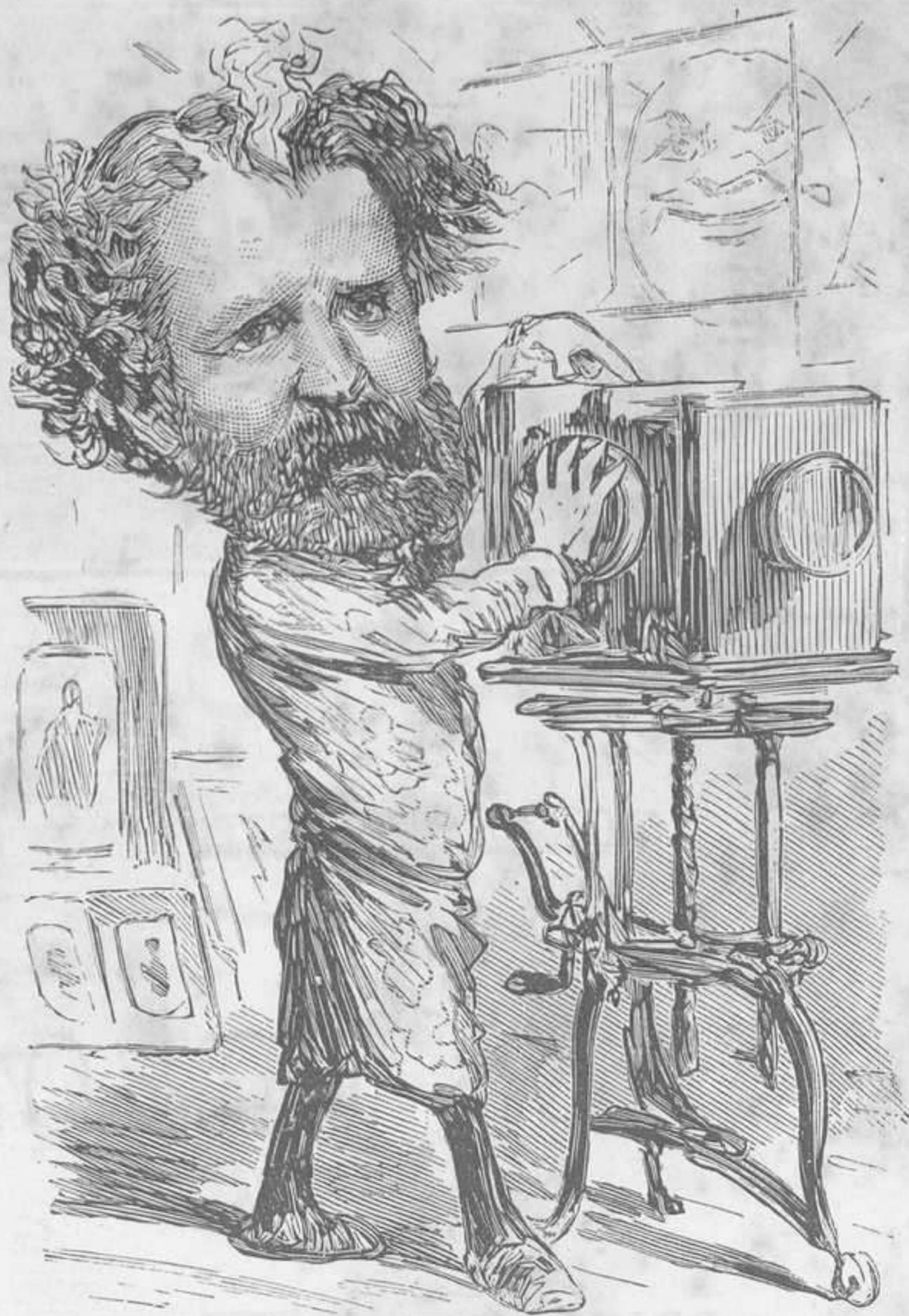
Sucursal de Ramón Espasa y Compañía en el Tandil

Notable surtido de devocionarios y estampas.—Obras de Moral, Religión, Pedagogía, Didácticas, Ilustraciones, etc.—Diplomas y libros especiales para premios.—Mapas geográficos y esferas.—Colección de sólidos para el estudio de la geometría.—Plumas, lápices, cuadernos en blanco y demás efectos para uso de las escuelas.—Surtido completo de objetos para escritorio y todo lo concerniente al ramo de librería.

# ESTUDIO FOTOGRAFICO

BAJO LA DIRECCIÓN DE

Buenos Aires  
894, CALLE ESMERALDA, 894



Buenos Aires  
894, CALLE ESMERALDA, 894

A. ALDANONDO

En este establecimiento se sacan retratos todos los días, aunque llueva, como si fueran tomados en día de sol.

Tarjetas comunes ó abrigantadas, victoria, álbum, panale, imperiales, grupos de familia, cuadros al óleo, engrandecimientos para fotógrafos, copias de tarjetas en fotografía ó al óleo, fotografías sobre lienzo al óleo para los pintores.

La casa cuenta con grandes aparatos para estos trabajos, retratos microscópicos al lápiz, carbón, etc., etc.

También se encarga de sacar copias de tarjetas en gran tamaño en fotografía ó al óleo para la campaña ó provincias, con sólo mandar una tarjeta bajo sobre, las señas de colorido, de los ojos, pelo, barba, etc.

La misma casa se encarga de remitir los trabajos á su destino.

**PRECIOS SIN COMPETENCIA**



GRAN DEPÓSITO

DE

VINOS Puros

DEL

PRIORATO Y ARAGON

Servicio esmerado de los más ricos vinos de las indicadas comarcas. — Completo surtido de vinos de mesa y especiales, lo mismo en las clases usuales que en los rancios más exquisitos de los principales cosecheros.

SE SIRVE A DOMICILIO